La serie
EQUIPAR

Una iglesia bíblica

Cliff McManis

With All Wisdom Publications
Cupertino, CA

Una iglesia bíblica

Una iglesia bíblica
Copyright © 2016 Cliff McManis

Publicado por WITH ALL WISDOM PUBLICATIONS.

Para obtener más títulos, visita nuestro sitio web en WithAllWisdom.org

Para solicitar más información de WITH ALL WISDOM PUBLICATIONS escribe a: Publications@CreeksideBibleChurch.com

---

Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-1-952221-11-8

Escrituras tomadas de la Nueva Biblia de las Américas (NBLA), Copyright © 2005 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso.
www.NuevaBiblia.com

Diseño de portada: Oluwasanya Awe

Traducción: Hernán Sierra III
Edición y revisión al español: Daniela Sierra

Este trabajo es una publicación de WITH ALL WISDOM PUBLICATIONS. Ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación o transmitirse de ninguna forma o por ningún medio excepto con el permiso del editor.

CONTENIDO

1	La iglesia moderna: confusión eclesiástica	1
2	El misterio de la iglesia: identificando el Cuerpo de Cristo	29
3	El manual para la iglesia: la prioridad de la Biblia	63
4	El manejo de la iglesia: El pastoreo de ancianos	101
5	La misión de la iglesia: aclarando un propósito bíblico	143
6	El mandato para la iglesia: la promesa de Jesús…	179
7	El método de la iglesia: cada santo sirviendo	211
8	Los ministerios en la iglesia: cumpliendo las prioridades…	243
9	La música en la iglesia: armonizando los principios…	277
10	Acerca del autor	305

Dedicado al Dr. Robert L. Thomas,
Mentor de años,
Exégeta sin igual,
Fiel maestro de la Palabra,
Siervo humilde de la iglesia de Cristo

1

LA IGLESIA MODERNA:

Confusión eclesiástica

Jesús y la iglesia

Jesús dijo: «[Yo] edificaré mi iglesia» (Mt. 16:18). Esta es una de las declaraciones más gloriosas, asombrosas y alentadoras alguna vez pronunciadas por Cristo. Sus implicaciones son ilimitadas y profundas. Y el cumplimiento de esta promesa ha definido la historia y determinará el futuro, incluyendo la eternidad venidera.

Jesús es soberano sobre Su Iglesia. Esto es tan cierto hoy como lo fue hace 2,000 años, cuando Jesús emitió este decreto profético concluyente sobre Su preciosa novia espiritual, el Cuerpo de Cristo. Jesús dio a Sus Apóstoles toda la revelación divina que necesitaban saber acerca de Su Iglesia después de regresar al cielo en Su ascensión.

Esa revelación necesaria está contenida en los veintisiete libros del Nuevo Testamento. La Biblia nos dice todo lo que necesitamos saber acerca de la iglesia. Dios ha confiado a Su pueblo suficiente información, que ahora se encuentra en las Escrituras, para abordar todas y cada una de las preguntas que podamos tener acerca de la iglesia; preguntas como: «¿Qué es la iglesia? ¿Cuándo comenzó la iglesia? ¿Hasta cuándo continuará la iglesia? ¿Cuál es el propósito y la misión de la iglesia hoy? ¿Cuáles son los ministerios prioritarios de la

iglesia? ¿Quién dirige la iglesia? ¿Cómo debería interactuar la iglesia con los incrédulos? ¿Cómo deberían interactuar las iglesias entre sí? ¿Cómo debería reaccionar la iglesia ante los problemas culturales del momento?».

Confusión sobre la iglesia

Lamentablemente, existe mucha confusión sobre esas preguntas entre los miembros de la iglesia de hoy. Muchos de los que se llaman a sí mismos cristianos, creyentes, evangélicos o algo similar, expresan innumerables respuestas dispares a las preguntas más fundamentales sobre la iglesia. Las últimas cuatro décadas han sido testigos de una proliferación de libros, conferencias y seminarios relacionados con cuestiones eclesiásticas básicas, tanto a nivel popular como académico, que ofrecen una miríada de puntos de vista contradictorios en un intento de responder a todas estas preguntas. Esto me impactó a nivel personal no hace mucho en una reunión social de creyentes de muchas iglesias locales diferentes. Cuando uno de los asistentes descubrió que yo era pastor, me preguntó intencionadamente, frente a una pequeña multitud: «Entonces, ¿a qué modelo de iglesia te adscribes y sigues?».

Perplejo, pedí una clarificación. Él respondió: «Tú sabes, ¿qué modelo de iglesia sigues? ¿Hechos 29? ¿El modelo Willow Creek? ¿El modelo de *Una iglesia con propósito*?».

Yo dije: «La Biblia».

Ante eso, él estaba callado y sorprendido tanto como confundido o decepcionado, por lo que además preguntó: «¿A qué te refieres? ¿Cómo funciona eso?».

Le dije: «El Nuevo Testamento. Llevamos a cabo las cosas en la iglesia tal como la iglesia primitiva lo hacía; todo está ahí en la Biblia». Hubo miradas extrañas y fue el fin de la conversación, luego un silencio incómodo.

Esa conversación es un microcosmos apropiado del cristianismo en el siglo XXI. Muchos cristianos profesantes, e incluso pastores, se encuentran rutinariamente luchando por descubrir el último «modelo de iglesia» que se avecina en un intento febril de replicarlo en su propia congregación; no buscan respuestas en la Biblia sobre cómo hacer las

cosas en la iglesia hoy. Otros sugerirían que el modelo a seguir ya se encuentra en la Biblia. Sin embargo, incluso aquellos que están de acuerdo en la idea de que la Biblia proporciona el modelo necesario para hacer las cosas en la iglesia hoy en día, no todos están de acuerdo en lo que la Biblia dice sobre el tema. De ahí que la confusión abunda aún más.

Parece que la iglesia hoy día carece de más homogeneidad e identidad clara que en sus 2,000 años de historia. La iglesia, en muchos lugares, ha perdido su orientación, o al menos muchas personas que se llaman a sí mismas cristianas han perdido el rumbo en cuanto a lo que constituye la iglesia. Es sorprendente lo que en la actualidad pasa por el título de «iglesia». Es bastante seguro decir que hace cincuenta años, si aparecías espontáneamente en cierto tipo de iglesia un domingo, sabías lo que ibas a encontrar. Si era una iglesia bautista, luterana, presbiteriana o comunitaria, en su mayor parte representaba su nombre y tradición con coherencia e integridad.

Hoy día ese no es el caso en absoluto. Todo el tiempo hablo con personas que visitan mi iglesia y me cuentan las terribles dificultades que han tenido al tratar de encontrar una iglesia con los conceptos básicos del cristianismo tradicional: adoración, oración y enseñanza bíblica. Uno de los problemas de hoy es incluso los nombres de las iglesias; sus títulos y atribuciones muchas veces desafían la interpretación a lo lejos. Hay tantos nombres inclasificables y tontos que no sabes lo que eventualmente encontrarás detrás de sus puertas cerradas cuando aparezcas: salud, riqueza y prosperidad; espiritismo de la nueva era; socialismo religioso; adoración verde; tópicos misionales emergentes modernos y relevantes; incienso, velas y luces estroboscópicas; neoortodoxia o liberalismo reempaquetado, todo ello bajo el disfraz de ser una «iglesia» local.

Una vez serví en el equipo de una iglesia bautista histórica en la que el equipo de liderazgo principal decidió que era hora de deshacerse del apodo problemático y poco acogedor de «bautista» que, aparentemente, estaba «asustando a todos los visitantes, incrédulos y no creyentes» de nuestra congregación. Entonces se decretó que

necesitábamos cambiar nuestro nombre, ocultar nuestra verdadera identidad, por así decirlo, para que los no cristianos no se vieran amenazados por nuestro nombre abiertamente religioso; y como resultado, me dijeron, los visitantes inundarían nuestro campus en oleadas.

Nuevos nombres sugeridos permisibles para nuestra congregación que nosotros como personal debíamos considerar incluían palabras como «centro» en lugar de «iglesia», «comunidad» en lugar de «cristiano» y el nombre de nuestra ciudad en lugar de palabras demasiado religiosas como «bautista, Biblia, cruz» o «Cristo». En fin, terminaron cambiando su nombre y dejé esa organización; y ahora años después ese lugar no está siendo inundado por visitantes e incrédulos. Luego planté una nueva iglesia desde cero con algunos otros creyentes, y con orgullo la llamamos *Grace Bible Fellowship Church (Iglesia de la Gracia, Biblia y Comunión)*.

Lo anterior es un ejemplo clásico de un liderazgo de iglesia confundido tratando de tomar decisiones basados en sabiduría humana e influencias convencionales en lugar de la verdad bíblica. La decisión hueca de cambiar el nombre de la iglesia fue motivada por un deseo de producir y crear crecimiento en ella: «¿Cómo podemos manipular a los no cristianos para que visiten nuestra iglesia?». Eso es vergonzoso. Jesús dijo: «[Yo] edificaré mi iglesia» (Mt. 16:18). Nosotros no edificamos la iglesia; ¡Cristo lo hace! No es nuestra iglesia, es Su iglesia, Su preciosa novia; Su precioso Cuerpo que Él compró con Su propia sangre sacrificial (Hch. 20:28). Jesús es la única cabeza de la iglesia (Ef. 5:23) y Su único arquitecto (4:15-16). Nosotros no hacemos crecer la iglesia; ¡«Dios […] da el crecimiento»! (1 Co. 3:7).

Una eclesiología bíblica

Esto ilustra de manera conmovedora la necesidad urgente de un compromiso renovado por parte de todos los verdaderos pastores y de todas las verdaderas iglesias para delinear, articular y dominar un conocimiento práctico de una eclesiología funcional que sirva como modelo para su iglesia local. El Nuevo Testamento es la fuente para definir ese modelo. Cuando descuidamos lo que dice el Nuevo

Testamento acerca de la iglesia y buscamos otras fuentes para definir nuestra eclesiología, entonces comprometemos lo que Cristo pretendía que fuera Su Cuerpo. La historia está plagada de grupos y organizaciones que se desviaron de las Escrituras estableciendo lo que pretendían que fuera «una iglesia».

Hay dos formas principales de tener una eclesiología comprometida: 1) descuidar las Escrituras por completo y «crear» tu propia idea de lo que crees que debería ser la iglesia, basado en la sabiduría humana, la experiencia personal, la cultura que te rodea, la novedad, la tradición, las necesidades que sientes y cosas similares, o 2) usar las Escrituras mezcladas con la sabiduría humana en diversos grados. El resultado final cruzará el espectro de opciones mestizas insanas y desequilibradas, manifestando cualquier cosa, desde enclaves cristianos unidimensionales, superficiales y miopes, pero bien intencionados, hasta movimientos espirituales populares, deformes y ubicuos, hasta llegar a cristianos desviados por completo, denominaciones y cultos heréticos y peligrosos que tuercen y distorsionan la Biblia para promover sus causas nefastas.

En pocas palabras, la base del modelo de iglesia de cada uno debe ser Cristo y Su Palabra: Jesús y las Escrituras. Cuando hay una transigencia, surgen paradigmas seudoeclesiásticos que compiten con el verdadero ministerio bíblico. Las falsificaciones reciben crédito entre los fieles como opciones y alternativas legítimas. Hoy en día, las iglesias con eclesiologías comprometidas ensucian el panorama religioso y, como resultado, el ministerio bíblico se ve defraudado o socavado, el crecimiento espiritual del pueblo de Dios se atrofia y el mensaje salvador dado al mundo perdido está sesgado o completamente nublado y sofocado.

Este libro tiene como objetivo presentar una eclesiología bíblica simple utilizando la Biblia y nada más. Su objetivo es volver a lo básico: ¿qué dice la Biblia sobre la Iglesia de Jesús? El Nuevo Testamento claramente modela y prescribe los principios fundamentales de lo que debe ser la iglesia. La Biblia detalla las prioridades divinamente

mandadas a implementar y seguir, y advierte de los extremos a evitar para tener una iglesia obediente.

Antes de definir detalladamente las prioridades bíblicas para una iglesia que honra a Dios, primero quiero dar un breve diagnóstico de la vida de la iglesia en nuestros días identificando algunos modelos competitivos típicos y ampliamente populares, insanos o desequilibrados. A modo de ilustración, destacaré diez de ellos. Algunos de los diez se superponen y tienen características comunes, mientras que otros son bastante distintos. Pero los diez tienen una cosa evidente en común y es que el fundamento sobre el que se basan no es, en última instancia, solo Cristo y las Escrituras, sino más bien alguna noción, causa o idea en competencia. Veamos estos diez modelos básicos actuales de iglesia.

La iglesia de las experiencias

Primero está la iglesia «de las experiencias». Se trata de una comunidad de «creyentes» que valoran las experiencias compartidas, los encuentros subjetivos, las aspiraciones emocionales o las expectativas místicas. Los acontecimientos espirituales personales y subjetivos son una prioridad. Este tipo de iglesia apela a las emociones y no a la mente. La afiliación al grupo no está determinada por la doctrina bíblica objetiva o la verdad proposicional como se define en las Escrituras. De hecho, la «doctrina» a menudo se considera perjudicial y se dice que apaga la obra del Espíritu Santo. Lo que uno «siente» o «experimenta» es más importante que lo que uno piensa y cree.

En nuestros días, este tipo de congregación se caracteriza por innumerables iglesias carismáticas y pentecostales, grupos tipo Renovaré que aspiran a una «formación espiritual», iglesias impulsadas por lo místico y existencial, así como los grupos más marginales de *Palabra de Fe* y salud, abundancia y prosperidad.

La Iglesia del «así se hace»

Un segundo tipo de modelo de iglesia popular es aquel guiado por una metodología compartida, o la iglesia del «así se hace». O la iglesia que dice: «tienes que hacerlo de esta manera», y tras una investigación más

cercana resulta que esa «manera» no se encuentra en la Biblia. La mayoría de los métodos son neutrales en sí mismos, pero los métodos pueden llevarse al extremo cuando se manipulan, se definen demasiado y se exhiben como la cura para resolver todos los problemas actuales de la iglesia o se hacen pasar como la única manera de cumplir la Gran Comisión de Cristo. Congregaciones como esta son conocidas por propagar un enfoque enlatado del ministerio: una talla única para todos. «Si funcionó en esa iglesia, funcionará en la tuya. Simplemente haz lo que hizo este tipo y obtendrás los resultados que él obtuvo». Así dice el mantra.

Estas metodologías también son infinitas: año tras año, década tras década, parece que se está produciendo la metodología cristiana más nueva y de moda para salvarlo todo. Y la metodología del «secreto» para el éxito suele ser «inventada» o elaborada por un individuo que es más inteligente que el resto de nosotros que no pudimos descubrir el secreto por nuestra propia cuenta. Desde recitar la «Oración de Jabes», hasta ser «una iglesia con propósito» con «40 días de propósito», hasta ser «misional» y «emergente», los preciados métodos de éxito ministerial son infinitos.

Este estilo de iglesia también podría llamarse «la iglesia pragmática»: si funciona, hazlo; el fin justifica los medios. Un enfoque pragmático del ministerio de la iglesia ha dominado la escena durante décadas. Ser pragmático significa hacer lo que funciona, no necesariamente hacer lo correcto o lo bíblico. Como tal, la iglesia pragmática normalmente no está interesada en un enfoque bíblico atemporal, trascendente y universalmente concluyente para el ministerio. Es un enfoque relativo y siempre está cambiando.

Hay algunos líderes clave que son responsables de incorporar el enfoque pragmático al cristianismo estadounidense en el siglo XX. Uno de los gigantes fue Norman Vincent Peale (1898-1993), el ministro metodista liberal que pastoreó la popular Marble Collegiate Church en Nueva York, cargo que ocupó durante cincuenta y dos años. También escribió *El poder del pensamiento positivo*, el libro pop de psicología religiosa que estuvo en la lista de bestsellers del New York

Times durante 186 semanas consecutivas, vendiendo más de 5 millones de copias. Peale fue innovador y vanguardista en su voluntad de integrar métodos seculares de psiquiatría, psicología, negocios, antropología y política en la iglesia local. El resultado final fue hacer una prioridad el que la gente se siguiera sintiendo feliz y no el honrar a Dios que es santo.

Siguiendo los pasos de Peale, y siguiendo su sombra, vinieron titanes culturales y espirituales como Bill Bright (1921-2003), Robert Schuller (1926-2015), C. Peter Wagner (1930-2016), Bill Hybels (n. 1951), Rick Warren (n. 1954) y Joel Osteen (n. 1963). Pocos han tenido más influencia en la propagación del cristianismo pragmático que Wagner, quien durante treinta años fue profesor de Crecimiento de Iglesias en la Escuela de Misiones Mundiales del Fuller Seminary (Seminario Fuller) y fundador del muy cuestionable e influyente movimiento de la Nueva Reforma Apostólica. Wagner fue muy influenciado por el padre del movimiento moderno del iglecrecimiento, el misionólogo Donald McGavran (1897-1990)[1].

La iglesia de las células

Un tercer tipo de modelo de iglesia promueve la «estructura» como la característica definitoria de la verdadera iglesia. Por estructura me refiero al diseño o composición organizacional. El secreto de la verdadera espiritualidad y del ministerio cristiano es tener la estructura correcta, y en este caso estas personas dirían «células» o «iglesias en casa». Este modelo de iglesia dice que lo grande es malo; lo pequeño e íntimo es bueno. La simplicidad es divina; la complejidad y el programa son mundanos. La organización y la formalidad esclavizan; la espontaneidad libera. Defienden la doctrina del «sacerdocio de todos los creyentes» y evitan la doctrina de la autoridad delegada representada en los ancianos locales. La jerarquía es dominante; la democracia engendra comunidad. No deberíamos ser profesionales, sino «orgánicos», suponen ellos.

Los defensores del movimiento de las «iglesias en casa» creen que son puristas bíblicos y que el resto de nosotros, las personas que no pertenecemos a iglesias en casa, hemos transigido al ser demasiado

«organizados» o «institucionales». Lee a un par de defensores del movimiento de iglesias en casa:

> El movimiento de iglesias en casa es un intento de alejarse de la iglesia institucional, buscando, en cambio, regresar a las pequeñas reuniones de gente que constituyeron todas las iglesias de la era del Nuevo Testamento […] La iglesia en casa es la iglesia bíblica. Todas las iglesias de la era del Nuevo Testamento eran pequeñas asambleas que se reunían en los hogares[2].

Este autor afirma dogmáticamente que la iglesia en casa es «la iglesia bíblica». Drake dice varias cosas arriba que exponen su ignorancia bíblica, una flagrante de estas es la afirmación de que «todas» las iglesias del Nuevo Testamento eran «pequeñas» y se reunían en casas. ¡El Libro de los Hechos muestra que eso es categóricamente falso ya que la primera iglesia que comenzó en Jerusalén fue desde el primer día una «megaiglesia»! Comenzó el primer día con 120 adultos (Hch. 1:15). Ese es un gran grupo base con el que empezar una iglesia. Comenzamos nuestra plantación de iglesia en el 2006 con solo 19 adultos. Y la iglesia plantada en Hechos 1 no se reunió en una «casa pequeña». Se reunieron en un «aposento alto» con capacidad para 120 adultos; eso me suena a una «casa grande». Lucas 24:53 dice que el grupo primitivo de creyentes «estaban siempre en el templo alabando a Dios». No se limitaron a una pequeña casa para el culto. El templo era una estructura religiosa formal construida para reuniones colectivas. Y ese grupo base de 120 explotó en 3,000 adultos adicionales que se agregaron a la iglesia el primer día (Hch. 2:41). Y este gran grupo se reunía «juntos» (2:44), y Dios continuaba añadiendo «cada día al número de ellos» (2:47). Poco después, la iglesia creció a 5,000 varones adultos (4:4). Contando mujeres y niños, la iglesia había aumentado a más de 10,000 personas. Y esta iglesia se reunía en muchos lugares: en el templo, en público, en el aposento alto, en las casas; y a pesar de su enorme número, continuaron siendo una sola iglesia (4:32-35). Decir que la iglesia

primitiva era «pequeña» y se reunía solo en «casas» es claramente tergiversar la Biblia.

Otro autor del movimiento de iglesias en casa es igual de dogmático en cuanto a preservar una cierta estructura y simplicidad mientras se evita el enfoque común de la iglesia, cuando escribe:

> *No debe haber ningún líder designado en estas reuniones de hogar.* Lo que sucede en esas reuniones de hogar *no* debe ser organizado. NO hay líderes designados. ¡Ninguno! Y solo hay una mínima instrucción sobre qué hacer en esas reuniones de hogar. Instrucción *mínima.* Esto es absolutamente esencial. Renuncia a esto, y reducirás en gran medida la informalidad y la espontaneidad en las reunions[3].

Los puntos de énfasis anteriores en cursiva y en mayúsculas son suyos, no míos. Cualquiera que esté familiarizado con el Nuevo Testamento debería poder discernir claramente algunos defectos básicos en el modelo de solamente iglesias en casa tal como se articula aquí. Una deficiencia principal es que el paradigma de solamente iglesias en casa ignora el mandato bíblico de nombrar una pluralidad de ancianos en cada asamblea de la iglesia local (Tit. 1:5; cfr. Fil. 1:1; Hch. 14:23). Desprecian la «jerarquía» y lo que llaman «profesionalismo en el ministerio».

El movimiento de solamente iglesias en casa es una realidad próspera y floreciente hoy entre los cristianos. Y se manifiesta de diferentes maneras: informal y formal. La iglesia en casa o iglesia celular más popular o famosa es la Iglesia del Evangelio Pleno de Yoido (Asambleas de Dios) en Seúl, Corea del Sur. Tuvo sus inicios en 1958 con David Yonggi Cho. Comenzó como un pastor tradicional, pero luego desarrolló un modelo de iglesia de «grupo célula» que se replicó muchas veces hasta alcanzar una asistencia actual cercana a los 900,000 feligreses. Eso es mucho para «lo grande es malo».

Cho ha influido en innumerables personas durante los últimos cincuenta años, incluido el ahora conocido pastor César Castellanos de Bogotá, Colombia, quien es el creador detrás del modelo de iglesia de

grupo células llamado G12. El modelo G12 sugiere que el modelo bíblico de la Iglesia debería seguir el modelo de Jesús, quien llamó y discipuló a otros doce. Con un grupo pequeño, Jesús pudo enfatizar la intimidad, la oración y las relaciones personales. Todos los demás cristianos deberían hacer lo mismo y, por lo tanto, deberían formar parte de un grupo de doce.

Otro destacado defensor de la estructura obligatoria de grupos células para la iglesia es Ralph Neighbour. Popularizó sus ideas en su libro *Where do we go from here?* (*¿Dónde vamos a partir de aquí?).* Ha sido muy influyente en las últimas dos décadas y su modelo está ganando seguidores de todo tipo. Curiosamente, Neighbor dice que los grupos células deberían tener un tamaño máximo de quince, no doce.

Witness Lee (1905-1997), discípulo de Watchman Nee, también tuvo una tremenda influencia en las iglesias de China, Japón y Estados Unidos con su enfoque ministerial de grupos pequeños. En la década de 1980, Lee determinó que la forma tradicional de actuar en la iglesia era incorrecta, por lo que creó lo que llamó la «forma ordenada por Dios» de cuatro pasos para ejercer el ministerio. Irónicamente, esta forma era muy formulada, programática y controlada. Encargó a sus seguidores que ganaran de tres a cuatro conversos y los discipularan en grupos en casa durante diez semanas, una o dos veces por semana. El objetivo final era lograr que «todos» los creyentes profetizaran y luego que esos discípulos replicaran el proceso.

Desde un punto de vista bíblico, no se debe ignorar la estructura. La estructura importa y es importante. El Nuevo Testamento incluso establece una estructura para la iglesia, pero no se limita a tener solo grupos pequeños, grupos célula e iglesias en casa. La verdadera estructura bíblica permite mucha más diversidad, flexibilidad y libertad de la que muchos devotos de las iglesias en casa prohíben a sus seguidores. La iglesia del Nuevo Testamento se nutrió en grupos pequeños, grupos hogareños, grupos grandes e incluso en multitudes masivas. No se pueden imponer restricciones artificiales a la eclesiología al Cuerpo de Cristo vivo y dinámico de Dios.

La iglesia étnica

Un cuarto tipo de modelo de iglesia es la iglesia «patrimonial»: congregaciones que enfatizan una determinada cultura, identidad histórica, inclinación política, causa social o incluso etnicidad como su punto focal de pertenencia. Esto no es lo mismo que una iglesia nacional homogénea donde todos los cristianos de una iglesia local son del mismo país y hablan el mismo idioma. Recientemente fui a la India y prediqué en varias iglesias, y toda la gente era nativa de la India y hablaba Télegu. Todos eran iguales porque no viven extranjeros en esa parte remota de la India. Me dieron la bienvenida como su huésped con los brazos abiertos y me recibieron como un hermano igual a ellos por mi fe en Cristo. Este tipo de iglesia es normal, saludable y diferente a la «patrimonial» que me preocupa.

La base del paradigma exclusivo de la iglesia patrimonial gira en torno a una afiliación cultural parroquial y, como resultado, estas «iglesias» son abiertamente etnocéntricas. No ven con buenos ojos la integración. Prefieren preservar una homogeneidad artificial. Las congregaciones cristianas judías mesiánicas tipifican este modelo de iglesia. Para las congregaciones mesiánicas, esa afiliación está relacionada con todo lo judío. Las congregaciones mesiánicas no basan su eclesiología en el modelo del Nuevo Testamento, sino en una mezcla de ritos selectos del Antiguo Testamento, algunas enseñanzas del evangelio del Nuevo Testamento y varias tradiciones judías. Algunos describirían a las congregaciones mesiánicas como satélites del cristianismo judío moderno.

Jews for Jesus (Judíos para Jesús), the *Chosen People Ministries (Ministerios del Pueblo Elegido)* y *Friends of Israel (Amigos de Israel)* son algunas de las organizaciones cristianas que respaldan a las congregaciones mesiánicas en diversos grados. the *Chosen People Ministries (Ministerios del Pueblo Elegido)* explica algunas características distintivas de este modelo de adoración en respuesta a la pregunta: «¿En qué se diferencia una congregación mesiánica de una iglesia?»:

> Las congregaciones mesiánicas son iguales en el sentido de que apoyan y enseñan los principios básicos del cristianismo

> evangélico. Son diferentes porque lo hacen de una manera judía, con liturgia judía, música y otras características de la vida de la comunidad judía […] Adoración sabática […] Las celebraciones de los Días Sagrados [como] Yom Kippur, Sucot, Pésaj […] la circuncisión[4].

Hoy en día hay cerca de 300 congregaciones mesiánicas en los Estados Unidos, en comparación con solo un puñado en la década de 1970. La mayoría de estas congregaciones son carismáticas en su orientación teológica.

Trabajé para *Jews for Jesus (Judíos para Jesús)* durante dos veranos mientras estaba en el seminario y fui asesorado por un corto período por un creyente formalmente afiliado a the *Chosen People Ministries (Ministerios del Pueblo Elegido),* y otro mentor mío trabajó con *Friends of Israel (Amigos de Israel).* Así que he visto congregaciones mesiánicas de primera mano a lo largo de los años. Dicho esto, está claro que no se adscriben a una eclesiología puramente del Nuevo Testamento y, como tales, son vulnerables a truncar el diseño y la intención de Dios para la iglesia, el Cuerpo de Cristo. Un claro ejemplo de que se han comprometido es su fracaso en prestar atención a la advertencia de Dios en Colosenses 2:16-17 que dice que se abstengan de aferrarse a las costumbres y ritos del Antiguo Testamento, como las fiestas, «luna nueva, o día de reposo, cosas que solo son sombra de lo que ha de venir, pero el cuerpo pertenece a Cristo».

Las iglesias negras en Estados Unidos que promueven la «teología negra» pueden tener los mismos inconvenientes que las congregaciones mesiánicas al polarizar su propia etnia lejos del resto del Cuerpo de Cristo. El Evangelio de Lucas traza la genealogía de Jesús el Salvador, desde María hasta el primer hombre, Adán (3:23-38). Todas las razas de la humanidad están literalmente representadas en esa línea mostrando que Jesús es el Salvador de todas las razas y etnias. O, como clamaron los samaritanos cuando descubrieron quién era realmente Jesús, «sabemos que Este es en verdad el Salvador del mundo» (Jn. 4:42), no solo un salvador para los judíos o una raza en particular. Pero la «teología negra» no representa la teología bíblica y

distorsiona el significado de la obra expiatoria de Jesús en la cruz. Todas las razas provienen de nuestros dos primeros padres, Adán y Eva, que eran personas reales. Desde la perspectiva de Dios, hay una raza: la raza humana. Pedro dice que los salvos, independientemente de su origen étnico, son considerados una raza a través de la salvación en Cristo: «ustedes son linaje escogido, real sacerdocio, nación santa» (1 P. 2:9). Gálatas dice que «en Cristo» no hay «judío ni griego» (3:28), lo que significa que el color de tu piel no te define si eres cristiano. Dios redime a personas de todas las razas como su pueblo, como dice Juan en Apocalipsis: «una gran multitud, que nadie podía contar, de todas las naciones, tribus, pueblos, y lenguas, de pie delante del trono [en el cielo] y delante del Cordero [que es Jesús el Salvador]» (7:9). Hacer de la raza un punto de unión para la religión es un error, genera división y socava la obra de Cristo.

La «teología negra», también conocida como «teología de la liberación», muy parecida a la «teología del proceso», convierte el trabajo espiritual de Jesús en la cruz de morir por el pecado en un trabajo burdo y pragmático de justicia social. En otras palabras, dicen que el principal logro de Jesús fue el de un líder de los derechos civiles u organizador comunitario que vino a liberar a los negros pobres de la pobreza financiera y de la opresión que sufren bajo la clase dominante. Un prominente teólogo negro lo define de esta manera:

> La teología negra es aquella teología que surge de la necesidad de articular el significado de la presencia negra en un mundo blanco hostil. Son personas negras reflexionando religiosamente sobre la experiencia negra, tratando de redefinir la relevancia del Evangelio cristiano para sus vidas[5].

Esta visión «redefinida» o reconstruida del cristianismo articula además que las masas pobres necesitan ser «salvadas» física (y financieramente) de los capitalistas ricos y de la burguesía a través de mandatos legislativos político-gubernamentales que impongan reparaciones, socialismo, cuotas raciales artificiales, acción afirmativa, redistribución de la riqueza y el sistema de bienestar. Tal punto de vista está muy lejos

del verdadero cristianismo del Nuevo Testamento.

Existen muchos otros tipos de iglesias étnicas además de las dos mencionadas anteriormente. Aquí en Estados Unidos hay un sinnúmero de iglesias que se preocupan y trabajan por preservar su identidad étnica cultural en medio del gran crisol social que las rodea y que constituye nuestra sociedad pluralista. Como tal, abundan las iglesias chinas, las iglesias indias, las iglesias coreanas, las iglesias rusas, las iglesias de habla hispana y similares. Estas iglesias deben tener cuidado de no hacer de «la cultura étnica» el punto de identidad y compañerismo en sus asambleas locales. La prioridad en la iglesia local no puede ser las costumbres sociales compartidas entre un grupo de personas. La iglesia no es un club social. El Cuerpo de Cristo tiene el propósito de Dios de ser «un nuevo hombre» en Jesucristo que incorpora almas salvas de toda tribu, lengua y nación: bendita diversidad de raza, cultura, antecedentes socioeconómicos, color de piel, origen nacional, etc. Así será el cielo. Una vez más, Jesús es el Salvador de todo el mundo, de todas las razas y de todos los grupos étnicos.

La iglesia del credo

Un quinto paradigma eclesiástico con un enfoque miope es el modelo del «credo», a veces llamado «iglesia confesional». Estas iglesias plantean la necesidad de credos y confesiones para la iglesia local. Algunos de los credos y confesiones protestantes más populares después de la Reforma incluyen *la Confesión de Augsburgo* de 1530*, los Treinta y nueve artículos* de 1563, *la Confesión de Westminster* de 1646 y *la Confesión Bautista de Fe de Londres* de 1689. Hay incontables más. Carl Trueman resume una forma de la posición confesional con respecto a la iglesia local:

> Los credos y las confesiones son vitales para el bienestar presente y futuro de la iglesia […] Los credos y las confesiones son una […] parte necesaria de la vida sana y bíblica de la iglesia […] En mi propia denominación, la Iglesia Presbiteriana Ortodoxa (IPO), tenemos un libro de orden

> eclesiástico que establece las estructuras básicas de la iglesia y los procedimientos por los cuales éstas deben ser mantenidas. Quienes ocupan cargos […] toman votos estrictos que los vinculan a posiciones doctrinales particulares (los Estándares de Westminster) pero también a la denominación[6].

Nótese que dice que los credos son «vitales» e incluso «necesarios» para tener una «iglesia sana y bíblica». Yo diría que es posible tener una iglesia sana, obediente y bíblica sin ser una iglesia del credo. Además, dice que los líderes de la iglesia toman «votos estrictos», comprometiéndose lealmente a la denominación. ¡Vaya! Cuando se trata de religión y espiritualidad, nuestra lealtad debe ser solo al Padre, al Hijo y al Espíritu (Ro. 3:4; Ap. 19:10). No debemos doblar la rodilla ni besar el anillo de ningún hombre o institución hecha por el hombre.

Los credos no son «necesarios» para tener una iglesia lo suficientemente bíblica. La iglesia en Apocalipsis 3 fue elogiada por Jesús por ser una iglesia obediente y saludable, sin embargo, no era una iglesia del credo. He predicado y enseñado en iglesias en Ucrania, Siberia, África, India y México que eran iglesias bíblicas prósperas, obedientes y saludables que no sabían nada de credos y confesiones reformadas o puritanas escritas en latín e inglés. Tales credos serían irrelevantes para esas iglesias en muchos sentidos. Pero la Biblia era perfectamente suficiente para guiar la estructura, los métodos y los procedimientos necesarios de cómo realizar las cosas en la iglesia. Argumentar que una iglesia necesita credos para ser saludable es socavar la doctrina de la suficiencia bíblica: las Escrituras son suficientes.

Los credos y confesiones posteriores a la Reforma pueden ser documentos históricos útiles dependiendo de cómo se utilicen. Pero hay iglesias que ponen un énfasis excesivo, o un énfasis desequilibrado en los credos históricos de la iglesia, hasta el punto en que la enseñanza del Nuevo Testamento es eclipsada por las tradiciones e imperativos de credos hechos por el hombre. Estas son congregaciones que limitan sus prioridades teológicas a credos y confesiones religiosas hechas y elaboradas por el hombre, en lugar de recurrir a la reserva completa de

la verdad de Dios que se encuentra en toda la Biblia. Estas iglesias se caracterizan por una perspectiva teológica truncada y no son paralelas a la perspectiva del apóstol Pablo, quien dijo que estaba comprometido a enseñar a las iglesias «todo el consejo de Dios» (Hch. 20:27; RVR60).

Advertir contra un énfasis excesivo en los credos históricos no es decir que no debamos tener declaraciones doctrinales o una declaración de fe. Son dos cosas totalmente distintas. Una declaración de fe es un resumen de lo que una iglesia cree que la Biblia enseña. Una iglesia del credo con demasiada frecuencia usa el credo hecho por el hombre como una autoridad a la par de las Escrituras.

La iglesia de la personalidad

El sexto tipo de iglesia popular es la iglesia de la personalidad. Esta es la iglesia que tiene una reputación que se conoce principalmente por una persona que es fundamental para la iglesia, y esa persona no es Jesús, sino algún hombre o mujer: un espectáculo de un solo hombre. En el contexto de la iglesia, es más como una dictadura benevolente. He servido en algunas iglesias como estas. En una de ellas, después de contratarme como pastor asociado, uno de los líderes de la iglesia me dijo: «todos servimos a la voluntad del pastor principal». Tenía que hablar. Así que lo hice y dije: «Sirvo a la voluntad del Señor Jesús y solo Suya». Creo en la jerarquía de autoridad y en ser un jugador de equipo dócil. Pero cuando se trata de servir en el ministerio de la iglesia, solo Dios es soberano y providencialmente coloca a todo su pueblo exactamente donde Él quiere. En última instancia, todos los creyentes sirven a Su voluntad. Servimos a Dios y no al hombre (Col. 3:23-24).

El «culto a la personalidad» ha existido desde al menos los días de la iglesia de Corinto en el año 55 d. C. El apóstol Pablo plantó la iglesia de Corinto y en pocos años ya se habían convertido en una iglesia de la personalidad. Después de Pablo estar lejos de ellos por más de un año, había oído que se habían dividido en cuatro campos, o facciones: un grupo que decía: «Somos de Pablo», otro decía: «Somos de Apolos», una tercera pandilla decía: «Somos de Pedro», y el grupo más presumido de todos decía: «¡Somos de Cristo!» (1 Co. 1:10-12).

Una de las mayores vulnerabilidades para una iglesia y un ministerio

como este es la pregunta: «¿Qué sucede cuando la influyente persona líder muere o se va? ¿Todo el ministerio se desmorona o sufre?». Si es así, entonces tal vez el fundamento del ministerio era la personalidad y el carisma de un hombre y no el fundamento sólido de Cristo (Mt. 7:24-25).

Idolatrar a las personas es casi una segunda naturaleza para los pecadores. Darle gloria a cosas y a seres humanos en lugar de solo a Dios ha plagado al pueblo de Dios desde Génesis hasta Apocalipsis, o desde Babel hasta el Anticristo venidero. Cuando Cornelio, el centurión temeroso de Dios de Cesarea, se encontró por primera vez con el apóstol Pedro, las Escrituras dicen: «Cuando Pedro iba a entrar, Cornelio salió a recibirlo, y postrándose a sus pies, lo adoró» (Hch. 10:25). Este fue un acto flagrante de idolatría y algo totalmente inapropiado por parte de Cornelio. Sin embargo, él tenía buenas intenciones; era sincero. Pero estaba sinceramente equivocado al inclinarse ante Pedro, el apóstol líder, que era un hombre finito, caído y pecador. Pedro sabía esto, así que enderezó a Cornelio al instante: «Pero Pedro lo levantó, diciendo: "Ponte de pie; yo también soy hombre"» (Hch. 10:26).

El apóstol Pablo tenía una personalidad fuerte y era poderoso en la labor del Señor. En ocasiones él podía realizar milagros en nombre de Cristo. Una vez, en la ciudad de Listra, sanó frente a una multitud de personas a un hombre que había sido cojo desde el seno de su madre. La multitud estaba asombrada e instantáneamente comenzó a adorar a Pablo llamándolo Mercurio, el dios mitológico griego que fue el portavoz de Zeus y el legendario inventor del habla (Hch. 14:12). El sacerdote pagano local de Listra incluso trató de ofrecer un buey sacrificado a Pablo y a su compañero Bernabé (14:13). Cuando él y Bernabé vieron lo que hacían los confundidos listranos, los corrigieron: «rasgaron sus ropas y se lanzaron en medio de a la multitud, gritando: "Señores, ¿por qué hacen estas cosas? Nosotros también somos hombres de igual naturaleza que ustedes"» (14:14-15).

Hoy día, en Estados Unidos, idolatrar a pastores de alto perfil y a líderes evangélicos influyentes es algo que está vivo y coleando y por

lo general toma formas diferentes a la descarada adoración de ídolos ilustrada anteriormente en el libro de los Hechos; pero la adulación fuera de lugar sigue siendo la misma. Dios, y solo Dios, merece la gloria en la Iglesia. Dios dijo: «Mi gloria a otro no daré» (Is. 42:8). La manifestación común de hoy en día de la idolatría de la personalidad generalmente se muestra en la forma de la iglesia de Corinto... «Yo soy de este pastor», o «yo soy de este reformador», o «yo soy de esta reciente moda evangélica», o «yo soy de este currículo en particular», o «yo soy de este presidente de seminario», o «yo soy de este autor de bestsellers que tiene un gran número de seguidores y una megaiglesia masiva».

Una manera de discernir y exponer el virus del culto a la personalidad es escuchar atentamente cómo hablan los creyentes o cómo predican y enseñan los maestros de la Biblia. Ten cuidado con aquellos que confían más en las palabras de un hombre, en la Biblia de estudio o en los comentarios de algún pastor que en la Biblia. «¡Pero _____ dice!». Llena el espacio en blanco con algún pastor o teólogo conocido. Esa es una señal de alerta flagrante. Y si algún ser humano está siendo exaltado, citado, alabado o se habla de él como igual de autoritario o incluso con más frecuencia que Jesús y la Biblia, entonces tienes un caso de adoración clásica de la personalidad de culto corintio en tus manos. «Sea hallado Dios veraz, aunque todo hombre sea hallado mentiroso» (Rom. 3:4).

Un libro particularmente útil sobre este tema es el del Dr. Ron Enroth, llamado *Iglesias que abusan*. Estudié con Enroth en la universidad a finales de la década de 1980. Fue uno de los principales expertos cristianos en exponer los cultos religiosos e incluso las tendencias cultistas de la idolatría de la personalidad presentes en las iglesias cristianas.

Para protegerse contra esta desafortunada y omnipresente enfermedad que plaga a la iglesia, los creyentes harían bien en recordar Jeremías 9:23-24:

> Así dice el SEÑOR: «No se gloríe el sabio de su sabiduría, ni se gloríe el poderoso de su poder, ni el rico se gloríe de su

> riqueza; pero si alguien se gloría, gloríese de esto: de que me entiende y me conoce, pues Yo soy el SEÑOR que hago misericordia, derecho y justicia en la tierra, porque en estas cosas me complazco», declara el SEÑOR.

La iglesia legalista

La séptima iglesia que quiero mostrar es la iglesia de las obras, o la iglesia «legalista». El legalismo abunda en el cristianismo y siempre lo ha hecho, incluso desde los días de Jesús, así como desde el tiempo de los apóstoles en la iglesia primitiva. Jesús tuvo que luchar contra el legalismo de los escribas y los fariseos de forma regular (Mt. 23:1-36). Antes de ser salvo, Pablo era un legalista seguro de sí mismo, escrupulosamente religioso y citador de las Escrituras (Fil. 3:2-11). Después de ser salvo, Pedro luchó con el legalismo, y fue reprendido públicamente por Pablo por ello (Gá. 2:11-14; cfr. Hch. 10).

¿Qué es el legalismo? Es vital dejarlo claro desde el principio. El legalismo religioso es cuando los seres humanos tratan de ganarse el favor de Dios a través de sus propias obras y esfuerzo humano. Se manifiesta de dos maneras principales: 1) cuando los seres humanos tratan de ganar la salvación (es decir, el perdón de los pecados, la justificación, la gracia y la misericordia de Dios, la entrada en el cielo, la liberación del infierno o el castigo) a través del esfuerzo humano o el logro humano; o 2) cuando las personas, incluso los cristianos, tratan de adquirir la santificación (es decir, la santidad, el crecimiento espiritual o la aprobación y bendición de Dios) a través del puro esfuerzo humano mediante la obediencia a las leyes. Las leyes pueden ser leyes y mandamientos que se encuentran en la Biblia o pueden ser leyes hechas por el hombre y tradiciones humanas.

Otra característica principal del legalismo es cuando alguien eleva un mandamiento humano, ley u ordenanza, a una autoridad igual o mayor que las Escrituras. El legalismo también se conoce como justicia por obras. Suele ir acompañado de un espíritu muy crítico, orgullo, extrema confianza en uno mismo, falta de gracia y misericordia hacia los demás cuando pecan, y una doble moral de juicio. Los legalistas son ineludiblemente hipócritas. Los legalistas también se enfocan en lo

externo: miran la apariencia y hacen juicios superficiales. Creen en juzgar un libro por su portada. Hacen y piensan lo contrario de lo que Dios requiere. Dios le advirtió a Samuel, el profeta y juez de Israel, que evitara el legalismo al evaluar la verdadera espiritualidad de alguien: «Pero el SEÑOR dijo a Samuel: "No mires a su apariencia, ni a lo alto de su estatura, porque lo he desechado; porque Dios no ve como el hombre ve, pues el hombre mira la apariencia exterior, pero el SEÑOR mira el corazón"» (1 Sm. 16:7).

El legalismo puede infiltrarse en cualquier iglesia y en la vida de cualquier creyente. El legalismo y la autoorientación son espíritus afines. Todos los seres humanos están por naturaleza orientados a sí mismos (Ef. 5:29). Se necesita una obra sobrenatural de Dios para negarse a uno mismo y estar orientado hacia los demás.

Una iglesia legalista hoy en día podría exigir de sus feligreses una vestimenta uniforme: para las mujeres, cubrirse la cabeza, faldas de la longitud requerida, escotes prescritos, no usar maquillaje, no usar joyas, no usar pantalones cortos, no usar trajes de baño... ¡jamás! Para los hombres pueden ser obligatorias camisas con cuello, corbata, pelo corto. O puede haber una lista específica de prohibiciones claras en el comportamiento: no televisión, no cine, no bailar, no música con ritmo, no jugar a las cartas, no música con guitarra eléctrica, no beber alcohol en ningún contexto, no cigarros ni tabaco de mascar, no comer carne de cerdo, no comer carne roja, no nadar en compañía mixta, no trabajar los domingos, no celebrar fiestas populares, no a las calabazas, no a Santa Claus, no a los huevos de Pascua, ningún hombre con sombrero adentro, no poner codos en la mesa. Y la lista de reglas y regulaciones sigue y sigue.

Creo en los fundamentos de la fe, pero no soy un «fundamentalista» tradicional. Ese título está reservado históricamente para los cristianos hiperconservadores que son conocidos por ser legalistas (y presumidos) cuando se trata de eclesiología práctica y vida diaria. Los fundamentalistas son conocidos por menospreciar la educación de nivel superior, como la formación en el seminario, el aprendizaje del griego y el hebreo y la teología sistemática, y prefieren conformarse

con su paradigma estrecho y rígido de operación espiritual. Muchas veces ellos son «Reina Valera solamente» y creen que Pablo realmente nos dio la RVR1960. Valoran y promueven la doctrina de la «separación» hasta el extremo. La Biblia ordena a los creyentes que sean santos (1 P. 1:15) y que estén separados del mundo, pero los fundamentalistas legalistas creen en la separación de segundo y tercer grado, una especie de culpa por asociación. Como resultado, los legalistas tienden a ser aislacionistas extremos. Todos y todo es impuro, excepto ellos y lo que aprueban.

Las Escrituras advierten a los cristianos acerca de caer en la trampa del legalismo que tan fácilmente los enreda.

> Por tanto, que nadie se constituya en juez de ustedes con respecto a comida o bebida, o en cuanto a día de fiesta, o luna nueva, o día de reposo, cosas que solo son sombra de lo que ha de venir, pero el cuerpo pertenece a Cristo. Nadie los defraude de su premio deleitándose en la humillación de sí mismo y en la adoración de los ángeles, basándose en las visiones que ha visto, envanecido sin causa por su mente carnal, pero no asiéndose a la Cabeza, de la cual todo el cuerpo, nutrido y unido por las coyunturas y ligamentos, crece con un crecimiento que es de Dios. Si ustedes han muerto con Cristo a los principios elementales del mundo, ¿por qué, como si aún vivieran en el mundo, se someten a preceptos tales como: «no manipules, no gustes, no toques», (todos los cuales se refieren a cosas destinadas a perecer con el uso), según los preceptos y enseñanzas de los hombres? Tales cosas tienen a la verdad, la apariencia de sabiduría en una religión humana, en la humillación de sí mismo y en el trato severo del cuerpo, pero carecen de valor alguno contra los apetitos de la carne (Col. 2:16-23).

Estrechamente relacionadas con la iglesia legalista están las iglesias que convierten la «doctrina» en un ídolo. «Doctrina» significa «enseñanza», y es un término neutral, por lo que la doctrina no es mala en sí misma.

Lo que es malo es cuando una iglesia hace de la «pureza doctrinal» la prioridad por encima de amar a Dios y amar al hombre en verdad. Estas iglesias tienden a hacer de las enseñanzas tangenciales e idiosincrásicas una prueba de fuego para la verdadera espiritualidad, o incluso el derecho a tener comunión con otros creyentes. Y sus preciadas doctrinas suelen ser promulgadas con un aire palpable de superioridad, en oposición a la humildad de Cristo. Miran con desprecio al resto del mundo cristiano desinformado, pensando que tienen la verdad exclusiva. Estas iglesias fallan en reconocer que los cristianos están en todos los niveles del espectro de madurez, estando compuestos por bebés inmaduros e ignorantes en Cristo, hasta santos mayores maduros más experimentados (1 Jn. 2:12-14). Esperan que todos sean iguales, todos a la vez, todos al mismo tiempo. Creen que la uniformidad es la verdadera espiritualidad.

La iglesia social

Un octavo modelo de iglesia muy popular es la iglesia del «club social». Esta es la iglesia a la que la gente va por las conexiones sociales que tienen y el sentido de comunidad que «sienten». Este tipo de iglesias están en todas partes. Las amistades y las relaciones son la prioridad. La creación de redes es una ventaja. La doctrina en este tipo de iglesias no es una prioridad. La identidad de las personas no está en lo que creen, sino en a quién conocen y qué actividades sociales están disponibles para ellos y sus familias.

En el área donde vivo hay varias iglesias grandes y prominentes que se llaman a sí mismas «evangélicas» que entran en esta categoría. Muchos de ellos tienen grupos masivos de jóvenes o grandes grupos de solteros y universitarios con actividades sociales semanales que son el atractivo y el punto culminante de la vida de la iglesia. En una conversación reciente con un joven que asiste a una de esas iglesias sociales, este joven creyente dijo abiertamente que asistía al grupo por las «conexiones sociales». —«Es divertido» —expresó. Dijo que la enseñanza era bastante débil bíblicamente, pero que la música y la multitud amistosa lo compensaban. Las lecciones típicas que enseñaba allí, por parte de la pastora, incluían títulos como «cómo hacer un

presupuesto», sin referencia a la Biblia, o «cómo ser ecológico» y «reciclar y salvar el planeta».

Las iglesias sociales suplantan el mandato bíblico de la «comunión» con una falsificación que engaña a muchas personas haciéndoles creer que están en línea con el cristianismo bíblico histórico. Pero la actividad social se puede encontrar en cualquier contexto, ya sea en el trabajo, en los clubes de campo locales o en las fraternidades más cercanas. Y todas las religiones falsas exhiben y anuncian la «comunidad» como un atractivo para los conversos en un grado u otro. Los mormones y otros grupos cristianos aberrantes han dominado este distintivo sociológico durante décadas. Las relaciones con otras personas no pueden ser el principal atractivo para asistir a una iglesia. Pero una iglesia bíblica verdaderamente obediente tendrá una comunidad amorosa de santos como resultado y subproducto de funcionar de acuerdo a las Escrituras.

La iglesia litúrgica

El noveno tipo de iglesia que quiero destacar es la iglesia litúrgica. Las iglesias litúrgicas de hoy día incluyen iglesias católico-romanas, luteranas, anglicanas, metodistas y ortodoxas, por nombrar algunas. «Liturgia» se refiere a las formas y rituales prescritos para el culto público. Las iglesias litúrgicas están marcadas por servicios de adoración altamente formalizados que siguen una rutina o un guion memorístico en todos sus elementos. Por lo general, un «sacerdote» dirige el servicio, ya que entra en el edificio en una «procesión», acompañado por monaguillos, todos con «vestiduras» religiosas que reflejan las vestiduras de los sacerdotes levíticos. Hay innumerables símbolos religiosos, agua bendita, incienso, recitaciones comunitarias, oraciones y respuestas memorizadas, el orden del servicio delineado en un misal y la Escritura del día dictada en un leccionario, se pronuncia una breve «homilía», todo conduce al clímax del servicio, que es el «sacramento de la Eucaristía». Estas iglesias también reconocen un calendario litúrgico formal con «días santos» observados.

Históricamente, la Iglesia Católica es la más litúrgica en el procedimiento, y varias iglesias protestantes replican selectivamente a

su elección cuál de estas liturgias católicas consideran apropiada para su comunidad o denominación. Muchas iglesias litúrgicas están dirigidas por un hombre al que llaman «sacerdote», que, según dicen, es el único «digno» de llevar a cabo ritos y rituales religiosos. El sacerdote es reconocido como un «mediador» entre el pueblo y Dios y es también un «vicario» en nombre de Cristo para los fieles laicos. Estos conceptos son claramente contrarios a las Escrituras que enseñan que todos los creyentes son «sacerdotes» (1 P. 2:9), que solo Jesús es mediador (1 Tm. 2:5), y que no hay otro «vicario» aparte de Cristo, quien es la única Cabeza y Pastor Principal de la Iglesia (Ef. 5; 1 P. 5). Por lo tanto, las iglesias litúrgicas no siguen una eclesiología del Nuevo Testamento, sino que han mezclado la tradición humana y el ritual con algunos ritos del Antiguo Testamento y algunas enseñanzas del Nuevo Testamento. El resultado final es una mezcolanza eclesiástica confusa.

La iglesia en línea

Esta nueva idea de iglesia nació durante la pandemia de Covid en el 2020. El coronavirus de China se extendió rápidamente por todo el mundo, poniendo a todos en pánico e inmediatamente los funcionarios gubernamentales de todo el mundo implementaron mandatos draconianos, exigiendo que se cerrara todo, incluyendo los negocios y las iglesias. Se animó a todos a «quedarse en casa». En Estados Unidos, el presidente Trump declaró una emergencia nacional en marzo del 2020 y emitió una «política de quedarse en casa» de 14 días. La mayoría de las iglesias en Estados Unidos cumplieron, y por primera vez en los 2,000 años de historia de la Iglesia, el culto público y colectivo de los cristianos fue universalmente suspendido. La Iglesia de Dios había cerrado. Satanás se regocijaba. El mandato de 14 días se convirtió en meses. Durante el encierro, las iglesias comenzaron a proporcionar transmisiones de video en vivo de un servicio religioso o sermón para su gente encerrada en casa. Los edificios de las iglesias estaban vacíos en todo el país y en el mundo. La gran mayoría de los cristianos ahora estaban «yendo a la iglesia» en casa, en su sala de estar, solamente con su familia, en pijama, mientras el pastor predicaba un sermón él solo

en el edificio vacío de su iglesia o desde su propia casa en la sala de estar o en el sótano.

A muchos cristianos no les gustaba estar lejos de la reunión de los santos en el Día del Señor para tener comunión y edificación. Pero muchos en realidad dieron la bienvenida al nuevo enfoque de la iglesia en línea debido a la conveniencia. Durante los siguientes dos años se produjo una batalla interna entre cristianos, líderes y laicos, sobre el valor de reunirse para adorar en lugar de mantenerse alejados unos de otros, acurrucados en casa «mirando» una pantalla de televisión y llamándola «iglesia» o «adoración». Para el 2023, la mayoría de los creyentes regresaron a la iglesia tradicional, reuniéndose los domingos en un culto congregacional público en una instalación llamada «iglesia». Pero muchos decidieron continuar con la iglesia en línea, y continuarla indefinidamente. El resultado final es que hoy en día hay una gran cantidad de iglesias en línea en todo el país. Y al parecer han llegado para quedarse. Se involucran en lo que llaman «adoración digital» en la privacidad de sus propios hogares, viendo una pantalla de televisión con otros conectados en las pantallas de sus televisores en casa. Tienen «comunión digital», «bautismos digitales» y liturgia digital. El mandato de «reunirse» con el Cuerpo de Cristo (He. 10:24-25; cfr. Hch. 4:31; 12:12; 14:27; 1 Co. 14:23-26) ha sido abandonado en su mayor parte. Su razonamiento es que están reunidos «espiritualmente», ya que sus corazones están unidos por una causa común.

Resumen

En resumen, notamos que hay mucha confusión entre los creyentes profesantes hoy en día acerca de lo que constituye la iglesia. Analizamos diez modelos populares de iglesias defectuosas que se desvían de las Escrituras en diferentes grados. Incluyen: 1) la iglesia de las experiencias; 2) la iglesia pragmática del «así se hace»; 3) la iglesia de las células; 4) la iglesia étnica; 5) la iglesia del credo; 6) la iglesia de la personalidad; 7) la iglesia legalista; 8) la iglesia social; 9) la iglesia litúrgica; y 10) la iglesia en línea.

No todo lo que enseñan y practican los diez modelos de iglesia

anteriores es malo. Algunas cosas que enseñan están en la Biblia. Muchas veces se trata solo de un equilibrio adecuado. El problema es cuando pierden el equilibrio y suplantan lo que la Biblia dice acerca de la eclesiología con nociones hechas por el hombre, o cuando no implementan las prioridades bíblicas sobre lo que la iglesia debe ser y lo que debe hacer. El resto de este libro define lo que realmente es la Iglesia de Cristo según la Biblia e intenta delinear los claros imperativos de las Escrituras, particularmente del Nuevo Testamento, que explican lo que la Iglesia de Cristo debe ser y hacer. El objetivo es tener una iglesia «bíblica». La Biblia es suficiente. La Palabra de Dios nos dice todo lo que necesitamos saber sobre Su Iglesia. Sigamos adelante con ese fin.

Notas finales

1. Véase el capítulo 6 para una visión general de Donald McGavran y el movimiento de Iglecrecimiento.
2. Herb Drake, «House Church Central» [«Iglesia Casa Central»], www.housechurchcentral.com
3. Gene Edwards, *The Open Church [La iglesia abierta*], ed. James Rutz (Beaumont, TX: The SeedSowers, 1992), p. 80.
4. www.chosenpeople.com, «Messianic Congregations FAQ» *[«Preguntas frecuentes sobre las congregaciones mesiánicas»]*.
5. James H. Cone, «Black Consciousness and the Black Church: A Historical-Theological Interpretation» [«La consciencia negra y la iglesia negra: una interpretación histórico-teológica»], *Annals of the American Academy of Political and Social Science [Anales de la Academia Americana de Ciencias Políticas y Sociales],* p. 387, enero de 1970, p. 33.
6. Carl Trueman, *The Credal Imperative [El imperativo confesional]* (Wheaton, Illinois: Crossway, 2012), pp. 12, 22, 42.

2

EL MISTERIO DE LA IGLESIA:

Identificando el Cuerpo de Cristo

Antes de hablar de cómo debe organizarse la iglesia local y cómo debe funcionar, primero debemos definir qué es la iglesia. En realidad, hay mucha confusión sobre una cuestión tan básica. Simplemente comienza a hacerle al cristiano promedio algunas preguntas diagnósticas fundamentales sobre la iglesia y rápidamente expondrás la confusión generalizada. Preguntas como: «¿Cuándo comenzó la iglesia? ¿Existía la iglesia en el Antiguo Testamento? ¿Cómo se relaciona la iglesia con Israel? ¿Es la iglesia el *nuevo Israel*? ¿Cómo se relaciona la iglesia con *el reino de Dios*? ¿Existe la iglesia en el cielo? ¿Existía la iglesia antes de que existiera Israel?». Examinaremos todas estas preguntas y más en este capítulo. Pero primero, comenzaremos con algo aún más básico: algunas definiciones fundamentales.

La palabra española e inglesa «iglesia»

«¿Cuándo comenzó la iglesia?». Algunos teólogos dicen que la iglesia

comenzó en el Antiguo Testamento durante los días de Moisés o incluso en el Jardín del Edén. Pero la Biblia dice que la iglesia comenzó en el Nuevo Testamento en el Día de Pentecostés. Aquellos que alegan que la iglesia comenzó en el Antiguo Testamento típicamente basan su argumento en un análisis simple y defectuoso de la palabra *ekklesía*, la palabra griega del Nuevo Testamento traducida a la Biblia en español como «iglesia», y en inglés como «church». El objetivo aquí es aclarar esta confusión.

La palabra en español «iglesia» viene del latín *ecclesía* que viene del griego *ekklesía*. Ahora bien, la palabra en inglés «church» («iglesia») en realidad deriva de la palabra griega *kyriakós* (del griego al latín, del latín al francés y del francés al inglés), que es la forma adjetival del sustantivo bien conocido, *kyrios,* no *ekklesía*. *Kyrios* se traduce como «Señor» y significa «gobierno, dominio, poder» y es el término favorito del Nuevo Testamento utilizado por los apóstoles en referencia a Jesús. ¡El Nuevo Testamento se refiere a Jesús como «Señor» por lo menos 747 veces! Jesús es *Kyrios*, o «Jesús es el Señor» (1 Co. 12:3). Esta frase es la declaración confesional más básica y distintiva que define al cristianismo. ¡Llamar a Jesús *Kyrios* es llamarlo *Amo*, *Rey* e incluso *YHWH Dios*! Para nacer de nuevo, todo pecador necesita confesar «a Jesús por Señor [*Kyrios*]» (Ro. 10:9).

Como adjetivo, *kyriakós* significa «perteneciente al Señor» o «del Señor», lo que pertenece a Jesús. Este uso adjetival solo se usa dos veces en el Nuevo Testamento, en 1 Corintios y Apocalipsis: «Por tanto, cuando se reúnen, esto ya no es comer la Cena del Señor [*kyriakós*]» (1 Co. 11:20); «Estaba yo en el Espíritu en el día del Señor [*kyriakós*]» (Ap. 1:10). Pablo dice que la ordenanza de la Cena del Señor pertenece a Jesús: Él la instituyó, la definió, la mandó y cumple su significado. En Apocalipsis, Juan se refiere al «día del Señor», el día particular de la semana que pertenece a Jesús, el primer día de la semana, o el domingo, porque Él resucitó de la tumba el domingo. Y desde los apóstoles, la iglesia de Cristo ha apartado el domingo como el día para reunirse corporativamente para adorar a Dios como la «iglesia», o como el pueblo que «pertenece al Señor» Jesús.

La palabra griega traducida al español como «iglesia»

Hoy en día, cuando las personas escuchan la palabra «iglesia», normalmente piensan en un edificio, una estructura física hecha de ladrillo, vidrieras, con bancos, un púlpito y un campanario. ¡Pero en el Nuevo Testamento la palabra «iglesia» nunca se refiere a un edificio! *La iglesia* siempre se refiere a las personas, no a un edificio.

La palabra traducida como «iglesia» en nuestras Biblias en español en realidad proviene de la palabra griega: *ekklesía*.

Ekklesía es probablemente una palabra compuesta derivada de *ek* (de) y *kaleo* (llamar), «llamar fuera de». En su uso más rudimentario se usaba para una convocatoria militar, llamando al ejército a reunirse, o la convocatoria de los ciudadanos de una ciudad para asuntos políticos o judiciales. *Ekklesía* ya se encontraba en el griego clásico en el siglo V a. C., y se usaba de varias maneras en referencia a una asamblea de personas en una ciudad determinada. Entre los griegos no tenía una connotación religiosa, sino que era más bien un término genérico. Coenan resume su trasfondo secular:

> Así, la *ekklēsía,* siglos antes de la traducción del Antiguo Testamento y de la época del Nuevo Testamento, se caracterizó claramente como un fenómeno político, repetido de acuerdo con ciertas reglas y dentro de un cierto marco. Era la asamblea de ciudadanos de pleno derecho, funcionalmente enraizada en la constitución de la democracia, una asamblea en la que se tomaban decisiones políticas y judiciales fundamentales […] la palabra *ekklēsía*, en todas las áreas griegas y helenísticas, siempre conservó su referencia a la asamblea de la *polis*[1].

Aunque *ekklesía* podría usarse en muchos contextos diferentes, un elemento de su significado que siempre se conserva es una referencia a «una asamblea» de personas. La asamblea puede ser una reunión con fines militares, sociales, políticos, judiciales, religiosos, no religiosos o de otro tipo. Los escritores del Nuevo Testamento adoptaron esta palabra genérica y le infundieron un nuevo significado espiritual en

referencia al nuevo pueblo de Dios que se reunió como una comunidad distinta en vista de la muerte, resurrección y ascensión de Jesús. Los escritores del Nuevo Testamento hicieron que el término fuera más estrecho y técnico de lo que se había usado anteriormente.

Ekklesía se usa en el Nuevo Testamento 114 veces, generalmente traducida por la palabra «iglesia», pero hay un par de excepciones. En Hechos 19:32, *ekklesía* se traduce como «asamblea»:

> Así que unos gritaban una cosa y otros otra, porque había confusión en la **asamblea**.

Este evento se refiere a una gran multitud de personas confundidas en Éfeso que comenzaron a rebelarse contra la predicación de Pablo. Además, en Hechos 7:38, cuando Esteban estaba discutiendo ante el Sanedrín, se refirió a que Moisés estaba entre la multitud, o «congregación», de judíos en el desierto usando la palabra *ekklesía*: «Este es el que estaba en la congregación en el desierto». Así que en estos dos casos la palabra *ekklesía* no se refiere a la «iglesia», a las personas especiales que pertenecen a Jesús. Los dos ejemplos anteriores son un buen recordatorio de que «el contexto determina el significado» cuando se trata de palabras. Una misma palabra puede tener diferentes significados y matices dependiendo del contexto. En cuanto a las más de 100 veces restantes que se usan en el Nuevo Testamento, *ekklesía* se refiere a la entidad especial conocida como la iglesia del Nuevo Testamento.

Ekklesía es una palabra griega y como tal no se usa en el Antiguo Testamento, que fue escrito en hebreo. Es por eso que cuando leas tu Biblia en español no encontrarás la palabra «iglesia» en el Antiguo Testamento. Las principales palabras del Antiguo Testamento que se usan para describir la asamblea del pueblo de Dios son *qahal* y *edah*.

Qahal, la palabra genérica para «asamblea»

De las dos palabras hebreas, *qahal* es más ambigua que *edah* y simplemente se refiere a una reunión de personas. La naturaleza de las personas está determinada por cada contexto individual. El *qahal*, o

grupo de personas, a veces era bueno y a veces malo; a veces era religioso y a veces no era religioso o era parte de un ejército. En el Antiguo Testamento, *qahal* no tenía un significado uniforme; más bien, *qahal* podía referirse a la asamblea de israelitas en el Sinaí (Dt. 9:10), un grupo de egipcios paganos que eran enemigos de Israel (Ez. 17:17), una asamblea de asirios idólatras que se oponían al pueblo de Dios (Ez. 32:22), un grupo de personas malvadas (Sal. 26:5) o un grupo de personas muertas (Pr. 21:16).

Es instructivo ver los diferentes usos de *qahal* en varios pasajes. Nótese también entre paréntesis cómo la Septuaginta griega tradujo la palabra hebrea *qahal* de manera diferente dependiendo del contexto:

1) *Qahal* refiriéndose a un ejército/guerra:
«Y Moab dijo a los ancianos de Madián: "Esta multitud [LXX = *synagōgē*] lamerá todo lo que hay a nuestro alrededor"» (Nm. 22:4).

2) *Qahal* refiriéndose a un grupo de israelitas en el Sinaí:
«El SEÑOR me dio las dos tablas de piedra escritas por el dedo de Dios; y en ellos estaban todas las palabras que el SEÑOR les había dicho en el monte, de en medio del fuego, el día de la asamblea» [LXX = ekklēsías] (Dt. 9:10).

3) *Qahal* refiriéndose a una gran multitud de israelitas rebeldes:
«Jeroboam con toda la asamblea de Israel, y hablaron con Roboam» (1 Re. 12:3).

4) *Qahal* refiriéndose a una asamblea de egipcios paganos:
«Ni con poderoso ejército ni con gran compañía [LXX = óchlo] lo ayudará Faraón en la guerra» (Ez. 17:17).

5) *Qahal* refiriéndose a una asamblea de asirios paganos:
«Allí está Asiria con toda su multitud [LXX = synagōgē], sus tumbas la rodean» (Ez. 32:22).

6) *Qahal* refiriéndose a un grupo de personas malvadas:
«Aborrezco la reuniín [LXX = ekklēsían] de los malhechores, y no me sentaré con los impíos» (Sal 26:5).

7) *Qahal* refiriéndose a un grupo de personas muertas:

> «El hombre que se aparta del camino del saber reposará en la asamblea [LXX = synagōgē] de los muertos» (Pr. 21:16).

Nótese tres observaciones importantes sobre la palabra *qahal*: Primero, se refiere a una reunión de personas sin ser específica. El contexto le da especificidad. Como tal, puede referirse a cualquier ejército, una horda de rebeldes, un grupo de israelitas, una multitud de paganos o una asignación de personas muertas. Harris, Archer y Waltke tienen razón cuando dicen: «El verbo *qāhal* transmite la idea de reunirse sin tener en cuenta el propósito[2]. En segundo lugar, *qahal* se puede traducir por muchas palabras diferentes en español, incluyendo «multitud», «horda», «asamblea», «turba», «multitud», «reunión» o «congregación». Las Biblias en español nunca traducen *qahal* con la palabra «iglesia». Tercero, la Septuaginta usa varias palabras diferentes para traducir *qahal,* no solo la palabra *ekklesía* (Dt. 9:10). Debido a su diversidad de significados y su ambigüedad, la Septuaginta traduce *qahal* con otras palabras griegas también, como *synagōgē* (Nm. 22:4), *óchlos* (Ez. 16:40) y *plēthos* (Éx. 12:6).

Estudio miope de palabras

Es peligroso construir teología basada en estudios aislados de palabras, pero los cristianos lo hacen todo el tiempo. La etimología de una palabra no siempre corresponde con su uso o significado real, como «deditos de pescado», por ejemplo. No son deditos de pescado reales, pues los pescados no tienen dedos. Muchos teólogos del pacto tratan de argumentar que debido a que *qahal* a veces se traduce como *ekklesía en la* Septuaginta, eso significa que la iglesia existía en el Antiguo Testamento y, por lo tanto, la iglesia no es una entidad nueva que comenzó con la resurrección y ascensión de Jesús. Pero este es un argumento falaz basado en un estudio de palabras ilegítimo y truncado, donde equiparan *qahal* con *ekklesía*. Y tratan de argumentar que *ekklesía* en la Septuaginta se refiere al pueblo especial de Dios. Eso es simplemente falso.

Un ejemplo típico es Wayne Grudem, quien postula en su muy popular teología sistemática que «la iglesia es solo una continuación del

patrón establecido por Dios en el Antiguo Testamento […] Hay varias indicaciones *en el Antiguo Testamento* de que Dios pensaba en su pueblo como una "iglesia", un pueblo reunido con el propósito de adorar a Dios[3]». Además, alega que, «durante el ministerio terrenal de Jesús […] La verdadera iglesia existía en el sentido de que consistía en todos los verdaderos creyentes en Israel durante ese tiempo[4]». Él llega a estas conclusiones erróneas basándose en un estudio forzado y equivocado de la palabra griega *ekklesia* y cómo la emplea la Septuaginta. Grudem argumenta que el uso de la palabra ekklesía en la Septuaginta es paralelo a la forma en que el Nuevo Testamento usa ekklesía. Esto es categóricamente falso. Grudem escribe: «los autores del Nuevo Testamento pueden hablar del pueblo de Israel del Antiguo Testamento como una "iglesia" (*ekklēsía*)[5]». Continúa diciendo que la iglesia existía en el Antiguo Testamento basándose en «el uso extensivo de la palabra *ekklēsía* en la Septuaginta para referirse a las asambleas[6]».

El teólogo del pacto, John Frame, al igual que Grudem, está confundido acerca de lo que es la iglesia, cuándo comenzó y cuál es el significado de *qahal* en hebreo y el uso de *ekklesía* en la LXX. Frame escribe: «la iglesia se remonta al jardín del Edén[7]». Luego continúa diciendo que la Iglesia en realidad comenzó con la creación de Israel en el desierto, como se describe en Deuteronomio, que tuvo lugar miles de años después: «este es el principio de la iglesia. Fue en este día que la nación de Israel se convirtió, por pacto, en la nación santa de Dios[8]». Luego pasa a alegar que «Israel era la iglesia del antiguo pacto; la iglesia del Nuevo Testamento es el Israel del nuevo pacto[9]». Él dice que la iglesia comenzó en el Edén, luego que comenzó en el desierto, y luego continúa diciendo que comenzó en Pentecostés. Más adelante escribe: «la iglesia es el pueblo de Dios en todas las épocas[10]».

Pero la Biblia nunca dice que la iglesia existió en el Edén. El Antiguo Testamento nunca menciona a la iglesia. El Pentateuco nunca llama *iglesia* al pueblo de Dios que está con Moisés en el desierto. La Biblia nunca dice que Israel es la iglesia, ni tampoco que la iglesia del Nuevo Testamento es Israel o que ha suplantado a Israel. Frame simplemente declara que estas cosas son así. La única manera de llegar a tales

conclusiones es imponer el modelo teológico de uno mismo en las Escrituras (en este caso, el sistema es la Teología del Pacto) e ignorar la exégesis consistente del texto real. Los teólogos del pacto también emplean un enfoque alegórico, en lugar de un enfoque histórico-literal-gramatical de la hermenéutica, con el fin de convertir al Israel étnico en la entidad de la iglesia. Frame hace estas afirmaciones basándose en el mismo estudio de palabras truncado y demasiado simplista que siguió Grudem, equiparando la palabra hebrea *qahal* con el uso de ekklesía en la Septuaginta[11]. Y al igual que Grudem, Frame ignora convenientemente la palabra hebrea *edah,* que es la palabra específica del Antiguo Testamento que consistentemente se refería al pueblo especial de Dios, la teocracia de los israelitas, y que con frecuencia es traducida por la LXX como *sinagoga*.

Edah, la palabra específica para «congregación»

La segunda palabra hebrea que se usa para «asamblea» es *edah*, traducida muchas veces en español como «congregación». Esta palabra es similar a *qahal*, pero conserva sus matices únicos a lo largo del Antiguo Testamento. En primer lugar, es una palabra más específica que *qahal*. En segundo lugar, en el Antiguo Testamento se refiere rutinariamente a los israelitas, no a los paganos como puede hacerlo *qahal*. Tercero, nunca se traduce en la Septuaginta con la palabra *ekklesía*. Cuarto, la Septuaginta favorece traducirlo con la palabra *synagōgē*. Quinto, recuerda que *qahal* a veces es traducida por la Septuaginta con la palabra griega *synagōgē*.

En su estudio definitivo, Lothar Coenen contrasta los usos del Antiguo Testamento de *qahal* y *edah*, así como su uso por la LXX. Coenen señala que «la palabra en práctica abarca al pueblo [de Israel] como comunidad en todas sus funciones […] en contraste con *qāhāl, 'ēdâh* nunca se refiere a ningún otro pueblo que no sea Israel y claramente no necesita ninguna otra calificación especial […] El *'ēdâh* es siempre todo [el pueblo de Israel] y no admite sectarismo alguno[12]». ¡Así que *edah* siempre se refiere a los israelitas! Consistentemente en el Antiguo Testamento, el único pueblo de Dios es el *edah* o el *synagōgē* (los judíos), no el *qahal*, o *ekklesía* como Grudem trata de argumentar.

Es significativo notar que, en su estudio sobre la iglesia, Grudem ni siquiera menciona *edah* y su importancia como la asamblea del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento.

Coenen continúa haciendo varias otras observaciones clave sobre *edah* cuando se contrasta con *qahal*:

> Si uno compara el uso de las dos palabras hebreas, queda claro, a partir de los pasajes en los que ambas ocurren en el mismo contexto (p. ej., Éx. 12:1 ss.; 16:1. ss; Nm. 14:1. ss; 20:1 ss.; 1 Re. 12:1 ss.), que *'ēdâh* es el término inequívoco y permanente para la comunidad del pacto como un todo […]
>
> El judaísmo en la época de los Tárgumes no se asociaba con el *qāhāl* sino con el *'ēdâh*. La vida común estrictamente regulada de los *'ēdâh,* tal como la exponían los sacerdotes […] era su modelo […] no el *qāhāl* con su forma básicamente menos determinada como respuesta ocasional a los llamados a la acción. Siempre hay algo indefinible en el *qāhāl*, porque abarca solo a aquellos que han escuchado el llamado y lo están siguiendo. *'ēdâh*, por otro lado, es la comunidad permanente en la que uno nacía y en la que uno poseía, si era un hombre, ciertos derechos y deberes en una medida exactamente determinada y definida […]. *Synagōgē* [en oposición a *ekklēsía*], por otro lado […] se usaba claramente para denotar la comunidad religiosamente definida de Yahweh[13].

Observa algunos ejemplos de cómo *edah* se emplea típicamente en el Antiguo Testamento, y nuevamente nota la traducción de la palabra en la Septuaginta:

1) Éxodo 12:3:
«Hablen a toda la <u>congregación</u> [LXX = synagōgēn] de Israel y digan: "El día diez de este mes cada uno tomará para sí un cordero"».

2) Números 20:1:
«Toda la <u>congregación</u> [LXX = synagōgē] de los israelitas llegaron al

desierto de Zin en el mes primero».

3) Levítico 4:13:
«Si toda la congregación [LXX = synagōgē] de Israel es la que comete error, y el asunto pasa desapercibido a la asamblea, y hacen cualquiera de las cosas que el SEÑOR ha mandado que no se hagan, haciéndose así culpables».

A la luz de lo anterior, podemos resumir algunas verdades básicas con respecto al uso de palabras y vocabulario relevante para el uso eventual de las palabras *synagōgē* y *ekklesía en* el Nuevo Testamento basado en el uso del Antiguo Testamento:

1) *Edah* se refiere más específicamente a la asamblea de Dios en el Antiguo Testamento en lugar de *qahal*.
2) *Qahal* se refiere a los paganos, a los malvados y a los muertos, no solo al pueblo de Dios.
3) *Ekklesía* en la Septuaginta no siempre se refiere al pueblo de Dios.
4) *Synagōgē* se refiere al pueblo especial de Dios, los israelitas, en la Septuaginta.
5) *Qahal* y *edah* nunca se traducen en las Biblias en español con la palabra «iglesia».
6) La palabra «iglesia» no existe en el Antiguo Testamento.
7) No hay mención de una «iglesia» en los Evangelios antes de que Jesús comenzara Su ministerio, pero había seguidores sinceros de Yahweh en ese momento.
8) El pueblo de Dios durante el ministerio de Jesús en la tierra nunca se reunió como una «iglesia», sino siempre como «los judíos» o «las multitudes» en una sinagoga o alrededor del Templo.

La iglesia de acuerdo a Jesús

Al leer los cuatro Evangelios es obvio que la iglesia no existía antes del ministerio de Jesús, ni durante Su ministerio. Jesús nunca menciona una «iglesia» que existiera en el Antiguo Testamento o en su propio día. Jesús nació judío (Mt. 2:2), vino a los judíos (Jn. 1:11), restringió su ministerio a Israel y a los judíos (Mt. 15:24), fue un rabino judío (Jn.

1:49) que enseñó en las sinagogas judías (Lc. 4:15) y en el templo judío (Lc. 19:47), y celebró todos los días santos judíos ordenados en la Torá judía (Mt. 3:15). En su inquisición, Jesús le dijo a Pilato que Él era «el rey de los judíos» (Mt. 27:11). La «iglesia» está completamente ausente durante el transcurso de los treinta y tres años de Jesús en la tierra.

Significativamente, Jesús se refiere a la iglesia solo tres veces durante su ministerio de tres años, y solo en dos de esas ocasiones menciona la palabra «iglesia». Los tres pasajes son Mateo 16:18, Mateo 18:17 y Juan 10:16. En Juan diez, Jesús no usa la palabra «iglesia», pero definitivamente es una profecía acerca de la iglesia. Después de sanar a un hombre ciego de nacimiento en día de reposo (9:1-7), Jesús estaba siendo desafiado por los fariseos críticos.

En respuesta, Jesús los confrontó públicamente revelándoles que Él era la «puerta» al cielo (10:7) y el «buen pastor» del pueblo de Dios (10:14). Jesús afirmó que Él era el pastor de los creyentes judíos. Luego declaró que Él era el pastor de los creyentes no judíos cuando hizo la siguiente declaración profética a Su audiencia judía: «Tengo otras ovejas que no son de este redil; a esas también yo debo traerlas, y oirán Mi voz, y serán un rebaño con un solo pastor» (10:16). En este versículo, Jesús estaba haciendo una predicción (nótese el tiempo futuro de los verbos usados) acerca de una realidad que aún no existía: Él iba a unir a judíos y no judíos después de Su muerte en una familia espiritual que más tarde se llamaría la «iglesia».

La única vez que la palabra «iglesia» aparece en los Evangelios es en Mateo. Jesús menciona a la iglesia por primera vez en el 16:18 al final de su ministerio cuando se dirigía a la cruz (16:21). Cuando estaba con Sus discípulos en Cesarea de Filipo, Pedro declaró a través del Espíritu Santo que Jesús era «el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (16:16). Jesús elogió a Pedro por la declaración divina y luego procedió a hacer esta profecía sin paralelo acerca de la iglesia: «Yo también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré Mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella».

De esta declaración se desprende claramente que Jesús está hablando de algo que va a hacer en el futuro; aún no había sucedido.

Por primera vez en la historia iba a edificar Su iglesia. Usa un verbo en tiempo futuro para «edificar[14]». Y también por primera vez, usa la palabra *ekklesía* en referencia a la iglesia. Y Él designa a esta iglesia como Su propia posesión, «Mi iglesia», o «la iglesia de Jesucristo». Hasta ese momento, «la iglesia de Jesucristo» no existía. No había iglesia de Jesucristo en el Antiguo Testamento, en el período intertestamentario, en Israel antes de que Jesús comenzara Su ministerio público, ni durante todo el ministerio público de Jesús. Esta sería una nueva entidad creada por Jesús mismo, basada en la obra de Su inminente muerte, resurrección y ascensión.

La segunda vez que Jesús usa la palabra «iglesia» es en Mateo 18:17: «Y si rehúsa escucharlos, dilo a la iglesia; y si también rehúsa escuchar a la iglesia, sea para ti como el gentil y el recaudador de impuestos». Aquí Jesús les estaba diciendo a Sus apóstoles cómo administrar la iglesia una vez que llegue a existir. Los apóstoles de Jesús fueron comisionados para comenzar la iglesia de Cristo, e incluso son llamados el «fundamento» de la iglesia en el libro de Efesios (2:20). En este pasaje, Jesús instituye el proceso cuádruple de disciplina de la iglesia que los apóstoles implementarían cuando se convirtieran en los primeros ancianos y pastores de la primera iglesia en Jerusalén, como se describe en el libro de los Hechos.

Así que de la propia boca de Jesús está claro que la iglesia no existía durante el tiempo de Su ministerio o incluso antes. Era algo nuevo: vino nuevo para odres nuevos. Él edificaría la iglesia por primera vez después de llevar a cabo Su obra expiatoria.

El nacimiento de la iglesia

Justo antes de su muerte, Jesús prometió a Sus discípulos que Él edificaría la iglesia (Mt. 16:18). Él les dijo que Su muerte sacrificial sería el catalizador para esta nueva asamblea del pueblo de Dios, judíos y no judíos hechos uno (Jn. 10:11, 15-18). Pablo acentuó esta verdad cuando les dijo a los ancianos de Éfeso que Jesús estableció «la iglesia de Dios, la cual Él compró con Su propia sangre» (Hch. 20:28).

Además de la promesa explícita que Jesús hizo acerca de la edificación de la iglesia, también indicó a sus discípulos que la venida

del Espíritu Santo sería clave para hacerla realidad. Jesús edificaría Su iglesia sobre la obra de Su expiación, así como a través del poder sobrenatural y vivificador del Espíritu Santo de Dios, la tercera persona de la Trinidad. Días antes de Su muerte, Jesús prometió que enviaría Su Espíritu Santo en Su ausencia a Sus seguidores:

> Entonces Yo rogaré al Padre, y Él les dará otro Consolador para que esté con ustedes para siempre; es decir, el Espíritu de verdad (Jn. 14:16-17).

El Espíritu Santo estaba con el pueblo de Dios en el Antiguo Testamento (Sal. 139:7-12), pero después de la ascensión de Jesús, el Espíritu Santo vendría de una manera nueva, más personal, íntima y permanente que nunca antes, a todos aquellos que serían parte de la iglesia de Jesucristo. Jesús hizo esta promesa cuando dijo a Sus seguidores que el Espíritu estaría «en ustedes» (Jn. 14:17). Jesús continuó reiterando la importancia de la venida del Espíritu Santo después de su partida:

> Pero Yo les digo la verdad: les conviene que Yo me vaya; porque si no me voy, el Consolador no vendrá a ustedes; pero si me voy, se lo enviaré (Jn. 16:7).

El Espíritu Santo inauguraría un día nuevo y sin precedentes en la historia del plan de redención de Dios. Pero el Espíritu Santo de la promesa no podía venir y establecer la iglesia y morar en todos los creyentes hasta que Cristo muriera, resucitara y ascendiera de nuevo al cielo. Una vez más, Jesús declaró esta verdad a sus seguidores:

> «El que cree en Mí, como dice la Escritura: "De lo más profundo de su ser brotarán ríos de agua viva"». Pero Él decía esto del Espíritu, que los que habían creído en Él habían de recibir; porque el Espíritu no había sido dado todavía, pues Jesús aún no había sido glorificado (Jn. 7:38-39).

Aquí Jesús deja claro que algo nuevo, diferente y mejor está por venir

cuando llegue el Espíritu Santo. Jesús afirma enfáticamente que el Espíritu Santo aún no había sido dado a los creyentes individuales de la manera en que lo será en la glorificación de Cristo.

Después de que Jesús resucitó de entre los muertos, se apareció a Sus apóstoles en el transcurso de cuarenta días antes de ascender de nuevo al cielo. En una de esas ocasiones, Él fue a Jerusalén para comisionarlos, recordándoles su misión: llevar el evangelio hasta los confines de la tierra (Lc. 24:36-53). Pero antes de que pudieran comenzar con esa misión, necesitaban ser empoderados y equipados con la morada del Espíritu Santo. La venida del Espíritu Santo era la gran promesa que les había dicho anteriormente, y por eso en este caso les recuerda:

> Ustedes son testigos de estas cosas. Por tanto, Yo enviaré sobre ustedes la promesa de Mi Padre; pero ustedes, permanezcan en la ciudad hasta que sean investidos con poder de lo alto (Lc. 24:48-49).

Esa «promesa» del Padre era la venida del Espíritu Santo. ¡Y la venida del Espíritu Santo traería consigo «poder de lo alto»!

Al final de los cuarenta días justo antes de Su ascensión, Jesús recuerda a Sus discípulos una vez más la «promesa»: el derramamiento del Espíritu Santo:

> Y reuniéndolos, les mandó que no salieran de Jerusalén, sino que esperaran la promesa del Padre: «La cual oyeron de mí... serán bautizados con el Espíritu Santo dentro de pocos días... recibirán poder cuando el Espíritu Santo venga sobre ustedes; y serán Mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra» (Hch. 1:4-5, 8).

Inmediatamente después de esto, Jesús ascendió al cielo mientras sus seguidores miraban. Luego, un grupo de discípulos de Jesús, que sumaba 120 personas (Hch. 1:15), esperaban juntos en oración en el aposento alto de Jerusalén, esperando pacientemente que viniera «la promesa» como dijo Jesús.

Y la promesa llegó, en «el día de Pentecostés» (Hch. 2:1). Cuando estaban todos juntos en un solo lugar, el Espíritu Santo de la promesa descendió y marcó el comienzo de la nueva era de la iglesia de Jesucristo:

> Y de repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso que llenó toda la casa donde estaban sentados. Se les aparecieron lenguas como de fuego que, repartiéndose, se posaron sobre cada uno de ellos. Todos fueron llenos del Espíritu Santo (Hch. 2:2-4).

El Espíritu Santo vino públicamente sobre los primeros creyentes de Jesucristo ese día y creó todo un espectáculo. Había peregrinos judíos de todo el mundo en Jerusalén en ese momento para celebrar las fiestas sagradas y estas multitudes masivas presenciaron el descenso del Espíritu en poder y gloria. Los espectadores quedaron impresionados por lo que vieron. Lucas dice que estaban «desconcertados», «asombrados y se maravillaban» (Hch. 2:6-7). Se preguntaban: «¡¿Qué es esto?! ¿Qué está pasando?». Nunca habían visto nada igual. Pedro les respondió y dijo: «Hombres de Judea y todos los que viven en Jerusalén […] esto es lo que fue dicho por medio del profeta Joel» (2:14, 16). Joel habló de una era venidera en la que Dios derramaría Su Espíritu Santo de manera universal, individual y colectiva, sobre todos los que creen en el Mesías: «"Y sucederá en los últimos días", dice Dios, "que derramaré de mi Espíritu sobre toda carne"» (Hch. 2:17; cfr. Joel 2:28).

Este fue el nacimiento de la iglesia. Este fue el cumplimiento de la promesa que Jesús hizo a Sus discípulos. Esta era la realidad de la que Pablo hablaría al escribir: «Por un mismo Espíritu todos fuimos bautizados […] A todos se nos dio a beber del mismo Espíritu» (1 Co. 12:13). Pedro luego testificaría que ese día fue el «principio» de la iglesia (Hch. 11:15). De ese momento en adelante, Lucas procedería a llamar a los seguidores de Jesucristo como «la iglesia» en el libro de Hechos. Es importante que en su evangelio, Lucas nunca usó la palabra «iglesia» para describir al pueblo de Dios, pero en el libro de Hechos él usa

ekklesía veintitrés veces para referirse a los seguidores de Cristo. Eso es porque la iglesia empezó a existir por primera vez en el día de Pentecostés. Nuevamente, Coenen nos es útil al explicar:

> Se puede decir con certeza que todos los escritores cristianos primitivos usaron *ekklesía* solo para aquellas comunidades que surgieron después de la crucifixión y resurrección de Jesús. No se usa para el período del Jesús histórico ni para describir a los discípulos que se reunieron en torno a Él.[15]

La identidad de la iglesia

Ahora que se ha establecido que la iglesia comenzó en el día de Pentecostés, hay varias verdades concluyentes acerca de la iglesia que necesitan ser resaltadas. La primera es esclarecer la identidad de la iglesia. A diferencia de los teólogos del pacto que diluyen el significado distintivo de la iglesia aplicándola a todos los creyentes de todas las eras, nosotros sostenemos que la Biblia reserva el término «iglesia» para el cuerpo de creyentes del Nuevo Testamento fundado por Jesucristo.

La iglesia se refiere a una asamblea de creyentes unidos por la creencia en el evangelio, que son añadidos al cuerpo espiritual de Cristo por el Espíritu Santo (1 Co. 12:13) en el momento de la regeneración o justificación (Tit. 3:3-6), cuando se arrepienten de sus pecados y ponen su fe en Jesús, el Señor y Salvador (Ro. 10:9-10). Mientras estén en la tierra, deben ser parte de un cuerpo local de creyentes que se reúnen regularmente (He. 10:25) para adorar (Jn. 4:24), tener comunión (Hch. 2:42-46), edificación (Ef. 4:12) y celebrar las ordenanzas (1 Co. 11). Los autores del Nuevo Testamento usaron la palabra griega *ekklesía* en referencia a la iglesia de tres maneras:

1. Al referirse a una asamblea de la iglesia local, generalmente en una ciudad específica (1 Ts. 1:1);

2. al referirse a un grupo de iglesias en una región (Gá. 1:2);

3. y al referirse a la iglesia universal que incluía a todos los seguidores de Cristo en todo el mundo en los días de Pablo (Gá. 1:13), así como

a todos los creyentes desde el día de Pentecostés hasta el regreso de Cristo (Ef. 5:25)[16].

La Iglesia es un misterio

El apóstol Pablo llama a la iglesia un «misterio». El Nuevo Testamento usa la palabra misterio (griego, *musterion*) unas veintisiete veces; tres veces en los Evangelios (Mt. 13:9; Mr. 4:1; Lc. 8:10), veinte veces por Pablo (1 Co. 2:7; 4:1; 13:2; 14:2; 15:51; Ef. 1:9; 3:3-4, 9; 5:32; 6:19; Col. 1:26-27; 2:2, 4:3; 2 Ts. 2:7; 1 Ti. 3:9, 16) y cuatro veces por Juan en Apocalipsis (1:20; 10:7; 17:5, 7). En la Biblia, un *misterio* es una nueva verdad que ha sido revelada y que antes estaba oculta o era desconocida. Esto es diferente a cómo usamos la palabra misterio; pensamos en un misterio como un secreto que no puede ser descubierto.

Algunas verdades comunes acerca de los veintisiete usos de la palabra *misterio* en el Nuevo Testamento incluyen las siguientes: un misterio es siempre una revelación divina dada por Dios; siempre es información nueva; era información que no fue revelada en el Antiguo Testamento; es información dada por Jesús o los apóstoles; es información que Dios espera que Su pueblo entienda; es información destinada a todos los santos; la mayoría de los misterios son relacionados con la doctrina de la Iglesia; y todos los misterios son posibles gracias a la obra redentora de Jesús.

Con respecto a que la iglesia es un misterio, Pablo lo llama el «misterio de Cristo» (Ef. 3:4). Él dice que este misterio acerca de la iglesia no fue conocido por las generaciones anteriores, sino que fue revelado por primera vez en la historia a través de «Sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu» (3:5). Y el misterio de la iglesia es «que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, participando igualmente de la promesa en Cristo Jesús mediante el evangelio» (3:6). El misterio no es la idea de que los gentiles serían salvos. Dios estaba salvando a los gentiles desde el principio de los tiempos: Abel era gentil, al igual que Melquisedec, Job, Noé y muchos otros. Dios le dijo a Abram que los gentiles serían bendecidos a través de su linaje (Gn. 12:3). La salvación de los gentiles no era ningún secreto; no era un

misterio oculto revelado por primera vez en el Nuevo Testamento.

Entonces, ¿cuál era el misterio? Era que el judío y el gentil se convertirían en «un nuevo hombre», un cuerpo espiritual, o familia, basado en la obra de Cristo. Y a diferencia del Antiguo Testamento bajo la teocracia de Israel, donde los gentiles tenían que convertirse en judíos para ser aceptados por Dios, los gentiles ahora se unirían directamente al Jesús resucitado en el Cuerpo de Cristo basándose únicamente en abrazar el evangelio. Y como tales, los gentiles disfrutarían de igual estatus, con todos los derechos y privilegios, que cualquier judío creyente. Y al creer, cada santo sería permanentemente habitado por el Espíritu Santo de Dios y completamente perdonado de todos los pecados, sin necesidad de volver a hacer sacrificios de animales. Todas estas eran realidades y beneficios nuevos, gloriosos y sin precedentes que el pueblo de Dios nunca había experimentado en tiempos pasados.

Nombres de la Iglesia

La iglesia es descrita con muchos nombres, imágenes y metáforas diferentes en el Nuevo Testamento. Eso da testimonio de la naturaleza orgánica, la complejidad, la diversidad y la singularidad de la iglesia. La obra clásica de Paul Minear*, Imágenes de la Iglesia en el Nuevo Testamento*, sugiere que hay 96 descripciones diferentes de la iglesia que se encuentran en las Escrituras. Aquí mencionaremos las principales. Es importante notar que todos los nombres dados a la iglesia en el Nuevo Testamento enfatizan o se vinculan con la relación de la iglesia con Dios a través de la persona y la obra de Jesucristo, ya que Él es la Cabeza, Esposo, Salvador, Señor, Pastor, Piedra Angular y Juez de la iglesia.

El pueblo de Dios

Primero, la iglesia es llamada «el pueblo de Dios». Pedro escribió: «vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia.» (1 Pe. 2:10; RVR1960). Esta designación también se usa en el Antiguo Testamento para la

relación especial de Dios con los israelitas (Dt. 26:17-18; 32:9; cfr. He. 11:25). Esto no significa que la iglesia sea el Nuevo Israel; simplemente significa que la iglesia tiene algo en común con Israel, y es que la iglesia e Israel son posesión personal de Dios y Él tiene una relación única y personal con ellos.

Aquellos que no conocen a Dios no son Su pueblo, ni Su posesión, son extranjeros y huérfanos y no son parte de la familia de Dios. Tengo cuatro hijos, ellos son «mi pueblo». Pero no todos son idénticos; todos son diferentes y únicos. Así también es verdad para el pueblo de Dios de todas las épocas, desde Abel en el mundo antediluviano, Abraham después del Diluvio, Aarón bajo el Pacto Mosaico, Ana en el nacimiento de Cristo (Lc. 2:26), Apolos de la era de la iglesia (1 Co. 16:12), hasta los santos que se opondrán al Anticristo durante la venidera Gran Tribulación mundial (Ap. 6:11), todos ellos son «el pueblo de Dios», sin embargo, todos ellos conservan una identidad distinta. Así que la designación de «pueblo de Dios» es un término técnico muy específico que preserva una continuidad entre el pueblo de Dios de todas las épocas.

El rebaño de Dios

La iglesia también es llamada el rebaño de Dios, porque los cristianos son las ovejas de Jesús el Pastor (Jn. 21:15-16). Pablo mandó a los ancianos de la iglesia de Éfeso: «Tengan cuidado de sí mismos y de toda la congregación, en medio de la cual el Espíritu Santo les ha hecho obispos para pastorear la iglesia de Dios, la cual Él compró con Su propia sangre» (Hch. 20:28). El pueblo de Dios en el Antiguo Testamento también era considerado ovejas Suyas (Jr. 50:6). La metáfora del «rebaño» enfatiza a la iglesia como una entidad corporativa que depende de su seguridad, bienestar, provisión y dirección dada por Jesús, el Buen Pastor.

La familia de Dios

La iglesia es descrita como la familia de Dios, con Dios como Padre, Jesús como Hermano Mayor (He. 2:11) y el Hijo distinto en la familia, y los creyentes siendo designados como hijos, hijas, descendientes,

bebés, hermanas y hermanos unos de otros, todos adoptados en la familia espiritual de Dios por la fe en Cristo (Jn. 1:12). La familia habla de la intimidad más profunda entre una entidad corporativa; y ese es el plan de Dios para la iglesia. Mientras que las familias terrenales no son eternas, sino que son solo temporales (Lc. 20:34-35), la familia de Dios existirá por toda la eternidad.

El concepto de una familia espiritual también se ve en el Antiguo Testamento cuando Dios se relaciona con Su pueblo. Así que, al igual que «el pueblo de Dios» y «el rebaño de Dios», la «familia de Dios» tiene una continuidad de identidad heredada de las generaciones anteriores en lo que respecta a la identificación del pueblo de Dios.

La Novia de Cristo

El Nuevo Testamento dice que la iglesia es la novia o la esposa de Cristo (Ef. 5:24-25). Dios está creciendo y madurando la iglesia como la novia de Cristo en preparación para su futura boda con Jesús el Novio (Ef. 5:27). Pablo le dijo a la iglesia de Corinto: «pues los desposé a un esposo para presentarlos como virgen pura a Cristo» (2 Co. 11:2).

El Antiguo Testamento también retrató a Israel como la esposa de YHWH. Dios le dijo a Israel: «Porque tu esposo es tu Hacedor, El SEÑOR de los ejércitos es Su nombre […] te ha llamado el SEÑOR, y como a esposa de la juventud que es repudiada» (Is. 54:5-6). Todo el libro de Oseas describe a Dios como un esposo que perdona y a Israel como una esposa descarriada.

La metáfora que describe a Dios como esposo y a Su pueblo como la novia es una imagen de la intimidad más profunda y revela el profundo amor, cuidado y afecto de Dios por Su pueblo, con quien está comprometido eternamente. El apóstol Juan describe el gran día de las bodas celestiales que está por venir, cuando Dios el Salvador se case formalmente con Su novia, lo que incluye a creyentes de todas las eras: «Regocijémonos y alegrémonos, y démosle a Él la gloria, porque las bodas del Cordero han llegado y Su esposa se ha preparado» (Ap. 19:7).

El Templo de Dios

No todas las metáforas que representan a la iglesia tienen continuidad con el pueblo de Dios del Antiguo Testamento; un ejemplo es la designación «templo» de Dios para ella. Los santos del Antiguo Testamento nunca fueron llamados el templo de Dios, pero la iglesia es comparada con el templo de Dios. Pedro dice: «también ustedes, como piedras vivas, sean edificados como casa espiritual para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo» (1 Pe. 2:5; cfr. 1 Ti. 3:15).

En el Antiguo Testamento, el templo es donde moraba la presencia de Dios: en un edificio. En el Nuevo Testamento las cosas han cambiado. Ahora la presencia de Dios habita literalmente en cada cristiano (Ro. 8:9) y en la iglesia corporativamente a través del Espíritu Santo (Ef. 2:18, 22). Esta es una nueva realidad. Y puesto que el mismo Espíritu mora en cada verdadero creyente, se garantiza una identidad y unidad inquebrantables del corazón entre el diverso pueblo de Dios.

El Cuerpo de Cristo

El nombre más singular que se le da a la iglesia es «el cuerpo de Cristo». Esta era una de las designaciones favoritas de Pablo (que emplea treinta y tres veces) para la iglesia y no se encuentra en ninguna parte del Antiguo Testamento, es completamente nueva. Jesús nunca se refirió a la iglesia como «el cuerpo de Cristo» y tampoco lo hicieron Sus doce apóstoles. Pablo es el único autor del Nuevo Testamento que usa esta frase, lo cual hace en cuatro de sus epístolas. Pablo declara a la iglesia de Corinto: «Ahora bien, ustedes son el cuerpo de Cristo, y cada uno individualmente un miembro de él» (1 Co. 12:27).

A Pablo se le confiaron más «misterios» que a cualquiera de los otros apóstoles. La iglesia como el cuerpo de Cristo fue uno de esos misterios que Pablo reveló y que los otros apóstoles no conocían hasta que él lo reveló. Pedro sabía que Dios estaba usando a Pablo de una manera única para dispensar información que Jesús nunca enseñó públicamente durante Su ministerio de tres años. Pedro elogió a Pablo ante la iglesia refiriéndose a él como: «nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le fue dada. Asimismo, en todas sus cartas habla

en ellas de esto; en las cuales hay algunas cosas difíciles de entender» (2 Pe. 3:15-16).

La metáfora de un cuerpo resalta la unidad de la iglesia entre la pluralidad y la armonía entre la diversidad. Cada cristiano es un miembro indispensable del cuerpo espiritual de Cristo, y Cristo es la cabeza del cuerpo (Ef. 5:23), que proporciona vida al cuerpo a través del Espíritu Santo vivificador.

La Iglesia no es Israel

La iglesia de Cristo es distinta a Israel. Israel, como pueblo de Dios, no ha sido reemplazado por la iglesia. Hoy en día, los teólogos del pacto argumentan que la iglesia es el «Israel espiritual», y por lo tanto la iglesia supuestamente ha suplantado a la nación de Israel como pueblo de Dios. Como tal, las promesas del Antiguo Testamento que se hicieron a la nación de Israel ahora se cumplirán en la iglesia del Nuevo Testamento. También argumentan que la iglesia existió en el Antiguo Testamento, y en el futuro, incluyendo la eternidad, no habrá distinciones entre el Israel redimido y la iglesia del Nuevo Testamento, sino que todos los creyentes se fusionarán en un grupo homogéneo y no distinto de creyentes. Alegan que todas las distinciones que existían en el Antiguo Testamento y en el Nuevo Testamento serán eliminadas.

Grudem es el típico ejemplo de esto, cuando dice: «la iglesia incluye tanto a los creyentes del Antiguo Testamento como a los creyentes del Nuevo Testamento en una sola iglesia[17]». También dice que la iglesia es «el verdadero Israel de Dios en el cual las promesas del Antiguo Testamento a Israel encuentran su cumplimiento[18]». Él hace estas afirmaciones basándose en su punto de vista de que hay «muchos versículos del Nuevo Testamento que entienden a la iglesia como el "nuevo Israel[19]"».

Hay muchas razones bíblicas que explican por qué es erróneo el punto de vista anterior, que espiritualiza al Israel étnico, dejándolo en el olvido, y luego lo identifica como la iglesia. En primer lugar, el Nuevo Testamento nunca llama a la iglesia el nuevo Israel y nunca llama a la iglesia el «Israel espiritual». Hacerlo es *eiségesis*, no *exégesis*.

En segundo lugar, muchas promesas en el Antiguo Testamento que

Dios le hizo a Israel aún no se han cumplido, pero Dios prometió que se cumplirían a Israel. Una de las principales es que Dios le prometió a Israel que nunca los abandonaría, porque Él es el «Dios de Israel» (Sal. 72:18), el «Pastor de Israel» (Sal. 80:1) y «el Santo de Israel» (Is. 29:19). Israel era la nación escogida de Dios, «Israel Mi escogido» (Is. 45:4), Él nunca los abandonaría (Is. 41:17). Incluso si desobedecían, Israel sería preservado hasta el final, porque Dios prometió: «Alzaré un estandarte ante las naciones, reunirá a los desterrados de Israel, y juntará a los dispersos de Judá de los cuatro confines de la tierra» (Is. 11:12).

Otro ejemplo es la promesa de tierra que Dios hizo a Abram y a su «descendencia» (Gn. 15:18). Dios prometió darle a Israel la Tierra Prometida, con las fronteras que se extendían desde «el río de Egipto hasta el río grande, el río Éufrates». La nación de Israel nunca en la historia ha ocupado toda esa porción de tierra con esas fronteras, pero viene un día en que Israel recibirá esta promesa. Esta promesa de la tierra literal no es cumplida por la iglesia. La iglesia no posee ningún territorio en la tierra en este momento y no la ha hecho por 2,000 años. Pero Pablo dice que «los dones y el llamamiento de Dios» que Él hizo a la nación de Israel son «irrevocables» (Ro. 11:29). Como tal, en el futuro, el «endurecimiento parcial» temporal (11:25) que le ha sucedido a Israel será eliminado al final de la era y entonces «todo Israel será salvo» (11:26). En ese momento, Israel como nación finalmente llevará a cabo el cumplimiento total de la promesa de la tierra que Dios le hizo a Abraham en Génesis 15.

En tercer lugar, las palabras «Israel» y «judío» siempre se refieren al Israel étnico o a la tierra literal de Israel cuando se usan en la Biblia. Nunca se pretende que tengan un referente diferente más allá del Israel étnico. Los teólogos del pacto tratan de usar tres o cuatro versículos de Pablo en Romanos (2:28-29) y Gálatas (6:16) para argumentar que Pablo da un nuevo significado espiritualizado a las palabras «Israel» y «judío», mientras que ignoran el claro significado de estas dos palabras que se encuentran en casi 3,000 otros lugares de la Biblia. La palabra «Israel» aparece unas 2,500 veces en el Antiguo Testamento y siempre

se refiere a la persona Jacob, la tierra de Israel o el pueblo étnico de Israel. Nunca tiene un sentido espiritual o doble. Los Evangelios usan la palabra «Israel» más de treinta veces y siempre significa el Israel étnico. Jesús usó «Israel» siempre en su sentido literal, histórico, del Antiguo Testamento. Hechos menciona «Israel» veinte veces y siempre se refiere literalmente al Israel étnico. Y varias de estas referencias ocurren décadas después de que la iglesia comenzara a existir. Pablo usa la palabra «Israel» doce veces en Romanos, y siempre en un sentido literal y étnico.

Los Evangelios usan la palabra «judío/judíos» unas ochenta y seis veces, y siempre en un sentido literal, refiriéndose a los israelitas. Hechos se refiere a los «judíos» unas ochenta veces, y nunca de manera alegórica, sino siempre en referencia a los israelitas étnicos. Cuando Pablo usa la palabra «judío», siempre se está refiriendo a los descendientes de sangre de Abraham y no a la iglesia.

En cuarto lugar, el Nuevo Testamento enseña que la iglesia tiene una identidad distinta a la del Israel del Antiguo Testamento, y que esa identidad incluso será preservada en el próximo milenio y en el cielo por toda la eternidad. Los teólogos del pacto argumentan que en el cielo todas las distinciones entre los creyentes de todas las eras serán eliminadas y todo será conocido simplemente como «la iglesia». Pero Jesús argumenta lo contrario. Él predijo que en el futuro los apóstoles de la iglesia tendrían una identidad distinta a la de la nación creyente de Israel. En la Última Cena, Él prometió a Sus apóstoles: «así como Mi Padre me ha otorgado un reino, Yo les otorgo que coman y beban a Mi mesa en Mi reino; y se sentarán en tronos juzgando a las doce tribus de Israel» (Lc. 22:29-30). El apóstol Juan dice que en la Nueva Jerusalén, que es la ciudad eterna, se mantendrá la distinción entre los patriarcas de Israel y los apóstoles que fundaron la Iglesia del Nuevo Testamento. Él dice que las doce puertas de la ciudad celestial estarán inscritas con «los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel» (Ap. 21:12). Y al mismo tiempo, esa ciudad tendrá doce piedras fundamentales inscritas con «los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero» (21:14).

Borrar la identidad de todos en el cielo no es espiritual. Dios ama la diversidad y eso se reflejará por toda la eternidad. En el cielo estarán aquellos que fueron salvos en el transcurso de los primeros dos mil años antes de que Israel llegara a existir, hombres como Abel, Set, Noé, Melquisedec y Job, creyentes que no eran israelitas ni parte de la iglesia. Y estarán alrededor del trono glorioso de Dios adorando con los hijos de Israel del Antiguo Testamento y los cristianos que eran parte de la iglesia del Nuevo Testamento, junto con los santos de la tribulación, y todo tipo de diferentes grupos y clases de ángeles y otras innumerables criaturas celestiales. No habrá nada monolítico en la composición personal de los asistentes al cielo. El autor de Hebreos se refirió a estos diferentes grupos en el cielo cuando escribió: «la asamblea general e iglesia de los primogénitos que están inscritos en los cielos […] y a los espíritus de los justos hechos ya perfectos» (12:23).

La Iglesia y el Nuevo Pacto

¿Participa la iglesia en el Nuevo Pacto? En realidad, esta es una pregunta muy controvertida entre los evangélicos, pero no debería serlo. Las Escrituras son muy claras al respecto. Algunos hiperdispensacionalistas dicen que la iglesia no participa en el Nuevo Pacto porque el Nuevo Pacto fue una promesa que Dios hizo a la nación de Israel en el Antiguo Testamento, y puesto que la iglesia no existía en el Antiguo Testamento, la promesa del Nuevo Pacto no puede aplicarse a la iglesia. Otros hiperdispensacionalistas dicen que hay dos Nuevos Pactos, ¡un concepto totalmente ajeno a la Biblia! Pero tuvieron que inventar esta noción novedosa para preservar sus puntos de vista extremos de discontinuidad entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento y entre la teocracia de Israel y la iglesia del Nuevo Testamento. Los más famosos defensores de estos puntos de vista dispensacionales extremos fueron Lewis Sperry Chafer y John Walvoord del Seminario de Dallas.

La promesa del Nuevo Pacto es declarada más claramente por Dios en los libros de Jeremías y Ezequiel. El sacerdote y profeta Jeremías escribió lo siguiente alrededor del año 600 a. C.:

> «Vienen días», declara el SEÑOR, «en que haré con la casa de Israel y con la casa de Judá un nuevo pacto, no como el pacto que hice con sus padres el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto, Mi pacto que ellos rompieron, aunque fui un esposo para ellos», declara el Señor. «Porque este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días», declara el SEÑOR. «Pondré Mi ley dentro de ellos, y sobre sus corazones la escribiré. Entonces Yo seré su Dios y ellos serán Mi pueblo. No tendrán que enseñar más cada uno a su prójimo y cada cual a su hermano, diciéndole: "Conoce al SEÑOR", porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande», declara el SEÑOR, «pues perdonaré su maldad, y no recordaré más su pecado» (Jr. 31:31-34).

Hay varias verdades que deben destacarse de la profecía de Jeremías sobre el Nuevo Pacto:

1. Se le llama explícitamente «el nuevo pacto», en contraste con el «antiguo pacto» que fue el pacto mosaico que Dios dio a la nación de Israel en el desierto (Éx. 20).

2. El Nuevo Pacto sería dado a la nación de Israel, o a los judíos, «con la casa de Israel y con la casa de Judá». Esto se cumplió cuando Jesús, un judío, dio el Nuevo Pacto a Sus apóstoles, que eran todos judíos, hijos de Israel. La noche antes de Su muerte, Jesús convirtió la fiesta judía de la Pascua en la ordenanza cristiana de la Santa Cena al instituir el Nuevo Pacto a Sus Apóstoles. Lucas 22:19-20 dice: «Y tomando el pan, después de haber dado gracias, lo partió, y les dio, diciendo: "Esto es Mi cuerpo que por ustedes es dado; hagan esto en memoria de Mí". De la misma manera tomó la copa después de haber cenado, diciendo: "Esta copa es el nuevo pacto en Mi sangre, que es derramada por ustedes"».

3. El Nuevo Pacto sería interno, la Ley de Dios «escrita en los corazones», esto contrastaba con el Pacto Mosaico, que era externo, con sus 630 leyes y códigos escritos legalistas.

4. Todos los participantes del Nuevo Pacto conocerían a Dios personalmente. Si realmente has nacido de nuevo, entonces eres un participante del Nuevo Pacto; Si no has sido regenerado, entonces no lo eres. Esto era diferente de la Ley mosaica, donde muchos israelitas practicaban las leyes escritas externas requeridas por Moisés, pero no conocían ni amaban de corazón personalmente a Dios; en realidad estaban practicando un cumplimiento externo superficial de la Ley sin cumplirla de corazón. Aquellos que verdaderamente conocían y amaban a Dios de corazón eran el remanente fiel, siempre había entre los israelitas aquellos que eran judíos exteriormente, pero no judíos creyentes de corazón.

5. El Nuevo Pacto garantizaba el perdón completo de los pecados para aquellos que eran verdaderos participantes de él. Dios prometió: «No recordaré tus pecados». ¡Esa es la promesa más grande de la Biblia! El pacto mosaico no podía impartir el perdón de los pecados, solo Dios por Su gracia puede hacerlo. Hacer las obras de la Ley mosaica nunca hizo que nadie se ganara el perdón. La obra expiatoria de Jesucristo, administrada por medio del Nuevo Pacto, es lo único que resulta en el perdón completo y eterno.

Además de la asombrosa profecía de Jeremías, Ezequiel también habló de la venida del Nuevo Pacto alrededor del año 600 a. C.:

> Entonces los rociaré con agua limpia y quedarán limpios; de todas sus inmundicias y de todos sus ídolos los limpiaré. Además, les daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de ustedes; quitaré de su carne el corazón de piedra y les daré un corazón de carne. Pondré dentro de

> ustedes Mi espíritu y haré que anden en Mis estatutos, y que cumplan cuidadosamente Mis ordenanzas (Ez. 36:25-27).

La profecía de Ezequiel es similar a la de Jeremías, pero añade algunos detalles con respecto a la venida del Nuevo Pacto:

1. La promesa hecha a Ezequiel fue hecha a la nación de Israel tal como lo fue a Jeremías. Los apóstoles eran israelitas y recibieron la promesa del Nuevo Pacto de Jesús.

2. Ezequiel destaca que un elemento principal del Nuevo Pacto es el perdón personal de los pecados, tal como Jeremías lo destacó: «quedarán limpios».

3. Dios dice a través de Ezequiel: «les daré un corazón nuevo», tal como dijo Jeremías.

4. Una característica añadida por Ezequiel tiene que ver con el papel del Espíritu Santo de Dios; él dice: «pondré un espíritu nuevo dentro de ustedes […] Pondré dentro de ustedes Mi espíritu». Esta es la realidad del Espíritu Santo que mora en nosotros. En el Antiguo Testamento el Espíritu Santo no moraba permanentemente en todos los creyentes. Pero después de la muerte, resurrección y ascensión de Cristo, Él derramó Su Espíritu Santo sobre todos los creyentes de una manera nueva al poner Su Espíritu en todos los cristianos en el momento en que creen en el evangelio. Juan 7 es explícito al respecto: «Pero Él decía esto del Espíritu, que los que habían creído en Él habían de recibir; porque el Espíritu no había sido dado todavía, pues Jesús aún no había sido glorificado» (7:39).

Así que el Nuevo Pacto prometía una obra interna en el corazón, el conocimiento personal de Dios, la morada permanente del Espíritu Santo, el perdón completo y total, todo hecho posible por la obra

expiatoria de gracia del Mesías venidero, que murió por judíos y gentiles.

¿Participa la iglesia en el Nuevo Pacto a pesar de que originalmente fue prometido a Israel? ¡Absolutamente! Jesús es el cumplimiento y dispensador del Nuevo Pacto, y Jesús es el Salvador de todo el mundo, no solo de los judíos (Jn. 3:16; 4:42). «la salvación viene de los judíos» (Jn. 4:22), pero se extiende también a los no judíos por designio de Dios (Gn. 3:15; 12:3; Is. 42:6; 49:6). La verdad del evangelio fluyó a través de Israel antes de derramarse sobre la iglesia (Ro. 1:16). La iglesia gentil ha sido injertada en el olivo de bendición salvífica que fue prometido a Israel (Ro. 11:13-26).

Jesús dio el Nuevo Pacto a los apóstoles judíos, quienes a su vez se convirtieron en el fundamento de la iglesia cosmopolita de Cristo (Ef. 2). Ellos proporcionan estratégicamente el vínculo de continuidad y discontinuidad entre los creyentes del Antiguo Testamento y los cristianos del Nuevo Testamento que son la iglesia. ¿Participa la iglesia en el Nuevo Pacto? Claro; Eso es básico. Pablo dijo que él era un ministro del Nuevo Pacto (2 Co. 3:2). Pablo dijo que la iglesia celebra el Nuevo Pacto cada vez que practica la ordenanza de la Santa Cena, la Cena del Señor (1 Co. 11:25). El autor de Hebreos le dice a la iglesia que ellos son partícipes del Nuevo Pacto a través de la obra de Jesucristo a favor de ellos:

> Por eso Cristo es el mediador de un nuevo pacto, a fin de que habiendo tenido lugar una muerte para la redención de las transgresiones que se cometieron bajo el primer pacto, los que han sido llamados reciban la promesa de la herencia eterna (He. 9:15).

Resumen

En este capítulo el objetivo era definir claramente lo que es la iglesia según la Biblia. Notamos que la palabra «church» («iglesia» en inglés) deriva de la palabra griega *kyriakós*, que significa «del Señor». Relacionado con esta palabra está *kurios,* la palabra familiar del Nuevo

Testamento que significa «señor, maestro». El Nuevo Testamento dice: ¡«Jesús es el Señor»! Y la iglesia pertenece a Jesús el Señor. En español, la palabra «iglesia» deriva de *ekklesía*. *Ekklesía* era originalmente un término neutro y genérico que significaba «los llamados; una asamblea». Jesús le dio un nuevo significado cuando la aplicó a la institución que iba a construir después de ascender al cielo. A partir de ese momento, en el Nuevo Testamento, *ekklesía* se usó casi exclusivamente para referirse a la iglesia de Jesús. La palabra griega *ekklesía* no aparece en el Antiguo Testamento hebreo, y la palabra «iglesia» nunca se usa en las traducciones al español del Antiguo Testamento. La iglesia no existe en el Antiguo Testamento.

Dos palabras hebreas se usaban principalmente para referirse a una asamblea de personas: *qahal* y *edah*. *Edah* siempre se refería al pueblo de Dios; *qahal* era más general, menos específico, y a veces se refería al pueblo de Dios y a veces no. El uso de *ekklesía* en la Septuaginta griega no es evidencia de que la iglesia existiera en el Antiguo Testamento. El uso y la traducción de *edah* en la Septuaginta es en realidad más significativo. *Edah* se traslada al Nuevo Testamento identificándose con la sinagoga y los judíos que creían en YHWH.

Jesús prometió edificar Su iglesia, y esta comenzó por primera vez después de Su ascensión en el día de Pentecostés, siendo el fundamento puesto por los doce apóstoles. La iglesia no es Israel, sino una entidad completamente nueva, no conocida en el Antiguo Testamento, pero revelada como un misterio en el Nuevo Testamento a través de Pablo y los otros apóstoles. Hay continuidad y discontinuidad entre la iglesia e Israel. Esto se refleja en algunos de los nombres utilizados para describirlos. Ambas son llamadas el pueblo de Dios, la familia de Dios y la esposa de Dios, pero solo la iglesia es llamada templo y Cuerpo de Cristo. La iglesia participa del Nuevo Pacto basado en la vida y obra de Jesús, el Mesías judío y Cabeza de la iglesia. Habiendo definido la iglesia, pasamos ahora a la función de la iglesia local.

Notas

1. Lothar Coenan, *The New International Dictionary of New Testament Theology, Vol I [El nuevo diccionario internacional de teología del Nuevo Testamento, Vol 1],* ed. por Colin Brown (Grand Rapids: Zondervan, 1986), p. 291.
2. R. Laird Harris, Gleason Archer, Jr., Bruce Waltke, *Theological Wordbook of the Old Testament Vol. II [Libro teológico de palabras del Antiguo Testamento, Vol. II]*, (Chicago: Moody Press, 1980), p. 789.
3. Wayne Grudem, *Systematic Theology: An Introduction to Biblical Doctrine [Teología Sistemática: Una introducción a la doctrina bíblica]* (Grand Rapids: Zondervan, 1994), p. 853.
4. Ibíd,. 855. Para un estudio cuidadoso, exhaustivo y exegético sobre *ekklesía* relacionada con *edah* y *qahal*, ver «The Usage of the Word Ekklesia» [«El uso de la palabra *ekklesía*»] por Earl D. Radmacher, *What the Church is All About: A Biblical and Historical Study [De lo que trata la iglesia: un estudio bíblico e histórico]* (Chicago: Moody, 1972), pp. 115-186; 385-393.
5. Ibíd., p. 854.
6. Ibíd. Una de las declaraciones más erradas de Grudem sobre su estudio de *qahal* y su relación con «la iglesia» está en una nota al pie de página, en donde dice: «el término del Antiguo Testamento *qahal*, la palabra utilizada para hablar de la "congregación" o la "asamblea" del pueblo de Dios»*; Systematic Theology*, p. 853, npp. 2. Muchas veces *qahal* no se refiere a la asamblea del pueblo de Dios, por lo que aquí Grudem exagera el caso.
7. John M. Frame, *Systematic Theology: An Introduction to Christian Belief [Teología sistemática: Una introducción a la creencia Cristiana]*, (Phillipsburg: P & R Publishing, 2013), p. 1017.
8. Ibíd., p. 1018.
9. Ibíd.
10. Ibíd., p. 1019.
11. Ibíd., p. 1018.
12. Coenan, pp. 294-95.
13. Ibíd., pp. 295-96. McCune también tiene un resumen ejemplar del impacto que *qahal* y *edah* tienen en la palabra griega *ekklesía*:

«*Qahal* se refiere en realidad a la reunión o encuentro, no necesariamente a las personas que componen la reunión. La

palabra hebrea *'edah (*también *mo'ed*, ambos de *ya'ad,* designar), que significa *congregación, asamblea* o *compañía*, es más amplia que *qahal* y se refiere más a la gente como grupo, ya sea reunido o no (Lv. 4:13, 15; cfr. 8:3, 4). Una vez más, sin embargo, *ekklesía* no se usa para traducir *'edah*. Más bien, *sunagoge* se usa predominantemente para traducir *'edah* y también se usa para traducir *qahal* en algunos contextos *(cfr. St 2:2).*

Por lo tanto, los usos de *qahal/ekklesía* en la Septuaginta aportan poca información técnica sobre el significado de *ekklesía* como iglesia del Nuevo Testamento. *Ekklesía* tiene la misma connotación básica en la Septuaginta que en el griego secular.

¿Usaron los escritores del Nuevo Testamento *ekklesía* en el sentido secular o septuagintal? ¿O invistieron el término con un nuevo significado teológico? Este último parece ser el caso. Por lo tanto, un estudio de los usos seculares y septuagintales es de valor limitado para determinar el significado de *ekklesía* en el Nuevo Testamento"; Roland McCune, *A Systematic Theology of Biblical Christianity, Volume 3 [Teología sistemática del cristianismo bíblico, Vol. 3],* (Allen Park, MI: Detroit Baptist Theological Seminary, 2010), pp. 197-98.

14. Curiosamente, MacArthur dice en su comentario sobre Mateo que el tiempo futuro que Jesús usó en el 16:18 no significa tiempo futuro, y alega que la iglesia ya existía en el Antiguo Testamento y que no comenzó en Pentecostés: «Al usar el tiempo futuro, Jesús no estaba diciendo, como algunos sostienen, que Él no había edificado Su iglesia en el pasado. La idea es que Él continuaría edificando Su iglesia tal como siempre lo había hecho […] *iglesia* se usa aquí en un sentido general, no técnico, y no indica el cuerpo distinto de creyentes que comenzó a existir en Pentecostés. Jesús no estaba enfatizando el tiempo de su construcción, sino su certeza»; John MacArthur, *Matthew 16-23; The MacArthur New Testament Commentary [Mateo 16-23, El Comentario MacArthur del Nuevo Testamento*] (Chicago: Moody Press, 1988), p. 30.

Pero, por el contrario, el tiempo futuro no puede ser ignorado o redefinido; esta fue una profecía de lo que Jesús haría, no de lo que ya hizo. Y la palabra *iglesia* aquí se usa en un sentido técnico porque Jesús la modifica con el pronombre personal adjetivo, «Mi», que es muy específico, limitante y definitivo, por lo tanto,

técnico. MacArthur acierta en este versículo unos años más tarde en su Biblia de estudio, cuando dice esto acerca de Mateo 16:18: «Mientras que Dios ha reuniendo desde el principio de la historia redentora a quienes habrían de ser redimidos por gracia, la única iglesia que Él prometió construir comenzó en Pentecostés con la venida del Espíritu Santo. Con este el Señor bautizó a los creyentes pertenecientes a Su cuerpo, es decir, Su Iglesia»; *Biblia de Estudio MacArthur, NBLA* (Nashville: Editorial Vida, 2021), p. 1,345.

15. Ibíd., p. 298.
16. Vea la útil tabla de Gene Getz, «Use of the Word "church" (*ekklesia*) in the book of Acts and the Epistles» [«Uso de la palabra "iglesia" en el libro de Hechos y las epístolas»] en *Elders and Leaders: God's Plan for Leading the Church [Ancianos y líderes: el plan de Dios para liderar la Iglesia]* (Chicago: Moody Publishers, 2003), pp. 325-329.
17. Grudem, p. 861.
18. Ibíd., p. 862.
19. Ibíd., p. 861. Contrario a Grudem, no hay «muchos versículos del Nuevo Testamento que entiendan a la iglesia como el "nuevo Israel"». Más cercano a la verdad está el comentario de Dever: «El Nuevo Testamento identifica explícitamente a Israel y a la iglesia el uno con el otro en un solo lugar. En Gálatas 6:16»; *A Theology for the Church [Una teología para la iglesia]*, p. 769. Pero incluso el comentario de Dever es una exageración. La verdad es que el Nuevo Testamento nunca llama a la iglesia el *nuevo Israel*. El único versículo donde se puede deducir eso a través de la gimnasia hermenéutica es Gálatas 6:16, que dice: «Y a los que anden conforme a esta regla, paz y misericordia sea sobre ellos y sobre el Israel de Dios». Nótese que este versículo no menciona la palabra iglesia, y no hay razón para asignar un significado diferente a la palabra *Israel* que la forma en que Pablo siempre usa el término, es decir, como una designación para la nación de Israel: los judíos étnicos.

3

EL MANUAL PARA LA IGLESIA:

La prioridad de la Biblia

Guiado por la Biblia

Si uno quiere tener una visión apropiada de la iglesia, entonces uno necesita tener una visión apropiada de la Biblia. La Biblia es el modelo definitivo para definir la iglesia y para decirnos cómo debe funcionar. No todo el mundo estará de acuerdo con esta última frase. «¿Cómo debemos hacer las cosas en la iglesia hoy, en el siglo XXI?», se preguntarán muchos cristianos. Abundan las respuestas variadas. Y todo el mundo se apoyará en algún tipo de autoridad para responder a esa pregunta. Algunos mirarán a la tradición, o a la tradición de su denominación. Algunos se fijarán en los principios modernos de marketing del mundo de los negocios. Algunos recurrirán a innovaciones creativas contemporáneas. Muchos tomarán algunos principios bíblicos y los mezclarán con varias de las ideas precedentes que acabamos de mencionar. Y unos pocos tratarán de seguir fielmente lo que dice la Biblia.

Ese es el objetivo de este libro: presentar y dejar claro lo que la Biblia dice acerca de la iglesia y cómo hacer las cosas en ella. Para hacer

eso, es necesario entender la Biblia correctamente. E incluso antes de eso, también será imperativo entender cómo leer, estudiar e interpretar correctamente la Biblia. Con ese fin, este capítulo primero explicará la hermenéutica adecuada y luego delinearemos una bibliología adecuada. La hermenéutica es la ciencia de interpretar la literatura. La hermenéutica bíblica está relacionada con establecer las reglas formales de la interpretación adecuada de las Escrituras. La bibliología es el estudio de la Biblia, o la delineación de la doctrina de las Escrituras.

Hermenéutica: las reglas de interpretación

Comenzamos con la hermenéutica, o las reglas de interpretación de la Biblia. Este es un tema monumental. Muchos de los debates teológicos y desacuerdos que se desenvuelven en la iglesia hoy en día entre los cristianos se remontan con frecuencia a diferencias en la hermenéutica. Dos partes que tienen una disputa teológica pueden afirmar que creen en la Biblia, y ambas afirman que su posición es bíblica, y al mismo tiempo llegan a conclusiones muy diferentes.

¿Cómo puede ser esto? Muy simplemente, muchas veces, las dos personas que profesan ser cristianas no están en la misma página acerca de cómo ven e interpretan la Biblia. No están argumentando desde el mismo punto de partida. Ni siquiera están de acuerdo con las reglas básicas de cómo interpretar la Biblia, y muchas veces ni siquiera se dan cuenta de que hay una diferencia en este nivel. Hay una manera correcta de interpretar la Biblia y una manera incorrecta. La ciencia de la interpretación de la Biblia se llama hermenéutica. Aquí destacaremos brevemente las reglas básicas de la hermenéutica: la forma correcta de leer, interpretar y aplicar la Biblia[1].

Los creyentes pueden entender la Biblia

La primera regla de la hermenéutica tiene que ver con el intérprete: él o ella necesita ser salvo. Solo los creyentes nacidos de nuevo, habitados por el Espíritu y regenerados pueden entender la Biblia correctamente. Los incrédulos no pueden, al menos no de una manera completa y adecuada. El incrédulo puede entender algunas cosas en la Biblia, pero esa comprensión apropiada depende de que el creyente le dé la

interpretación correcta, además de que el Espíritu Santo le permita comprender su verdad también. Los incrédulos están espiritualmente muertos (Ef. 2:1) y su capacidad de pensar, razonar y entender la verdad espiritual está oscurecida, fútil y distorsionada (Ro.1:20). Esto es lo que Pablo dice acerca de la incapacidad de un incrédulo para entender las Escrituras: "el hombre natural [refiriéndose a una persona no salva] no acepta las cosas del Espíritu de Dios, porque para él son necedad, y no las puede entender, porque son cosas que se disciernen espiritualmente» (1 Co. 2:14)[2].

El creyente, por otro lado, tiene la capacidad de entender las Escrituras por varias razones. En primer lugar, los cristianos pueden entender la Biblia porque Dios la escribió en un lenguaje comprensible, el lenguaje común de la gente. En segundo lugar, los creyentes pueden entender la Biblia porque los seres humanos están hechos a imagen de Dios y tienen la capacidad de comunicarse e interactuar a un nivel racional, al igual que Dios. Tercero, los cristianos pueden entender la Biblia porque en la salvación el Espíritu Santo comenzó a vivir en el cristiano y abrió sus ojos espirituales por primera vez. El creyente se volvió espiritualmente vivo y se le dio la capacidad sobrenatural de entender la mente misma de Dios al leer las Escrituras (1 Co. 2:12, 16). Cada cristiano tiene «la unción» del Espíritu Santo de Dios que le permite conocer la verdad de Dios (1 Jn. 2:20); el Espíritu Santo proporciona iluminación continua para el cristiano que escudriña las Escrituras (Ef. 1:17-21). Los cristianos no son omniscientes, todavía necesitan estudiar mucho y ser enseñados por buenos maestros bíblicos (Ef. 4:11; 2 Pe. 1:5-6), pero tienen una capacidad residente para leer y entender la Biblia de una manera que un incrédulo no lo hace.

Lee la Biblia literalmente

La segunda regla de la hermenéutica bíblica es interpretar las Escrituras literalmente. Solo hay dos maneras de interpretar la Biblia: *literal* y *alegóricamente*. Con *literalmente*, quiero decir *normalmente*, como leerías cualquier otro libro. Tómalo al pie de la letra. El término técnico para esto se llama enfoque *histórico-gramatical*. Eso significa que el significado de la Biblia se extrae de la gramática de las palabras y oraciones en los

idiomas originales en los que fue escrita: hebreo y griego. Su significado también proviene de la historia del libro: la Biblia relata eventos y personas que vivieron en la historia. Por lo tanto, su contenido no debe explicarse como mitología, sino que debe tomarse al pie de la letra como eventos verdaderos en el contexto histórico, ¡historia real! Dios hizo el mundo de la nada (He. 11:3), Adán era real; Noé realmente construyó un arca; el mundo entero en verdad estuvo inundado; Moisés convirtió el río Nilo en sangre; Josué hizo caer muros; Elías hizo milagros; Jonás fue tragado por un enorme monstruo marino; Jesús caminó sobre el agua; Jesús resucitó de entre los muertos; Jesús hizo milagros. ¡Dios hace milagros!

Si no interpretas la Biblia literalmente, entonces la interpretarás alegórica o figurativamente. Es sorprendente cuántas personas que se llaman a sí mismas cristianas hoy en día tratan de interpretar la Biblia alegóricamente porque no quieren avergonzarse de los críticos que dicen que los milagros no son posibles. Estos cristianos profesantes que dicen creer en la Biblia tratan de decirnos que necesitamos entender la Biblia de maneras no literales, a las que llaman con términos variados como los siguientes: metafórico, poético, espiritual, teológico, no literalista, idealista, midráshico, desmitificado*, peshur*, apocalíptico, contextualizado, deconstrucción, a la luz del género, o como *ipsissima vox*, por nombrar algunos. Si no sabes lo que significan la mayoría de estas palabras, entonces eso es bueno. Todos son engañosos en su mayor parte. Definitivamente, la Biblia contiene metáforas, poesía y lenguaje figurado; pero nuestra hermenéutica no debe ser guiada por un lente no literal injustificado.

El contexto determina el significado

La tercera regla de la hermenéutica es que el **contexto determina el significado**. Esta regla de interpretación, la más importante, probablemente es violada más que cualquier otra regla de la hermenéutica, tanto por cristianos como por no cristianos. Hoy en día se están presentando muchas alternativas que compiten entre sí sobre cómo determinar el significado del estudio de la Biblia, incluyendo la tradición, la historia, los hallazgos arqueológicos, los supuestos

descubrimientos científicos, la audiencia de hoy, el lector de hoy, los credos hechos por el hombre, la teología sistemática, el pragmatismo, y una de las más extendidas es la cultura contemporánea[3].

Tomemos como ejemplo la palabra griega bíblica del Nuevo Testamento *ángelos*. Dependiendo del contexto, puede significar 1) un buen ser angelical (Mt. 4:11); 2) un ser angelical maligno (2 Co. 12:7); 3) o un buen mensajero humano (Mt. 11:10), exactamente la misma palabra, usada de tres maneras muy diferentes. Y el significado cambia según el contexto... no el género.

Otro ejemplo es cuando Pablo dice acerca de las mujeres: «Pero se salvará engendrando hijos» (1 Ti. 2:15). El verbo griego para «salvar» es *sōzō,* que a menudo se refiere a la regeneración espiritual, ser justificado, nacer de nuevo. Y en Romanos 10:9 Pablo dice: «… si confiesas con tu boca a Jesús por Señor, y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo». Una vez más, el verbo griego usado para «salvar» es *sōzō,* al igual que en 1 Timoteo 2:15. Pero *sōzō* significa algo muy diferente en 1 Timoteo 2:15 que en Romanos 10:9. En 1 Timoteo 2:15 *sōzō* significa «preservado, rescatado, vindicado» con un matiz metafórico. En Romanos 10:9 *sōzō* significa «justificado» o «nacido de nuevo».

La lección hermenéutica aquí es que una palabra puede cambiar de significado en función de un contexto diferente, o para decirlo de otra manera, las palabras no tienen un solo significado asignado permanentemente. Esta es la razón por la que los estudios de palabras pueden ser peligrosos. Muchas veces, en un estudio de palabras, el estudiante de la Biblia asume que cierta palabra tiene un significado congelado, creyendo que significa lo mismo todo el tiempo, sin importar el contexto. Pero eso es erróneo: las palabras a menudo tienen más de un significado, y su significado en cualquier pasaje está determinado por el contexto, porque **el contexto determina el significado.**

Una noción falsa muy popular que se propaga en las filas evangélicas hoy en día, comenzando en el seminario y llegando a las bancas, es el mantra canalla: «¡El género determina el significado!» Pero

el género no determina el significado; el contexto sí. Una palabra puede tener el mismo significado cuando se usa en todo tipo de géneros. Pero una palabra cambia de significado a medida que se usa en diferentes contextos[4]. En la hermenéutica evangélica contemporánea, está de moda decir: «Debes cambiar y enmendar tu hermenéutica según el género que estás leyendo en la Biblia. Si estás leyendo a Ruth, entonces estás leyendo un género histórico, así que puedes usar un enfoque literal. Pero si estás leyendo Job o Génesis, entonces estás leyendo un género poético y, por lo tanto, necesitas cambiar tu hermenéutica a un enfoque alegórico». Pero Génesis no es poesía, y aunque lo fuera, nunca se abandona el enfoque histórico-gramatical en favor de uno alegórico.

Emplea siempre la misma hermenéutica

La cuarta regla de la hermenéutica es: no cambies tu hermenéutica; Mantenla constante y consistente. Nunca abandones el enfoque histórico-gramatical. Es suficiente para interpretar todos los géneros, recursos literarios y modos de comunicación conocidos. Esta hermenéutica puede explicar el lenguaje figurado en el texto. Puede identificar adecuadamente símiles, metáforas, personificaciones, parábolas, analogías, exageraciones, modismos, eufemismos, figuras retóricas, poesía, prosa y mucho, mucho más.

Busca la intención del autor

Regla cinco: busca el significado del autor original. Cuando leas las trece epístolas de Pablo, trata de entender lo que Pablo quiso decir originalmente, no lo que crees que es el significado. Al leer el Pentateuco, trata de entender lo que Moisés le estaba diciendo a su audiencia original en el año 1400 a. C., no lo que nuestra cultura actual piensa que significa. Una idea popular que hoy socava esta regla básica se llama «contextualización». Es la idea de que la cultura o el contexto moderno en realidad agrega significado al pasaje bíblico que se lee; o que el lector contribuye hoy al creciente significado del texto. Eso es categóricamente falso y engañoso... lo que me lleva a la regla número seis.

El significado no cambia

Regla seis: el significado original del autor bíblico no cambia. Las Escrituras son verdad; La verdad no cambia. Y debido a que la verdad no cambia, entonces la doctrina no cambia. La doctrina es simplemente la enseñanza de la verdad bíblica. Las modas cambian, la cultura cambia, la tecnología cambia, pero la verdad nunca cambia; y el significado dado originalmente en la Biblia nunca cambia. Desconfía de los sitios web teológicos pop como «BioLogos» que enseñan todo lo contrario. Ten en cuenta un artículo reciente que, en esencia, afirma que el significado y la verdad cambian:

> A menudo pensamos que las doctrinas cristianas son algo congelado en el tiempo. Una vez que se han declarado, simplemente se ponen en hielo y se sacan de la nevera teológica cuando necesitamos examinarlas o hablar de ellas en nuestras iglesias o en el aula. Pero la doctrina no es así; Las doctrinas cambian […] con el tiempo[5].

Solo hay un significado

Regla siete: solo hay un significado para cada pasaje bíblico bajo consideración. Por lo tanto, no hay dobles sentidos, ni significados esotéricos y secretos junto con el significado obvio. No hay códigos secretos ocultos en el cuerpo del idioma original del texto. «Hitler» no fue codificado secretamente en el hebreo de Génesis al saltar cada quinta letra leyéndola al revés, como algunos burladores nos quieren hacer creer. No hay enmascaramiento en el cuerpo de las Escrituras. Un significado original es todo lo que hay. Pero puede haber muchas aplicaciones de un solo significado; la verdad de las Escrituras se puede aplicar de muchas maneras. Entonces, una sola interpretación, muchas aplicaciones.

Las Escrituras no se contradicen a sí mismas

Número ocho: la Biblia no se contradice a sí misma. Las Escrituras son las palabras de Dios escritas. Dios no miente; Dios no puede mentir (Tit. 1:2). Y Dios no puede contradecirse a sí mismo; Él es perfecto.

Por lo tanto, Su Palabra, la Escritura, es perfecta y nunca se contradice a sí misma (Pr. 30:5). Los escépticos y críticos alegarán incesantemente que la Biblia tiene contradicciones, pero no es así. Pedro nos advirtió que los falsos maestros siempre distorsionarían la Biblia porque no la entendían, y pervertirían su verdadero significado con la intención de denigrar la veracidad de Dios y Su Palabra (2 Pe. 3:16). Dios no se contradice a sí mismo. «¡De ningún modo! Antes bien, sea hallado Dios veraz, aunque todo hombre sea hallado mentiroso; como está escrito: "Para que seas justificado en Tus palabras, y venzas cuando seas juzgado"» (Ro.3:4).

La teología viene después de la exégesis, no antes

Número nueve: procede en el orden correcto mientras estudias. La hermenéutica se refiere a las reglas de interpretación. La exégesis es la aplicación de esas reglas a las Escrituras. El resultado final es la interpretación; y luego, cuando se recopila sistemáticamente, se termina con la teología. Por lo tanto, tu hermenéutica y exégesis conducirán y determinarán tu teología, y no al revés. El problema es que es muy común que muchos teólogos y maestros de la Biblia hagan todo lo contrario: imponen sus sistemas teológicos predeterminados y presuposiciones en el texto bíblico e interpretan la Biblia a la luz de sus nociones preconcebidas o paradigma teológico preferido en lugar de dejar que la Biblia hable por sí misma. No impongas tu teología en ningún texto mientras estás haciendo una exégesis.

Usa la analogía de la fe después de la exégesis, no durante

Número diez: evalúa tu exégesis e interpretación de la manera correcta. La *analogía de la fe*, también llamada la *analogía de las Escrituras*, es la idea de que debemos interpretar las Escrituras con las Escrituras a través de comparaciones, referencias cruzadas, anotación de pasajes paralelos, etc. En principio, esto es cierto, pero a menudo se abusa de esto cuando el intérprete no permite que un texto bíblico se sostenga por sí mismo buscando el significado a través de la exégesis. Algunos abogarían por el uso de la analogía de la fe como una herramienta hermenéutica al principio y a lo largo de todo el proceso exegético.

Pero la analogía de la fe debe reservarse para después del proceso exegético, simplemente como prueba de la consistencia con la doctrina. Walt Kaiser da un consejo sobrio sobre este delicado equilibrio:

> la Iglesia en general (especialmente desde la época de los reformadores) se equivoca cuando utiliza la analogía de la fe (analogia *fidei*) como un recurso exegético para extraer significado o importar significado a textos que aparecieron antes del pasaje donde la enseñanza se expone más claramente o tal vez incluso por primera vez[6].

Bibliología: la doctrina de las Escrituras

Ahora que hemos visto cómo interpretar la Biblia, es hora de hacer un repaso de la Biblia, acentuando las verdades fundamentales de la bibliología o la doctrina de las Escrituras. En términos prácticos, un prerrequisito para cualquier diálogo sobre la función de la iglesia en el siglo XXI es un compromiso claro y solemne con la autoridad de la Biblia como la Palabra de Dios. El resto de este capítulo trata de delinear la razón divina de tal compromiso. Y este compromiso con la prioridad de la Biblia incluye la creencia en los siguientes cinco atributos de la Biblia: su *inspiración, autoridad, inerrancia, canonicidad* y *suficiencia.*

Parece haber más confusión hoy en día entre los que profesan ser cristianos acerca de la Biblia de lo que ha habido en mucho tiempo. Yo propondría que hoy en día la Biblia está siendo atacada desde dentro de la iglesia por aquellos que se llaman a sí mismos cristianos más de lo que está siendo atacada por críticos incrédulos fuera de la iglesia. Pablo predijo que esto sucedería cuando dio su discurso final a los ancianos de Éfeso:

> Tengan cuidado de sí mismos y de toda la congregación, en medio de la cual el Espíritu Santo les ha hecho obispos para pastorear la iglesia de Dios, la cual Él compró con Su propia sangre. Sé que después de mi partida, vendrán lobos

> feroces entre ustedes que no perdonarán el rebaño. También de entre ustedes mismos se levantarán algunos hablando cosas perversas para arrastrar a los discípulos tras ellos. Por tanto, estén alerta (Hch. 20:28-31).

Hay innumerables pastores, maestros de la Biblia, profesores de universidades y seminarios cristianos, y teólogos que continuamente están socavando la Biblia a través de sus metodologías de enseñanza comprometidas y defectuosas, mientras que al mismo tiempo profesan creer que es la Palabra de Dios. Como nunca antes, tenemos eruditos de la Biblia que se han vuelto locos diciendo que creen en la infalibilidad mientras que al mismo tiempo le dicen a la gente que la Biblia tiene errores. ¿Cómo puede ser esto? Para responder a esa pregunta, una breve lección de historia es ilustrativa.

Juegos de palabras

Hace unos cien años, los teólogos y eruditos de la Biblia que atacaban la Biblia y decían que tenía errores eran críticos autoproclamados modernistas, liberales, no conservadores, no evangélicos y negadores de milagros. Y admitían fácilmente que no creían en la inerrancia y alegaban que la Biblia tenía errores. El enemigo era más fácil de identificar. De modo que los grandes incondicionales de la fe, como B. B. Warfield (1851-1921) del Seminario de Princeton, pudieron escribir una defensa de la inspiración bíblica y la inerrancia para contrarrestar a un grupo muy específico de teólogos que negaban abiertamente la inerrancia.

Hoy, las cosas son muy diferentes. Ahora tenemos innumerables maestros de la Biblia que dicen que creen en la inerrancia y al mismo tiempo dicen que la Biblia tiene errores. O hay otros que dicen que creen en la infalibilidad mientras que al mismo tiempo niegan las verdades básicas de la Biblia. El enemigo es mucho más difícil de identificar hoy en día. El enemigo tiene una forma de transformarse como un camaleón, enmascarándose cada vez más como la verdad en un nivel superficial.

Un ejemplo es el de un popular maestro de la Biblia que ha escrito

mucho sobre Génesis. Recientemente contribuyó con un artículo para el libro, *Four Views on the Historical Adam (Cuatro puntos de vista sobre el Adán histórico*). Dice ser evangélico y dice: «Soy un cristiano nacido de nuevo […] también creo que la Biblia es la Palabra de Dios inspirada por el Espíritu Santo[7]». Sin embargo, en el siguiente aliento del mismo capítulo, afirma dogmáticamente: «Adán nunca existió, y este hecho no tiene ningún impacto en las creencias fundamentales del cristianismo […] Las Sagradas Escrituras hacen declaraciones acerca de cómo Dios creó organismos vivos que de hecho nunca sucedieron[8]». Dice además que Génesis 1-11 no es historia real[9]. Él dice que Pablo creía que Adán era real, pero Adán no era real, por lo que Pablo estaba mal informado. Los judíos de los días de Jesús creían que Adán y Noé eran reales, pero todos estaban mal informados, o eran ignorantes también. Justifica este doble discurso diciendo repetidamente: «El Señor se acomodó en la Biblia[10]». Lo que quiere decir con esto es que Dios usó errores y equivocaciones para transmitir la verdad a un nivel humano finito.

Por lo tanto, este autor dice que cree en la Biblia, mientras que al mismo tiempo argumenta que Adán no era real, que Noé no era real, que Pablo estaba equivocado y que todo Génesis 1-11 no sucedió. Puede tener este doble discurso porque ha redefinido el término «inerrancia». A lo largo del capítulo confirma que la Biblia contiene «mensajes celestiales inerrantes […] verdades espirituales inerrantes […] conlleva verdades espirituales inerrantes». Para él, la inerrancia se limita a las verdades religiosas y no se aplica a los asuntos de la historia y la ciencia. Además, nunca afirma que toda la Biblia sea inerrante, ni dice que las Escrituras sean inerrantes. Él cree que la Biblia *contiene* verdades inerrantes aquí y allá. Esto es exactamente lo que Karl Barth creía: propuso que la Biblia contenía la Palabra de Dios y se *convirtió* en la Palabra de Dios, pero no creía que todas las Escrituras fueran inherentemente la Palabra de Dios. Así que lo que plaga el mundo evangélico hoy en día es una nueva manifestación de la neoortodoxia que es más matizada, encubierta, camuflada y más difícil de identificar que nunca. Cuanto más cerca está una falsificación de la verdad, más peligrosa es.

La Biblia es inspirada por Dios

Con esos antecedentes, ahora consideremos algunos atributos fundamentales de la Biblia, comenzando con la *inspiración*. 2 Timoteo 3:16 dice explícitamente: «Toda la Escritura es inspirada por Dios» (RVR1960). La palabra para «inspirado» aquí es *theopneustos*. Es una palabra compuesta formada por *theos* (lit. «Dios») y *pneuo* (exhalar), con una traducción literal de «exhalado por Dios». Por lo tanto, se puede entender que el versículo dice: «Toda la Escritura es exhalada por Dios». En otras palabras, cada palabra de las Escrituras emana de Dios: Él es el Autor; Él es su fuente; Él es el origen de todo lo escrito en la Biblia. Sobre el significado de la palabra *theopneustos*, Chafer comenta:

> Con esto se quiere decir que la Escritura procede de Dios y por este hecho asume las mismas perfecciones que caracterizan a Dios mismo. Sería imposible que Dios fuera el autor del error. La inspiración se extiende no tanto a los autores, sino a la Palabra de Dios misma. Mientras que los autores eran falibles y estaban sujetos al error, Dios sopló a través de ellos Su Palabra infalible, y por el poder y la guía divinos dirigieron a los autores humanos de tal manera que lo que escribieron fue realmente la Palabra infalible de Dios[11].

Mejor que Chafer es Jesús mismo, quien dio la mejor definición de «inspiración bíblica» cuando declaró: «No solo de pan vivirá el hombre, sino de *toda palabra que sale de la boca de Dios*» (Mt. 4:4; cfr. Dt. 8:3). En ocasiones, Dios escogió hablar a través de vasijas humanas; así que lo que dijeron, Dios lo dijo. Las palabras que pronunciaron fueron inspiradas, o «exhaladas por Dios». En Deuteronomio 18:18, Dios le dijo a Moisés: «… pondré Mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que Yo le mande». De manera similar, David, quien era un profeta y escribió Escrituras, declaró: «El Espíritu del SEÑOR habló por mí, y Su palabra estuvo en mi lengua» (2 Sm. 23:2; cfr. Mi. 3:8; 1 Co. 2:10-13). ¡Qué claro ejemplo de inspiración bíblica!

Otro versículo clave para definir la inspiración bíblica es 2 Pedro 1:21 que dice de la Biblia: «… ninguna profecía [de las Escrituras] fue

dada jamás por un acto de voluntad humana, sino que hombres inspirados por el Espíritu Santo hablaron de parte de Dios». La palabra «inspirados» es *ferómenoi («llevado», «arrastrado»* o «conducido»). Esta misma palabra se usa en Hechos 27:15 donde describe un barco que se «deja llevar» por los vientos en medio de una tormenta. De manera similar, el Espíritu Santo «guio» y «dirigió» a los escritores de la Biblia mientras escribían las Escrituras (cfr. Hechos 4:24-25). Aquí, Enns es útil cuando explica el significado de los *ferómenoi*:

> Al igual que Pablo, Pedro afirma que las Escrituras tienen su origen en Dios. Aunque los hombres escribieron las palabras de las Escrituras, lo hicieron mientras eran llevados por el Espíritu Santo. Por lo tanto, Pedro reconoce su creencia en la inspiración verbal, ya que fue el Espíritu Santo quien guio a los escritores de las Escrituras en su selección de palabras[12].

La «inspiración» bíblica no debe confundirse con la «inspiración humana», que va desde un éxtasis emocional fugaz de emoción hasta una aspiración motivadora finita y naturalista que se origina en el hombre. «Inspiración» significa que Dios es el autor supremo. Ningún otro documento escrito es inspirado; solo la Biblia lo es. La inspiración bíblica se origina con Dios y no es transitoria. A la luz de 2 Timoteo 3:16 y 2 Pedro 1:21, Bruce Milne da un resumen útil sobre el significado de la «inspiración» en el sentido bíblico:

> «Inspiración» se refiere a la forma en que la autorrevelación de Dios ha llegado a expresarse en las palabras de la Biblia. Es la actividad del Espíritu de Dios por medio de la cual Él supervisó a los autores humanos de las Escrituras para que sus escritos se convirtieran en una transcripción de la palabra de Dios para el hombre. Llamar a la Biblia «inspirada» es simplemente otra manera de decir que es la autoritaria revelación de Dios[13].

Debido a que las Escrituras son inspiradas por Dios, se deduce que las Escrituras son equivalentes a ser la Palabra de Dios. Es por eso que la

Biblia es llamada la Palabra de Dios. La Biblia son los pensamientos de Dios escritos en papel. Una frase común en el Antiguo Testamento usada por los profetas es: «la palabra del SEÑOR vino a mí» (Jr. 34:1; Ez. 30:1). Y en el Nuevo Testamento la Escritura también es llamada «la Palabra de Dios» (Mt. 15:6; Ro. 3:2; 1 Pe. 1:23; He. 4:12).

Lo que Dios «inspiró» es la «Escritura», o literalmente la *grafé* (o «escritos»). En 2 Timoteo 3:15 Pablo se refirió a la *grafé* como «las Sagradas Escrituras» (gr. *hiera grammata*). Las «Sagradas Escrituras» a las que Pablo se refirió incluyen como mínimo todo el Antiguo Testamento. Colectivamente, el Antiguo Testamento era conocido como la «Escritura» o «Escrituras». Pablo estaba diciendo claramente que todo el Antiguo Testamento es inspirado por Dios. Un autor señala lo siguiente:

> Los escritores del Nuevo Testamento se refieren constantemente a los escritos del Antiguo Testamento como *grafé*, «Escritura». El término se usa en singular o en plural, unas cincuenta veces en el Nuevo Testamento […] En el Nuevo Testamento se usa exclusivamente de los escritos sagrados, o Sagradas Escrituras. Este uso proviene del judaísmo, que poseía su Ley *(Torá*), Profetas (*Neviim*) y (otros) escritos (*Ketuvim*)[14].

Pablo también estaba diciendo que los libros del Nuevo Testamento fueron inspirados por Dios, porque él sabía que él era un autor de las «Escrituras». En 1 Tesalonicenses 2:13 recordó a los creyentes que lo que predicaba y escribía no era palabra de hombres, sino «palabra de Dios». Pedro se refiere explícitamente a los escritos de Pablo como «Escrituras» autoritativas (2 Pe. 3:15-16). Los otros escritores del Nuevo Testamento sabían que también estaban escribiendo Escrituras autoritativas (Jn. 20:30-31; He. 13:22; Stg. 1:1; 1 Pe. 1:1; 1 Jn. 4:7; Jud. 1:1; Ap. 1:1-4). Así que toda la Biblia es «inspirada por Dios», el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Es importante notar que los hombres que escribieron la Biblia no eran inspirados, solo el producto de las Escrituras que produjeron fue

inspirado. Hubo cartas que Pablo escribió que no terminaron en la Biblia y probablemente hubo innumerables cartas y notas que escribió de naturaleza personal que no fueron inspiradas. Pablo era un pecador caído y finito como todos nosotros, y no todas las palabras que pronunció fueron perfectas, solo las Escrituras inspiradas por el Espíritu Santo que produjo bajo la supervisión de Dios.

La Biblia tiene autoridad

En segundo lugar, la Biblia no solo es inspirada, sino que también tiene *autoridad*. En realidad, debido a que es inspirada, o inspirada por Dios, se deduce naturalmente que es autoritativa. Autoritativa significa que la Biblia es vinculante. Es la última palabra en todas las cuestiones que aborda. Es tan autoritativa como Dios mismo, porque la Biblia es la encarnación de los decretos y palabras de Dios. Cuando las Escrituras hablan, Dios habla. Para ilustrar mejor esta verdad, uno solo necesita examinar el punto de vista de Jesús sobre las Escrituras.

Jesús creía que el Antiguo Testamento era la Palabra autoritativa de Dios. Se le llamaba Rabí (Jn. 3:2), y por lo tanto era un maestro del Antiguo Testamento, conocido en su día como la «Ley y los Profetas» (Lc. 16:16; cfr. 24:27). Jesús creyó en las Escrituras, memorizó las Escrituras, enseñó las Escrituras, predicó las Escrituras, obedeció las Escrituras y cumplió las Escrituras. Fueron el epicentro y la circunferencia de Su vida, de Sus obras, de Sus palabras y de Su misión. Un teólogo observa acertadamente:

> ¿Qué papel tuvo la Biblia en la vida del Señor Jesús? Citó las Escrituras de memoria, argumentó a partir de las Escrituras, enseñó a partir de las Escrituras, reprendió a sus oponentes por no leer o entender las ESCRITURAS. Nunca apeló a (1) la TRADICIÓN, (2) la EXPERIENCIA (3) o la FILOSOFÍA. Una y otra vez Jesús explicó por qué razón hacía algo CITANDO LAS ESCRITURAS y mostrando que su vida estaba en armonía con la PALABRA ESCRITA[15].

Una de las frases favoritas de Jesús era: «Escrito está». Era una frase

que repetía tan a menudo que era una segunda naturaleza en Su enseñanza (véanse Mt. 4:7, 10; 21:13; 26:31; Jn. 6:31, 45; 10:34, etc.). Un ejemplo está en Mateo 4:4 donde Él refuta al diablo con la declaración: «Escrito está» (gr. *gégraptai*). Este es un perfecto pasivo indicativo y significa: «Está escrito y todavía está en vigor[16]». Las Escrituras del Antiguo Testamento, aunque se escribieron mucho antes de que Jesús predicara, seguían siendo vinculantes y autoritativas; el perfecto indicativo recalca resultados continuos. «Hay una gran y sólida objetividad en el tiempo perfecto *gégraptai*, "escrito está". "Aquí", decía Jesús, "está el testimonio permanente e inmutable del Dios eterno, puesto por escrito para nuestra instrucción[17]"». Por medio de ella estaba apelando a la autoridad de las Escrituras Hebreas como la palabra autoritativa de Dios sobre cualquier asunto. En Mateo 15:4 Jesús dijo: «Porque Dios dijo», y luego cita Éxodo 20:12 y 21:17. Aquí está la declaración más explícita de todas, mostrando que Jesús creía que las Escrituras eran las mismas palabras de Dios (cfr. Mr. 7:5-13).

Otras declaraciones igualmente enfáticas que Jesús hizo con respecto a la autoridad de las Escrituras Hebreas escritas incluyen Juan 10:35 («la Escritura no se puede violar») y Juan 17:17 («Tu palabra es verdad»). En todo esto, Jesús está afirmando que las Escrituras son la máxima autoridad cuando se trata de la verdad espiritual.

Esta autoridad imperial inherente a las Escrituras del Antiguo Testamento también se extendió a los autores del Nuevo Testamento. Jesús, que poseía toda autoridad (Mt. 28:18), concedió a los Apóstoles la misma autoridad absoluta (Mt. 16:19). Pablo predicó y escribió con la misma autoridad absoluta que Cristo. Él dijo: «Sean imitadores de mí, como también yo lo soy de Cristo» (1 Co. 11:1; cfr. 2:12-13; 7:40). Juan escribió sus Escrituras con autoridad absoluta, exigiendo obediencia a sus palabras, mientras pronunciaba bendiciones para aquellos que las escuchaban y maldecía a aquellos que las rechazaban (Jn. 20:31; 1 Jn. 4:6; 5:13; Ap.1:3; 22:18-19). Los autores del Nuevo Testamento hablaron en nombre de Cristo y de Dios. Desobedecer sus escritos era desobedecer a Dios mismo.

Hoy en día, muchas iglesias y muchos cristianos afirman creer que

la Biblia tiene autoridad, mientras que al mismo tiempo niegan su autoridad en la vida práctica. Muchos cristianos aprueban intelectualmente la autoridad bíblica, pero sin darse cuenta lo niegan con su práctica. Jesús advirtió que esta es una tendencia de las personas religiosas. Él dijo: «invalidando así la palabra de Dios por la tradición de ustedes, la cual han transmitido, y hacen muchas cosas semejantes a estas» (Mr. 7:13). Y de manera similar, en Mateo 15, Él dijo: «Y así ustedes invalidaron la palabra de Dios por causa de su tradición. ¡Hipócritas! Bien profetizó Isaías de ustedes cuando dijo: "Este pueblo con los labios me honra, pero su corazón está muy lejos de Mí. Pues en vano me rinden culto, enseñando como doctrinas preceptos de hombres"» (vv. 6-9).

Pablo también advirtió a los cristianos que no menospreciaran la autoridad bíblica elevando sus propias opiniones, preferencias y tradiciones religiosas. Él ordenó explícitamente a la iglesia a «no sobrepasar lo que está escrito» (1 Co. 4:6). Eso significa que no obligues a las personas a obedecer algún mandamiento o expectativa que esté más allá de lo que está escrito en las Escrituras. Pero las iglesias hacen esto mismo todo el tiempo. Hay iglesias que dicen que no se pueden levantar las manos, o que no se puede aplaudir en la iglesia, o que no se puede tener música que tenga un ritmo de tambor o un bajo, o que no se puede jugar a las cartas, o que no se puede ir a la playa, o que no se puede tener un BMW. Esos mandamientos son demandas farisaicas y legalistas que «exceden lo que está escrito». Huelen a lo que Pablo caracterizó como religión falsa cuando les dijo a los cristianos colosenses:

> Si ustedes han muerto con Cristo a los principios elementales del mundo, ¿por qué, como si aún vivieran en el mundo, se someten a preceptos tales como: «no manipules, no gustes, no toques», (todos los cuales se refieren a cosas destinadas a perecer con el uso), según los preceptos y enseñanzas de los hombres? Tales cosas tienen a la verdad, la apariencia de sabiduría en una religión humana, en la humillación de sí mismo y en el trato severo del cuerpo, pero carecen de valor

alguno contra los apetitos de la carne (Col. 2:20-23).

Desafortunadamente, los humanos son buenos para inventar religiones hechas por ellos mismos. Este es un problema desenfrenado en la iglesia hoy en día. Los cristianos están enseñando los preceptos del hombre como si fueran la Palabra de Dios. Los pastores de todo el mundo están defendiendo sus opiniones y preferencias personales como la Palabra de Dios autoritativa y absoluta.

Las autoridades comunes hechas por el hombre que subvierten la autoridad bíblica de Dios en las iglesias evangélicas de hoy incluyen las siguientes: la constitución y los estatutos de la iglesia (un documento hecho por el hombre); la opinión de la junta; un anciano o diácono influyente que negocia todo el poder; algún miembro influyente de la congregación que tenga influencia en virtud de su estatus, riqueza, personalidad o voluntad; voto mayoritario; lo que es pragmático y conveniente; la historia o el precedente de la iglesia («nunca antes lo habíamos hecho de esa manera» o «bueno, siempre lo hicimos de esta manera»); lo que es políticamente correcto o culturalmente relevante; la última moda pop cristiana, etc. Desafortunadamente, la lista sigue y sigue.

La iglesia de Cristo hoy necesita ser cuidadosa y hacer un nuevo y fresco compromiso con la Biblia como la única autoridad emanada de Dios. Los cristianos necesitan ser como los bereanos que «[escudriñaban] diariamente las Escrituras» para discernir la verdad (Hch. 17:11) y los tesalonicenses que fueron exhortados a «[examinar] todo cuidadosamente» a la luz de las Escrituras y aferrarse a lo que es bueno (1 Ts. 5:21). De lo contrario, Jesús vendrá y juzgará a cualquier iglesia que rechace o tome a la ligera Su Palabra. Porque Él advirtió a las iglesias: «Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; guárdalo y arrepiéntete. Por tanto, si no velas, vendré como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti» (Ap. 3:3).

Es necesario hacer una advertencia sobre la autoridad bíblica. A mediados del siglo XX, surgieron algunos prominentes eruditos evangélicos de la Biblia que propusieron que la Biblia era inspirada, pero que su autoridad debía ser limitada. Por ejemplo, el difunto Jack

Rogers, quien fue un teólogo influyente en el Seminario Fuller, dijo que los maestros bíblicos de buena reputación «niegan específicamente que la Biblia deba ser considerada como una autoridad en asuntos de ciencia[18]». Pasó a decir que la autoridad bíblica solo se extiende a los asuntos de salvación y a la vida cristiana. Como resultado, propuso que la autoridad bíblica era limitada y no estaba relacionada con la inerrancia. la Biblia tenía errores en asuntos de astronomía, cosmología e historia, pero todavía tenía autoridad en cuanto a la salvación. Esta dicotomía de la Biblia reina hoy en día entre muchos cristianos e iglesias. Ahora es común que muchos digan: «Creo que la Biblia tiene autoridad, pero tiene algunos errores».

Otra falsa dicotomía común sobre la autoridad de la Biblia entre los evangélicos populares es la idea de que la Biblia tiene autoridad *delegado* y no autoridad *inherente*. William Lane Craig enseña tal punto de vista e incluso argumenta que la Biblia no es lo mismo que la Palabra de Dios. Él argumenta: «No podemos hacer una ecuación simplista entre la Palabra de Dios y las Escrituras […] La autoridad de las Escrituras es de naturaleza derivada[19]».

Esta falsa noción en realidad enfrenta a Dios contra la Biblia, argumentando que la Biblia tiene menos autoridad que Dios mismo. Este concepto es una idea peligrosa que surgió directamente de la neoortodoxia y de los escritos de Karl Barth y sus seguidores. Pero 2 Timoteo es claro: dice que los escritos son inspirados, el *verdadero grafé*. McCune destaca esta verdad:

> *Grafé se* usa aproximadamente cincuenta veces en el Nuevo Testamento y siempre se refiere a las Escrituras (cfr. «Sagradas Escrituras» en 2 Ti. 3:15). Aquí, en 2 Timoteo 3:16, Pablo enseña formalmente que es la *grafé, no* los autores de la *grafé,* lo que es inspirado por Dios[20]».

La Biblia es inerrante

El tercer pilar para una bibliología sólida es la *inerrancia*. La inerrancia es un término teológico técnico que se refiere a la ausencia de error de la Biblia. O como lo define Holloman, «Inerrancia significa que las

Escrituras están libres de error; son veraces en todo lo que enseñan[21]». La Biblia se autentifica a sí misma sobre este asunto:

> Las palabras del SEÑOR son palabras puras (Sal. 12:6).
>
> En cuanto a Dios, Su camino es perfecto; acrisolada es la palabra del SEÑOR (Sal. 18:30).
>
> La ley del SEÑOR es perfecta (Sal. 19:7).
>
> Todos tus mandamientos son verdad (Sal. 119:151).
>
> La suma de Tu palabra es verdad, y eterna cada una de Tus justas ordenanzas (Sal. 119:160).
>
> Toda palabra de Dios es limpia (Pr. 30:5; RVR1960).

La Biblia es verdadera y no tiene errores, vista desde arriba. Esto se deduce del hecho de que la Biblia es inspirada por Dios y es la Palabra de Dios, y Dios no puede mentir. Nota lo siguiente acerca de la veracidad e impecabilidad de Dios cuando se trata de la verdad:

> Dios no es un hombre, para que mienta (Nm. 23:19).
>
> Ahora pues, oh SEÑOR DIOS, Tú eres Dios, Tus palabras son verdad (2 Sm. 7:28).
>
> Sea hallado Dios veraz, aunque todo hombre sea hallado mentiroso (Ro. 3:4).
>
> Dios, que no miente (Tit. 1:2).
>
> Es imposible que Dios mienta (He. 6:18).

A la luz de lo anterior, se sigue lógicamente un silogismo simple: «Dios [es] veraz» (Ro. 3:4); las Escrituras fueron inspiradas por Dios (2 Ti. 3:16); por lo tanto, las Escrituras son verdaderas (ya que vinieron del aliento de Dios que es verdadero)[22]».

La infalibilidad de la Biblia se corrobora aún más por el testimonio

del mismo Jesús, el Dios Todopoderoso en carne, que conoce todas las cosas (Is. 9:6; Jn. 1:1, 14; 2:24; 8:58; 21:17; Ap. 2:2, 19). Ya hemos visto en Mateo 15:4 que Jesús consideraba que las Escrituras escritas eran equivalentes a las palabras de Dios. Y Jesús declaró que estas palabras de Dios, o las Escrituras, eran totalmente verdaderas y sin error, porque cuando estaba orando al Padre justo antes de Su muerte, Él dijo: «Tu palabra es verdad» (Jn. 17:17). Esta es quizás la declaración más grande y más clara que se haya hecho para validar la inerrancia, infalibilidad y veracidad de la Biblia. El comentarista Lenski señala acertadamente la importancia de la declaración de Jesús en Juan 17:

> «Tu palabra es verdad» certifica la inerrancia e infalibilidad de la Palabra, sin exceptuar ninguna porción de ella. La vestidura sagrada de la Palabra no tiene costuras; no tiene rasgaduras ni errores —o llámese equivocaciones— que las manos de hoy deban coser. «Tu Palabra» significa toda ella, la Palabra del Antiguo Testamento en la que Jesús puso su aprobación una y otra vez, más la revelación que Jesús añadió en persona con la promesa de su perfecta preservación a través del Paráclito [el Espíritu Santo] (Jn. 14:16; 16:13)[23].

El punto de vista de Jesús sobre la infalibilidad se ve reforzado por la declaración que hizo en Mateo 5:18 cuando proclamó: «Porque en verdad le digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, no se perderá ni letra más pequeña ni una tilde de la ley hasta que toda se cumpla». Este versículo está cargado de una profunda verdad con respecto a la inerrancia. La «ley» aquí se refiere a todo el Antiguo Testamento como un todo. Esta era una designación común simplificada para todo el canon hebreo (cfr. Mt. 5:17; Lc. 16:16-17; Jn. 10:34; Ro. 3:19; 1 Co. 14:21; Gá. 3:10)[24].

Él afirma que todo el Antiguo Testamento «no... se perderá». «Perderá» es *parelthe* (un aoristo subjuntivo griego), que significa «desaparecer». Luego continúa diciendo que incluso las letras y la puntuación de las Escrituras del Antiguo Testamento permanecerán intactas por su referencia a «la letra más pequeña […]

[o] tilde». La «letra más pequeña» es literalmente *iota*, la traducción griega de *yod,* o la letra *i,* la letra más pequeña del alfabeto hebreo. «Tilde» es *keraía* o literalmente, «cuerno pequeño», que denota una *serifa* en una letra hebrea. Con respecto a la implicación de los detalles específicos a los que Jesús se refirió aquí para establecer la veracidad de las Escrituras, Lenski dice:

> «Hasta que pasen el cielo y la tierra» significa hasta el fin de los tiempos […] El subjuntivo *parelthē es* el verbo de la oración principal, y *ou mē* con un subjuntivo o un futuro indicativo es la forma más fuerte de negación. Aquí la negación es una atenuación de peso para la afirmación: «ciertamente permanecerá». La *iota* es la *yod* hebrea, la letra más pequeña, un simple gancho; la *keraía* es una pequeña proyección que distingue una letra hebrea más grande de otra que por lo demás es bastante similar. La expresión de que ni una sola iota o pedazo de una letra pasará es proverbial: ni la más pequeña parte del Antiguo Testamento escrito caerá y se perderá […] La «ley» se refiere a la Torá en el sentido más amplio, es decir, todo el Antiguo Testamento, para el cual el término más completo, «la ley o […] los profetas», se usó en el versículo 17. Es injustificado considerar que «la ley» se refiere sólo a los requisitos legales del Antiguo Testamento, a algo encontrado en el Antiguo Testamento, una parte de él. Cada parte de esa antigua Palabra escrita permanecerá, tanto la profecía como el mandamiento[25].

John MacArthur añade lo siguiente:

> La «letra más pequeña» se refiere a la *iota*, la letra más pequeña del alfabeto griego. Para los oyentes judíos de Jesús habría representado la *yod*, la letra más pequeña del alfabeto hebreo, que se parece a un apóstrofo. Una «tilde» (*keríia*) significa literalmente «cuerno pequeño» y se refiere a las pequeñas marcas que ayudan a distinguir una letra hebrea de otra. Era

> una pequeña extensión de una letra similar a una serifa en las tipografías modernas. En otras palabras, no solo no se borrará la letra más pequeña, sino que ni siquiera la parte más pequeña de una letra se borrará «de la ley». Ni siquiera la parte más pequeña, aparentemente insignificante, de la Palabra de Dios será removida o modificada «hasta que todo se cumpla[26]».

Jesús creía en la naturaleza infalible, perpetua, inquebrantable e impecable del Antiguo Testamento, hasta el último detalle. Se aferró a la infalibilidad de las Escrituras, en su totalidad (plenaria) y en sus partes individuales (verbal).

Y Jesús extendió este atributo también a los escritos del Nuevo Testamento, pues profetizó en Marcos 13:31: «El cielo y la tierra pasarán, pero Mis palabras no pasarán». El Nuevo Testamento es la colección formal de las palabras de Jesús (es decir, «Mis palabras»). Jesús prometió a los discípulos que el Espíritu Santo moraría con ellos y estaría en ellos (Jn. 14:17), que les enseñaría todas las cosas y «les recordará todo lo que les dije» (Jn. 14:26)... «Pero cuando Él, el Espíritu de verdad venga, los guiará a toda la verdad, porque no hablará por Su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oiga, y les hará saber lo que habrá de venir (Jn. 16:13). Estos versículos se refieren al papel de los discípulos al hablar las palabras de Jesús como apóstoles: lo que predicaron en Su nombre y lo que escribieron en Su nombre (Ap. 1:11). Lo que escribieron se convirtió en el Nuevo Testamento. ¡Jesús garantizó que el Nuevo Testamento sería inerrante!

Para seguir estableciendo una definición más detallada de inerrancia, es útil saber lo que no significa:

> No exige rigidez de estilo ni citas textuales del Antiguo Testamento. «La inerrancia de la Biblia significa simplemente que la Biblia dice la verdad. La verdad puede incluir, y de hecho lo hace, aproximaciones, citas libres, lenguaje de apariencias y diferentes relatos de lo mismo, siempre que no se contradigan[27]».

De lo anterior, el cristiano y la iglesia pueden estar seguros de que la Biblia, en su totalidad y sus partes, es inerrante, verdadera, digna de confianza y totalmente libre de error. Esta es una base sólida desde la cual se puede hacer el ministerio en el siglo XXI. Dios no ha dejado a la iglesia mal equipada para hacer su obra. Durante diecisiete siglos, los santos representativos que a lo largo de siglos creyeron en la inerrancia incluyen a Justino Mártir (100-165 d.C.); Ireneo (125-202 d.C.); Tertuliano (160-230 d.C.); Agustín (354-430 d.C.); Tomás de Aquino (1224-1274); Lutero (1483-1546); Calvino (1509-1564)[28].

Cuestionar, minimizar, menospreciar y negar la inerrancia de las Escrituras por parte de los cristianos profesantes es un fenómeno reciente que se remonta al amanecer de la Era de la Ilustración, durante el Renacimiento, que dio lugar a influencias abandonadas que finalmente se difundieron en la iglesia, como el racionalismo, el empirismo, el trascendentalismo, el escepticismo, la filosofía humanista secular, el darwinismo, la alta crítica, la teología liberal, la neoortodoxia y cosas por el estilo[29].

La Iglesia a lo largo de la historia ha confiado en la Biblia como la Palabra inerrante de Dios. Pero desafortunadamente en la iglesia de hoy, muchos tienen una visión comprometida de la inspiración y la inerrancia de la Biblia[30]. No es raro oír hablar de cristianos que dicen que la Biblia es «autoritativa» o «infalible»[31] pero no inerrante. Otros sostienen la «inerrancia parcial», diciendo que los elementos «morales» o «reveladores» son inerrantes, pero no los elementos históricos, científicos o no religiosos[32]. Tal modo de pensar confunde y desafía las mismísimas palabras de Cristo acerca de la veracidad de las Escrituras. Enns da una advertencia apropiada a cualquier cristiano que pueda tener un punto de vista tan comprometido de la Santa Palabra de Dios:

> Sugerir que hay errores en la Biblia es impugnar el carácter de Dios. Si la Biblia tiene errores, es lo mismo que sugerir que Dios puede fallar, que puede cometer un error. Suponer que Dios podía hablar una Palabra que era contraria a los hechos es asumir que Dios mismo no puede operar sin error. La naturaleza misma de Dios está en juego[33].

La Biblia ha sido fielmente preservada

Cuarto, la Biblia es un documento completo en virtud de su *canonicidad*. La canonicidad se refiere al número finito de libros bíblicos reconocidos como inspirados y autorizados para la fe y la práctica de la iglesia en la actualidad. O simplemente: «El canon de las Escrituras es la lista de todos los libros que pertenecen a la Biblia[34]». Hoy día, el cristianismo protestante reconoce treinta y nueve libros en el Antiguo Testamento y veintisiete libros en el Nuevo Testamento, para un total de sesenta y seis libros en la Biblia[35]. Hay buena evidencia de que el canon hebreo que Jesús reconoció es el mismo que usan el judaísmo y el cristianismo protestante hoy día. Milne comenta:

> ... el Señor y sus apóstoles reconocieron el canon del Antiguo Testamento. Jesús debatió con las autoridades religiosas de su tiempo sobre varios temas, pero no se registra ningún desacuerdo sobre el canon. Que el canon usado en la sinagoga en los días de Jesús era equivalente a nuestro actual Antiguo Testamento está implícito en Lucas 11:51.
>
> Parece haber habido poca disputa entre los judíos en cualquier período con respecto al contenido del canon. La versión griega del Antiguo Testamento incluía varios libros apócrifos, pero aparentemente ninguno fue reconocido en Palestina. Falta evidencia de que los apócrifos fueran reconocidos y aceptados por el judaísmo oficial en Palestina o Alejandría, y los judíos de hoy todavía consideran solo nuestros libros actuales del Antiguo Testamento como Escritura[36].

F. F. Bruce hace una observación similar:

> Nuestro Señor y sus apóstoles pueden diferir de los líderes religiosos de Israel en cuanto al significado de las Escrituras; no hay ninguna sugerencia de que diferían en cuanto a los límites de las Escrituras. «Las escrituras», en cuyo significado diferían, no eran una colección amorfa. Cuando hablaban de

> las «Escrituras» sabían qué escritos tenían en mente y podían distinguirlos de otros escritos que no estaban incluidos en las Escrituras[37]».

El canon del Nuevo Testamento se desarrolló progresivamente, al igual que el del Antiguo Testamento, y se finalizó a medida que Dios supervisaba providencialmente el proceso. Los libros del Nuevo Testamento fueron escritos en un lapso de cincuenta años, desde el año 45 d. C. hasta el 95 d. C. Los libros se enviaron a diferentes destinos, por lo que una acumulación formal de todos los escritos llevó tiempo. No había imprenta y las tasas de analfabetismo eran altas. En el primer siglo, no todos los cristianos tenían el privilegio de poseer múltiples copias de las Escrituras. Eran difíciles de conseguir.

También en ese momento, hubo un aumento en los escritos religiosos falsos: pseudo apóstoles deshonestos se hacían pasar por verdaderos líderes en la iglesia. Escribieron muchas escrituras falsas, y éstas competían con las verdaderas escrituras apostólicas. A los creyentes les tomó tiempo distinguir entre lo verdadero y lo falso. Había una resistencia a apresurarse en etiquetar cualquier cosa falsa a expensas de condenar las Escrituras inspiradas. Sin embargo, había un corpus creciente de Escrituras inspiradas que estaba siendo identificado en virtud de su autoría apostólica verificable y la consistencia de su mensaje bíblico.

Es importante notar que todos los libros y cartas de las Escrituras verdaderos e inspirados fueron recibidos inmediatamente por el pueblo de Dios en el tiempo en que fueron escritos. Cada una de las trece epístolas de Pablo fue recibida por la iglesia de su tiempo como Sagrada Escritura, y fue tratada como tal. Las cartas de Pablo fueron leídas en las iglesias, obedecidas, transmitidas a otras iglesias, copiadas y preservadas para que pudieran ser confiadas a las futuras generaciones de creyentes. Las Escrituras se consideraban Escrituras al ser escritas; no fueron declaradas Escrituras después de ser escritas, siglos después, como muchos críticos nos quieren hacer creer. Geisler escribe:

> La verdadera prueba de canonicidad es la profecía. Es decir, la profecía determina la canonicidad: Dios determinó qué libros estarían en la Biblia dando su mensaje a un profeta […] Por supuesto, mientras que Dios *determinó* la canonicidad por medio de la profecía, el pueblo de Dios tuvo que *descubrir* cuáles de estos libros eran proféticos. Esto era hecho inmediatamente por el pueblo de Dios a quien el profeta escribía, no siglos después por aquellos que no tenían acceso a él ni ninguna forma de verificar sus credenciales proféticas. Por ejemplo, los libros de Moisés fueron aceptados inmediatamente y almacenados en un lugar santo (Dt. 31:26); del mismo modo, los libros de Josué fueron inmediatamente aceptados y preservados junto con la ley de Moisés (Jos. 24:26). Samuel escribió un libro y lo añadió a la colección (1 Sm. 10:25); Daniel ya tenía una copia de su contemporáneo profético Jeremías (Dn. 9:2, 11, 13)[38].

Este proceso de canonización del Nuevo Testamento fue formalmente finalizado por la iglesia universal en el Sínodo de Cartago en el año 397 d. C.[39] A partir de este momento, el reconocimiento de nuestros veintisiete libros actuales nunca ha sido seriamente discutido. El proceso de canonización no confirió ninguna autoridad a ningún libro de la Biblia. Este proceso fue simplemente un tiempo de evaluación humana por el cual los libros ya inspirados fueron reconocidos humanamente[40]. Pero lo que es más importante, el objetivo principal de los concilios eclesiásticos posteriores sobre la canonicidad no era decidir qué libros pertenecían al canon, ya que la iglesia primitiva determinaba eso en el momento en que se escribía cada libro. El objetivo principal era mantener las falsificaciones clandestinas, deshonestas y espurias fuera del canon a medida que pasaba el tiempo. Desde el inicio de la iglesia, Satanás siempre ha estado tratando de colar seudoescrituras en nuestra Biblia en un intento de desviar a los fieles. Tan recientemente como en la década de 1970, algunos proponían que se había descubierto un nuevo libro bíblico, el Evangelio de Judas, y que debía agregarse al canon de las Escrituras. Pero es solo uno de los

muchos escritos gnósticos tardíos que distorsionan la verdad espiritual y la historia.

La implicación para la iglesia de hoy es que el canon bíblico de Dios está cerrado. No hay una revelación directa continua para el hombre. La fe ha sido entregada de una vez por todas a los santos en la forma de los sesenta y seis libros de la Biblia (Jud. 3). En el pasado, Dios habló revelación directa a las personas de muchas formas y de muchas maneras, pero en estos últimos días ha elegido hablarnos a través de Su Hijo (Jn. 5:46; Lc. 24:27) como se revela en los sesenta y seis libros de la Biblia (He. 1:1-2). Añadir o quitar a cualquiera de ellos es una abominación y merece el castigo más severo de Dios mismo (Pr. 30:5-6; Ap. 22:18-19).

La Biblia es suficiente

La quinta afirmación con respecto a la naturaleza eficaz de la Biblia es su suficiencia. Para que la iglesia lleve a cabo toda la obra «que Jesús comenzó a hacer y a enseñar» (Hch. 1:1), Dios ha legado a los cristianos la Biblia como un medio suficiente. John Frame define la suficiencia bíblica como: «Las Escrituras contienen todas las palabras divinas necesarias para cualquier aspecto de la vida humana[41]».

Todo lo que la Iglesia del siglo XXI necesita hacer para tener éxito es hacer lo que dice la Biblia. Es suficiente. No necesitamos más revelación, educación, psicología, psiquiatría, sociología, técnicas innovadoras, trucos de última generación, entretenimiento sofisticado, nuevos esquemas contemporáneos de crecimiento de la iglesia, sensibilidad cultural, corrección política, reconciliación racial, activismo político o legislación federal. Jesús dijo: «la verdad los hará libres» (Jn. 8:32). Él es la verdad (Jn. 14:6) y Su Palabra es la verdad (Jn. 8:31; 17:17; 18:37).

Los mayores problemas de la humanidad son el pecado (Jn. 8:34) y el diablo (Jn. 8:44). La clave para ser liberado del pecado, del diablo y de todas las dolencias residuales que te acompañan (como la inmoralidad, la falta de esperanza, la ansiedad, la inseguridad, la desesperación, etc.) es conocer íntimamente la verdad de Jesucristo y Su Palabra. Las alternativas artificiales no serán suficientes. Jesús dijo

en Juan 17:3: «Y esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado».

Todo lo necesario para conocer a Jesucristo está en la Biblia. Jesús prometió guiar a los apóstoles a «toda la verdad» a través de la dirección del Espíritu Santo (Jn. 16:13). Y escribieron todo lo que Jesús les mandó escribir (Mt. 28:20; Ap. 1:1-2, 19; 22:16-20)[42]. Y el depositario de toda esta verdad que vino de Jesús «de una vez para siempre fue entregada a los santos» (Jud. 3). Este depósito de la verdad no es otro que las Escrituras que Pablo dijo que son inspiradas por Dios (2 Ti. 3:16). Y la Escritura es «útil para enseñar, para reprender, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, equipado para toda buena obra» (2 Ti. 3:17).

2 Timoteo 3:16-17 es una de las declaraciones más profundas sobre la suficiencia de la Biblia. Algunos aspectos destacados están en orden. Se dice que la Escritura es «útil», u *ofélimos* («útil», e incluye las ideas de «provechoso», «productivo» y «suficiente»)[43]. Las Escrituras son intrínsecamente «útiles», «provechosas», «productivas» y «eficaces».

Pablo continúa diciendo que las Escrituras son útiles para «enseñar» (nos dicen *todo* lo que necesitamos saber acerca de la verdad), para «reprender» (nos dicen cómo evitar *todo* pecado), para «corregir» (nos dicen cómo evitar *todo* error) y para «instruir en justicia» (nos dicen *todo* lo que necesitamos saber acerca de cómo vivir correctamente). ¡Eso es suficiencia!

Además, 2 Timoteo 3:17 dice que las Escrituras pueden ser usadas para hacer al hombre de Dios «perfecto» (*artios*). *Artios* significa «completo, capaz, competente en el sentido de ser capaz de satisfacer todas las demandas[44]». Así mismo, las Escrituras tienen la capacidad de hacer que uno esté «equipado[45]» o «enteramente preparado». Además, las Escrituras pueden hacer que uno esté completamente equipado «para *toda* buena obra» o para *todos* los aspectos del ministerio. Todo lo que Dios quiere que el cristiano logre en el desarrollo del carácter, la vida diaria y la efectividad del ministerio proviene de los recursos de las Escrituras. La Biblia es suficiente.

Muchos otros pasajes muestran que la Biblia es suficiente en virtud

de su naturaleza dinámica y capacidad para efectuar cambios sobrenaturales. Hebreos 4:12 dice de las Escrituras: «Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que cualquier espada de dos filos. Penetra hasta la división del alma y del espíritu, de las coyunturas y los tuétanos, y es poderosa para discernir los pensamientos y las intenciones del corazón». 1 Pedro 1:23 dice: «Pues han nacido de nuevo, no de una simiente corruptible, sino de una que es incorruptible, es decir, mediante la palabra de Dios que vive y permanece». Isaías habla poéticamente de esta misma eficacia dinámica y transformadora de las Escrituras:

> Porque como descienden de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelven allá sino que riegan la tierra, haciéndola producir y germinar, dando semilla al sembrador y pan al que come, así será Mi palabra que sale de Mi boca, no volverá a Mí vacía sin haber realizado lo que deseo, y logrado el propósito para el cual la envié (Is. 55:10-11).

Jeremías dice de la Palabra de Dios: «"¿No es Mi palabra como fuego", declara el SEÑOR, "y como martillo que despedaza la roca?"» (23:29). El Salmo 19 dice que la Escritura «restauran el alma», «hace sabio al sencillo» (v. 7), «alegran el corazón» y «alumbra los ojos» (v. 8). El Salmo 119 dice que las Escrituras ayudan a preservar la pureza (v. 9), efectúan una vida santa (v. 11), imparten gozo (v. 16), vivifican el alma (v. 25), exponen la falsedad (v. 29), producen reverencia (v. 38), imparten salvación (v. 41), consuelan a los afligidos (v. 50), inspiran cánticos (v. 54), incitan a la acción de gracias (v. 62), dan discernimiento y conocimiento (v. 66), proveen sabiduría (v. 98), y mucho, mucho más. ¿Qué más necesita una persona?

La Biblia contiene todo lo necesario para que un cristiano pueda ser todo lo que Dios requiere. Esto es lo mismo que Pedro declaró en 2 Pedro 1:3, donde señala que «[el] divino poder [de Dios] nos ha concedido todo cuanto concierne a la vida y a la piedad». Todo lo que necesitamos en esta vida para vivir de manera santa y agradable a Dios ya ha sido puesto a disposición del cristiano, solo hay que apropiarse

de lo que Dios ya nos ha concedido. Y ese todo suficiente «todo» es la verdad que se encuentra en la Palabra de Dios, la Biblia. Pablo dijo algo similar cuando escribió que su objetivo era hacer que cada persona fuera «perfecto en Cristo». Esto es posible, pues los prerrequisitos incluyen la proclamación, la amonestación y la enseñanza, cuyo contenido proviene de la Biblia (Colosenses 1:28-29).

Ciertamente, la Biblia no contiene todo lo que hay que saber acerca de Dios, porque Él es infinito. Pero todo lo que Dios quiere que sepamos, todo lo que es necesario y suficiente, Él nos lo ha revelado. Deuteronomio 29:29 dice: «Las cosas secretas pertenecen al SEÑOR nuestro Dios, pero las cosas reveladas nos pertenecen a nosotros y a nuestros hijos para siempre, a fin de que guardemos todas las palabras de esta ley». Lo que ha sido revelado y escrito en la Biblia es suficiente, como lo verifica Juan cuando escribió:

> Y hay también muchas otras cosas que Jesús hizo, que si se escribieran en detalle, pienso que ni aun el mundo mismo podría contener los libros que se escribirían […] pero estas se han escrito para que ustedes crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que al creer, tengan vida en Su nombre […] Estas cosas les he escrito a ustedes que creen en el nombre del Hijo de Dios, para que sepan que tienen vida eterna (Jn. 21:25; 20:31; 1 Jn. 5:13).

Resumen

Los cristianos deben vivir sus vidas y modelar sus iglesias locales según el modelo bíblico. Es el modelo de Dios sobre cómo hacer las cosas en la iglesia, tanto para el primer siglo como para el siglo XXI. Un prerrequisito entonces es tener un punto de vista apropiado de la Biblia. Para entender la Biblia correctamente, uno necesita tener una hermenéutica adecuada, es decir, reglas fijas para la interpretación. La hermenéutica preferida se denomina enfoque histórico-gramatical e incluye diez principios a tener en cuenta, que incluyen las siguientes reglas:

1. Solo los creyentes pueden interpretar las Escrituras correctamente
2. Interpretar la Biblia literalmente, o normalmente; no alegóricamente.
3. El contexto siempre determina el significado; el género no determina el significado.
4. No cambies tu hermenéutica; sé constante.
5. Busca el significado del autor original, no el tuyo.
6. El significado no cambia; no trates de maquillar la verdad.
7. Cada pasaje tiene un solo significado; no busques más.
8. Las Escrituras no se contradicen a sí mismas.
9. La teología es el resultado de la exégesis; no impongas tu teología en el texto.
10. Use *la analogía de las Escrituras* como una verificación solo después de completar el proceso exegético.

Una vez que tengas un enfoque hermenéutico sólido, puedes establecer una bibliología sólida, o teología de la Biblia. Tu visión apropiada de la Biblia te permitirá tener una visión apropiada de la Iglesia y, en efecto, te dictará cómo hacer las cosas en la iglesia en todos los niveles. Requiere que cada enseñanza, práctica y método en la iglesia sea definido y guiado por la verdad bíblica. Los cinco pilares principales de una visión correcta de la Biblia incluían una comprensión correcta de la *inspiración,* la *autoridad,* la *inerrancia,* la *canonicidad* y la *suficiencia.*

Notas

1. Un resumen más completo y excelente de la hermenéutica bíblica es el «Chicago Statement On Biblical Hermeneutics» [«Declaración de Chicago sobre la hermenéutica bíblica»] de 1983. Se puede acceder fácilmente en línea; Uno de los mejores libros de hermenéutica es *Evangelical Hermeneutics: The New Versus the Old [Hermenéutica evangélica: lo nuevo vs. lo viejo],* por Robert L. Thomas (Grand Rapids, MI: Kregel, 2002).
2. Para una discusión más detallada sobre la perspicuidad de las Escrituras en relación con el creyente, véase George J. Zemek, *Doing God's Business God's Way: A Biblical Theology of Ministry [Haciendo la obra de Dios a la manera de Dios: Una teología bíblica del ministerio]* (Brandon, FL: George J. Zemek, sin fecha), pp. 73-78.
3. A modo de ejemplo, me referiré a dos evangélicos muy respetados que sostienen este punto de vista. Gene Getz dice que «es absolutamente esencial» interpretar la Biblia a la luz de la cultura actual. Va aún más lejos al decir: «es imposible […] interpretar las Escrituras correctamente» sin tener en cuenta la cultura moderna. Él está adoptando una forma de «contextualización» que es perjudicial para la hermenéutica bíblica. La cultura moderna no tiene nada que ver con determinar el significado de lo que Pablo dijo hace 2,000 años a los corintios en sus dos epístolas. Primero, hacemos una exégesis objetiva mirando el texto, la gramática y la sintaxis, el contexto en los idiomas originales, y luego, determinamos su significado, interpretando así el pasaje como Pablo lo pretendía originalmente cuando lo escribió. Después de interpretar y determinar el significado, después de la exégesis, podemos aplicar los principios eternos a la cultura moderna. Getz pone el lente de la cultura moderna en el proceso de exégesis en lugar de después del proceso de exégesis. Véase *Elders and Leaders: God's Plan for Leading the Church [Ancianos y líderes: El plan de Dios para liderar la iglesia]* de Gene A. Getz (Chicago: Moody Publishers, 2003), p. 29. Bryan Chapell hace lo mismo cuando sugiere repetidamente que los predicadores «deben hacer exégesis de [sus] oyentes, así como del texto» para determinar el significado de un texto bíblico. Pero no debemos hacer exégesis de nuestro público oyente contemporáneo. Eso es

confundir la aplicación con la exégesis. La aplicación viene después de la exégesis. También dice: «La aplicación es un aspecto de la exposición». Eso también es un error. La aplicación viene después de la exposición. Bryan Chapell, *Christ-Centered Preaching: Redeeming the Expository Sermon [La predicación Cristocéntrica: Rescatando el sermón expositivo]* (Grand Rapids, MI: Baker, 2005), pp. 106, 214.

4. Mira los excelentes ejemplos sobre esto dados por J. B. Phillips en *Interlinear Greek-English New Testament: NIV [Interlineal Griego-Español del Nuevo Testamento: NVI]* Alfred Marshall (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1976), p. ii. Él continúa diciendo: «las palabras no son cosas estáticas, sino expresiones de pensamiento que son inevitablemente modificadas por su contexto».
5. Oliver Crisp, *The Evolution of Original Sin [La evolución del pecado original]*, 2-16-16, www.Biologos.org
6. Walter Kaiser, *Toward an Exegetical Theology: Biblical Exegesis for Preaching and Teaching [Hacia una teología exegética: exégesis bíblica para la predicación y la enseñanza]* (Grand Rapids: Baker Publishing, 1981), p. 82.
7. Denis Lamoureux, *Four Views on the Historical Adam [Cuatro puntos de vista sobre el Adán histórico]*, eds., Matthew Barrett y Ardel Caneday (Grand Rapids: Zondervan, 2013), p. 39.
8. Ibíd., pp. 38, 56.
9. Ibíd., p. 44.
10. Ibíd., p. 54.
11. Lewis Sperry Chafer, *Major Bible Themes [Grandes temas bíblicos]* (Grand Rapids: Zondervan, 1974), p. 22; también, véase James Montgomery Boice, *The Sovereign God [El Dios soberano]* (Downers Grove: InterVarsity Press, 1978), pp. 41-42. Para leer más sobre la *inspiración,* véase: R.A. Torrey y A.C. Dixon, *The Fundamentals: A Testimony to the Truth [Los fundamentos: un testimonio de la verdad]* (Grand Rapids: Baker Books, 1917), 2:9-60; Michael Horton, *The Christian Faith: A Systematic Theology for Pilgrims On the Way [La fe cristiana: una teología sistemática para los peregrinos en el camino]* (Grand Rapids: Zondervan, 2011), pp. 155-173; John MacArthur, *Why Believe the Bible?[¿Por qué creemos la Biblia?]* (Grand Rapids: Baker Books, 2015), pp. 45-56; Robert L. Reymond, *A New Systematic Theology of the Christian*

Faith [Una nueva teología sistemática de la fe cristiana] (Nashville: Thomas Nelson, 1998), pp. 25-53.

12. Paul Enns, *The Moody Handbook of Theology [El manual Moody de teología]* (Chicago: Moody Press, 1989), p. 166.
13. Bruce Milne, *Know the Truth [Conoce la verdad]* (Downers Grove: InterVarsity Press, 1982), p. 34.
14. Norman L. Geisler, ed., *Inerrancy [Inerrancia]* (Grand Rapids: Zondervan, 1980), p. 43.
15. Marc T. Mueller, «Bibliology: The Doctrine of Authority» [«Bibliología: la doctrina de la autoridad»] programa de clases (Sun Valley, CA: The Master's Seminary, 1989), p. 5; Jesús se refirió al Antiguo Testamento al menos 64 veces en los Evangelios, y siempre como una verdad autoritativa.
16. A.T. Robertson, *Word Pictures in the New Testament [Imágenes de palabras en el Nuevo Testamento]* (Grand Rapids: Baker Publishing, 1982), 1:31.
17. Geisler, *Inerrancy [Inerrancia]*, p. 15.
18. Jack Rogers, *Biblical Authority [Autoridad bíblica]* (Waco: Word Books, 1977), p. 44. Para una discusión clara y concisa sobre la *autoridad bíblica*, véase J. I. Packer, *God's Words: Studies of Key Bible Themes [Las Palabras de Dios: Estudios de Temas Bíblicos Clave]* (Downers Grove: InterVarsity Press, 1981), pp. 30-42. Para un estudio más detallado, véase James R. White, *Scripture Alone [Solo la Escritura]* (Minneapolis: Bethany House, 2004) y John MacArthur, *The Scripture Cannot Be Broken: Twentieth Century Writings on the Doctrine of Inerrancy* [*Las Escrituras no pueden ser quebrantadas: escritos del Siglo XX sobre la doctrina de la inerrancia*] (Wheaton: Crossway, 2015).
19. William Lane Craig, *Five Views on Apologetics [Cinco puntos de vista de la apologética]*, ed. Steven B. Cowan (Grand Rapids: Zondervan, 2000), p. 314. Craig es profesor de investigación de filosofía en el Seminario Talbot y un apologista cristiano de alto perfil. Tiene una visión barthiana de las Escrituras que aprendió de su mentor teológico, Wolfhart Pannenberg, el difunto teólogo ecuménico de Múnich. Estudié con Craig en 1986-1987 y escuché mucho de él en ese entonces sobre sus días de gloria estudiando con el mundialmente famoso Pannenberg.

20. Rolland McCune, *A Systematic Theology of Biblical Christianity Vol. I [Una Teología Sistemática del Cristianismo Bíblico Vol. I]* (Detroit: Detroit Baptist Theological Seminary, nd), p. 84.
21. Henry H. Holloman, *Kregel Dictionary of the Bible and Theology [Diccionario Kregel de la Biblia y la Teología]* (Grand Rapids: Kregel Publications, 2005), p. 240.
22. Enns, *The Moody Handbook [El manual Moody]*, p. 167.
23. R. C. H. Lenski, *The Interpretation of St. John's Gospel [La interpretación del evangelio de San Juan]* (Minneapolis: Augsburg Publishing House, 1943), p. 1149.
24. J. D. Douglas, ed., *The New Bible Dictionary [El diccionario de la nueva Biblia]* (Grand Rapids: Eerdmans Publishing, 1975), p. 721.
25. R. C. H. Lenski, *The Interpretation of St. Matthew's Gospel [La interpretación del evangelio de San Mateo]* (Minneapolis: Augsburg Publishing House, 1943), pp. 208-09.
26. John MacArthur, Jr., *The MacArthur New Testament Commentary: Matthew 1-7 [El comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Mateo 1-7]* (Chicago: Moody Press, 1985), p. 262.
27. Enns, *The Moody Handbook [El manual Moody]*, p. 167.
28. Robert Saucy, *Scripture: Its Power, Authority, and Relevance [La Escritura: Su poder, autoridad y relevancia]* (Nashville: Word Publishing, 2001), pp. 193-205. Saucy hace un buen trabajo aquí al contrarrestar el revisionismo histórico de Jack Rogers de lo que los creyentes a lo largo de la historia de la iglesia creían con respecto a la inspiración y la inerrancia; cfr. Jack Rogers, «The Church Doctrine of Biblical Authority» [La doctrina de la iglesia de la autoridad bíblica] en *Biblical Authority [La autoridad bíblica]*, pp. 17-46. David Dockery y David Nelson son también útiles en este tema; véase su capítulo en *A Theology for the Church [Una teología para la iglesia]*, ed. Daniel L. Akin (Nashville: B & H Academic, 2007), pp. 134-141.
29. Para un estudio útil que rastrea esta apostasía de la visión tradicional de la Biblia hasta mediados del siglo XVIII, véase: John D. Hannah, *Our Legacy [Nuestro legado]* (Colorado Springs: NavPress, 2001), pp. 57-70; Robert D. Preus, «The View of the Bible Held by the Church: The Early Church through Luther» [El punto de vista de la Biblia sostenido por la Iglesia: La Iglesia primitiva hasta Lutero], en *Inerrancy [Inerrancia]*, Norman L.

Geisler, ed., pp. 356-382; F. David Farnell, «Philosophical and Theological Bent of Historical Criticism» [«Inclinación filosófica y teológica de la crítica histórica»], *The Jesus Crisis: The Inroads of Historical Criticism Into Evangelical Scholarship [La crisis de Jesús: las incursiones de la crítica histórica en la erudición evangélica]* (Grand Rapids: Kregel Publications, 1998), pp. 85-131; F. David Farnell «The Problem of Philosophy in New Testament Studies» [El problema de la filosofía en los estudios del Nuevo Testamento»], en *The Jesus Quest: The Danger from Within [La Búsqueda de Jesús: el peligro interno]*, (Xulon Press, 2014), pp. 86-142.

30. John Warwick Montgomery, ed., *God's Inerrant Word [La Palabra inerrante de Dios]* (Minneapolis: Bethany House Publishers, 1974), pp. 13-14.
31. Por ejemplo, véase: Stephen T. Davis, *The Debate About the Bible: Inerrancy Versus Infallibility [El debate sobre la Biblia: inerrancia vs. infalibilidad]* (Philadelphia: The Westminster Press, 1977).
32. Wayne Grudem señala lo siguiente: «Hasta alrededor de 1960 o 1965, la palabra *infalible* se usaba indistintamente con la palabra *inerrante*. Pero en los últimos años, al menos en los Estados Unidos, la palabra infalible se ha usado en un sentido más débil para significar que la Biblia no nos desviará en asuntos de fe y práctica»; *Systematic Theology* (Grand Rapids: Zondervan, 1994), p. 93.
33. Enns, p. 167.
34. Wayne Grudem, *Systematic Theology [Teología Sistemática]*, p. 54.
35. Para una discusión sobre la adopción por parte de la Iglesia Católica Romana de siete de los quince libros apócrifos inspirados en el Concilio de Tren.t (1545-1563), véase: John D. Hannah, *Our Legacy* 51 [Nuestro legado 51»; Donald E. Demaray, *Cowan Handbook of the Bible* [*Manual Cowan de la Bibliae*] (Los Angeles: Cowan Publishing, 1964), pp. 18-21.
36. Milne, *Know the Truth [Conoce la verdad]* p. 40.
37. F. F. Bruce, *The Canon of Scripture [El canon de las Escrituras]* (Downers Grove: InterVarsity Press, 1988), pp. 28-29.
38. Norman Geisler, *Systematic Theology, Vol I* [La teología sistemática. Vol. 1] (Minneapolis: Bethany House, 2002), pp. 522-523.

39. Para una visión general del desarrollo histórico del canon bíblico, véase: John D. Hannah, *Our Legacy [Nuestro legado]*, 35 ff.
40. John Calvin, *Institutes of the Christian Religion [Institutos de la religión cristiana]* (Grand Rapids: Eerdmans, 1997), 1:69. También, véase W. H. Griffith Thomas, *How We Got Our Bible* [Cómo obtuvimos nuestra Biblia] (Dallas: Dallas Seminary Press, 1984), pp. 8-13; Norman Geisler y William Nix, *A General Introduction to the Bible [Una introducción general a la Biblia]* (Chicago: Moody Press, 1968), pp. 130-133; D. A. Carson, Douglas Moo, y Leon Morris, *An Introduction to the New Testament [Una introducción al Nuevo Testamento]* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1992), pp. 492-495.
41. John M. Frame, *The Doctrine of the Word of God [La doctrina de la Palabra de Dios]* (Phillipsburg, NJ: P & R Publishing, 2010), p. 220.
42. David S. Dockery, *Christian Scripture: An Evangelical Perspective on Inspiration, Authority and Interpretation [La Escritura Cristiana: una perspectiva evangélica de la inspiración, autoridad e interpretación]* (Nashville: B & H Publishers, 1995), pp. 28-32.
43. John MacArthur, Jr., *The MacArthur New Testament Commentary: 2 Timothy [El comentario MacArthur del Nuevo Testamento: 2 Timoteo]* (Chicago: Moody Press, 1995), p. 152.
44. John F. Walvoord y Roy B. Zuck, eds., *The Bible Knowledge Commentary: New Testament Edition [El conocimiento bíblico: edición del Nuevo Testamento]* (Wheaton: Victor Books, 1983), p. 757.
45. «Equipado» es *exertismenos*, participio perfecto pasivo de *exartizo,* «amueblar completamente» (uso perfeectivo de *ex*), i.e., «suficiencia total»; véase A. T. Robertson, *Word Pictures in the New Testament [Imágenes de palabras en el Nuevo Testamento]* (Grand Rapids, MI: Baker Book House, 1931), 4:628.

4

EL MANEJO DE LA IGLESIA:

El pastoreo de ancianos

La Biblia delinea la estructura de liderazgo

Una de las áreas más vitales a considerar con respecto a la eclesiología en el siglo XXI es el área del liderazgo. El liderazgo en la iglesia es tan importante que Jesús pasó la mayor parte de su tiempo durante su ministerio de tres años entrenando a los doce apóstoles, quienes a su vez serían los líderes de la iglesia recién establecida. Jesús sabía que la gente no se eleva por encima del nivel de su liderazgo. Jesús dijo: «Un discípulo no está por encima de su maestro; pero todo discípulo, después de que se ha preparado bien, será como su maestro» (Lc. 6:40). El liderazgo de calidad conduce a personas de calidad. Un liderazgo transigente produce lo mismo. La iglesia de Jesucristo necesita tomar en serio el tema del liderazgo y comprometerse a implementar el modelo bíblico de liderazgo en la iglesia.

Desafortunadamente, hay muchas iglesias, cristianos y líderes de iglesias que no creen que la Biblia provea imperativos y pautas claras para la organización de la misma. Ten en cuenta un par de ejemplos:

> Mientras que las doctrinas fundamentales de nuestra fe cristiana están claramente definidas en las Escrituras, no hay una definición clara ni una imagen dada para la organización oficial de la iglesia a nivel local o general.
>
> Cualquier estudiante honesto de la historia de la iglesia debe confesar que Dios ha usado y bendecido a los hombres en casi todas las formas de gobierno de la iglesia: congregacional, presbiteriana y episcopal. Reorganizar su iglesia no es una garantía de que Dios enviará avivamiento […] ¡No te hagas la idea de que cierto tipo de organización gana automáticamente la bendición de Dios![1]

Este capítulo buscará mostrar que lo opuesto es verdad, contrario a lo que se ha dicho anteriormente. Dios tiene una estructura organizativa muy definida que Él ha delineado en el Nuevo Testamento y obedecerla e implementarla le agrada. Y cuando los cristianos obedecen la Palabra de Dios, Él puede muy bien elegir bendecir esa obediencia.

Con demasiada frecuencia, los cristianos marginan o minimizan la importancia de la estructura de liderazgo establecida por Dios, por varias razones. Algunos cristianos dicen que el Nuevo Testamento es ambiguo o incluso guarda silencio sobre este tema. Otros dicen que Jesús no enseñó sobre el tema. Otros dicen que las tres formas de gobierno de la iglesia se pueden probar a partir de la Biblia, por lo que no hay un solo modelo claro. Por ejemplo, Paige Patterson afirma que «cualquier lectura del Nuevo Testamento revela ejemplos de las tres formas de gobierno de la iglesia[2]».

Otros dicen que es una cuestión de semántica, y que lo único que importa es el carácter, no los títulos de los puestos. Así que no importa cómo llames a los líderes de tu iglesia. Y finalmente otros dicen que la historia de la iglesia no da un modelo uniforme, por lo tanto, ¿quién sabe?

Pero la historia de la iglesia no tiene la última palabra, sino la Biblia. Además, cada uno de los tres modelos de gobierno eclesiástico

mencionados anteriormente no pueden ser el modelo bíblico, porque los tres difieren entre sí, y la Biblia no se contradice a sí misma. O una de las tres es exacta, o las tres no son bíblicas. Además, con respecto a aquellos que desestiman todo este asunto diciendo: «Jesús no lo abordó», esta no es una respuesta suficiente. Hay muchas cosas acerca de la iglesia que Jesús no abordó durante su ministerio público en la tierra, pero dejó mucho de eso para que los apóstoles lo enseñaran. Jesús les dijo a los apóstoles que enviaría al Espíritu Santo para guiarlos a toda la verdad (Jn. 14:26; 16:13). Jesús sabía que Él iba a edificar la iglesia sobre el fundamento de la doctrina de los apóstoles que les fue revelada después de que Él ascendiera (Hch. 2:42; Ef. 2:20). Hay muchas cosas que Jesús no dijo acerca de la iglesia; pero hay muchas cosas que los apóstoles dijeron y escribieron sobre el tema. Y este es el caso con el liderazgo organizacional en la iglesia. Un estudio del Nuevo Testamento lo confirma.

Tres modelos históricos de la Iglesia

Episcopalismo

Tradicionalmente, hay tres formas populares de liderazgo eclesiástico que se proponen como los modelos adecuados. Incluyen el modelo episcopal, presbiteriano y congregacional[3]. El modelo episcopal adopta el gobierno de los «obispos». Sostiene que hay tres oficios distintos en la iglesia: obispos, presbíteros (o sacerdotes) y diáconos. El concepto principal de esta forma de gobierno eclesiástico es que el derecho de consagrar a otros obispos y ordenar sacerdotes y diáconos pertenece solo al obispo. Además, el obispo tiene autoridad de supervisión sobre más de una iglesia a la vez. El obispo es el equivalente moderno de un apóstol[4]. Esta forma de gobierno eclesiástico es típica en las iglesias católicas, ortodoxas, anglicanas, episcopales, metodistas y, ocasionalmente, luteranas y de las Asambleas de Dios. Pero a la luz del modelo bíblico, las palabras de Paul Little suenan ciertas, quien dijo: «Este sistema en realidad no se encuentra en el Nuevo Testamento[5]».

Gene Getz dice que este triple paradigma no bíblico del liderazgo de la iglesia comenzó con Ignacio de Antioquía (35-108 d. C.), el supuesto discípulo del apóstol Juan. Getz comenta sobre las

consecuencias generalizadas y duraderas de desviarse del modelo bíblico:

> Bajo la influencia de Ignacio, esta estructura jerárquica impactó a las iglesias en todo el mundo del Nuevo Testamento. Onésimo se convirtió en el «obispo de Éfeso» y Policarpo en el «obispo de Esmirna» y Clemente se convirtió en el «obispo de Roma», por nombrar algunos de los más conocidos. Desafortunadamente, este sistema preparó el escenario para algunos de los graves abusos de liderazgo que han perseguido al cristianismo durante siglos[6].

Presbiterianismo

Los modelos presbiterianos de gobierno eclesiástico se desarrollaron y formalizaron después de la Reforma Protestante. El modelo presbiteriano tiene una jerarquía cuádruple: la sesión, el presbiterio, los sínodos y la asamblea general. La sesión está compuesta por ministros y ancianos laicos que son los representantes electos de la congregación. El presbiterio está compuesto por ministros y ancianos representativos que son los representantes electos de una región prescrita que supervisan las sesiones, los ministros y las congregaciones. El sínodo representa un área geográfica más grande e incluye los presbiterios. El sínodo funciona como un tribunal de apelación en asuntos eclesiásticos. La asamblea general, el más alto tribunal de apelaciones de la iglesia, es responsable de la misión de la denominación. Los funcionarios electos de este órgano generalmente se reúnen anualmente. Dentro de cada uno de estos cuatro niveles de gobierno, los ministros y los ancianos tienen los mismos privilegios de voto[7]. Las iglesias presbiterianas abundan hoy en día con más de una docena de variaciones diferentes, siendo la Iglesia Presbiteriana (EE. UU.) una de las denominaciones más grandes.

Congregacionalismo

El congregacionalismo enfatiza una forma democrática de gobierno eclesiástico, así como la independencia y la autonomía de la iglesia

local. Los oficios de este tipo de iglesia generalmente incluyen un ministro (o un «pastor principal»), un diaconado, un secretario de la iglesia y un tesorero. El llamado a un ministro para que asuma el pastorado de una iglesia local es emitido por la reunión de la iglesia. Los diáconos son elegidos por los miembros, de acuerdo con la constitución de la iglesia, para ayudar al ministro en la administración de la iglesia y también para compartir con él las responsabilidades pastorales[8]. En cuanto al origen de esta forma de gobierno, Couch dice: «Esto se remonta al reinado de la reina Isabel I, cuyo objetivo para la Iglesia de Inglaterra era una uniformidad impuesta[9]». Más específicamente, Patterson dice que se remonta al tratado de Robert Browne, *Reformation Without Tarrying for Any [Una reforma sin guardar a nadie]*, publicado en 1582 por separatistas ingleses que vivían en Holanda[10].

Estableciendo el modelo bíblico

Muchas iglesias cristianas hoy en día generalmente siguen uno de los modelos anteriores. Pero, desafortunadamente, los tres modelos se desvían en algún grado del modelo original que Dios dio a través de los apóstoles. Los tres añaden a la Biblia o descuidan lo que dice de una manera u otra. El modelo episcopal exige tres oficios oficiales de la iglesia, mientras que la Biblia estipula claramente solo dos. El congregacionalismo elimina el oficio bíblico de «anciano gobernante», suplantándolo con el «diácono gobernante». El presbiterianismo agrega accesorios extracurriculares de sesiones hechas por el hombre, sínodos y burocracia denominacional, sofocando así la hermosa simplicidad del modelo bíblico de solo dos oficios: anciano y diácono.

Por lo tanto, es necesario considerar un cuarto modelo: el «pastoreo bíblico de ancianos». Esta era la estructura organizativa de la iglesia primitiva que se estableció en el Nuevo Testamento, la cual fue rápidamente distorsionada a mediados del siglo II. Luego, durante catorce siglos, estuvo mayormente inactiva bajo las convenciones humanas y los artilugios forjados por la institucionalización de la iglesia engendrada por la Iglesia Romana. El modelo de pastoreo de ancianos fue recuperado después del período de la Reforma y es practicado por

una minoría de iglesias en la actualidad. Strauch señala:

> Debido a la «luz engañosa de las autoridades humanas», que reemplazó la enseñanza del Nuevo Testamento sobre el liderazgo de ancianos, la doctrina cristiana de los ancianos se perdió durante casi catorce siglos[11].

Otro erudito notable de la iglesia observa lo siguiente:

> A mediados del siglo II, la palabra *obispo* se restringió a un presbítero principal. Esto parecía, como señaló Lightfoot, seguir la ley casi universal. Da el ejemplo del gobierno monárquico que prevalecía en esa parte del mundo. Esto llevó a la elevación natural de un solo presbítero en una localidad determinada[12].

Es necesario definir los términos clave

Antes de delinear el modelo bíblico, es necesario definir los términos clave. La razón por la que hay tanta confusión entre las iglesias hoy en día acerca de la estructura organizacional es porque la iglesia ha absorbido tanta jerga antibíblica e incluso secular, que toda la discusión se ha vuelto confusa. Por ejemplo, los términos comunes que actual e históricamente se asocian con líderes y cargos en la iglesia incluyen palabras como *reverendo, papa, vicario, pontífice, cardenal, doctor, clérigo, monje, monja, sínodo, sesión, distrito, classis, asamblea, convención, denominación, superintendente, presidente, fideicomisario, junta, clero, etc.* Pero técnicamente, estas no son palabras o conceptos bíblicos para el liderazgo de la iglesia del Nuevo Testamento y, por lo tanto, simplemente enredan y confunden las cosas. Además de usar términos no bíblicos, muchas iglesias también usan términos bíblicos de manera incorrecta cuando describen el liderazgo de la iglesia, como las palabras *padre, hermano, obispo, sacerdote, santo, pastor principal.* La Iglesia Católica llama a sus líderes eclesiásticos «sacerdotes», un grupo especial y elitista de hombres solteros considerados más dignos que el laico promedio. Pero la Biblia dice que cada cristiano es un «sacerdote» (1 Pe. 2:9), que tiene acceso directo a Dios a través de Cristo, el único Mediador (1 Ti. 2:5).

Y considera el título de «pastor principal» que se usa a menudo en innumerables iglesias para referirse al director ejecutivo de su iglesia local. Pero solo hay un «pastor principal» que se menciona en la Biblia, y ese es Jesús. Pedro, el apóstol principal, nunca se llamó a sí mismo el «pastor principal», sino que reservó ese título solo para Jesús, quien es la única Cabeza de la Iglesia. En 1 Pedro 5:4, él llama a Jesús el «Príncipe de los pastores» (literalmente «pastor principal») y Su posición no está vacante. Definir los términos bíblicos es una prioridad. Las palabras importan; La precisión cuenta. Strauch amonesta con razón a la Iglesia sobre este asunto:

> Los apóstoles del Nuevo Testamento, guiados por el Espíritu Santo, fueron extremadamente cuidadosos al elegir el vocabulario que usaban para describir la persona y la obra de Jesucristo, Su «nueva creación», la Iglesia (Gá. 6:15), y aquellos que proporcionaban liderazgo para el pueblo de Dios. Es de vital importancia que los cristianos de hoy entiendan que el lenguaje que usamos para describir a los líderes de nuestra iglesia tiene el poder de reflejar con precisión el pensamiento y la práctica bíblica o, por el contrario, de alejarnos de la verdadera Iglesia de Jesucristo y llevarnos a la iglesia falsa.
>
> Los líderes de la iglesia bíblicamente sensibles insistirán en que la terminología que usan representa, con la mayor precisión posible, los términos y conceptos bíblicos originales de un liderazgo de ancianos del Nuevo Testamento. Los falsos maestros han tenido sus mayores triunfos cuando redefinen las palabras bíblicas de una manera que es contraria al significado original. Escuchemos el juicioso consejo de Nigel Turner, uno de los gramáticos griegos más importantes del mundo:
>
> «La Iglesia de hoy se preocupa por la comunicación con el mundo contemporáneo y, sobre todo, por la necesidad de

> hablar en un nuevo idioma. Más vale que el lenguaje de la Iglesia sea el lenguaje del Nuevo Testamento. Proclamar el Evangelio con una nueva terminología es peligroso cuando gran parte del mensaje y las valiosas connotaciones que están implícitas en el Nuevo Testamento podrían perderse para siempre. "La mayoría de las distorsiones y disensiones que han afligido a la Iglesia", observó el difunto decano de York, "donde han tocado la comprensión teológica, han surgido a través de la insistencia de sectas o sectores de la comunidad cristiana en palabras que no se encuentran en el Nuevo Testamento"[13]».

Además de agregar palabras no bíblicas al poder del liderazgo de la iglesia, así como de hacer un mal uso y redefinir las palabras bíblicas al describir el liderazgo y la organización de la iglesia, también es común que las iglesias desechen los términos bíblicos básicos que se refieren al liderazgo de la iglesia.

Por ejemplo, Jesús se llamó a sí mismo el Buen Pastor; Él dijo: «Yo soy el buen pastor; el buen pastor da Su vida por las ovejas» (Jn. 10:11). El rey David se refirió a Dios como su Pastor espiritual (Sal. 23). Cristo dio líderes formales como regalos para edificar, hacer crecer y guiar a la iglesia perpetuamente, y estos líderes incluyen apóstoles, profetas, evangelistas y «pastores» (Ef. 4:11). Describir a un líder de la iglesia como un «pastor» es uno de los términos más entrañables, gráficos, prácticos y universalmente entendidos de un líder-siervo amoroso y edificante. Lamentablemente, hoy en día hay un impulso por parte de algunos de los líderes de iglesias evangélicas más prominentes y de alto perfil en Estados Unidos para deshacerse del título de «pastor» por completo porque piensan que es arcaico, irrelevante y grosero. Durante una entrevista con *Christianity Today*, se le preguntó a uno de esos líderes de la iglesia: «¿Deberíamos dejar de referirnos a los pastores como "pastores?"». Así es como respondió:

> Absolutamente. Esa palabra tiene que desaparecer. Jesús habló de pastores porque había uno allá en un potrero que él

> podía señalar. Pero traer esa imagen hoy y decir: «Pastor, usted es el pastor del rebaño», no. Nunca he visto un rebaño. Nunca he pasado cinco minutos con un pastor. Era culturalmente relevante en el tiempo de Jesús, pero ya no lo es […] Si Jesús estuviera aquí hoy, ¿hablaría de pastores? No. Señalaría algo que todos conocemos, y diríamos: «Oh, sí, sé lo que es». Jesús le dijo a Pedro, el pescador, que «apacentara [Sus] ovejas», pero no les dijo a los demás: «Vayan, pues, por todo el mundo, y sean pastores, y apacienten mis ovejas». Para la época del libro de los Hechos, el modelo del pastor ya se había ido[14].

Dios advirtió categóricamente a los humanos arrogantes que no alteraran la Palabra de Dios cambiándola o quitándole: «si alguien quita de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del árbol de la vida y de la ciudad santa descritos en este libro» (Ap. 22:19). Proverbios 30:5-6 dice que si alguien trata de cambiar la Palabra de Dios, entonces eso prueba que esa persona es un mentiroso.

Definición de «pastor»

A la luz de las desviaciones resaltadas anteriormente, es primordial que definamos términos clave relacionados con el liderazgo bíblico y la organización en la iglesia. Los términos clave que necesitamos definir incluyen *pastor*, *anciano*, *sobreveedor/obispo* y *diácono*. La primera es la palabra *pastor*. Este título es el más común entre las iglesias evangélicas de hoy en día. Sorprendentemente, el sustantivo (*poimén*) se usa solo una vez fuera de los Evangelios en referencia a los líderes de la iglesia, y vemos ese ejemplo en Efesios 4:11. Después de su ascensión, Jesús dio *pastores* a la iglesia para guiar y servir a la gente. (Curiosamente, nunca se hace referencia a los líderes de la iglesia como «pastores» en el Nuevo Testamento, aparte de este versículo. Más bien, se les llama *ancianos*, *sobreveedores* u *obispos*. Sin embargo, la forma verbal para «pastor» se usa para describir la naturaleza de su trabajo, es decir, *pastorear*). Más comúnmente en Hechos y las epístolas encontramos el verbo, *pastoreo* (*poimaino*). Esta palabra enfatiza el «deber» o acción del

líder de la iglesia. La forma verbal «pastorear» se usa en relación con la iglesia tres veces:

1. Jesús le ordenó a Pedro que *pastoreara* (*poímaine)* Sus ovejas (Jn. 21:16);
2. Pedro encargó a los ancianos de Asia que *pastorearan* (*poimánate*) el rebaño de Dios (1 Pe. 5:2);
3. Pablo les recordó a los ancianos de Éfeso que el Espíritu Santo los colocó como sobreveedores *para pastorear* (*poimaínein*) la iglesia (Hch. 20:28).

En cuanto al significado de este término para los líderes de la iglesia, Strauch señala lo siguiente:

> El verbo «pastorear» (poimaíno) significa «cuidar como pastor», que abarca la tarea completa de pastor, la cual es guiar, abrigar, alimentar y cuidar a las ovejas. Esta imagen del pastoreo encaja perfectamente con el propósito del Espíritu Santo para los ancianos.
>
> La imagen del pastor combina las ideas de autoridad y liderazgo con el sacrificio personal, la ternura, la sabiduría, el trabajo duro, el cuidado amoroso y la vigilancia constante. El pastoreo requiere largas horas de trabajo y atención completa: el pastor siempre debe estar con las ovejas. Exige conocimiento de las ovejas, buenas habilidades de manejo y coraje frente al peligro. Lo más importante es que exige amor por las ovejas. Por lo tanto, «pastorear» significa gobernar la iglesia de Dios, proveer liderazgo y guía para la iglesia, enseñar y corregir desde la Palabra de Dios, y proveer protección de todos los peligros que amenazan la vida de la iglesia[15].

Definición de «sobreveedor» y «obispo»

El siguiente término clave es *sobreveedor*. La palabra en griego es una palabra compuesta, *epískopos*. Se compone de la preposición *epi*, que

significa «en, sobre», más -*skopos*, «ver», como en un telescopio. Por lo tanto, un sobreveedor, o epíscopo, es un líder de la iglesia que «ve» o vela por la gente, dando dirección y brindando protección a medida que ven el panorama general. Pueden evaluar la vida de la iglesia desde 30,000 pies, sin perderse ni cegarse en los detalles. Este término para liderazgo es un complemento de la palabra *pastor*. Un pastor es cercano y práctico, con una micro perspectiva; un sobreveedor está viendo la vida corporal desde la distancia, con una macro perspectiva. Ambos enfoques son necesarios e invaluables para que el liderazgo de la iglesia sea efectivo. A veces la palabra *obispo* se usa para traducir la palabra griega, *epískopos*, pero *obispo* es en realidad una corrupción del latín, episcopus[16]. En cuanto al origen y significado de esta palabra en relación con el liderazgo de la iglesia, un autor señala lo siguiente:

> *Epískopos* era el equivalente de la cultura griega secular a la idea hebrea histórica de anciano. Los sobreveedores u obispos eran aquellos nombrados por los emperadores para gobernar las ciudades-estado capturadas o recién fundadas. El obispo era responsable ante el emperador, pero la supervisión le era delegada a él. Él trabajaba como comisionado, regulando los asuntos de la nueva colonia o adquisición. Por lo tanto, *Epískopos* sugirió dos ideas a la mente griega del primer siglo: la responsabilidad ante un poder superior y la introducción a un nuevo orden de cosas. Los conversos gentiles entenderían inmediatamente esos conceptos en el término[17].

Strauch añade lo siguiente:

> El término *sobreveedor* era una designación común utilizada por los griegos para una variedad de funcionarios. A diferencia de todos los títulos sacerdotales o señoriales, nada en el título de *sobreveedor* […] violaba el carácter familiar de la iglesia local, [o] la naturaleza de siervo humilde […]
>
> El hecho de que los apóstoles y los primeros cristianos usaran

> el término sobreveedor como sinónimo de anciano demuestra flexibilidad en el uso de la terminología de liderazgo y el deseo de comunicarse eficazmente entre las personas de habla griega[18].

La Biblia usa el término *sobreveedor* en los siguientes pasajes relacionados con los líderes de la iglesia:

> Tengan cuidado de sí mismos y de toda la congregación, en medio de la cual el Espíritu Santo les ha hecho *obispos (epískopus)* para pastorear la iglesia de Dios (Hch. 20:28).
>
> Pablo y Timoteo, siervos de Cristo Jesús: a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, incluyendo a los *obispos (epískopois)* y diáconos: (Fil. 1:1).
>
> Palabra fiel es esta: si alguien aspira al cargo de *obispo* (epískopes), buena obra desea hacer (1 Ti. 3:1).
>
> Un *obispo (epískopon)* debe ser, pues, irreprochable, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, de conducta decorosa, hospitalario, apto para enseñar (1 Ti. 3:2).
>
> Porque el *obispo (epískopon)* debe ser irreprensible como administrador de Dios, no obstinado, no iracundo, no dado a la bebida, no pendenciero, no amante de ganancias deshonestas (Tit. 1:7).

La forma verbal de obispo se usa en 1 Pedro 5:2, donde dice: «pastoreen el rebaño de Dios entre ustedes, *velando (episkopountes)* por él, no por obligación, sino voluntariamente, como quiere Dios; no por la avaricia del dinero, sino con sincero deseo».

Definición de «anciano»

El tercer término a considerar es *anciano*. Este término es el que más se usa para describir el liderazgo de la iglesia en el Nuevo Testamento. Es una palabra rica en significado histórico. La palabra griega es *presbuteros*,

de la cual obtenemos la palabra en español *presbiterio y presbiteriano,* y deriva de la palabra hebrea del Antiguo Testamento, *zaqen*. A diferencia de la palabra *epískopos*, que es de origen griego y secular en el origen popular, *presbíteros* es de origen judío y religioso. *Zaqen* significa «barbudo[19]» y tiene la connotación de «madurez[20]».

Como «barbudos», los ancianos en la Biblia siempre son hombres, el liderazgo es masculino. No hay mujeres «barbudas», no hay pastoras o ancianas en la iglesia local. Desde la década de 1960, ha habido una feminización sin precedentes de nuestra cultura, por la cual los distintos roles dados por Dios para hombres y mujeres han sido borrados y redefinidos. La masculinidad y la feminidad ordenadas por Dios han sido sesgadas más allá del reconocimiento en algunos sectores, y la iglesia no ha escapado a las consecuencias. Rara es la iglesia que todavía se aferra al claro mandato bíblico dado en 1 Timoteo 2:12-14, donde Dios Él dice: «Yo no permito que la mujer enseñe ni que ejerza autoridad sobre el hombre, sino que permanezca callada. Porque Adán fue creado primero, después Eva. Y Adán no fue el engañado, sino que la mujer, siendo engañada completamente, cayó en transgresión».

En cuanto a la «madurez», en el Antiguo Testamento, el énfasis está en la edad y la experiencia, pero en el Nuevo Testamento se infundió un matiz de madurez espiritual en el término. Así que los ancianos, o presbíteros, en la iglesia deben ser varones espiritualmente maduros.

El primer uso de *anciano* como un término técnico para los líderes entre el pueblo de Dios fue alrededor del año 1400 a. C. en los días de Moisés, cuando Dios lo comisionó para guiar a más de un millón de judíos de Egipto a la Tierra Prometida. Dios le dijo a Moisés: «Ve y reúne a los *ancianos* de Israel, y diles: "El SEÑOR, el Dios de sus padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, se me ha aparecido y dijo: 'Ciertamente los he visitado y he visto lo que les han hecho en Egipto» (Éx. 3:16). En el Antiguo Testamento, *anciano* generalmente aparece en plural, *ancianos*, y generalmente se refiere a un grupo local de hombres judíos sabios que representan al pueblo. Así que desde el año 1400 a. C. en los días de Moisés hasta los días de Malaquías

alrededor del 450 a. C., los ancianos de Israel son, en su mayor parte, un grupo confiable de líderes que quieren servir a Dios y al pueblo.

Pero algo cambió drásticamente. Para cuando llegamos a los días de Jesús en el año 30 d. C., los ancianos de Israel se habían convertido en un grupo transigente de elitistas que abusaban de su autoridad, desafiaban a Dios, pisoteaban a la gente y se convirtieron en los archienemigos jurados de Jesús el Salvador (Mt. 16:21). Fue a los ancianos de Israel a quienes Judas dio la vida del Salvador a cambio de treinta monedas de plata (Mt. 27:3). Al final fueron los ancianos de Israel los que asesinaron a Jesús. «… los ancianos del pueblo celebraron consejo para dar muerte a Jesús» (Mt. 27:1). Fueron los ancianos de Israel quienes persiguieron a los apóstoles (Hch. 4:1-7) e incluso asesinaron a Esteban, en la Iglesia primitiva (Hch. 6:12; 7:54-60).

Saulo fue uno de los ancianos de Israel que dio muerte al justo Esteban. Entonces Dios salvó a Saulo (Hch. 9), cambió su nombre a Pablo, lo nombró apóstol de los gentiles (Ro. 11:13), y le encargó la tarea de ordenar ancianos piadosos y amantes de Cristo en todas las iglesias. Como resultado, Dios rescató la posición de liderazgo de anciano en el Antiguo Testamento, purgándola de todas sus tendencias comprometidas, la santificó y estableció como el oficio fundamental del liderazgo de la iglesia a perpetuidad.

Históricamente, la palabra *anciano* se usaba en muchos contextos más allá del religioso, pero en los tiempos apostólicos llegó a adquirir un sentido restringido y técnico cuando se refería a aquellos en el liderazgo formal de la iglesia[21].

En cuanto al uso técnico eclesiástico, Vine dice lo siguiente:

> *Presbuteros* […] se utiliza […] en las iglesias cristianas, [para] aquellos que, habiendo sido levantados y calificados por la obra del Espíritu Santo, fueron designados para tener el cuidado espiritual de las iglesias y ejercer supervisión sobre ellas. A estos se les aplica el término *«obispos», episkopoi*, o «sobreveedores» (ver Hechos 20, v. 17 con v. 28, y Tito 1:5 y 7), este último término indica la naturaleza de su trabajo,

presbuteroi su madurez de experiencia espiritual[22].

Los pasajes clave del Nuevo Testamento que se refieren a los ancianos de la iglesia incluyen los siguientes:

> Los discípulos, conforme a lo que cada uno tenía, determinaron enviar una ayuda a los hermanos que habitaban en Judea. Y así lo hicieron, mandándola a los *ancianos (presbuterous)* por mano de Bernabé y de Saulo (Hch. 11:29-30).
>
> Después que les designaron *ancianos* (*presbuterous*) en cada iglesia, habiendo orado con ayunos, los encomendaron al Señor en quien habían creído (Hch. 14:23).
>
> Según pasaban por las ciudades, entregaban los acuerdos tomados por los apóstoles y los *ancianos (presbuteron)* que estaban en Jerusalén, para que los observaran. Así que las iglesias eran confirmadas en la fe, y diariamente crecían en número (Hch. 16:4-5).
>
> Desde Mileto mandó mensaje a Éfeso y llamó a los *ancianos* (*presbuterous*) de la iglesia […] Tengan cuidado de sí mismos y de toda la congregación, en medio de la cual el Espíritu Santo les ha hecho obispos para pastorear la iglesia de Dios, la cual Él compró con Su propia sangre (Hch. 20:17, 28).
>
> Cuando llegamos a Jerusalén, los hermanos nos recibieron con regocijo. Al día siguiente Pablo fue con nosotros a ver a Jacobo, y todos los *ancianos* (*presbuteroi*) estaban presentes (Hch. 21:17-18).
>
> No descuides el don espiritual que está en ti, que te fue conferido por medio de la profecía con la imposición de manos del presbiterio (*presbuteriou*) *(1 Ti. 4:14).*

> Los *ancianos* (*presbuteroi*) que gobiernan bien sean considerados dignos de doble honor, principalmente los que trabajan en la predicación y en la enseñanza […] No admitas acusación contra un *anciano* (*presbuterou*), a menos de que haya dos o tres testigos (1 Ti. 5:17, 19).

> Por esta causa te dejé en Creta, para que pusieras en orden lo que queda, y designaras *ancianos* (*presbuterous*) en cada ciudad como te mandé […] Porque el obispo debe ser irreprensible como administrador de Dios (Tit. 1:5, 7).

> ¿Está alguien entre ustedes enfermo? Que llame a los *ancianos* (*presbuterous*) de la iglesia y que ellos oren por él, ungiéndolo con aceite en el nombre del Señor (Stg. 5:14).

> Por tanto, a los *ancianos* (*presbuterous*) entre ustedes, exhorto yo, *anciano* (*sumpresbuteros*) como ellos y testigo de los padecimientos de Cristo, y también participante de la gloria que ha de ser revelada: pastoreen el rebaño de Dios entre ustedes, velando por él, no por obligación, sino voluntariamente, como quiere Dios; no por la avaricia del dinero, sino con sincero deseo; (1 Pe. 5:1-2).

Definición de «diáconos»

El último término a considerar es *diácono*. La palabra griega es *diakonos,* que significa *siervo*. Tiene una amplia variedad de aplicaciones, pero de nuevo, al igual que la palabra *anciano* cuando se usa en referencia a la Iglesia primitiva, adquirió una connotación específica. Robert Saucy ofrece un resumen útil del término:

> Cuando aparece en la literatura griega en prosa, generalmente denota un sirviente o un esclavo dentro de la casa cuyo deber consiste en servir a su amo en la mesa y, a veces, hacerle compras. El término, junto con su verbo correspondiente, *diakoneo*, «servir», y el sustantivo*, diakonia, «servicio»*, se usa de manera muy general a lo largo del Nuevo Testamento para

> denotar servicio en varios tipos […] Pero obviamente es un oficio en 1 Timoteo 3:8-13, donde se enumeran los requisitos, y también en Filipenses 1:1, donde se menciona a «los obispos y diáconos». Aparentemente, el término progresó de su significado general de servicio a su uso aplicado a un ministerio especial de la iglesia[23].

Strauch también añade una palabra útil, explicando el sentido técnico de *diácono* en relación con el oficio eclesiástico:

> Además de los usos anteriores de *diakonos*, Pablo usa el término de una manera sorprendentemente diferente en tres ocasiones. En estos casos, usa *diakonos,* no en el sentido general de siervo, sino como un título fijo, como «obispo», para un grupo distinto de personas en este cargo (Filipenses 1:1; 1 Ti. 3:8, 12).
>
> La pregunta de si el diaconado es un cargo o un trabajo se responde fácilmente: es ambas cosas. Obviamente es un trabajo a realizar, pero es un cargo porque requiere requisitos y una examinación para ingresar, e implica el nombramiento para un cargo público y oficial con deberes prescritos y autoridad designada. Por lo tanto, el diaconado es un oficio en la iglesia, como lo es el liderazgo de ancianos[24].

Los tres usos especiales en el Nuevo Testamento a los que Strauch se refiere incluyen los siguientes:

> Pablo y Timoteo, siervos de Cristo Jesús: A todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, incluyendo a los obispos y *diáconos* (*diakonois*) (Fil. 1:1).
>
> De la misma manera, también los *diáconos* (*diakonous*) deben ser dignos, de una sola palabra, no dados al mucho vino, ni amantes de ganancias deshonestas […] Que también estos sean sometidos a prueba primero, y si son irreprensibles, que

> entonces sirvan como *diáconos* (*diakoneitosan*) […] Que los *diáconos* (*diakonoi*) sean maridos de una sola mujer, y que gobiernen bien sus hijos y sus propias casas. Pues los que han servido bien como diáconos obtienen para sí una posición honrosa y gran confianza en la fe que es en Cristo Jesús. (1 Ti. 3:8, 10,12-13).

El origen, o al menos un prototipo preliminar, del oficio formal del diácono en la iglesia se puede encontrar en Hechos 6:1-6 donde dice:

> Por aquellos días, al multiplicarse el número de los discípulos, surgió una queja de parte de los judíos helenistas en contra de los judíos nativos, porque sus viudas eran desatendidas en la distribución diaria de los alimentos. Entonces los doce convocaron a la congregación de los discípulos, y dijeron: «No es conveniente que nosotros descuidemos la palabra de Dios para *servir* (*diakonein*) mesas. Por tanto, hermanos, escojan de entre ustedes siete hombres de buena reputación, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes podamos encargar esta tarea. Y nosotros nos entregaremos a la oración y al *ministerio* (*diakonia*) de la palabra». Lo propuesto tuvo la aprobación de toda la congregación, y escogieron a Esteban, un hombre lleno de fe y del Espíritu Santo, y a Felipe, a Prócoro, a Nicanor, a Timón, a Parmenas y a Nicolás, un prosélito de Antioquía. A estos los presentaron ante los apóstoles, y después de orar, pusieron sus manos sobre ellos.

Principios del pastoreo de ancianos

A partir de las definiciones anteriores y de los pasajes bíblicos más destacados, ahora es posible resumir y sistematizar los datos en principios generales y pautas para establecer una estructura organizativa bíblica relativa al liderazgo de la iglesia.

Un anciano es un pastor

Las Escrituras clave ya compartidas muestran una clara superposición

e interrelación en el término para *anciano* (*prebuteros*) y el término para pastor (*poimen)* (el sustantivo) y *poimaino* (el verbo). La palabra *anciano* enfatiza la madurez personal y la dignidad del líder de la iglesia, mientras que la palabra *pastor* resalta el trabajo del líder de la iglesia, que es *pastorear*. Pedro exhortó a los ancianos de la iglesia a «… [pastorear] el rebaño de Dios» (1 Pe. 5:1-2). Los ancianos debían hacer el trabajo de pastoreo, que equivalía a dirigir y alimentar. De manera similar, Pablo ordenó a los «ancianos de la iglesia» en Éfeso que «[pastorearan] la iglesia de Dios» (Hch. 20:17, 28). Los ancianos son líderes de la iglesia que hacen el trabajo de pastorear.

Un anciano es un sobreveedor u obispo

La palabra *anciano* también es complementaria e intercambiable con la palabra *obispo* (*epískopos*). Pedro exhortó a los «ancianos» de la iglesia a «velar» por el rebaño de Dios (1 Pe. 5:1-2). «Velar» es literalmente una palabra griega de la cual obtenemos el término «sobreveedor» u «obispo». Al igual que Pedro, Pablo usa dos veces los términos indistintamente*, anciano* refiriéndose a la madurez espiritual del líder de la iglesia individual, mientras que sobreveedor se refiere al oficio específico del anciano (Hch. 20:17, 28; Tit. 1:5, 7). Vimos anteriormente que el término *epískopos* era una posición de liderazgo con la que los griegos o gentiles ya estaban familiarizados en su cultura, y luego que Dios usó esa palabra para aplicarla específicamente a los líderes de la iglesia, especialmente en las iglesias gentiles donde Pablo servía principalmente y donde, en ocasiones, Pedro interactuaba. Pedro dirige su primera epístola a los cristianos gentiles en la región de la actual Turquía (1:1).

«Anciano», «pastor» y «sobreveedor/obispo» son términos complementarios

Pedro usa los tres términos (*anciano*, *pastor* y *obispo*) en un contexto en el que asocia igual peso y función a los tres. Él dice:

> Por tanto, a los **ancianos** entre ustedes, exhorto yo, anciano como ellos y testigo de los padecimientos de Cristo, y también participante de la gloria que ha de ser

> revelada: **pastoreen** el rebaño de Dios entre ustedes, **velando** por él, no por obligación, sino voluntariamente, como quiere Dios; no por la avaricia del dinero, sino con sincero deseo (1 Pe. 5:1-2).

Aquí a los líderes de la iglesia se les llama *ancianos (presbutérous)* y se les ordena hacer el trabajo de *pastorear* (*poimánate*) y el trabajo de *velar/sobrever (episkopountes*). Así que los ancianos deben pastorear: un anciano es un pastor. Y un anciano debe supervisar o velar: un anciano es un sobreveedor u obispo.

Al igual que Pedro, Pablo también usa los tres términos indistintamente de una manera armoniosa e indivisible.

> Desde Mileto mandó mensaje a Éfeso y llamó a los ancianos de la iglesia. Cuando vinieron a él, les dijo: […] «Tengan cuidado de sí mismos y de toda la congregación, en medio de la cual el Espíritu Santo les ha hecho obispos para pastorear la iglesia de Dios, la cual Él compró con Su propia sangre» (Hch. 20:17-18, 28).

Una vez más, el anciano desempeña el cargo de sobreveedor (obispo), haciendo el trabajo de un pastor. A partir de los dos pasajes anteriores, podríamos resumir la triple descripción de los líderes de la iglesia de la siguiente manera:

1. *Anciano* habla de las cualidades del líder de la iglesia, es decir, «madurez»;
2. *Sobreveedor* habla del cargo del líder de la iglesia, es decir, «obispo»;
3. *Pastor* habla de los dones y deberes del líder de la iglesia, es decir, el «pastoreo».

Los ancianos son distintos a los diáconos

He trabajado en dos iglesias bautistas donde llamaban formalmente a sus diáconos los «supervisores» de la iglesia. Y ninguna de las dos iglesias tenía ancianos. Pero tenían pastores que servían al gusto (o a la

misericordia) de los diáconos, o lo que ellos llamaban la «junta» de diáconos. Así que los diáconos tenían autoridad sobre los pastores. Estaba totalmente al revés del modelo bíblico. Una de las iglesias incluso tenía diáconos puestos en los estatutos de la iglesia, etiquetados como los «supervisores» o «sobreveedores». En una de estas iglesias donde serví como pastor de jóvenes, le pregunté una vez al copresidente de la «junta» de diáconos: «¿Por qué no tenemos ancianos en esta iglesia? Está en la Biblia». Me dijo intencionadamente: «¡Los diáconos son los ancianos!». Pero hay muchas iglesias como esa, que le han dado la vuelta al Nuevo Testamento en esta área y lo ignoran o no les importa y no piensan que es un problema.

Sin embargo, la Biblia es clara. Ya vimos dos pasajes clave anteriormente que enumeraban a los ancianos y diáconos uno al lado del otro como dos cargos distintos, con diferentes requisitos y diferentes deberes: Filipenses 1:1 y 1 Timoteo 3:1-13. Desafortunadamente, hoy en día innumerables iglesias (generalmente las que se llaman a sí mismas «congregacionales») truncan este modelo divino de distinción al hacer que los diáconos reemplacen y suplanten el papel de los ancianos. En tales iglesias, no hay ancianos y los diáconos funcionan como una «junta» que ejerce una autoridad infundada y autoimpuesta que no se otorga bíblicamente al oficio de diácono. Tal modelo refleja más una corporación de negocios secular moderna en oposición a la familia espiritual de la iglesia que Dios ha diseñado.

Una debilidad importante de este modelo es que frustra la profundidad de la iglesia en términos de liderazgo y servicio disponibles. Todo un oficio divino de la iglesia está siendo totalmente descuidado. Y, además, cuando los diáconos están funcionando como ancianos al estar en una «junta» ejecutiva, entonces, ¿quién en la iglesia está haciendo el trabajo del diácono del Nuevo Testamento? En este modelo sesgado, los diáconos están supervisando como directores ejecutivos desde la distancia y nadie está sirviendo en el cargo a su plena capacidad, de manera llamada, calificada y modelada. Y así, diáconos potencialmente reales, llamados y calificados pueden estar en la iglesia,

pero no están siendo reconocidos y utilizados en consecuencia. Como resultado, no tienen la oportunidad de recibir la bendición que legítimamente les pertenece por su fiel servicio como diáconos, es decir, «una posición honrosa y gran confianza en la fe que es en Cristo Jesús» (1 Ti. 3:13). Qué vergüenza frustrar el potencial de crecimiento espiritual de los siervos de Dios al tener un modelo transigente y no bíblico de liderazgo de la iglesia. La alternativa es asumir e implementar el modelo bíblico de liderazgo de la iglesia, que a su vez traerá nueva profundidad y versatilidad a la iglesia local.

El pastoreo de ancianos era el modelo de la Iglesia primitiva

El libro de los Hechos hace numerosas referencias a los ancianos que gobernaron en la primera iglesia cristiana que existió en Jerusalén, donde Pedro y los otros once apóstoles sirvieron como líderes de la iglesia y compañeros ancianos (Hch. 11:22, 27-30; 15:2, 4, 6, 22-23; 16:4-5; 21:17-20). Además, Pablo nombró ancianos en cada iglesia que plantó (Hch. 14:23). Pablo también nombró ancianos en cada ciudad (Tit. 1:5). Así que el modelo apostólico del Nuevo Testamento era nombrar una pluralidad de ancianos en «cada iglesia» en «cada ciudad». Muchos opositores al pastoreo de ancianos reconocen que este fue probablemente el modelo de la iglesia primitiva, sin embargo, optan por lo que más tarde se desarrolló bajo la guía de la tradición y la convención humana con la salvedad de que la estructura organizativa no es determinante ni una doctrina primaria de la iglesia. Para ellos, la política de la iglesia es secundaria, no primaria. Un ejemplo es el reverendo Paul Zahl, exmiembro de la Iglesia Episcopal de Todos los Santos, quien escribió un capítulo en el libro del 2004 de B&H sobre la política eclesiástica, llamado, *Perspectives on Church Government —5 Views* (*Perspectivas sobre el gobierno de la Iglesia: 5 puntos de vista)*. Zahl escribe:

> Creo que cualquier período de la historia cristiana en el que la eclesiología y la política sean los temas impulsores es decadente por definición. Es decadente porque la política es un interés menor en relación con la gran cuestión de la

> economía moral que gobierna la relación de la humanidad con Dios […] Cuando la política y la eclesiología se convierten en temas absorbentes para la iglesia, puedes apostar que estamos en una época de *estancamiento* comparativo. En cierto modo, la reciente moda de la eclesiología en el protestantismo estadounidense sugiere complacencia con respecto a las cuestiones últimas, por lo que ellas, las últimas, han retrocedido ante la marea de secundarios absorbentes […] Las preguntas de la «iglesia» son […] penúltimas, incluso marginales en la experiencia de millones y miles de millones.
>
> Las preguntas de la iglesia son penúltimas en la Biblia. Son penúltimas en la Biblia porque la evidencia en las Escrituras es múltiple, no necesaria, y por lo tanto universalizable. Cualquiera que argumente a favor de la universalidad de un sistema de gobierno particular del Nuevo Testamento siempre tendrá que devaluar o restar importancia a uno u otro texto conflictivo.
>
> A partir de las Escrituras, en otras palabras, puedo argumentar […] todas estas posiciones, y otras también […] Pero no puedo argumentar ninguna de estas posiciones de tal manera que la lógica se vuelva necesaria o vinculante. La evidencia del Nuevo Testamento es simplemente demasiado diversa. No hay nadie que gobierne la eclesiología del Nuevo Testamento[25].

Contrariamente a la diatriba anterior de Zahl, las Escrituras describen claramente un modelo verdadero, universal y único de estructura y liderazgo de la iglesia.

El pastoreo de ancianos es el mandato del Nuevo Testamento para el liderazgo de la iglesia

Pablo ordenó que se nombraran ancianos en cada ciudad (Tit. 1:5). Él era un apóstol de la iglesia, y de todas las iglesias de todas las épocas

(Gá. 1:1-2). Cristo usó a los apóstoles para edificar el fundamento de la iglesia (Ef. 2:20). Establecer un liderazgo organizacional duradero para la iglesia fue parte de ese fundamento. Las cosas que los apóstoles enseñaron y escribieron no solo estaban destinadas a sus contemporáneos, sino también «para ustedes y para sus hijos y para todos los que están lejos, para tantos como el Señor nuestro Dios llame» (Hch. 2:39). Lo que Pablo escribió en sus epístolas era obligatorio para todas las iglesias (2 Pe. 3:14-16; 1 Co. 11:16). Por lo tanto, el imperativo de nombrar ancianos en cada iglesia y en cada ciudad se aplica hoy en día. Hoy día, todas las iglesias deben tener ancianos calificados. Descuidar este requisito básico es desobediente y perjudicial para la iglesia.

El pastoreo de ancianos es de naturaleza plural en cada iglesia local

Prácticamente cada vez que la palabra *anciano* se usa en referencia a la iglesia en el Nuevo Testamento, aparece en plural. Lo mismo fue cierto en el Antiguo Testamento desde el tiempo de Moisés (1400 a. C.) hasta Malaquías (450 a. C.), los ancianos de Israel gobernaron y dirigieron al pueblo de Dios como un grupo corporativo (Dt. 27:1). En los casi 130 usos de *anciano* en el Antiguo Testamento, casi todas las ocurrencias están en plural y la designación común es «los ancianos de Israel». En la sabiduría de Dios, este modelo de liderazgo plural se traslada a la iglesia del Nuevo Testamento. A pesar de la clara evidencia bíblica, todavía hay muchos, como Patterson, que afirman dogmáticamente: «el caso de los ancianos múltiples obligatorios, en mi opinión, no puede establecerse sobre la base de las Escrituras[26]».

El Nuevo Testamento muestra claramente que cada iglesia local debía tener una pluralidad de ancianos que codirigieran la iglesia. El prototipo de este tipo de modelo colaborativo de liderazgo son los apóstoles. Los apóstoles y los ancianos dirigieron la primera iglesia cristiana en Jerusalén (Hch. 11:30; 15:2, 4, 6, 22-23; 16:4-5; 21:17-20). Tal modelo desafía el modelo estadounidense moderno común en el que un solo «pastor principal» dirige el espectáculo como el CEO o director ejecutivo en la industria de los negocios seculares. Pero ese no es el modelo de Dios, porque ninguna persona posee todos los dones

necesarios para llevar a cabo la monumental tarea de pastorear una iglesia local. Lamentablemente, muchos pastores adoptan deliberadamente el modelo de CEO con un hombre dirigiendo el espectáculo. Andy Stanley defiende este modelo en una entrevista con *Christianity Today*:

> Stanley, junto con muchos otros pastores de megaiglesias, prefiere seguir el ejemplo del mundo de los negocios: «Una de las críticas que recibo es: "Tu iglesia es muy corporativa". Leo blogs todo el tiempo. Los blogueros se quejan: "El pastor es como un CEO". Y yo digo: "Está bien, tienes razón. Ahora bien, ¿por qué es un mal modelo?". Un principio es un principio, y Dios creó todos los principios».
>
> ¿Y cuál ve él [Stanley] como el principio clave detrás del modelo de CEO de gobierno de la iglesia?
>
> «"Sígueme". El sigue*nos* nunca funciona. Nunca. Es "sígueme". Dios le da a un hombre o a una mujer el don del liderazgo. Y cualquier organización que tenga un líder puntual con responsabilidad y libertad para usar su don lo hará bien […] La iglesia no era una organización en el primer siglo. No estaban emitiendo cheques ni comprando propiedades. La iglesia ha madurado y se ha desarrollado a lo largo de los años. Pero, por alguna razón, lo último que cambia es la estructura del liderazgo […][27].

A pesar del deseo de Stanley de evitar el modelo bíblico de pastorear una iglesia, hay una belleza y sabiduría divinas en el plan de Dios de liderazgo plural. Eclesiastés dice: «Más valen dos que uno, pues tienen mejor pago por su trabajo […] Un cordel de tres hilos no se rompe fácilmente» (4:9, 12). Pablo llama a Santiago, Cefas y Juan las «columnas» de la iglesia en Jerusalén (Gá. 2:9). Cuantos más pilares tenga para sostener un edificio, más fuerte será, ya que proporciona un equilibrio y una amplitud óptimos. Así debe ser en la iglesia. Dios no tiene la intención de que ninguna iglesia sea dirigida por un pastor

llanero solitario que opera de forma aislada y unilateral.

La iglesia de Éfeso tenía una pluralidad de ancianos, pues Pablo se reunía con «los ancianos de la iglesia» (Hch. 20:17). Y con ese grupo de hombres, Pablo nunca señala a un hombre que actúe como el solitario «pastor principal». La iglesia en Antioquía tenía una pluralidad de líderes formales (Hch. 11:19-26; 13:1-3). La iglesia de Filipos tenía una pluralidad de obispos o ancianos (1:1). Pablo nombró una pluralidad de ancianos en cada iglesia con la que trabajó (Hch. 14:23), en cada ciudad (Tit. 1:5). Pablo nunca operó como único «pastor principal» entre las docenas de iglesias que plantó y pastoreó. Siempre colaboró con sus compañeros pastores en «equipo de ministerio», con hombres como Bernabé, Silas, Lucas, Timoteo, Tito, Epafrodito, Erasto, Gayo, Aristarco, Trófimo, Apolos y muchos otros (Hch. 13:2, 42-50; 18:2-28; 19:1-29; 20:4; Ef. 6:21-22; Colosenses). Una pluralidad de líderes proporciona responsabilidad, versatilidad, profundidad, amplitud y accesibilidad, entre muchos otros beneficios. Y la pluralidad protege contra las tendencias autoritarias, superficiales, unidimensionales y miopes que tipifican el liderazgo que proporciona el enfoque de un solo hombre, que es susceptible a los puntos ciegos y otras vulnerabilidades. Desconfíe de cualquier iglesia o ministerio que sea dirigido por un solo hombre[28].

Hay dos cargos específicos

El Nuevo Testamento deja claro que hay dos, y solo dos, cargos duraderos para la iglesia local: anciano y diácono. Pablo nombró ancianos en «cada iglesia» (Hch. 14:23), y le ordenó a Tito, un líder de la iglesia local, que hiciera lo mismo (Tit. 1:5). Cuando Pablo escribió a la iglesia de Filipos, hizo mención de «los obispos y diáconos» (1:1). Cuando Pablo le escribió a Timoteo, le dijo que solo había dos oficios formales: obispo y diácono (1 Ti. 3:1-14). Agregar cargos adicionales a la jerarquía eclesiástica o deshacerse de uno de ellos deshonra a Dios y a Su Palabra. Él ha establecido el patrón de cómo quiere que se dirija Su iglesia y eso necesita ser honrado. Así que, son los ancianos y los diáconos; no ancianos, diáconos y pastores, ni el pastor principal y los diáconos, o solo el pastor principal.

Los requisitos para los ancianos y los diáconos están claramente delineados
Conozco varias iglesias que han puesto líderes en su lugar por capricho sin tener en cuenta los requisitos de carácter, los dones espirituales, la experiencia ministerial comprobada, el entrenamiento práctico o la idoneidad bíblica. Incluso conozco a hombres que dirigen personalmente iglesias y que han sido autonombrados para el ministerio simplemente designándose a sí mismos como pastores, ancianos o ministros ordenados. «¡Abracadabra!» y «puf», no eras pastor, pero ahora en un abrir y cerrar de ojos lo eres. Una práctica tan común es peligrosa y destructiva. Dios exigirá a los líderes espirituales el más alto nivel de responsabilidad (Stg. 3:1; He. 13:17).

Requisitos para los ancianos
Los ancianos deben ser escogidos a la luz de las normas divinas de Dios, no de las normas hechas por el hombre. Esas normas están claramente delineadas en las Escrituras:

> Palabra fiel es esta: si alguien aspira al cargo de obispo, buena obra desea hacer. Un obispo debe ser, pues, irreprochable, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, de conducta decorosa, hospitalario, apto para enseñar, no dado a la bebida, no pendenciero, sino amable, no contencioso, no avaricioso. Que gobierne bien su casa, teniendo a sus hijos sujetos con toda dignidad; (pues si un hombre no sabe cómo gobernar su propia casa, ¿cómo podrá cuidar de la iglesia de Dios?). No debe ser un recién convertido, no sea que se envanezca y caiga en la condenación en que cayó el diablo. Debe gozar también de una buena reputación entre los de afuera de la iglesia, para que no caiga en descrédito y en el lazo del diablo (1 Ti. 3:1-7).

> Por esta causa te dejé en Creta, para que pusieras en orden lo que queda, y designaras ancianos en cada ciudad como te mandé. Lo designarás, si el anciano es irreprensible, marido de una sola mujer, que tenga hijos creyentes, no acusados de

> disolución ni de rebeldía. Porque el obispo debe ser irreprensible como administrador de Dios, no obstinado, no iracundo, no dado a la bebida, no pendenciero, no amante de ganancias deshonestas. Antes bien, debe ser hospitalario, amante de lo bueno, prudente, justo, santo, dueño de sí mismo. Debe retener la palabra fiel que es conforme a la enseñanza, para que sea capaz también de exhortar con sana doctrina y refutar a los que contradicen (Tit. 1:5-9).

Es necesario dar alguna explicación de los requisitos anteriores. Pablo enumera más de veinte requisitos específicos para los ancianos de la iglesia. Desafortunadamente, algunas iglesias agregan más, como si los estándares de Dios no fueran suficientes o lo suficientemente altos. Algunas iglesias agregan un requisito de edad específico, o un requisito específico de antigüedad de años de membresía en la iglesia antes de ser considerado para el cargo.

Hace años, una iglesia quería contratarme como su nuevo pastor y en una de las entrevistas finales, su comité de búsqueda me preguntó si un hombre que alguna vez se había divorciado podría convertirse en anciano. Dije que dependía de las condiciones y circunstancias de la situación. Rápidamente me notificaron que su iglesia creía que un hombre que se había divorciado, sin importar las circunstancias, nunca podría servir como anciano en su iglesia... ¡nunca! Rápidamente respondí diciendo que al apóstol Pablo probablemente no se le permitiría servir en su iglesia porque era un exasesino. ¡Luego dijeron que a las personas divorciadas no se les permitía convertirse en miembros de su iglesia! Así que dije que la mujer samaritana en el pozo, que se había divorciado cinco veces, a quien Jesús perdonó, no podía convertirse en miembro de su iglesia. Luego dije: «Adiós».

Otras iglesias imponen «límites de mandato» y evocan términos de tiempo de servicio. Irónicamente, estas mismas iglesias a menudo hacen caso omiso de los requisitos bíblicos enumerados anteriormente en lugar de, o en deferencia a, sus propios requisitos hechos por el hombre. Una vez más, la mentalidad del hombre de negocios

estadounidense a menudo impulsa este tipo de artimañas y sabotaje bíblico.

Los requisitos específicos deben definirse cuidadosamente para poder aplicarlos fielmente. Una lista combinada de definiciones explicativas de 1 Timoteo 3 y Tito 1 es la siguiente[29]:

1. «Si alguien aspira»: el primer requisito para un anciano es el llamado o deseo subjetivo para el papel —¿Quiere un hombre ser anciano?—. Es un buen deseo y ese deseo debe ser examinado y filtrado a través de los siguientes requisitos objetivos.
2. «Irreprochable»: se demuestra que el anciano no es culpable en caso de que se le hagan acusaciones graves que puedan poner en peligro su reputación y su estatus ministerial.
3. «Marido de una sola mujer»: en griego es más bien un adjetivo y se puede traducir, «hombre de una mujer». Vive con pureza sexual y fidelidad hacia la única esposa que Dios lo ha dado (cfr. Pr. 18:22); la bigamia y la poligamia no son bíblicas. Esta frase también establece que los ancianos son hombres, no mujeres; vimos anteriormente que la palabra *anciano* proviene del hebreo *zaqen* que significa «barbudo».
4. «Sobrio»: el anciano tiene sobriedad mental; juicio equilibrado y no es precipitado; piensa claramente, y su pensamiento no está confuso por la emoción o las circunstancias.
5. «Prudente»: el anciano es discreto; tiene sentido común y es objetivo.
6. «De conducta decorosa»: el anciano se comporta bien, se controla a sí mismo; habla con palabras reverentes y tiene buen comportamiento.
7. «Hospitalario»: el anciano da la bienvenida a los extraños o a las personas que no conoce; él tiene los brazos abiertos a nuevas personas y visitantes. Está dispuesto a compartir su vida y su hogar con otros.
8. «Apto de enseñar»: el anciano debe estar dotado como maestro de la Palabra de Dios en diversos contextos, consejería

individual, grupos pequeños y predicación; Él puede cumplir con el «ministerio de la palabra» (cfr. Hch 6:4).

9. «No dado a la bebida»: el anciano no debe ser adicto al alcohol; no se emborracha ni intoxicado hasta el punto de perder el control o permitir que su juicio se vea afectado.
10. «No pendenciero»: el anciano no es un «luchador» que tiene mal genio, irritable o uno que pierde el control de su temperamento con facilidad; no toma represalias ni se desquita.
11. «Amable»: el anciano es tolerante, bondadoso, magnánimo, equitativo y lleno de gracia; no cáustico.
12. «No contencioso»: el anciano no es divisivo ni argumentativo, sino que es un pacificador; no es pendenciero ni un contendiente impertinente.
13. «No avaricioso»: el anciano no es materialista ni codicioso; está contento; él no es ostentoso con los bienes materiales.
14. «Que gobierne bien su casa»: el anciano es un esposo y padre cristiano responsable y práctico; su vida familiar es la prioridad. Educa a sus hijos en el respeto a la autoridad y los mantiene bajo control; es un disciplinario, protector y proveedor de su familia.
15. «Que tenga hijos creyentes»: el anciano tiene hijos «fieles» (RV-Antigua); él tiene hijos respetuosos, obedientes, dignos de confianza, sumisos y dóciles; los hijos que viven en su casa no pueden ser acusados de libertinaje (vida salvaje y desordenada) o rebeldía como estilo de vida.
16. «No debe ser un recién convertido»: el anciano no debe ser un principiante o nuevo en la fe; debe ser espiritualmente maduro, que generalmente viene con el tiempo y la experiencia.
17. «Una buena reputación entre los de afuera de la iglesia»: el anciano tiene una buena reputación con los que están fuera de la comunidad eclesiástica, con los incrédulos; Es conocido por su integridad en sus palabras, actitudes y comportamiento en todos los contextos. No es un hipócrita.

18. «No es obstinado»: el anciano no debe ser arrogante ni egoísta; no debe ser testarudo, queriendo salirse con la suya; no es desconsiderado con las opiniones, sentimientos o deseos de los demás; no desestima la opinión de los demás, sino que les da una consideración ponderada; él no monopoliza la conversación ni la agenda.
19. «No iracundo»: el anciano es lento para la ira y tiene una larga mecha con la gente y circunstancias difíciles; no es un «impetuoso».
20. «Amante de lo bueno»: el anciano quiere hacer el bien; desea hacer lo correcto y lo que beneficia a los demás; él define «bueno» por lo que dicen las Escrituras.
21. «Prudente»: esta es la misma palabra griega que «prudente» en el 5 arriba.
22. «Justo»: el anciano vive rectamente y también hace juicios rectos y equitativos; cumplidor de la ley.
23. «Santo»: el anciano está totalmente comprometido con la Palabra de Dios a nivel personal. Tiene una relación personal vibrante con Cristo; permanece fiel a la Palabra de Dios a pesar de la presión de la opinión humana y de la cultura circundante.
24. «Dueño de sí mismo»: el anciano es autodisciplinado en todas las áreas de la vida, al permitirse a sí mismo ser guiado por el Espíritu Santo.
25. «Debe retener la palabra fiel»: el anciano está totalmente comprometido con la autoridad de la Escritura y la usa para enseñar, advertir y corregir con sana doctrina.

Los requisitos anteriores son para establecer una dirección en la vida de uno, no para exigir la perfección en la vida de uno. Además, el énfasis está en el estado actual de la vida de un hombre (nótese que todos los verbos están en tiempo presente), no en cómo era hace treinta años. Un hombre no debe ser descalificado para ser anciano si se divorció veinte años antes de ser salvo, u otros pecados similares del pasado distante. Dios está preocupado por un patrón evidente de comportamiento ahora. Nadie es perfecto excepto Jesucristo. Pero

cuando las personas nacen de nuevo, son consideradas «nuevas criaturas», las cosas viejas y pecaminosas han pasado y todas las cosas han llegado a ser nuevas (2 Co. 5:17). En resumen, como se refleja en las normas bíblicas establecidas, el anciano necesita estar calificado en su vida personal, en su vida familiar, en su vida eclesiástica y en su vida pública.

Nótese también que hay veinticinco requisitos dados por Dios. Eso es mucho. No necesitamos agregar más. Algunas iglesias agregan más, y requieren requisitos que Dios ni siquiera pidió. Eso es añadir a las Escrituras y es peligroso. Muchas iglesias dicen que los líderes eclesiásticos solo pueden servir por períodos de tres años. Pero eso tampoco está en la Biblia. Los ancianos pueden servir como ancianos siempre y cuando estén calificados y tengan el deseo. Dios no pone limitaciones de tiempo en su servicio. Las calificaciones de Dios son suficientes.

Requisitos para los diáconos

Los requisitos para un diácono de la iglesia se dan en 1 Timoteo 3:8-13:

> De la misma manera, también los diáconos deben ser dignos, de una sola palabra, no dados al mucho vino, ni amantes de ganancias deshonestas, sino guardando el misterio de la fe con limpia conciencia. Que también estos sean sometidos a prueba primero, y si son irreprensibles, que entonces sirvan como diáconos. De igual manera, las mujeres deben ser dignas, no calumniadoras, sino sobrias, fieles en todo. Que los diáconos sean maridos de una sola mujer, y que gobiernen bien sus hijos y sus propias casas. Pues los que han servido bien como diáconos obtienen para sí una posición honrosa y gran confianza en la fe que es en Cristo Jesús.

Una explicación de los requisitos de los diáconos es la siguiente:

1. «Dignos»: un diácono debe ser un hombre digno de respeto y honor; él es conocido por su integridad, buen carácter y sabiduría; no es frívolo.
2. «De una sola palabra»: un diácono debe ser sincero y digno de confianza en el habla y no engañoso, manipulador o poco sincero en lo que dice; tiene dominio propio con sus palabras; no dice una cosa y luego hace la contraria; es coherente en su discurso.
3. «No dados al mucho vino»: en los tiempos del Nuevo Testamento, la mesa del Señor probablemente era compartida con vino real, por lo que esta calificación era una prioridad para los ancianos de la iglesia y diáconos. La iglesia de Corinto abusó de la mesa del Señor en este asunto (1 Co. 11:17-21).
4. «No amantes de ganancias deshonestas»: esto es similar a lo que dice arriba el 13 para los ancianos; un diácono no es codicioso y tiene integridad financiera.
5. «Guarda el misterio de la fe con limpia conciencia»: la vida práctica de un diácono es de acuerdo con la doctrina cristiana; practica lo que predica. Él no es un hipócrita espiritual; agradar a Dios es su primer gozo.
6. «Irreprensibles»: esto es lo mismo que el 2 de arriba para los ancianos.
7. «Las mujeres»: se refiere a las esposas de los diáconos. Si un diácono está casado, su esposa necesita ser una mujer cristiana solidaria, respetable y digna, no una chismosa maliciosa, sino sobria y fiel en todas las cosas.
8. «Maridos de una sola mujer»: Esto es lo mismo que el requisito para el anciano.
9. «Que gobiernen bien sus hijos»: un diácono es un buen padre que tiene hijos sumisos.
10. «Que gobiernen bien […] sus propias casas»: los diáconos hacen de la vida familiar una prioridad y son proveedores responsables, protectores y líderes en su hogar.

Cuando se trata de un carácter espiritual sobresaliente, muchos de los

requisitos para el diácono son paralelos a los del anciano. Difieren en cuanto a sus requisitos para la función laboral. Los diáconos no tienen que ser «aptos para enseñar». Esto se debe a que un diácono está llamado a realizar deberes temporales, pero importantes, en la iglesia. Los diáconos en realidad están llamados a hacer una sola cosa: «servir». Ese es el único verbo que se usa para describir su función. Mientras que los ancianos/pastores son llamados a funciones espirituales que son multidimensionales e incluyen la oración (Hch. 6:4; Stg. 5:14), el ministerio de la Palabra (Hch. 6:4; 2 Ti. 4:1-5), y el liderazgo (1 Pe. 5:1-4; He. 13:17), los diáconos son llamados simplemente a «servir», porque ese es el único verbo que se usa para describir sus deberes. Y, aparentemente, los diáconos pueden ser relativamente «nuevos conversos», a diferencia de los ancianos, siempre y cuando estén calificados en todas las demás áreas. Los diáconos no están en la misma posición de liderazgo que requiere la experiencia de ser un anciano probado por el tiempo.

Los ancianos y los diáconos son designados para el cargo

¿Quién llama, nomina, nombra, comisiona y ordena a un hombre para que sirva en un cargo de la iglesia como anciano o diácono? ¿La iglesia? ¿El liderazgo actual? ¿La congregación? La Biblia dice «sí» a todas esas opciones, e incluso añade otra. El individuo primero debe sentir un llamado de Dios para servir como anciano o diácono. 1 Timoteo 3:1 dice que todo comienza con un «deseo» de servir. Dios también llama a las personas a servir. Él da los dones espirituales en la iglesia. Él nombra a los cristianos para el ministerio (Hch. 13:2). El liderazgo actual de la iglesia también tiene la responsabilidad de capacitar y nombrar a los futuros líderes (2 Ti. 2:1-2).

Pablo y Bernabé nombraron ancianos en cada ciudad y Pablo le dijo a Tito que hiciera lo mismo. Pablo impuso las manos sobre el joven Timoteo junto con los ancianos para comisionarlo para el servicio (1 Ti. 4:14; 2 Ti. 1:6). Y finalmente, los santos de cada congregación tienen voz y voto sobre quiénes serán sus líderes y diáconos (Hch. 6:1-6; 15:40). Los líderes de la iglesia de Jerusalén le dijeron a la congregación que escogieran de entre ellos diáconos calificados (Hch.

6:3). Cada cristiano tiene el Espíritu Santo viviendo en él, así que lo que la congregación de verdaderos creyentes piensa es importante. A Dios no le agradan más los ancianos que los que no son ancianos. La clave es que en todos los niveles de la congregación local, cada creyente necesita buscar la voluntad perfecta de Dios a través de la oración y la dirección del Espíritu Santo a la luz de los requisitos bíblicos en cuanto a quiénes son los ancianos y diáconos que Dios quiere que sean nombrados. El objetivo es encontrar unidad en la toma de decisiones espirituales porque el Espíritu Santo no se contradice a sí mismo. En Hechos 6, cuando llegó el momento de elegir a los diáconos, el resultado final fue que «tuvo la aprobación de **toda la congregación**» (cfr. 15:40).

También es necesario señalar que los ancianos ejercen autoridad, pero su autoridad no es inherente; no es la suya. Tienen autoridad delegada y limitada. Y viene solo de Dios. La congregación no concede autoridad a los ancianos a pesar de que están llamados a afirmar en oración el llamado de Dios en la vida de ellos. Solo Dios es soberano, y los ancianos o pastores, en última instancia, son responsables ante Dios de cómo usan su autoridad prestada (He. 13:17).

La obra de los ancianos está claramente delineada

¿Cuál es la descripción del trabajo de un pastor? ¿Cómo deben pasar los ancianos su tiempo en la iglesia? ¿Son los líderes de la iglesia nada más que una junta que mira el ministerio desde 30,000 pies de altura como hombres de negocios corporativos que median todo el poder? La Biblia es clara acerca de la responsabilidad fundamental del anciano en la iglesia local. En pocas palabras, los ancianos están llamados a alimentar y liderar, a guiar y proveer[30].

Dirigir, o guiar, implica ser un sobreveedor, lo cual se discutió anteriormente. Incluye proteger al rebaño, dar dirección, buscar la sabiduría de Dios en nombre del pueblo; ejercitar valentía ante las pruebas y decisiones difíciles. Significa rendir cuentas y asumir responsabilidades. Una gran parte de liderar en la iglesia local es ser árbitro de las disputas entre los santos. Los ancianos o pastores deben dar orientación continua en tiempos de conflicto y disciplina. Y liderar

también significa ser un siervo del pueblo, tal como Jesús lo mandó y modeló (Mateo 20:24-28; Juan 13)—liderazgo de servicio; algo de lo que el mundo no sabe nada.

Alimentar, o proveer, implica predicar y enseñar la Biblia al pueblo de Dios para alimentar sus almas con la leche y la carne de la Palabra de Dios (Jn. 21:15-17; 1 Ti. 4:13; 2 Ti. 4:2). Alimentar significa consolar, advertir, aconsejar, animar y exhortar a los santos con la verdad bíblica a nivel corporativo y personal. Proveer también implica orar continuamente con la gente por ellos, tal como Jesús oró por Sus discípulos (Jn. 17). El pastor-anciano también está llamado a evangelizar a los perdidos con el evangelio.

Por lo tanto, los deberes principales de un anciano en la obra de pastorear mientras ocupa el cargo de sobreveedor son: 1) predicar y enseñar la Palabra; 2) evangelizar a los perdidos; 3) orar por los santos; 4) dirigir y administrar la iglesia local; 5) y proteger al pueblo de Dios.

Resumen

Dios toma en serio el liderazgo en la iglesia y ha delineado los requisitos para ello en las Escrituras. Tradicionalmente, se han empleado tres modelos de liderazgo organizacional eclesiástico: episcopal, presbiteriano y congregacionalista. El modelo del Nuevo Testamento es el *pastoreo de ancianos*, que difiere de los tres. El patrón de este modelo está claramente delineado en las Escrituras. Este modelo implica dos oficios formales: ancianos y diáconos. El Nuevo Testamento usa el término *anciano* indistintamente con las palabras *pastor* y *obispo/sobreveedor*. Cada término agrega un matiz específico para describir el papel de esa posición, siendo la función principal el pastoreo. Diácono significa «siervo» y describe el papel del diácono como ministro de asuntos prácticos de la iglesia. Los oficios de anciano y diácono tienen requisitos previos específicos; se enumeran más de veinte requisitos para los ancianos/pastores. Una calificación de la que se abusa con frecuencia hoy día es que Dios dijo que los ancianos y pastores deben ser hombres, no mujeres. Los ancianos tienen deberes muy específicos que están delineados en las Escrituras y estos son:

liderar y alimentar a la gente. En última instancia, Dios es quien llama y nombra ancianos y diáconos en la iglesia, lo cual se valida a través de la afirmación unificada del liderazgo local y la congregación de una iglesia guiados por el Espíritu.

Notas

1. Howard Sugden y Warren Wiersbe, *Confident Pastoral Leadership [Liderazgo pastoral confiado]* (Chicago: Moody Press, 1973), p. 42.
2. Paige Patterson, *Who Runs the Church: Four Views on Church Government [Quién dirige la iglesia: Cuatro puntos de vista del gobierno de la iglesia]*, Steve Cowan and Paul Engle, eds. (Grand Rapids: Zondervan, 2004), p. 147.
3. Floyd Barackman propone cinco, añadiendo la «oligárquica» (anglincana) y la «monárquica» (catolicismo); *Practical Christian Theology [Teología cristiana práctica]* (Grand Rapids: Kregel, 2001), p. 413.
4. Robert Saucy, *The Church in God's Program [La iglesia en el programa de Dios]* (Chicago: Moody Press, 1972), p. 106.
5. Paul Little, *Know What You Believe [Conoce lo que crees]* (Colorado Springs: Victor Books, 1999), p. 132.
6. Gene A. Getz, *Elders and Leaders: God's Plan for Leading the Church [Ancianos y líderes: el plan de Dios para liderar la iglesia]* (Chicago: Moody Publishers, 2003), pp. 224-225.
7. Ed Hayes, *The Church [La iglesia]* (Nashville: Word Publishing, 1999), pp. 137-38.
8. Mal Couch, ed., *A Biblical Theology of the Church [Una teología bíblica de la iglesia]* (Grand Rapids: Kregel, 1999), p. 158.
9. Ibíd
10. Patterson, *Four Views [Cuatro puntos de vista]*, p. 135.
11. Alexander Strauch, *Biblical Eldership: An Urgent Call to Restore Biblical Church Leadership [Ancianos bíblicos: Un llamado urgente a restaurar el liderazgo de la iglesia bíblica]* (Littleton: Lewis & Roth Publishers, 1995), p. 11.
12. Couch, *Biblical Theology [Teología bíblica]*, p. 156; véase John Hannah, *Our Legacy [Nuestro legado]* (Colorado Springs, CO: NavPress, 2001), pp. 257-262.
13. Strauch, *Eldership [Ancianos]*, pp. 33-34. Contrario a este punto de vista está Gene Getz, quien dice que hay libertad en la nomenclatura: «The important issue is not what they are *called* but how they *function*» *[Lo importante no es cómo se llaman, sino cómo funcionan]*; *Elders and Leaders: God's Plan for Leading the Church [Ancianos y líderes: el plan de Dios para liderar la iglesia]* (Chicago: Moody Publishers, 2003), pp. 262-263.

14. http://www.christianitytoday.com/le/2007/may-online-only/cln70528.html
15. Strauch, *Eldership [Ancianos]*, p. 149.
16. J. D. Davis, ed., *Davis Dictionary of the Bible [El diccionario Davis de la Biblia]* (Old Tappan, NJ: Fleming H. Revell Company, 1969), p. 97.
17. Couch, *Biblical Theology [Teología bíblica]*, p. 17.
18. Strauch, *Eldership [Ancianos]*, p. 32.
19. Francis Brown, S. R. Driver, y C. A. Briggs, eds., *The New Brown-Driver-Briggs-Gesenius Hebrew-English Lexicon [El nuevo léxico hebreo-inglés Brown-Driver-Briggs-Gesenius]* (Peabody, Mass: Hendrikson Publishers, 1979), p. 278.
20. J. D. Douglas y Merrill C. Tenney, eds., *The New International Dictionary of the Bible [El nuevo diccionario internacional de la Biblia]* (Grand Rapids: Zondervan, 1987), p. 300.
21. Merrill Unger, *The New Unger's Bible Dictionary [El nuevo diccionario Unger de la Biblia]* (Chicago: Moody Press, 1988), p. 343; Saucy, *The Church [La iglesia]*, p. 142-43. Gene Getz argumenta que no hubo ancianos establecidos en la iglesia de Jerusalén hasta doce años después de que comenzó, en el 45 d. C., p 53; pero eso es inexacto; Pedro se identificó a sí mismo como un anciano en la iglesia (1 Pe. 5:1) y fue un líder en la iglesia de Jerusalén desde su inicio en el año 33 d. C. Getz argumenta que un anciano no es sinónimo del don de pastor mencionado en Efesios 4:11 y también argumenta que para convertirse en anciano uno no debe estar dotado con el don espiritual de pastoreo que Pablo menciona en Efesios 4:11; dice que para llegar a ser anciano un hombre solo necesita tener el deseo y los requisitos enumerados en 1 Ti. 3. No es necesario ningún don; véase, Getz, *Elders and Leaders [Ancianos y líderes]*, pp. 189-190.
22. W. E. Vine, *An Expository Dictionary of Biblical Words [Un diccionario expositivo de las palabras bíblicas]* (Nashville: Thomas Nelson, 1985), p. 195.
23. Saucy, *The Church [La iglesia]*, p. 153.
24. Alexander Strauch, *The NT Deacon: Minister of Mercy [El diácono del NT: Ministro de misericordia]* (Littleton: Lewis & Roth Publishers, 1992), p. 71.

25. Paul Zahl, *Perspectives on Church Government—5 Views of Church Polity [Perspectivas sobre el gobierno de la iglesia —5 puntos de vista de la política de la iglesia]*, eds. Chad Brand y R. Stanton Norman (Nashville: B & H Publishers, 2004), pp. 211-213.
26. Patterson, *Four Views [Cuatro puntos de vista]*, p. 150.
27. Andy Stanley (http://www.christianitytoday.com/le/2007/ may-online- only/cln70528.html)
28. En el libro de Tony Evans sobre la iglesia, él argumenta a favor de tres oficios formales: pastor principal, anciano y diácono. Argumenta la necesidad de tener un hombre a cargo, donde «se detiene la pelota», y ese *el pastor principal*: «el pastor principal está a cargo de la responsabilidad principal de la salud y dirección espiritual de la iglesia». Rechaza rotundamente la idea de una pluralidad de pastores que proporcionen liderazgo de equipo. Él dice: «El liderazgo de la iglesia no descansa en comités». Este enfoque es muy común, especialmente entre las megaiglesias que tienen un hombre, o persona, que dirige el ministerio a la luz de su personalidad carismática, sus dones únicos, su impulso inigualable o su estatus de alto perfil, o una combinación de ambos. Un gran desafío que enfrentan los ministerios cristianos, o imperios, como este es la pregunta: «¿Qué sucede cuando el indispensable pastor o líder principal muere o se va? ¿Se derrumba todo el ministerio?»; *God's Glorious Church: The Mystery and Mission of the Body of Christ [La iglesia gloriosa de Dios: El misterio y la misión del Cuerpo de Cristo]* (Moody, Chicago, 2003), pp. 180-181.
29. Para más comentarios sobre el significado y las implicaciones de estas calificaciones, véase Gene Getz, *Sharpening the Focus of the Church [Afilando el enfoque de la Iglesia]* (Wheaton, IL: SP Publications, 1984), pp. 146-149; John Phillips, *Exploring the Pastoral Epistles: An Expository Commentary [Explorando las epístolas pastorales: un comentario expositivo]* (Grand Rapids, MI: Kregel, 2004), pp. 79-87; Gordon D. Fee, *1 & 2 Timothy, Titus: Understanding the Bible Commentary Series [1 & 2 Timoteo, Tito: Serie de Comentario Entendiendo la Biblia]* (Grand Rapids, MI: Baker Books, 1988), pp. 78-85; Homer A. Kent Jr., *The Pastoral Epistles [Las epístolas pastorales]* (Winona Lake, Indiana: BMH Books, 1995), pp. 117-131; D. Edmund Hiebert, *First Timothy [Primera de Timoteo]* (Chicago, IL: Moody Press, 1957), pp. 63-

71; Mal Couch, Ed., *A Biblical Theology of the Church [Una teología bíblica de la iglesia]* (Grand Rapids, MI: Kregel Publications, 1999), pp. 175-189.

30. Para obtener información útil sobre el papel del pastor, consulta Cornelius Van Dam, *The Elder: Today's Ministry Rooted in All of Scripture [El Anciano: El ministerio de hoy arraigado en todas las Escrituras]* (Phillipsburg, NJL P & R Publishing, 2009), pp. 15-26.

5

LA MISIÓN DE LA IGLESIA:

Aclarando un propósito bíblico

Exponiendo el problema

En 2006 tuve el privilegio de ser parte de un pequeño grupo de creyentes fieles que Dios usó para comenzar una iglesia bíblica. Al principio fuimos guiados por un pastor experimentado de otra iglesia local. Teníamos unos veinte adultos comprometidos y yo fui elegido para ser el pastor maestro y el que entrenaría y guiaría a nuestros primeros ancianos. Dios bendijo y proveyó de muchas maneras desde el primer día.

Poco después de la plantación de la iglesia, otro pastor local de una iglesia grande y establecida me pidió que me reuniera con él, así que accedí. No sabía de qué quería hablar, pero cuando nos reunimos fue al grano. Me habló de sus grandiosos planes de comenzar veinte estudios bíblicos de evangelización étnica en su vecindario, por lo que necesitaba muchos hombres buenos para ayudar a dirigir los grupos. Me pidió que considerara la posibilidad de renunciar a la plantación de la iglesia en la que estaba y que comenzara a trabajar para él... inmediatamente.

Luego dio su razón principal por la que debería considerarlo: «Después de todo, Cliff, evangelizar a los perdidos es más importante

que hacer lo que estás haciendo ahora, semana tras semana, simplemente reuniéndote con un grupo de personas que ya son salvas, solamente enseñándoles la Biblia, mientras se sientan allí y se ponen gordos y frescos en la iglesia. ¡La prioridad de Dios es alcanzar a los perdidos, no juntarse con cristianos! ¿No quieres invertir tu tiempo en el ministerio real?».

Bueno, yo no me uní a él, y no dejé mi iglesia. No me convenció su visión forzada y desequilibrada de lo que Dios pensaba que era lo más importante. Sabía por la Biblia que el evangelismo no triunfa sobre el pastoreo del pueblo de Dios. Ese pastor tenía una visión sesgada y miope del propósito de la iglesia. Para él todo se trataba únicamente de la evangelización. En este caso, tomé mi decisión basándome en mi teología de la iglesia, o eclesiología, y específicamente en el tema relacionado con la pregunta: «¿Cuál es el propósito de la iglesia?»

La pregunta clave

Algo fundamental para cualquier discusión sobre lo que la iglesia debe hacer en el siglo XXI, es responder primero a la pregunta: «¿Qué debería *ser* la iglesia en el siglo XXI?». O, en otras palabras, ¿cuál es el propósito de la iglesia y por qué existe? Muchos se hacen esta pregunta hoy en día, y muchos ya han escrito sobre el tema. Con respecto a la importancia de responder a esta pregunta como punto de partida, Gene Getz dice lo siguiente en su libro clásico sobre la iglesia:

> Cualquiera que intente formular una filosofía bíblica del ministerio y desarrollar una estrategia contemporánea, una metodología que se sostenga sobre los fundamentos de las Escrituras, *debe* hacer y responder una pregunta muy fundamental. ¿Por qué existe la iglesia? Dicho de otra manera, ¿cuál es su propósito final? ¿Por qué Dios lo ha dejado en el mundo en primer lugar?[1]

Sorprendentemente, parece que no hay consenso por parte de muchos cristianos e incluso pastores en cuanto a *por qué* existe la iglesia. Rick Warren comenta sobre esta realidad:

> Win Arn, consultor de iglesias […] encuestó a miembros de casi mil iglesias haciendo la pregunta: «¿Por qué existe la iglesia?». ¿Los resultados? De los miembros de la iglesia encuestados, el 89 por ciento dijo: «El propósito de la iglesia es atender las necesidades de mi familia y las mías». Para muchos, el papel del pastor es simplemente mantener felices a las ovejas que ya están en el «corral» y no perder demasiadas de ellas. Solo el 11 por ciento dijo: «El propósito de la iglesia es ganar el mundo para Jesucristo».
>
> Luego, se les preguntó a los *pastores* de las mismas iglesias por qué existe la iglesia. Sorprendentemente, los resultados fueron exactamente opuestos. De los pastores encuestados, el 90 por ciento dijo que el propósito de la iglesia era ganar el mundo y el 10 por ciento dijo que era atender las necesidades de los miembros. ¿Es de extrañar por qué tenemos conflicto, confusión y estancamiento en muchas iglesias hoy día? Si el pastor y la congregación ni siquiera pueden ponerse de acuerdo sobre por qué existe la iglesia, el conflicto y el desacuerdo en todo lo demás es inevitable[2].

Pero tener *un* propósito no resuelve todos los problemas. Ser simplemente una iglesia *con propósito* no es garantía de que las cosas se estén haciendo bien. Muchas religiones falsas y organizaciones seculares son muy guiadas por un propósito, saben por qué existen, y tienen mucho éxito en lo que hacen. Así que, para la iglesia, la clave es ser *guiados bíblicamente* en su propósito.

Entonces, ¿cuál es la función o propósito principal de la iglesia? Aquí hay algunas respuestas que obtuve de varios sitios web de iglesias y ministerios cristianos:

1. La iglesia trata de la contextualización[3].

2. La iglesia necesita priorizar el ministerio urbano[4].

3. La misión de la iglesia es fomentar la «formación espiritual[5]».

4. La iglesia necesita promover la comunidad encarnada[6].

5. La iglesia necesita cultivar la actividad misionera[7].

6. Necesitamos llegar a los que no asisten a la iglesia[8].

7. Necesitamos alcanzar a los precreyentes[9].

8. La iglesia necesita erradicar la pobreza[10].

9. La prioridad de la iglesia es luchar por la justicia social, la reconciliación racial y la atención médica universal[11].

10. La iglesia necesita crear conciencia verde y sanar la tierra[12].

11. La iglesia necesita ser tecnológicamente relevante[13].

12. La iglesia necesita restablecer la ética judeocristiana en nuestra nación: la misión de la iglesia es recuperar Estados Unidos para Cristo[14].

Las doce sugerencias anteriores son algo novedosas desde una perspectiva histórica, sin embargo, han sido temas dominantes entre las iglesias estadounidenses durante las últimas dos o tres décadas. Desafortunadamente, ninguno de ellos refleja lo que Dios piensa que deberían ser las prioridades de la iglesia. Además de lo anterior, a continuación, se presentan varias sugerencias tradicionales para la misión de la iglesia:

> La tarea de la iglesia es enseñar y predicar la Palabra de Dios. Cualquier otra cosa que pueda hacer propiamente está subordinada y subsidiaria a esa tarea. Esta es su tarea suprema […] La tarea de la Iglesia es anunciar la salvación […] La

iglesia debe declarar «todo el consejo de Dios» (Hch. 20:27; RVR1960)[15].

«… buscar y […] salvar lo que se había perdido» (Lc. 19:10) […] [es] la misión suprema de la iglesia de Cristo […] Solo hay una razón por la que el Señor permite que Su iglesia permanezca en la tierra: buscar y salvar a los perdidos […] El compañerismo, la enseñanza y la alabanza no son la misión de la iglesia, sino más bien la preparación de la iglesia para cumplir su misión de ganar a los perdidos[16].

El propósito divino actual de esta era no es la conversión del mundo, sino más bien el llamar del mundo a los que creerán en Cristo para formar el cuerpo de Cristo que es la iglesia[17].

Por lo tanto, la iglesia existe para llevar a cabo dos funciones: evangelismo (hacer discípulos) y edificación (enseñarles)[18].

Las misiones no son el objetivo final de la iglesia. La adoración lo es. Las misiones existen porque la adoración no existe. La adoración es lo supremo, no las misiones, porque Dios es lo supremo, no el hombre […] La adoración, por lo tanto, es el combustible y la meta en las misiones[19].

La iglesia existe, en otras palabras, para lo que a veces llamamos «misión»[20].

… los teonomistas están comprometidos con la transformación o reconstrucción de todas las áreas de la vida, incluidas las instituciones y los asuntos del ámbito sociopolítico, de acuerdo con los principios santos de la Palabra revelada de Dios (teonomía)[21].

... la transformación del mundo no es el objetivo[22].

> Dios simplemente no nos está llamando a librar una guerra cultural que buscaría transformar nuestros países en «naciones cristianas»[23].
>
> Estamos tratando de sostener el mundo, de salvarlo de la maldición de Dios, de perfeccionar la creación, de alcanzar los fines de la muerte de Cristo, de salvarnos a nosotros mismos y a los demás de la condenación, de vencer al diablo y demoler su reino, de establecer el reino de Cristo, y de alcanzar y ayudar a otros para el reino de gloria[24].
>
> El propósito principal de Dios para esta era es la edificación de la iglesia[25].

Estas sugerencias tradicionales varían un poco, y también tienen algunos cruces. Sin embargo, algunos contradicen abiertamente a otros. Entonces, ¿cuál es la meta, la misión, la función o el propósito de la iglesia? ¿Es adoración? ¿Es evangelismo? ¿Es salvar al mundo? ¿O es ser misional redimiendo la cultura y transformando la sociedad? ¿Es marcar el comienzo del Reino? ¿Es enseñar la Biblia? Los autores y pastores anteriores no están totalmente de acuerdo en este tema; hay cierta disparidad teológica en las filas.

El propósito triple

Pero hay una respuesta. Las respuestas a las preguntas: «¿Qué debe ser y hacer la iglesia hoy en el siglo XXI?», son las mismas que cuando la iglesia existía en el primer siglo. Y las respuestas están claramente dadas en la Biblia. Según la Biblia, la respuesta a las preguntas anteriores no es simplista ni unidimensional. El propósito de la iglesia es multifacético y compuesto, incluyendo algunos elementos que se superponen, interrelacionan y complementan entre sí[26].

El propósito de la iglesia ha sido correctamente declarado de varias maneras[27]. Un autor dice que el propósito de la iglesia incluye la adoración, el cuidado, la evangelización y la misericordia[28]. De manera similar, otro dice que el propósito de la iglesia es la evangelización, la edificación, la adoración y el interés social[29]. Y otro dice que el

propósito es la adoración, la instrucción, el compañerismo y el ministerio[30]. En realidad, los tres están diciendo lo mismo de diferentes maneras. Pero todos ellos presentan un propósito bíblico equilibrado para la existencia de la iglesia. En aras de la simplicidad, sus categorías se pueden simplificar en tres encabezados principales: según la Biblia, el propósito de la iglesia incluye la *exaltación* de Dios, la *edificación* de los santos y la *evangelización* de los perdidos[31].

Otra forma de responder a la pregunta, «¿cuál es la misión de la iglesia?», es usar las palabras de Lucas en Hechos cuando se refirió a «todo lo que Jesús comenzó a hacer y a enseñar» (1:1). ¿Terminó Jesús toda su obra antes de ascender de nuevo al cielo? Bueno, sí y no. Sí, en el sentido de que Jesús terminó completamente la obra de expiación como el Cordero pascual, muriendo por los pecados de la humanidad de una vez por todas (1 Pe. 3:18). En la cruz exclamó: *«¡Tetelesthai!»* o «¡Consumado es!» (Jn. 19:30). Su vida sin pecado y Su muerte sustitutiva satisfizo todos los requisitos del Padre para que el pecado pudiera ser propiciado y perdonado para todos los que creen (Is. 53:10; Col. 2:13-14). Los pecadores son salvos solo por la obra de Jesús en la cruz, no por sus propias obras. La obra de justificación de Dios está completa. Justo antes de regresar al Padre en el cielo, Jesús oró correctamente: «Yo te glorifiqué en la tierra, habiendo terminado la obra que me diste que hiciera» (Jn. 17:4).

Pero hay un sentido en el que la obra de Jesús no está completa. Todavía faltaban algunas cosas por hacer después de que ascendiera al cielo. Es por eso que Lucas se refirió a las cosas que «Jesús comenzó a hacer y a enseñar»: había cosas que Jesús comenzó a hacer que los apóstoles tendrían la tarea de completar. Mientras estuvo en la tierra, Jesús no comenzó la iglesia; Él no llevó el evangelio fuera de los límites de Israel; Él no estableció ancianos en la iglesia; Él no escribió el Nuevo Testamento; Él no les dio a los 12 apóstoles alguna revelación divina importante que necesitara ser incluida en la Biblia, sino que le dio mucha de esa información directamente a Pablo, quien vendría más tarde después de la ascensión de Jesús. Jesús entregó la batuta del

ministerio a los apóstoles, cuya misión era llevar a cabo «todo lo que Jesús comenzó a hacer y a enseñar».

Los apóstoles hicieron precisamente eso, y los detalles se relatan en el libro de los Hechos y en las otras cartas del Nuevo Testamento. Los apóstoles continuaron la obra de Cristo poniendo los cimientos de la iglesia, haciendo avanzar el evangelio hasta los confines de la tierra, escribiendo el Nuevo Testamento y entrenando a otros que perpetuarían el ministerio del evangelio hasta que Cristo regrese al final de los tiempos.

La misión de la iglesia desde la perspectiva de los apóstoles era continuar todo lo que Jesús comenzó a hacer y a enseñar. Y para la iglesia de hoy, esa verdad sigue siendo la misma. La misión de la iglesia hoy es continuar haciendo todo lo que Jesús comenzó a hacer y a enseñar. Y en pocas palabras, eso significa que la iglesia debe ser acerca de la exaltación de Dios, la edificación de los santos y la evangelización de los perdidos.

Estos tres elementos eran prioridades —*exaltación*, *edificación* y *evangelización*— en el ministerio de Jesús en la tierra. La misión de Jesús era exaltar al Padre. Él dijo: «Porque he descendido del cielo, no para hacer Mi voluntad, sino la voluntad del que me envió» (Jn. 6:38). También dijo que buscaba glorificar al Padre: «El que habla de sí mismo busca su propia gloria; pero Aquel que busca la gloria del que lo envió, Él es verdadero y no hay injusticia en Él» (Jn. 7:18). La exaltación de Dios era una prioridad para Jesús.

La misión de Jesús también incluía la edificación de sus seguidores, a los que llamaba sus «ovejas». Él les dijo a sus discípulos: «Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia» (Jn. 10:10). Gran parte del ministerio de Jesús se dedicó a invertir en Sus discípulos, enseñarles, entrenarlos, animarlos, modelarles y orar con ellos. Él invirtió en la edificación de Sus ovejas: «… doy mi vida por las ovejas […] Mis ovejas oyen mi voz; Yo las conozco, y me siguen» (Jn. 10:15, 27).

Y finalmente, la misión de Jesús fue la evangelización de los perdidos. Vino a predicar el evangelio. Algunos creyeron y muchos no,

pero predicar las buenas nuevas era fundamental para Su propósito. El Evangelio de Marcos resume la esencia del ministerio de Jesús diciendo: «Jesús vino a Galilea predicando el evangelio de Dios. "El tiempo se ha cumplido," decía, "y el reino de Dios se ha acercado; arrepiéntanse y crean en el evangelio"» (1:14-15). Jesús mismo dijo que su papel como el Mesías era predicar el evangelio a los pobres en cumplimiento de la profecía del Antiguo Testamento (Lc. 7:22).

Este triple enfoque en el ministerio de exaltación, edificación y evangelización que Jesús modeló fue transmitido a los apóstoles y a la iglesia primitiva como un mandato perpetuo de Dios a Su pueblo. Como tal, ahora examinaremos estas tres funciones principales de la misión de la Iglesia para recordar cómo debemos llevar a cabo nuestros ministerios de la iglesia hoy día.

El propósito hacia arriba: la exaltación de Dios

La prioridad de la adoración

La iglesia existe, en primer lugar, para exaltar a Dios, esto es lo mismo que la adoración. La adoración precede a todo lo demás. El Gran Mandamiento dice: «Amarás al SEÑOR tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza» (Dt. 6:5). El primero de los 10 mandamientos dice: «No tendrás otros dioses delante de Mí» (Éx. 20:3). Un verdadero amor por el Dios verdadero está por encima de todo. De hecho, los primeros cuatro de los Diez Mandamientos tratan de cómo las personas deben amar a Dios. Los últimos seis tratan de cómo las personas deben amar a otras personas. El amor por otras personas se basa en un amor prioritario por Dios. El acto principal de los santos y ángeles en el cielo es la adoración a Dios. Isaías nos permite llegar a la sala del trono del cielo cuando los santos ángeles de Dios están completamente ocupados en la adoración incesante de Dios el Creador:

> … vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y la orla de Su manto llenaba el templo. Por encima de Él había serafines. Cada uno tenía seis alas: con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies y con dos volaban. Y el uno

> al otro daba voces, diciendo: «Santo, Santo, Santo es el SEÑOR de los ejércitos, llena está toda la tierra de Su gloria». Y se estremecieron los cimientos de los umbrales a la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo (Is. 6:1-4; cfr. Ap. 4, 5; 15:1-4).

Y para los santos en la tierra, esto también es cierto. 1 Corintios 10:31 dice: «háganlo todo para la gloria de Dios». Eso significa hacer todas las cosas en manera de adoración hacia Dios. Todo lo que hacemos debe hacerse con el objetivo de agradarle a Él (2 Co. 5:9). Grudem señala acertadamente:

> Por lo tanto, la adoración es una expresión directa de nuestro propósito final para vivir, «glorificar a Dios y gozar plenamente de Él para siempre». […] Esta frase familiar ha sido ampliamente utilizada en las enseñanzas cristianas. Se encuentra en el Catecismo Mayor de Westminster, Pregunta Uno: «**¿Cuál es el fin principal y más alto de la existencia del hombre?»** Respuesta: «El fin principal y más alto propósito de la existencia del hombre es glorificar a Dios y gozar plenamente de Él para siempre[32]».

Con referencia a la iglesia, Jesús comentó explícitamente sobre la prioridad de adorar a Dios. En Juan 4, mientras testificaba a la mujer samaritana en el pozo, le dijo la verdadera esencia de la adoración. Él le declaró:

> Mujer, cree lo que te digo: la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adorarán ustedes al Padre. Ustedes adoran lo que no conocen; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque ciertamente a los tales el Padre busca que lo adoren (Jn. 4:21-23).

Esta profecía que Jesús hizo se cumplió con el advenimiento de Su

Encarnación, Su obra expiatoria, y tuvo su punto culminante con la venida del Espíritu Santo en el día de Pentecostés. Dios estaba marcando el comienzo de una nueva era: la era de la iglesia estaba cumpliendo y expandiendo la era del Antiguo Testamento (Jn. 1:17). Y durante esta era, como en todas las eras, Dios el Padre está «buscando» adoradores. Él desea que la gente lo adore, porque Él es digno.

Es significativo que en Juan 4 Jesús le dijo a la mujer samaritana que Dios era un «buscador». Dios está buscando proactivamente adoradores verdaderos. Esto es exactamente lo contrario de lo que los gurús del crecimiento de la iglesia nos han estado diciendo desde la década de 1980. Su mantra ha sido, y sigue siendo, que los incrédulos son buscadores y, como resultado, los cristianos necesitan atender a los incrédulos siendo «sensibles al buscador».

Durante las últimas tres décadas, ser sensibles al buscador ha significado hacer que la iglesia los domingos sea lo más cómoda, no amenazante y no religiosa posible para que los incrédulos no se «ofendan». Ser sensible a los buscadores también ha significado dar prioridad a mantener a los incrédulos satisfechos y entretenidos en la iglesia. Como resultado, se nos dice que necesitamos música contemporánea de guitarra de alto nivel, actuaciones teatrales de calidad estilo vodevil, presentaciones de video en pantallas gigantes HD con sonido estereofónico y envolvente.

Otro protocolo sensible al buscador incluye reemplazar los bancos con cómodos asientos estilo cine, sermones más cortos que sean temáticos y llenos de humor, un predicador con un taburete y una camisa hawaiana en lugar de un púlpito y una corbata, citando la Biblia DHH o la TLA en lugar de la Reina-Valera o la NBLA, y desapareciendo por completo las Biblias físicas de las reuniones congregacionales para que los visitantes incrédulos no se sientan condenados por su presencia. Todas las payasadas anteriores son huecas y superficiales y no hacen nada para traer convicción espiritual y cambio a las almas perdidas.

Todo el enfoque sensible al buscador ha demostrado ser vacuo y engañoso. Todo el esquema se basa en una premisa defectuosa que es

la suposición de que el buscador más importante en la reunión congregacional de la iglesia es el incrédulo. Jesús dijo que es justo lo contrario: la audiencia principal los domingos en la iglesia y el único buscador espiritual por naturaleza es Dios el Padre. Y todo lo que hacemos en la iglesia en el Día del Señor debe girar en torno a agradarle, dándole toda la gloria, la alabanza y el honor. En cuanto a los incrédulos, las Escrituras son claras. No buscan a Dios. Al igual que Adán en el Jardín, los pecadores corren y tratan de esconderse de Dios. Como dice Pablo en Romanos: «no hay quien busque a Dios» (3:11).

Dios creó la iglesia, un grupo de adoradores que han sido llamados, que congregacional e individualmente lo adoran en todos los aspectos de la vida. La adoración a Dios era la prioridad de la iglesia primitiva. Hechos 2 dice que los creyentes se dedicaban continuamente a la oración y alabanza a Dios (vv. 42, 47). El cristiano es ahora la morada misma del Espíritu de Dios (1 Co. 6:19), y por lo tanto puede adorar a Dios directamente, aparte de la mediación del Templo, el sistema de sacrificios y el sacerdocio levítico. Todo cristiano es sacerdote (1 Pe. 2:9) y tiene acceso directo a Dios a través del Salvador, Jesucristo (1 Ti. 2:5; He. 4:14-16). Y cada cristiano tiene el privilegio de adorar a Dios con toda su vida. En las palabras de Romanos 12:1, el cristiano debe ser un «sacrificio vivo».

Una definición de adoración

Esto trae a colación el tema de definir *adoración*. Desafortunadamente, algunos cristianos e iglesias han propuesto definiciones unidimensionales y superficiales de la adoración limitándola al área de la música. No es raro que una iglesia llame a su director musical el líder de «adoración» o el pastor de «adoración». Y al tiempo en la asamblea general cuando hay cantos se le llama «tiempo de adoración». Pero la Biblia presenta una imagen más holística, comprensiva e integrada de lo que implica la adoración verdadera. La adoración no puede limitarse al canto que dura quince minutos el domingo por la mañana. Para el cristiano, la *adoración* es una forma de vida. Como escribió Pablo en Romanos 12:1: «Por tanto, hermanos, les ruego por las misericordias de Dios que presenten sus cuerpos como sacrificio vivo y santo,

aceptable a Dios, que es el culto racional de ustedes». Y Hebreos 13:15-16 añade: «Por tanto, ofrezcamos continuamente mediante Él, sacrificio de alabanza a Dios, es decir, el fruto de labios que confiesan Su nombre. Y no se olviden ustedes de hacer el bien y de la ayuda mutua, porque de tales sacrificios se agrada Dios».

La adoración, entonces, es un estilo de vida. La adoración es honrar a Dios en todo lo que hacemos al tener actitudes agradecidas, corazones generosos y vidas obedientes. Warren Wiersbe es útil para dar una definición bíblica completa de la adoración:

> La adoración es la respuesta de los creyentes de todo lo que son —mente, emociones, voluntad y cuerpo— a lo que Dios es, dice y hace. Esta respuesta tiene su lado místico en la experiencia subjetiva y su lado práctico en la obediencia objetiva a la voluntad revelada de Dios. La adoración es una respuesta amorosa que se equilibra con el temor del Señor, y es una respuesta más profunda a medida que el creyente llega a conocer mejor a Dios[33].

El papel del Espíritu Santo

La clave de la adoración es el papel del Espíritu Santo. El Espíritu Santo proporciona acceso directo a Dios. En el Antiguo Testamento, la presencia de Dios moraba en el Tabernáculo (Éx. 40:34-35) y en el Templo (1 Re. 8:6-12) a través de la presencia de Su Espíritu. El lugar de Su presencia era, por lo tanto, el punto focal de adoración para el pueblo de Dios. Hoy día, Dios mora en cristianos individuales a través de la presencia de Su Espíritu (1 Co. 6:19). Por lo tanto, el punto focal de la adoración está dentro del creyente. A esto es a lo que Jesús se refería en Juan 4 cuando dijo que la verdadera adoración debe hacerse «en espíritu» (v. 24).

Del mismo modo, Pablo dice que los cristianos son personas que adoran «en el Espíritu de Dios» (Fil. 3:3). La presencia inmediata de Dios está siempre con el creyente. Siendo esto cierto, cuando una pluralidad de creyentes se reúne para adorar intencionalmente, la presencia inmediata de Dios se multiplica y se compone,

proporcionando una oportunidad única para que los creyentes adoren a Dios de una manera exponencial. Hay un ministerio especial del Espíritu de Dios que se lleva a cabo cuando todo el Cuerpo de Cristo se reúne colectivamente para adorar a Dios como iglesia. Es por eso que Pablo dice que cuando «toda la iglesia se reúne» es posible que una persona sea vencida por la presencia de Dios hasta el punto de que esa persona «se postrará y adorará a Dios, declarando que en verdad Dios está entre ustedes» (1 Co. 14:23, 25).

Implicaciones de la adoración para la iglesia

La adoración, individual y congregacional, es una prioridad regular para la iglesia, y de hecho es un mandamiento que no debe ser abandonado (He.10:24-25). Y a medida que la iglesia se reúne, el canto no es la única parte que se considera adoración, sino que cada elemento debe ser ofrecido a Dios como un sacrificio agradable de adoración a Él: el canto, la comunión, las oraciones, la ofrenda y la enseñanza de Su Palabra.

Cuando los creyentes se reúnen para la adoración congregacional en el Día del Señor como iglesia, la consideración principal debe ser cómo reverenciamos y honramos a un Dios santo en lugar de preocuparnos por cómo vamos a intentar apaciguar los caprichos y preferencias egocéntricos de los incrédulos visitantes. Las Escrituras exigen que cuando la iglesia se reúna, «todo se haga decentemente y con orden» (1 Co. 14:40), porque Dios es la audiencia. Y cuando los santos se dispersan, su adoración debe continuar en su vida diaria mientras honran a Dios en todo lo que hacen como individuos.

El propósito hacia adentro: la edificación de los santos

El desbordamiento y el subproducto del propósito hacia arriba de la iglesia a través de la adoración produce un propósito hacia adentro y uno hacia afuera. El propósito hacia adentro de la iglesia implica el ministerio a los creyentes a través de la *edificación*. El propósito hacia afuera de la iglesia tiene que ver con el ministerio a los que están fuera de la iglesia a través de la *evangelización*. Aquí consideraremos el propósito hacia adentro de la iglesia a través de la edificación.

Definición de «edificación»

La palabra *edificación* proviene de una palabra compuesta que significa «construir[34]». El propósito de la iglesia con respecto a los creyentes es ayudarlos a ser «edificados» en Cristo, o a crecer y madurar en su relación espiritual con Él. Pablo se refiere a este propósito como ser conformado a la imagen de Cristo de un nivel de gloria a otro (Ro. 8:29; 2 Co. 3:18). Esto es simplemente madurez espiritual. Cuando alguien se convierte en cristiano en el momento de la salvación, tiene todo lo que necesita en virtud de su relación con Cristo, habiendo sido adoptado en la familia de Dios. Y estando en ese punto, ahora solo necesitan crecer y madurar, como un bebé recién nacido. El proceso de ayudar a los creyentes a crecer se llama *edificación*. Robert Saucy da un resumen útil del proceso de edificación:

> La edificación de la iglesia, si bien está relacionada con el crecimiento externo mediante la adición de nuevos miembros, se ocupa principalmente de la edificación y el desarrollo de la comunidad misma en la vida de la fe (Ef. 4:16; Jud. 20; 1 Co. 14:26). El objetivo de la edificación es que cada miembro crezca hasta la madurez en todas las cosas en Cristo (Ef. 4:13-16; cfr. 2 Pe. 3:18).
>
> La obra de edificación es realizada en última instancia por el Señor de la iglesia a través del Espíritu, primero a través de los ministerios especiales de los líderes (Ef. 4:11-12; 1 Co. 14:3), pero finalmente a través de cada individuo (cfr. Ef. 4:12, 16; 1 Ts. 5:11). A medida que cada miembro recibe edificación a través del ministerio pastoral, él a su vez la transmite a su hermano creyente. Así, cada miembro «produce el crecimiento del cuerpo para su propia edificación en amor» (Ef. 4:16b)[35].

La edificación se lleva a cabo de muchas maneras, incluyendo la enseñanza y la instrucción de la Biblia, la comunión con otros creyentes, el crecimiento en el contexto de la familia de la iglesia, la

purificación por la rendición de cuentas de los santos y el ministerio o servicio mientras los creyentes interactúan entre sí[36].

La edificación incluye más que solo el crecimiento individual, porque también se aplica al crecimiento y la madurez continua del Cuerpo general de Cristo. Pablo describe el proceso de edificación congregacional en Efesios 2:19-22:

> Así pues, ustedes ya no son extraños ni extranjeros, sino que son conciudadanos de los santos y son de la familia de Dios. Están edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo Cristo Jesús mismo la piedra angular, en quien todo el edificio, bien ajustado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor. En Cristo también ustedes son juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu.

Esta es una realidad espiritual asombrosa. Ningún cristiano crece aislado. Más bien, somos como células en el cuerpo que crecen individualmente y al mismo tiempo crecen en conjunto con otras células y órganos a los que estamos conectados. O bien, cada creyente es como una piedra preciosa, tallada a mano, usada por Dios para construir Su hermoso edificio palaciego llamado la iglesia. Cuán importante es, entonces, rodearse de otros creyentes sanos, obedientes y llenos del Espíritu que estén activos en una iglesia local bíblica saludable y en crecimiento. Si usted es un cristiano en una iglesia débil, comprometida o moribunda, entonces su crecimiento y madurez individual se verán frustrados, atrofiados o socavados. Su edificación espiritual depende, en parte, de la salud y el crecimiento de otros creyentes a su alrededor.

Hoehner explica la importancia de la edificación congregacional desde la perspectiva de Pablo en este pasaje:

> Por lo tanto, tendría el significado resultante de «unir, encajar», especialmente en lo que respecta a una construcción hecha de piedras. Hoy en día, el proceso de encajar las piedras es bastante sencillo porque se utiliza cemento. En aquella

> época, sin uso de cemento, se realizaba un elaborado proceso de corte y alisado de las piedras para que encajaran exactamente una al lado de la otra. El sintagma preposicional […] intensifica la idea de encajar. Habla de la unidad o armonía interior entre los creyentes que, antes de su conversión, estaban enemistados unos con otros. El presente pasivo participio describe la manera de su crecimiento. Específicamente, como recipientes de la gracia de Dios, crecen al ser cuidadosamente encajados juntos en lugar de separarse individualmente unos de otros. Nótese que no es la iniciativa propia lo que causa el crecimiento, sino la acción misericordiosa de Dios que hace coincidir a los creyentes individuales entre sí y con el fundamento y la piedra angular. Si los albañiles de la antigüedad usaban un proceso elaborado para encajar las piedras, uno puede estar seguro de que Dios, aún más, por Su gracia está encajando cuidadosamente a los individuos que forman parte de Su edificio. Su deseo es traer unidad interna para que pueda ocurrir el crecimiento congregacional[37].

De hecho, Dios es cuidadoso y desea grandemente hacer crecer a Su preciosa Novia, la iglesia, individual y congregacionalmente. La edificación de la iglesia es una prioridad para el Padre durante esta época. Y Él usa a las personas, Sus siervos, para lograr ese propósito.

En nuestros días, esos siervos incluyen pastores locales. Como pastor, y en asociación con los otros ancianos de mi iglesia, una de mis principales responsabilidades y pasiones es edificar a los creyentes de mi congregación alimentándolos con la Palabra de Dios, equipándolos para el ministerio, orando por ellos, animándolos a vivir en armonía y unidad con otros creyentes y, con suerte, siendo un modelo para que lo emulen. Cada pastor será responsable ante Cristo algún día por lo bien que llevó a cabo el ministerio de la edificación de los santos en la iglesia local (He. 13:17). Cuidar del pueblo de Dios, Sus ovejas, es tan vital como evangelizar a los perdidos (Jn. 21:1-17). Un punto de énfasis en el ministerio no triunfa sobre el otro. La edificación y la

evangelización no deben ser dicotomizadas y enfrentadas entre sí en competencia, sino que deben ser abrazadas simultáneamente como complementos.

Un propósito escatológico

También hay un propósito escatológico único con respecto a la edificación de los santos vivos durante la era de la iglesia. *Éscatos* es la palabra griega que significa «últimas cosas», o cosas que ocurren al final de la era, cosas futuras. Dios está preparando a los cristianos en esta vida para el papel único de servir y gobernar en gloria durante el futuro reino terrenal y físico. Actualmente disfrutamos de las realidades espirituales del reino de Dios, la principal es que conocemos personalmente al Rey Jesús a través de la salvación (Jn. 3:3; Col. 1:13). Pero todavía no experimentamos la plenitud del reino. La mayor plenitud del reino aún está por venir, y Dios nos está preparando en esta vida para ese día (Mt. 25:34). Saucy explica:

> Aunque la iglesia está actualmente relacionada con el reino, la gran mayoría de las referencias al reino en el Nuevo Testamento miran hacia el reino futuro. La presente fase de misterio del reino no es el acto final; de hecho, los discípulos no lo mencionan en los evangelios, sino que miran hacia el futuro establecimiento del reino (Mt. 19:27-30; 20:21; cfr. Hch. 1:6). Cristo mismo, aunque se refería a la presencia del reino en sí mismo y en Su ministerio, enseñó específicamente en la parábola del noble que el reino no iba a aparecer inmediatamente (Lc. 19:11). La misma mirada hacia el futuro caracteriza a las epístolas. El reino es una herencia de los creyentes en la iglesia de la cual los del mundo serán excluidos (1 Co. 6:9; Gá. 5:21; Ef. 5:5; Ja 2,5). Es algo por lo que la iglesia sufre actualmente para que puedan ser «considerados dignos del reino de Dios» (2 Ts. 1:5; cfr. Hch. 14:22) y por lo que viven vidas fructíferas para que les sea «concedida ampliamente la entrada al reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2 Pe. 1:11).

> … La era de la iglesia es, finalmente, el tiempo en que los «hijos del reino» son preparados para que cuando [*el reino futuro*] sea establecido, puedan resplandecer «como el sol en el reino de su Padre» (Mt. 13:43). Estos, como ya hemos visto, han de gobernar en ese reino con Cristo. Durante esta era, a través del sufrimiento en un mundo hostil (Ro. 8:17; 2 Ti. 2:12), y aprendiendo el señorío de Cristo en esta vida, los miembros de la iglesia están capacitados para reinar con Él en la era venidera[38].

En otras palabras, uno de los principales propósitos de la iglesia es que Dios prepare o edifique a los creyentes para que sean aptos para servir como vicerregentes con Cristo durante el venidero reino terrenal (Ap. 2:26-27; 3:21; 1 Co. 6:2-3).

El propósito hacia afuera: la evangelización de los perdidos

Ministerio a través de la Palabra

Un flujo natural de la adoración a Dios y la edificación de los santos es el ministerio a los perdidos. La evangelización, o más comúnmente llamada *evangelismo*, es la proclamación y administración del evangelio al mundo incrédulo. La Biblia es muy clara en cuanto a que una función clave de la iglesia es la proclamación del evangelio al mundo. Considera los mandatos de Jesús dados a la iglesia:

> Acercándose Jesús, les dijo: «Toda autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra. Vayan, pues, y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que les he mandado; y ¡recuerden! Yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt. 28:18-20).

> Y les dijo: «Vayan por todo el mundo y prediquen el evangelio a toda criatura. El que crea y sea bautizado será salvo; pero el que no crea será condenado (Mr. 16:15-16).

Pablo entendió este mandato de Cristo y lo convirtió en su prioridad también:

> Porque no me avergüenzo del evangelio, pues es el poder de Dios para la salvación de todo el que cree, del judío primeramente y también del griego (Ro. 1:16).
>
> Dios nos había llamado para anunciarles el evangelio (Hch. 16:10).
>
> Pero en ninguna manera estimo mi vida como valiosa para mí mismo, a fin de poder terminar mi carrera y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio solemnemente del evangelio de la gracia de Dios (Hch. 20:24).
>
> Pero jamás acontezca que yo me gloríe, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo ha sido crucificado para mí y yo para el mundo (Gá. 6:14).

Por lo tanto, la iglesia debe tener como prioridad llevar el evangelio al mundo perdido. Y el evangelio es «buenas nuevas». Hace poco bauticé a una creyente que nació en China y fue criada como atea. Escuchó el evangelio por primera vez al mudarse a California en la universidad cuando un cristiano se hizo amigo de ella y le habló de Jesús. Su amigo cristiano también le presentó la Biblia y le dijo que leyera el Evangelio de Juan. La atea china universitaria leyó el Evangelio de Juan, y poco después fue salva. ¡Ella escuchó el evangelio, lo creyó y nació de nuevo!

El mismo día también bauticé a otra joven que creció como budista, criada por padres chinos, y dice que en la escuela secundaria era agnóstica. En la universidad, una amiga cristiana compartió el evangelio con ella y comenzó a leer la Biblia con ella. Después de leer el Evangelio de Juan, el libro de Génesis y hablar con su amiga cristiana sobre el significado del evangelio, ¡después de aproximadamente un año, ella se salvó! Ella es una nueva creación en Cristo.

Como pastor, escucho historias que cambian vidas como estas todo

el tiempo y es un gran recordatorio de cómo la verdad del evangelio simple cambia la vida de las personas, interna y eternamente. Y el evangelio de Dios es lo único que verdaderamente cambia a las personas de esa manera: convirtiendo a los pecadores en piadosos, y a los sanguinarios en santos.

¿Qué es el Evangelio?

Necesitamos definir claramente el evangelio porque ha habido décadas de gran confusión al respecto, incluso entre los evangélicos. El mensaje de buenas nuevas que se supone que la iglesia debe proclamar es que Dios ha provisto una manera para que las personas pecadoras se reconcilien consigo mismo mientras son liberadas del pecado, del diablo, del infierno y de la separación o muerte eterna (2 Co. 1:10; 5:18; Col. 1:13; 1 Ts. 1:10). La provisión para esta liberación es posible porque Jesús, que es Dios encarnado (Jn. 1:1, 14; 1 Jn. 4:2-3), voluntariamente vino a la tierra para morir en una cruz (Jn. 2:19-21; 10:17-18) para pagar el castigo por el pecado de la humanidad, al ser sometido a la ira de Dios (Is. 53:4-5). Jesús hizo esto debido a Su gran amor por el mundo (Jn. 3:16-18). Murió en la cruz, satisfaciendo así el justo castigo de Dios por el pecado; fue sepultado, y tres días después resucitó corporalmente de entre los muertos, venciendo el poder del pecado (1 Co. 15:1-4), la muerte, el infierno y al diablo (He. 2:14; 1 Jn. 3:8). Él está vivo hoy en el cielo (Ap. 1:5, 7; 22:12-13, 16). Cualquiera que confíe en Él y en Su muerte en la cruz como pago por el pecado y que se arrepienta[39] del pecado (Hch. 2:38; 3:19; 17:30; 20:21; 2 Pe. 3:9) y crea que Jesús es el Señor que resucitó de entre los muertos será salvo (Ro. 10:9-10), y recibirá el perdón inmediato de todos sus pecados, para siempre (Jn. 3:16). Ser salvo simplemente implica creer en el mensaje del evangelio (Hch. 16:31) y pedirle a Dios el regalo de la vida eterna (Mt. 7:7). La salvación no puede ser ganada por ninguna obra humana (Ef. 2:8-9; Tit. 3:5-7). ¡Esa es la buena noticia!

Este propósito se relaciona con el propósito de la edificación en el sentido de que, a medida que los cristianos maduran, comprenden la importancia de evangelizar a los perdidos. Y deben actuar en consecuencia, testificando fielmente a los perdidos en palabras y obras

de manera regular, como un estilo de vida. John MacArthur explica cómo el evangelismo se relaciona con el primer propósito mencionado, la exaltación de Dios:

> Nada glorifica tanto a Dios como Su redención por gracia de los pecadores condenados y destinados al infierno. Fue con ese propósito que Dios llamó a Abraham, para que en él sean «benditas todas las familias de la tierra» (Gn. 12:3). Nunca fue la intención del Señor aislar a Israel como Su único foco de preocupación, sino más bien usar esa nación específicamente escogida y bendecida para alcanzar a todas las demás naciones del mundo para Sí mismo. Israel fue llamada a proclamar «de día en día las buenas nuevas de Su salvación» y a contar «Su gloria entre las naciones, Sus maravillas entre todos los pueblos» (1 Cr. 16:23-24; cfr. Sal. 18:49). Al igual que su Mesías, Israel debía ser «luz de las naciones, para que […] [la] salvación [del Señor] alcance hasta los confines de la tierra» (Is. 49:6; cfr. 42:10-12; 66:19; Jon. 3:1-10).
>
> Nunca ha sido la voluntad de Dios que una persona «perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento» (2 Pe. 3:9). Él «quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al pleno conocimiento de la verdad» (1 Ti. 2:4). El corazón de Dios siempre ha anhelado traer a los hombres pecadores y rebeldes de vuelta a Él, para darles vida nueva, justa y eterna a través de Su Hijo, Jesucristo. Él «de tal manera amó […] al mundo, que dio a Su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en Él, no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Jn. 3:16)[40].

Con respecto a Israel, la iglesia tiene un propósito escatológico especial cuando se trata de evangelización. Dios está usando a la iglesia para traer a Israel como nación de regreso al arrepentimiento (Ro. 11:11-15). Este es un propósito de evangelización nacional. Saucy comenta sobre esta verdad única:

> A través del injerto de los gentiles en la raíz de la bendición abrahámica que inicialmente pertenecía a Israel, Dios se propone por medio de la iglesia traer celos sobre Israel que le hagan desear regresar al lugar de bendición a través del arrepentimiento y el reconocimiento de Cristo como su verdadero Mesías[41].

Pablo dice en Romanos que durante la era de la iglesia, Israel como nación se ha endurecido parcialmente en incredulidad (v. 25), pero eventualmente se volverá al Mesías a quien han traspasado, y «todo Israel será salvo» (v. 26). Dios tiene un plan específico para el Israel étnico en el futuro. Él no ha abandonado a su pueblo del Pacto del Antiguo Testamento (Gn. 15:18-21).

El ministerio a través de actos de servicio

La evangelización de los perdidos es principalmente a través de la proclamación de la verdad. Sin embargo, también hay un elemento de ministerio al mundo que incorpora hechos, o actos de servicio. Además de «decirle» al mundo cómo es Dios, los cristianos deben «mostrarle» cómo es Cristo. Esta muestra sincera de semejanza a Cristo complementa la proclamación del evangelio, porque Jesús dijo: «En esto conocerán todos que son Mis discípulos, si se tienen amor los unos a los otros» (Jn. 13:35). Jesús también dijo: «Así brille la luz de ustedes delante de los hombres, para que vean sus buenas acciones y glorifiquen a su Padre que está en los cielos» (Mt. 5:16). El apóstol Juan dijo: «Pero el que tiene bienes de este mundo, y ve a su hermano en necesidad y cierra su corazón contra él, ¿cómo puede morar el amor de Dios en él? Hijos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad» (1 Jn. 3:17-18).

Dios espera que usemos lo que la iglesia «hace» para lograr sus propósitos:

> Atravesando las diversas funciones de la iglesia […] es su responsabilidad realizar actos de amor cristiano y compasión tanto para los creyentes como para los no cristianos. Está

> claro que Jesús se preocupaba por los problemas de los necesitados y los que sufren. Sanaba a los enfermos y resucitaba a los muertos en ocasiones. Si la iglesia ha de llevar a cabo su ministerio, estará comprometida en alguna forma de ministerio a los necesitados y a los que sufren […] La preocupación social incluye también la condena de la injusticia […] La iglesia debe mostrar preocupación y actuar dondequiera que vea necesidad, dolor o maldad[42].

Necesitamos mantener un buen equilibrio entre la proclamación del evangelio y nuestras buenas obras en el mundo. Hacer buenas obras para la gente no es el evangelio. Nosotros no somos la buena noticia[43]. Como pecadores, nosotros podemos ser malas noticias. Los incrédulos pueden hacer buenas obras, y las hacen frecuentemente, pues están hechos a imagen de Dios y hay una gracia común que Dios ha extendido a todas las personas. Las buenas obras de los creyentes no pueden pararse solas. Más bien, nuestras buenas obras necesitan ser interpretadas por el evangelio. Si solo hacemos buenas obras, sin proclamar el evangelio, entonces estamos participando en el evangelio social, que no tiene poder para salvar a nadie.

Los cristianos suelen citar un supuesto dicho de San Francisco de Asís (11-82-1226) que dice: «Predica el evangelio dondequiera que vayas; y si es necesario, usa palabras». Muchos cristianos piensan que eso es inteligente y profundo. En realidad, esa es una declaración horrible. No hay evangelio sin palabras habladas (Ro. 10:14). El evangelio siempre debe ser comunicado verbalmente, vocalmente. El evangelio se trata de lo que Jesús hizo, no de lo que nosotros hacemos. Pero al mismo tiempo, los cristianos necesitan vivir de acuerdo con el mensaje de Cristo mientras el mundo incrédulo observa.

Evangelismo en la Iglesia

En cuanto al lugar del evangelismo en la iglesia, cuando el Cuerpo se reúne, bien se ha dicho que «los creyentes se reúnen para adorar, y se dispersan para evangelizar». Nos reunimos como una familia espiritual para honrar a Dios en alabanza y luego nos separamos e infiltramos en

el mundo para compartir las buenas nuevas. Jesús ordenó a sus discípulos que «¡vayan, vayan, vayan!» al mundo para compartir el evangelio (Mt. 28:19), no que se escondan en su grupo santo en la iglesia donde es cómodo para poder decirles a los incrédulos que entren en el terreno de la iglesia para que puedan escuchar la verdad. Ese es un enfoque cobarde del evangelismo.

El evangelismo no es la prioridad de la iglesia reunida en el Día del Señor. Muchas iglesias parecen pensar que sí. Invitar a alguien a la iglesia no es evangelismo; decirle el evangelio a un incrédulo sí es evangelismo. Muchos incrédulos visitan iglesias todo el tiempo y nunca escuchan el evangelio en esas iglesias. Al mismo tiempo, una iglesia bíblica siempre proclamará el evangelio claro regularmente, pero atender a los incrédulos con tu reunión de iglesia descuidando o comprometiendo la adoración reverente a Dios como primordial y la edificación continua de los santos mediante la enseñanza bíblica sustanciosa es ir marcha atrás y un sabotaje a la gloria de Dios.

Resumen

La iglesia es «el Cuerpo de Cristo» (Ef. 1:22-23). La iglesia fue dejada para continuar lo que Jesús comenzó a hacer y enseñar (Hch. 1:1, 8). La misión de la iglesia, o el propósito de la iglesia, coincide con la razón por la que Jesús vino. Jesús vino a hacer la voluntad de Su Padre y a glorificarlo en todas las cosas (Jn. 5:30). Vino para que Dios fuera exaltado en el mundo. La iglesia lleva a cabo ese aspecto del ministerio de Cristo: existe para adorar y exaltar a Dios en el mundo.

Jesús vino a llamar, discipular y capacitar a otros, para ayudarlos a crecer y madurar espiritualmente, para que pudieran servir a Dios eficazmente. Jesús vino a edificar a los santos, lo que finalmente da gloria a Dios. Así también la iglesia está llamada a la edificación de los santos, para ayudarlos a crecer, madurar y conformarse cada vez más a la imagen de Cristo, para que puedan servir a Dios con todo su potencial.

Jesús también vino a buscar y a salvar lo que se había perdido (Lc. 19:10). Vino a predicar el evangelio (Mt. 4:17), a llamar a los hombres

al arrepentimiento del pecado (Lc. 5:32) y a confiar en Dios para la salvación de los pecadores. Vino a evangelizar a los perdidos. Vino a extender misericordia y compasión y a destruir las obras del diablo. Así también la iglesia existe para ser Cristo en el mundo para la evangelización de los perdidos. Esto implica proclamar el evangelio, testificar con palabras y hechos, exponer el pecado y la maldad mientras se extiende la mano con compasión y amor. La exaltación, la edificación y la evangelización siguen siendo la misión triple de la iglesia hasta que Cristo venga de nuevo.

Notas

1. Gene Getz, *Sharpening the Focus of the Church [Afilando el enfoque de la iglesia]* (Chicago: Moody Press, 1974), p. 21.
2. Rick Warren, *The Purpose Driven Church [Una Iglesia con propósito]* (Grand Rapids: Zondervan, 1995), p. 82.
3. El tema de la contextualización es complejo y muy confuso y, como resultado, la palabra se define y aplica incorrectamente de manera rutinaria. Mark Driscoll es un ejemplo clásico; predica dogmáticamente que cada iglesia y cada cristiano necesita usar la contextualización, pero hace un mal uso del término. Lo convierte en sinónimo de ser *relevante* con diferentes culturas; Mark Driscoll y Gary Breshears, *Vintage Church: Timeless Truths and Timely Methods [Iglesia Antigua: Verdades Atemporales y Métodos Oportunos]* (Wheaton: Crossway Books, 2008), pp. 227-230. Pero eso no es lo que significa el término. Como término técnico en teología, eclesiología y misiones, la *contextualización* se refiere a un nuevo método hermenéutico, designado de diversas maneras como «misionológico», «misional», «transcultural», «reformador» o «lingüístico bíblico» en oposición al método tradicional llamado «histórico-gramatical». Es algo malo, no algo bueno. Incorpora la *aplicación* en el proceso hermenéutico; permite más de un significado en un texto; alega que «la verdad emerge» de los contextos históricos; presupone que no hay un significado fijo en un texto bíblico; dice que el lector de hoy día contribuye al significado de un texto bíblico. Un evangélico bien conocido que maneja esta hermenéutica defectuosa es Robert W. Pazmiño. Y a medida que emplea su contextualización, aterriza en el concepto de la *teología de la liberación* como fundamental para la eclesiología moderna (véase *Foundational Issues In Christian Education: An Introduction in Evangelical Perspective*, *[Cuestiones fundamentales en la educación cristiana: Una introducción en la perspectiva evangélica]* Grand Rapids: Baker Academic, 2008).

Debemos prestar atención a la advertencia de Robert L. Thomas sobre este tema, que escribió: «*Contextualización* es un término cuyo primer uso teológico conocido fue en una publicación de 1972 del Consejo Mundial de Iglesias. En la mente de sus creadores, la palabra significa un método de teologización basado en la praxis del ministerio en diversos contextos culturales y

sociopolíticos, más que en el método histórico-gramatical de la exégesis. Dado que la publicación de 1972 proporciona el uso más antiguo del término, corresponde a quienes lo adoptan atenerse a la connotación que allí se le atribuye. Es una locura en la búsqueda de claridad comunicativa tomar un término con un significado establecido y usarlo de una manera diferente. Debido a que la práctica convencional establece el significado del lenguaje, el significado de un término no debe alterarse arbitrariamente. Se ha producido confusión con respecto al término *contextualización*, ya que algunos lo limitan a la aplicación de las Escrituras en lugar de convertirlo en la fuente de la teología. Eso cambia arbitrariamente el significado de la palabra»; *Evangelical Hermenutics: The New Versus the Old [Hermenéutica evangélica: lo nuevo vs. Lo viejo]* (Grand Rapids: Kregel, 2002), 409.

4. Mark Driscoll es un defensor del ministerio urbana radical que trabaja con la meta de la transformación cultural a la par de los teonomistas, posmileniastas y reconstruccionistas, solo que aplicada de diferentes maneras y usando diferentes nomenclaturas. Afirma que la misión de la iglesia es «buscar el bienestar de la ciudad en la que vives»; *Vintage Church [Iglesia Antigua]* p. 32; Y aboga por «la preeminencia del reino de Dios sobre la cultura humana»; p. 221. Propone que la Iglesia priorice «convertirse en accionistas en la cultura […] esto incluye la compra de casas para uno mismo y su familia, junto con otros bienes raíces para el negocio y la iglesia. Esto, combinado con la orden de plantar jardines […] demuestra la idea de permanencia»; p. 23. Él declara: «La iglesia misional busca el bienestar de la cultura quebrantada y pecaminosa»; p. 239; y va más allá: «Las iglesias misionales suelen ver la misión como más amplia, por lo que incluyen […] renovación comunitaria, justicia, transformación cultural», p. 241. Por lo tanto, la misión de la iglesia incluye transformar ciudades enteras y la cultura, no solo pecadores individuales. Driscoll tomó esta noción de Lesslie Newbigin; p. 218. N. T. Wright es también un gran defensor de la transformación cultural en lugar de centrarse en la salvación individual de los pecadores. La idea de que la iglesia necesita «transformar la cultura» está creciendo en popularidad entre los evangélicos hoy en día.

«Siguiendo el enfoque redentor de Cristo hacia un mundo pecaminoso, este punto de vista ve a la iglesia como poseedora de una vocación para comprometerse y transformar los aspectos pecaminosos de la cultura, un enfoque que se puede presenciar en la tradición agustiniana y en la teología de la liberación contemporánea»; Richard J. Plantinga, Thomas R. Thompson, y Matthew D. Lundberg, *An Introduction to Christian Theology [Una Introducción a la Teología Cristiana],* (Cambridge: Cambridge University Press, 2011), p. 352.

5. La *formación espiritual* no es un método bíblico para el crecimiento espiritual, sino más bien un método místico, subjetivo, ecuménico y ecléctico inventado por el teólogo liberal Richard J. Foster, autor del influyente bestseller de 1978, Celebration of Discipline *[Celebración de la disciplina]*. Foster fundó el movimiento Renovaré, que promueve la «formación espiritual». Su misión es la siguiente: «Buscamos abrazar la vida abundante de Jesús en toda su plenitud: contemplativa, santidad, carismática, justicia social, evangélica y encarnada» https://renovare.org/about/overview. Otros de los principales defensores de esta falsificación tan popular de la santificación cristiana incluyen a Dallas Willard, Walter Brueggemann, Marva Dawn, James Earl Massey, Thomas Oden, Eugene Peterson, Andrew Purves, William Willimon y Ben Witherington III.
6. Driscoll, *Vintage Church [Iglesia Antigua]*, p. 20.
7. Mark Driscoll dice, «El llamado misional de Dios para la iglesia [es] encarnarse como Jesús y participar activamente en su comunidad y cultura […] La iglesia existe para ir a las culturas y naciones de la tierra y vivir sacrificialmente por el bien de los demás»; *Vintage Church [Iglesia Antigua]*, pp. 25, 218.
8. Esta es la misión declarada de una iglesia en el norte de California que visité.
9. «En términos generales, los **precreyentes** son agnósticos que quieren creer y creyentes que no son cristianos […] Estos grupos de personas son aquellos hacia los que deberíamos dirigir nuestros esfuerzos […] Identifique a los precreyentes en su vida. Esfuérzate por ser amable con ellos. Busca oportunidades para hacerles el bien. Establece una relación con ellos y deja que vean de cerca tu vida». Richard D. Dobbins

http://www.drdobbins.com/guidelines-for-great-living/articles/sharing-your-faith-with-pre-believers/.

10. Ed Silvoso es el fundador de un ministerio cristiano llamado International Transformation Network (ITN) [Red de Transformación Internacional]. Uno de sus objetivos básicos es «erradicar la pobreza infantil en todo el mundo». Su sitio web dice: «El principal indicador social de que se ha producido una transformación es la eliminación de la pobreza sistémica». Con respecto a la misión de su ministerio, «ITN se enfoca en desarrollar soluciones transformadoras que honren a Dios para los males sistémicos sociales, económicos, educativos y gubernamentales que enfrentan las naciones del mundo, en esencia para ver que se haga la voluntad de Dios en la Tierra como Jesús nos enseñó». ¡Se jactan de haber acabado con la pobreza sistémica en Indonesia! Vamos a ver si eso es cierto dentro de veinte años. Y, de hecho, todavía hay una pobreza rampante en algunas zonas de Indonesia. Erradicar la pobreza no es la misión de la iglesia. Si lo fuera, entonces Jesús y Sus Apóstoles fracasaron. Jesús dijo: «… a los pobres siempre los tendrán con ustedes» (Jn. 12:8). Jesús quiso decir que la pobreza nunca será erradicada en este mundo caído: Dios erradicará la pobreza en la segunda venida de Cristo y en la eternidad, no en esta vida. La Biblia se preocupa por los pobres y exhorta a los creyentes de todas las edades a acordarse «de los pobres» (Gá. 2:10).
11. Este es el argumento de N. T. Wright en *Evil and the Justice of God [La maldad y la justicia de Dios]* (InterVarsity Press, 1994).
12. La Iglesia Metodista Unida tiene mucho que decir sobre este tema; aquí hay un extracto: «Toda la tierra es una buena creación de Dios y, como tal, tiene un valor inherente. Somos conscientes de que la utilización actual de los recursos energéticos amenaza esta creación en sus cimientos. Como miembros de La Iglesia Metodista Unida, estamos comprometidos a abordar la creación, la producción de energía y, especialmente, los recursos de la creación de una manera responsable, cuidadosa y económica. Hacemos un llamamiento a todos para que tomen medidas para ahorrar energía. Todo el mundo debería adaptar su estilo de vida a un consumo medio de energía que respete los límites del planeta tierra. Alentamos

a las personas a limitar las emisiones de CO2 hacia el objetivo de una tonelada por persona al año. Abogamos firmemente por la prioridad del desarrollo de las energías renovables. Los depósitos de recursos de carbono, petróleo y gas son limitados y su utilización continua acelera el calentamiento global. El uso de la energía nuclear no es una solución para evitar las emisiones de CO2. Las centrales nucleares son vulnerables, inseguras y potencialmente peligrosas para la salud. No se puede garantizar un almacenamiento seguro y permanente de los residuos nucleares. Por lo tanto, no es responsable ante las generaciones futuras operarlos». Según esta denominación, la misión de la iglesia es caminar a la sombra de John Wesley al «ser verdes»: reciclar, luchar contra el calentamiento global, votar por los demócratas, abrazar el socialismo y no pisar el césped. http://www.umc.org/what-we-believe/the-natural-world.

13. ¡En realidad no lo hacemos! Esta no es la misión de la iglesia. Hace poco estuve en el sureste de la India, enseñando a unos 80 pastores y predicando en varias iglesias remotas de esa zona. No tenían ninguna tecnología; pero sí tenían iglesias, la Biblia, el conocimiento de Jesucristo, el amor por la gente, la pasión por la oración, el celo en el evangelismo y el gozo en la adoración. No tenían agua potable, tenían una pobreza galopante, escasez de alimentos y suministros médicos y mucha persecución por parte de los hindúes hostiles que dominan la región. Cuando les pregunté cuál era su mayor necesidad, no me dijeron: «¡Tecnología!». Más bien, dijeron: «Biblias, enseñanza bíblica, comida, ropa, suministros médicos y agua corriente fresca». La tecnología es una bendición útil y, a veces, un lujo, pero no es la misión de la iglesia. Y el éxito de la iglesia y el avance del reino de Dios a través de los siglos no depende del avance de la tecnología.

14. *Reclaiming America for Christ [Reclamando América para Cristo]*, influenciado por el difunto D. James Kennedy, dice: «Nuestro objetivo es conectarnos, animar y, si es necesario, ayudar a los pastores de toda la nación a reclamar sus propios estados para Cristo y la libertad cristiana sobre la cual nuestros padres fundadores construyeron este gran país […] Nuestro objetivo es implementar la estrategia de Nehemías […] Si cada pastor

se enfoca en evangelizar y discipular el rebaño que Dios le ha confiado, luego dirija a su rebaño para involucrar a la comunidad que lo rodea, pueden RECLAMAR su comunidad. Las iglesias y las comunidades trabajando juntas pueden RECLAMAR una ciudad. Las ciudades que trabajan juntas pueden RECLAMAR un estado. Los Estados trabajando juntos pueden RECUPERAR el país» http://reclaimamericaforchrist.org/about-2/.

15. R. B. Kuiper, *The Glorious Body of Christ [El glorioso Cuerpo de Cristo]* (Carlisle: Eerdmans Publishing Co., 1966), pp. 163, 165.
16. John MacArthur, *The MacArthur New Testament Commentary: Matthew 24-28 [El comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Mateo 24-28]* (Chicago: Moody Press, 1989), p. 333.
17. Lewis Sperry Chafer, *Major Bible Themes* (Grand Rapids: Zondervan, 1974), pp. 242-43.
18. Gene Getz, *Sharpening the Focus [Afilando el enfoque]*, p. 22.
19. John Piper, *Let the Nations Be Glad [Alégrense las naciones]* (Grand Rapids: Baker Books, 1993), p. 11.
20. N. T Wright, *Simply Christian [Simplemente cristiano]* (London: SPCK, 2006).
21. Greg L. Bahnsen, «The Theonomic Reformed Approach to Law and Gospel» *[«El Enfoque Teonómico Reformado de la Ley y el Evangelio»]* en *Five Views on Law and Gospel [Cinco perspectivas de la Ley y el Evangelio]*, ed. por Stanley N. Gundry (Grand Rapids: Zondervan, 1996), p. 118.
22. Robert Saucy, *The Church in God's Program [La iglesia en el programa de Dios]* (Chicago: Moody Press, 1972), p. 94.
23. John MacArthur, *Why Government Can't Save You [Por qué el gobierno no puede salvarte]* (Nashville: Word Publishing, 2000), p. 13.
24. Richard Baxter, *The Reformed Pastor [El pastor reformado]* (Great Britain: BPC Paperbacks Ltd., 1656, 1994), p. 112.
25. Henry C. Thiessen, *Lectures in Systematic Theology [Enseñanzas en Teología Sistemática]* (Grand Rapids: Eerdmans, 1983), p. 309.
26. El autor cristiano, Lloyd Perry, señala lo siguiente con respecto a los diferentes puntos de vista sobre cuál es la misión de la Iglesia. Él escribe: «Un seminario encuestó a sus estudiantes de último año preguntándoles el propósito de la Iglesia y se dieron

muchas respuestas diferentes, las 15 primeras en la lista incluían las siguientes:

1. Evangelismo
2. Adorar
3. Predicar la Palabra
4. Capacitar a los miembros para que vivan de acuerdo con la Palabra
5. Instruir a los miembros en la verdad cristiana
6. Administrar las ordenanzas
7. Compañerismo
8. Enseñar la doctrina bíblica
9. Dar gloria a Dios
10. Misiones
11. Guiar a los cristianos hacia la madurez espiritual
12. Oración
13. Perfeccionar a los santos
14. Entrenar a líderes
15. Brindar oportunidades de servicio».

Cabe señalar que aunque enumera 15 declaraciones diferentes que reflejan la misión de la iglesia, las 15 podrían ubicarse bajo las tres categorías que propondremos como la misión triple de la iglesia: *exaltación*, *edificación* y *evangelización*. Así que en realidad no son 15 elementos diferentes; *Getting the Church On Target* (Chicago: Moody Press, 1977), pp. 33-34.

27. Fred Dickason del Moody Bible Institute sugirió que la iglesia tenía un propósito triple: expresar la gloria de Dios, evangelizar al mundo y edificar a los santos; Lloyd Perry, *On Target*, p. 34; véase también David J. Hesselgrave, *Planting Churches Cross-Culturally* (Grand Rapids: Baker Book House, 1980), pp. 19-42.
28. Wayne Grudem, *Systematic Theology [Teología Sistemática]* (Grand Rapids: Zondervan, 1994), pp. 867-68.
29. Millard J. Erickson, *Christian Theology [Teología Cristiana]* (Grand Rapids: Baker Book House, 1990), pp. 1051-59.
30. Paul Enns, *The Moody Handbook of Theology [El manual Moody de teología]* (Chicago: Moody Press, 1989), pp. 353-54.
31. Similarmente, Mark Dever escribe: «los fines propios de la vida y las acciones de una congregación local son la adoración de Dios, la edificación de la iglesia y la evangelización del mundo. Estos tres propósitos, a su vez, sirven a la gloria de Dios»; *A*

Theology for the Church [Una teología para la iglesia], ed. Daniel L. Akin, «The Doctrine of the Church» [«La doctrina de la iglesia»] (Nashville: B & H Academic, 2007), p. 809.

32. Grudem, p. 1004.
33. Warren Wiersbe, *Real Worship: Playground, Battleground or Holy Ground? [Adoración real: ¿Campo de recreo, campo de batalla o campo sagrado?]* (Grand Rapids: Baker Books, 2000), p. 26. Para otras excelentes obras sobre el culto en la iglesia local, véase Ronald Allen y Gordon Borror, *Worship: Rediscovering the Missing Jewel [Adoración: redescubriendo la joya perdida]* (Portland: Multnomah Press, 1982); John MacArthur, Jr., *The Ultimate Priority [La prioridad suprema]* (Chicago: Moody Press, 1983); John M. Frame, *Worship In Spirit and Truth [Adora en espíritu y en verdad]* (Phillipsburg: P & R Publishing, 1996).
34. «Edificación» es literalmente *oikodome*, y «denota (*a*) "el acto de construir" (*oikos*, "un hogar", y *demo*, "construir"); esto se usa solo figurativamente en el Nuevo Testamento, en el sentido de edificación, la promoción del crecimiento espiritual (lit., "las cosas de edificación"), Ro. 14:19; 15:2; 1 Co. 14:3, 5, 12, 26, p. ej.; (*b*) se usa metafóricamente, en el sentido de "edificar", promoviendo el crecimiento espiritual y el desarrollo del carácter de los creyentes, por medio de la enseñanza o del ejemplo, sugiriendo tal progreso espiritual como resultado de un trabajo paciente. Se dice (1) del efecto de esto en las iglesias locales, Hechos 9:31; 1 Corintios 14:4; (2) de la acción individual de los creyentes entre sí, 1 Corintios 8:1; 10:23; 14:17; 1 Tesalonicenses 5:11»; W. E. Vine, «Edificación, edificar, edificando», en *An Expository Dictionary of Biblical Words [Un diccionario expositivo de palabras bíblicas]*, ed. by Merrill F. Unger y William White (Nashville: Thomas Nelson, 1985), p. 194.
35. Saucy, pp. 95-96.
36. Para una extensa discusión sobre la importancia de la comunión en la *edificación* de los santos, véase Bruce Milne, *We Belong Together: The Meaning of Fellows*hip *[Pertenecemos juntos: El significado de la comunión]* (Downers Grove: InterVarsity Press, 1978).

37. Harold W. Hoehner, *Ephesians: An Exegetical Commentary [Efesios: Un comentario exegético]* (Grand Rapids: Baker Academic, 2002), p. 409.
38. Saucy, pp. 88, 91.
39. Para un análisis sobre el «arrepentimiento» como un componente esencial del mensaje del Evangelio, véase Henry C. Thiessen, *Lectures in Systematic Theology [Enseñanzas en Teología sistemática]* (Grand Rapids: Eerdmans, 1979), pp. 268-271; George J. Zemek, *A Biblical Theology of the Doctrines of Sovereign Grace [Una teología bíblica de las doctrinas de la gracia soberana]* (Little Rock: B. T. D. S. G., 2002), pp. 185-201.
40. John MacArthur Jr., *Matthew 24-28: The MacArthur New Testament Commentary [El comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Mateo 24-28]* (Chicago: Moody Bible Institute, 1989), p. 332.
41. Saucy, p. 89.
42. Millard Erickson, pp. 1057-58.
43. Dever escribe erróneamente, «la iglesia es el evangelio»; Mark Dever, *A Theology for the Church [Una teología para la iglesia]*, ed. Daniel L. Aiken (Nashville, B & H Academic, 2007), p. 767. Pero la iglesia no es el evangelio; la iglesia es el guardián y mayordomo del evangelio (1 Ti. 3:15). «Evangelio» significa «buenas nuevas» y solo Jesús es buenas nuevas. Michael Horton da una advertencia sabia, sobria y necesaria sobre el mal uso común y la mala aplicación de la palabra *evangelio*:

«El evangelio es una de esas palabras que es fácil para nosotros dar por sentado porque lo manejamos tan a menudo que se convierte en un comodím para todo tipo de cosas buenas. Y eso es un peligro porque es un término muy preciso. *El Evangelio* no es equivalente a lo que es bueno e importante en el cristianismo. *Evangelio* es una palabra y un tipo de discurso muy particular en la Biblia. Desde el Génesis hasta el Apocalipsis, el evangelio es la promesa de Dios de un Hijo, que aplastará la cabeza de la serpiente, perdonará los pecados de su pueblo, los resucitará de entre los muertos y les dará vida eterna, únicamente sobre la base de su gracia, por amor a Cristo.

Euangelion significa "buenas nuevas" […] y es un término militar […] utilizado como informe de victoria […] No es solo una buena noticia por su contenido. Es una buena noticia en la forma de

su entrega. No es un buen consejo. El evangelio nunca nos dice algo que hacer. El evangelio nos habla de algo que se ha hecho. Escuchamos a la gente decir hoy: "Necesitamos vivir el Evangelio" o "necesitamos llevar a cabo el Evangelio". Pero en realidad, debemos obedecer la Ley. Tú no puedes vivir el evangelio. Eso es un error de categoría. Es el error teológico más fundamental y básico que se puede cometer, confundir la Ley con el Evangelio. La Ley es buena. Hacer cosas, hacer lo que Dios manda, es absolutamente importante. Pero no es la buena noticia. No es el evangelio. Y si confundimos esas dos cosas, nos convertiremos en parte en nuestros propios salvadores. Somos salvos. No extendemos la encarnación de Cristo; no contribuimos a Su obra redentora y reconciliadora en el mundo. Nosotros somos los que somos redimidos y se lo contamos a todos los demás. Somos testigos de su obra redentora, no extensiones de ella»; «What is the Gospel?» [«¿Qué es el evangelio?»] www.youtube.com/watch?v=caMVMayR690.

Horton tiene razón: no «vivimos» el evangelio. Dever comete este error en otra parte cuando escribe: «La iglesia misma es un medio de gracia […] es el medio ordenado por Dios que Su espíritu usa […] para ilustrar el evangelio […] Cristo le dio a la iglesia un mandato institucional único para […] mostrar, modelar y expresar las buenas nuevas de Jesucristo»; Mark Dever, *The Church: The Gospel Made Visible [La Iglesia: El evangelio hecho visible]* (Nashville: B & H Publishing, 2012), pp. 74, 80. Para ser claros, la iglesia no es un medio de gracia y la gente no ilustra ni modela el evangelio, sino que proclamamos el evangelio.

6

EL MANDATO PARA LA IGLESIA:

La promesa de Jesús de hacer crecer la iglesia

La vida significa crecimiento

«Tu iglesia está creciendo o muriendo; no hay término medio». Nunca olvidaré cuando un pastor experimentado dijo esto en una Conferencia de pastores a la que asistí una vez hace años. Tenía razón. Las iglesias son dinámicas, compuestas de personas que son complejas, complicadas, orgánicas, cambiantes, impredecibles. Ninguna iglesia permanece estática o lineal a largo plazo.

Cada líder de la iglesia quiere que la iglesia crezca. El crecimiento no es malo; el crecimiento implica progreso y muchas veces es un signo de salud. Los seres vivos necesitan crecer; si no están creciendo, entonces están muriendo. El Nuevo Testamento aboga por el crecimiento espiritual, el crecimiento individual y el crecimiento congregacional.

El apóstol Pedro quería que cada cristiano creciera personalmente en su fe y por eso los exhortó: «deseen como niños recién nacidos, la

leche pura de la palabra, para que por ella crezcan para salvación» (1 Pe. 2:2). El apóstol Pablo quería que la iglesia creciera colectivamente, las iglesias locales así como la iglesia universal, y por eso escribió a las iglesias de su tiempo diciendo:

> creceremos en todos los aspectos en Aquel que es la cabeza, es decir, Cristo, de quien todo el cuerpo, estando bien ajustado y unido por la cohesión que las coyunturas proveen, conforme al funcionamiento adecuado de cada miembro, produce el crecimiento del cuerpo para su propia edificación en amor (Ef. 4:15-16).

Dios mismo es un defensor del crecimiento espiritual, ya que Él ha estado edificando Su iglesia durante 2,000 años, con el objetivo de llevarla a su completa madurez algún día. Pablo describe el cuerpo colectivo de Cristo, la iglesia, como un templo espiritual que Dios está haciendo crecer: «en quien todo el edificio, bien ajustado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor. En Cristo también ustedes son juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu» (Ef. 2:21-22). Además, las últimas palabras de Jesús a sus discípulos antes de regresar al cielo equivalían a un mandato para el crecimiento espiritual, o reproducción espiritual, conocido más comúnmente como la Gran Comisión (Mt. 28:18-20). Jesús ordenó a sus discípulos ir por todo el mundo, predicar el evangelio, ganar conversos, hacer avanzar el reino, bautizar nuevos discípulos, plantar iglesias, difundir la Palabra, infiltrar cada rincón del mundo con Su evangelio, reproducirse. Eso es crecimiento.

Los discípulos creyeron en la palabra de Jesús y obedecieron. No convirtieron en un grupo santo en Jerusalén que no se relacionaba con nadie, permaneciendo en un callejón sin salida de unos pocos privilegiados, acumulando la verdad y las bendiciones del evangelio para sí mismos. Entraron dinámicamente en la comunidad, comenzando en su propio patio trasero, y vieron un crecimiento explosivo, comenzando en Jerusalén y luego extendiéndose hasta Roma y España. Los Estados Unidos del siglo XX no inventó la

«megaiglesia». La primera iglesia en Jerusalén se convirtió rápidamente en una megaiglesia.

La primera iglesia comenzó con 120 personas en el día de Pentecostés, cincuenta días después de la Pascua cuando Cristo murió (Hch. 1:15; 2:1). ¡Pedro predicó el evangelio ese día a una gran multitud de judíos y 3,000 personas respondieron, creyeron, fueron bautizadas y añadidas a la primera iglesia de Jerusalén! Y justo así se convirtieron en una megaiglesia. En pocos días, la iglesia creció aún más a un ritmo acelerado, a medida que «el Señor añadía cada día al número de ellos los que iban siendo salvos» (Hch. 2:47). Nota que la iglesia estaba creciendo a medida que las personas «salvas» se unían; no estaba creciendo por tener buscadores no salvos asistiendo.

Pedro y Juan fueron ancianos clave en esta primera iglesia. Y mientras predicaban en la comunidad, encontraron resistencia y fueron arrestados. Sin embargo, Dios bendijo la predicación del evangelio y la primera megaiglesia creció aún más, expandiéndose rápidamente a 5,000 hombres, sin contar mujeres y niños (Hch. 4:4). Según el recuento actual, la primera iglesia de Jerusalén tenía entonces más de 15,000 personas. ¡Todo este asombroso crecimiento ocurrió en el primer año de existencia de la iglesia!

El movimiento moderno de iglecrecimiento

Está claro que Dios y la Biblia no se oponen al crecimiento de la iglesia. Pero cuando hablamos de «crecimiento de la iglesia» hoy en día hay mucha confusión y malentendidos. El crecimiento de la iglesia hoy día generalmente no representa el modelo de crecimiento de la iglesia que se encuentra en el Nuevo Testamento. El «iglecrecimiento» hoy se refiere a un movimiento; una filosofía distinta y un método estigmatizado, personificado en algunas personalidades prominentes. Mucho de lo que pasa por filosofía de crecimiento de la iglesia hoy en día está impulsado por principios seculares hechos por el hombre que surgen principalmente de observaciones sociológicas, esquemas de marketing y modelos de negocios corporativos. Estos ideales impulsados por el cliente luego se integran con alguna jerga bíblica y se propagan y hacen pasar como si fueran de naturaleza cristiana,

cuando en realidad no lo son.

El movimiento del iglecrecimiento de hoy es ubicuo y amorfo; parece haberse filtrado por todas partes en la corriente principal del cristianismo estadounidense y no es de naturaleza monolítica, por lo que es difícil de perfilar. Tiene muchas caras e innumerables proponentes y defensores. Es ecuménico en su atractivo, pragmático en su aplicación, no doctrinal en su contenido, y como resultado se aclimata a un amplio espectro de denominaciones, iglesias y organizaciones paraeclesiásticas. La filosofía del iglecrecimiento continúa creciendo, transformándose y reconstituyéndose a medida que pasa el tiempo, así que lo que enfatiza hoy difiere un poco de cuando comenzó en la década de 1950.

El movimiento formal de iglecrecimiento

Existe un debate en cuanto a los orígenes del movimiento moderno de iglecrecimiento, sus progenitores clave y sus principales puntos de énfasis. Hoy parece entenderse desde tres perspectivas: formal, informal y popular.

Formalmente, el movimiento de iglecrecimiento comenzó con Donald McGavran (1897-1990[1]) quien sirvió en la India a partir de 1923 como misionero, evangelista, plantador de iglesias, educador y misionólogo. Fue un trabajador concentrado e incansable. Después de décadas de servicio en la India y otros lugares, escribió un libro fundamental para el crecimiento de la iglesia llamado *Los puentes de Dios* en 1955. A medida que su pensamiento se formalizó a lo largo de los años, escribió otros libros influyentes sobre el crecimiento de la iglesia, incluyendo *Cómo crecen las iglesias* (1959) y *Entendiendo el crecimiento de la iglesia* (1970).

McGavran se convirtió en el decano fundador de la Escuela de Misión Mundial en el Seminario Fuller en 1965. Esta plataforma le dio influencia y prominencia nacional e internacional en el campo de la evangelización y las misiones. El legado de McGavran continuó a la siguiente generación a través de hombres a los que influyó, incluidos Peter Wagner, John Wimber, Elmer Towns, John Maxwell y Rick Warren, por nombrar solo algunos. En retrospectiva, la filosofía de

McGavran sobre el iglecrecimiento era bastante simple en comparación con lo que se ha convertido hoy. Uno de sus puntos de vista generales era que el énfasis en las misiones debía estar en el evangelismo, el discipulado y la plantación de iglesias y no en el evangelio social o la filantropía. Escribió que la prioridad de las misiones era «la salvación de las almas, la ganancia de hombres y naciones para Cristo, y el establecimiento de iglesias[2]». Además, dijo: «El crecimiento de la iglesia depende de ganar conversos. Las iglesias crecen a partir de nada más que conversos, personas que creen en Jesucristo lo suficientemente intensamente como para romper con sus pecados pasados y aferrarse a Él como Señor y Salvador[3]». Estaba equivocado en su filosofía al medir el éxito ministerial principalmente por el aumento numérico.

El Movimiento de iglecrecimiento de la iglesia popular

A nivel popular, el movimiento de iglecrecimiento de la iglesia moderna se asocia comúnmente con dos pastores de alto perfil, Bill Hybles de Willow Creek y Rick Warren de Saddleback. Bill Hybels comenzó Willow Creek en 1975 en un cine de Illinois. Hoy en día se jacta de tener 10,000 miembros en el campus de Barrington, Illinois, con múltiples campus fuera del sitio y alrededor de 13,000 iglesias afiliadas en todo el mundo. Su libro distintivo es *Becoming a Contagious Christian [Conviértase en un cristiano contagioso]* (1996).

Rick Warren ha escrito el libro definitivo sobre la segunda ola de la filosofía del iglecrecimiento que ha llegado a ser etiquetada como el «movimiento de los buscadores». Rick Warren comenzó su iglesia, Saddleback, en 1980 con cuarenta personas, con su primera reunión en una escuela secundaria en Laguna Hills, California. Hoy en día, la iglesia de más de 20,000 miembros se reúne en un campus en el condado de Orange. También cuenta con múltiples campus externos e iglesias afiliadas en todo el mundo. Warren le da crédito al gurú del iglecrecimiento, Donald McGavran, por inspirar su enfoque del evangelismo y la plantación de iglesias.

El impacto de Warren en la iglesia moderna no puede ser exagerado. En 1995, la revista Time lo designó «el pastor de Estados Unidos».

Warren saltó a la fama con la publicación de su bestseller, *The Purpose Driven Church (Una iglesia con propósito)*, que ha vendido más de 30 millones de copias. Su siguiente libro, *The Purpose Driven Life* (*Una vida con propósito)* (2002) ha vendido aún más copias, y juntos, ambos libros hacen de Warren uno de los autores de no ficción más vendidos en la lengua inglesa de todos los tiempos. El primer libro de Warren se ha convertido en un manual estándar de «cómo llevar a cabo la iglesia» para innumerables iglesias en todo el mundo desde la década de 1990. Algunos de los principios fundamentales para ser «sensible al buscador» y, por lo tanto, cultivar la salud y el crecimiento de la iglesia, según Warren, incluyen los siguientes principios resumidos junto con mis contrapuntos a la luz de la verdad bíblica:

1) **La iglesia necesita ofrecer a los clientes lo que quieren.**
En otras palabras, los líderes de la iglesia necesitan atender y apelar a las «necesidades sentidas» de la gente, especialmente de los incrédulos. Warren en realidad dice que tenemos que ser como «un buen vendedor» cuando tratamos con incrédulos[4]. Esto contradice directamente el modelo que Pablo estableció cuando declaró: «Por eso, ya sea presentes o ausentes, ambicionamos agradar al Señor» (2 Co. 5:9). Y en Gálatas 1:10 dijo: **«**Porque ¿busco ahora el favor de los hombres o el de Dios? ¿O me esfuerzo por agradar a los hombres? Si yo todavía estuviera tratando de agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo». Buscamos darle a Dios lo que Él quiere y lo que la gente necesita, no lo que la gente quiere. Dios está buscando «adoradores», no clientes (Jn. 4:23-24).

2) **La iglesia debe considerar a los incrédulos como los clientes.**
Warren enseña que *los visitantes incrédulos* son el punto focal en la iglesia los domingos por la mañana, son la audiencia principal. En su libro propone que preguntemos a los incrédulos: «¿Qué quieres que haga por ti?[5]». En el libro de

los Hechos y en el resto del Nuevo Testamento, la audiencia principal cuando la iglesia entera se reúne es Dios (1 Co. 14:25).

3) **Las reuniones de los domingos por la mañana deben ser para los incrédulos.**
Todo en el servicio de la iglesia debe hacerse a la luz de las necesidades y preferencias de los incrédulos. Warren dice: «Lo que decimos debe estar determinado por las necesidades de las personas a las que nos dirigimos. Debemos hablar solo de lo que les beneficie[6]». Todos los profetas del Antiguo Testamento, todos los apóstoles y Jesús mismo dijeron exactamente lo contrario: lo que decimos y predicamos está determinado únicamente por lo que Dios quiere que se diga. Dios le dijo a Jeremías qué decirle al pueblo, y Dios también le advirtió a Jeremías que el pueblo odiaría lo que él tenía que decir (Jr. 1:7, 17-19).

4) **Los líderes de la iglesia deben ser más relevantes que reverentes durante el tiempo de la iglesia.**
Además, dice: «Crea un servicio que sea intencionalmente […] atractivo, seductor y relevante para los que no asisten a la iglesia[7]». Contrariamente a esta noción, la Biblia dice que la reverencia y el temor de Dios son la prioridad cuando se reúnen como iglesia en el día del Señor (1 Co. 11:27-32; Hch. 5:10-11).

5) **Las tradiciones del pasado son vistas como obstáculos para el progreso de hoy en día.**
Esta es la razón por la que los defensores del iglecrecimiento quieren desterrar los himnarios, el órgano, los bancos, la liturgia y otros elementos básicos de la historia de la iglesia del servicio dominical. Warren argumenta que usar corbata es de la vieja escuela, sofocante, poco acogedor y debe ser desterrado de la iglesia. Y continúa: «Nuestra iglesia ha

adoptado el estilo y la vestimenta casual e informal de la comunidad del sur de California […] Diseñamos nuestros servicios para reflejar ese mismo estilo informal[8]».

6) **Se supone que los incrédulos son buscadores sinceros de Dios.**
Es por eso que también se le llama el movimiento «sensible al buscador». Según Warren, los incrédulos no están «con injusticia restrin[giendo] la verdad» (Ro. 1:18), sino que solo necesitan más información y un ambiente no amenazante para escuchar y ver la presentación. La Biblia dice que nadie busca a Dios (Ro. 3:11).

7) **Los incrédulos necesitan un ambiente cómodo.**
Warren cuenta la historia de cómo se avergonzaba de llevar a sus amigos a la iglesia cuando era joven si su padre estaba dirigiendo un servicio de la Cena del Señor ese día porque eso «no era lo que mis amigos inconversos necesitaban escuchar o experimentar[9]». Esta experiencia lo llevó a la conclusión de que nunca debía decir ni hacer nada en la iglesia que pudiera incomodar a los incrédulos. El problema con eso es que la Biblia deja claro que la verdad incomoda a los incrédulos. De hecho, los incrédulos se sienten incómodos con Jesús. Jesús dijo: «El mundo […] me odia a Mí, porque Yo doy testimonio de él, que sus acciones son malas» (Jn 7:7).

8) **La música debe ser usada en la iglesia para entretenimiento y preevangelismo.**
Las iglesias sensibles a los buscadores se caracterizan por una música que es agradable a los oídos y sensibilidades de los que no son salvos. La música en la Biblia nunca es usada como una herramienta por los creyentes para tentar y entretener a los incrédulos. La música en la iglesia es estrictamente para ofrecer adoración «a Dios» (Col. 3:16).

9) **Los sermones de los pastores deben ser relevantes, no expositivos.**
Para ser sensible al buscador, el predicador necesita contar historias que despierten interés, que sean humorísticas, cortas, no amenazantes, auténticas y conversacionales. Warren escribió un capítulo entero explicando cómo predicar sermones no expositivos para atraer a los incrédulos[10].

10) **Si funciona, hazlo.**
Esto resume toda la filosofía y el enfoque de ser sensible al buscador en pocas palabras. El fin justifica los medios.

Defensores del iglecrecimiento informal

Además de las tensiones formales y populares del movimiento de iglecrecimiento, también hay una tensión informal. Este elemento es difícil de categorizar y definir, ya que probablemente sea más una percepción que una realidad. El movimiento informal de iglecrecimiento incluye aquellas iglesias y ministerios que son etiquetados por estar orientados al crecimiento de la iglesia a la luz de su gran tamaño, el aparente empleo de estrategias de marketing secular, el uso de métodos innovadores y centrados en el hombre, u otras características no tradicionales. Entre ellos se encuentran Robert Schuller de la Catedral de Cristal, John Wimber del Movimiento Vinyard y Joel Osteen, el pastor de la Iglesia Lakewood en Houston, Texas, que se jacta de ser la iglesia protestante más grande de Estados Unidos, con más de 40,000 personas a la semana.

Cuatro rasgos del falso crecimiento de la iglesia

De los últimos tres ejemplos mencionados, Schuller y Osteen no tienen un linaje directo con el abuelo del iglecrecimiento moderno, Donald McGavran, ni con el movimiento sensible al buscador de segunda generación de Hybles y Warren. Como resultado, algunos argumentan que el movimiento de iglecrecimiento ha sido falsamente criticado y ha

recibido una mala reputación. Gary McIntosh es un ejemplo. Él se queja:

> La ampliación conceptual del término iglecrecimiento para abarcar más y más subespecializaciones del ministerio y más y más organizaciones ministeriales ha creado, en gran medida, un malentendido popular y una crítica errónea del movimiento de iglecrecimiento […] Técnicamente, el iglecrecimiento es un movimiento que tiene sus raíces en Donald McGavran. Él estableció para siempre un paradigma, y cualquier persona u organización que no acepte el paradigma de McGavran no es una persona u organización de iglecrecimiento[11].

A pesar de la queja de McIntosh y el dictamen excluyente, las tres tendencias del iglecrecimiento moderno tienen serias deficiencias, así como premisas fundamentales comunes que las vinculan al mismo género. Como tal, las tres están en conflicto directo con una eclesiología bíblica legítima. Sus características comunes incluyen las siguientes:

1) Recursos autosuficientes, en lugar de suficiencia bíblica

2) Prioridades antropocéntricas, en lugar de la primacía de Dios

3) Soluciones predeterminadas, en lugar de la soberanía de Dios

4) Métodos pragmáticos, en lugar de mandatos bíblicos

Autosuficiencia vs. suficiencia bíblica

Estos cuatro rasgos de iglecrecimiento merecen una breve crítica. Con respecto al primer punto, el movimiento de iglecrecimiento socava la suficiencia bíblica. La enseñanza de la Biblia misma dice que contiene

todo lo que necesitamos saber acerca de la iglesia, el ministerio y la espiritualidad. Pablo dijo en 2 Timoteo 3:16-17 que «la Escritura», que viene directamente de Dios, da toda la información necesaria «a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, equipado para toda buena obra». En la Biblia, el hombre de Dios tiene todo lo necesario para plantar, pastorear y hacer crecer una iglesia.

Los gurús del iglecrecimiento niegan categóricamente esto. Por ejemplo, Elmer Towns, considerado uno de los principales expertos en crecimiento de la iglesia en la actualidad, dice: «Las Escrituras no han dado una presentación sistemática de los principios de iglecrecimiento[12]». Eso contradice directamente 2 Timoteo 3:16-17. Además, dice: «Donde las Escrituras guardan silencio, es posible obtener información de la revelación natural […] Donde las Escrituras guardan silencio, la investigación científica puede determinar los principios del crecimiento de la Iglesia[13]». Los defensores del iglecrecimiento en realidad piensan que pueden agregar y mejorar en lo que dicen que la Biblia es deficiente. Wagner dice que necesitamos agregar «ideas contemporáneas de las ciencias sociales y del comportamiento» a la Biblia[14].

Antropocéntrico vs. Teocéntrico

Con respecto al segundo punto, el movimiento de iglecrecimiento se basa en principios centrados en el hombre y en una teología centrada en el hombre. Ya vimos que todo el libro de Rick Warren argumenta a favor de hacer del incrédulo el punto focal de la reunión de la iglesia en el día del Señor y que todo lo que hacemos y decimos en la iglesia debe girar en torno al hombre caído. Pero las Escrituras enseñan claramente que la prioridad de la reunión de la iglesia es la adoración a Dios y la edificación de los creyentes. Dios es la audiencia, los creyentes son los participantes y los incrédulos son meros invitados, y a veces invitados no bienvenidos (Jn. 4:24; Ef. 4:11-12; 1 Co. 5:11).

Fórmula vs. soberanía de Dios

Con respecto al tercer punto, el iglecrecimiento es formulista y programático, lo que conduce a evaluaciones, soluciones y metas

superficiales. El *modus operandi* para todos los expertos en iglecrecimiento es simplemente observar otras iglesias o instituciones supuestamente en crecimiento, y luego tratar de determinar desde una perspectiva humana por qué están creciendo[15]. Cualquier iglesia grande y que está creciendo es candidata a ser copiada y replicada, independientemente de su teología o de la integridad de sus líderes, porque la suposición es que logró su impresionante tamaño mediante la implementación de los métodos correctos. Hay un total desprecio por la soberanía de Dios en el proceso. Su estándar para medir el éxito está sesgado, ya que se trata de acumular y tabular estadísticas sobre el crecimiento numérico y externo observado por el ojo humano. Como afirma abiertamente Towns, «el crecimiento numérico es una prioridad[16]».

Con respecto a la soberanía de Dios en el verdadero crecimiento de la iglesia, los principios bíblicos clave son rutinariamente descuidados por los gurús del iglecrecimiento, incluyendo el crecimiento espiritual individual, el crecimiento histórico de la Iglesia universal y el hecho clave de que Dios es el que hace crecer la iglesia, no las personas o los métodos. Al discutir cómo ocurre el verdadero crecimiento de la iglesia, Pablo declara enfáticamente que Dios causa el crecimiento y que la participación humana es meramente secundaria e incidental:

> ¿Qué es, pues, Apolos? ¿Y qué es Pablo? Servidores mediante los cuales ustedes han creído, según el Señor dio oportunidad a cada uno. Yo planté, Apolos regó, pero Dios ha dado el crecimiento. Así que ni el que planta ni el que riega es algo, sino Dios, que da el crecimiento. Ahora bien, el que planta y el que riega son una misma cosa, pero cada uno recibirá su propia recompensa conforme a su propio trabajo. Porque nosotros somos colaboradores en la labor de Dios, y ustedes son el campo de cultivo de Dios, el edificio de Dios (1 Co. 3:5-9).

En mi iglesia, los ancianos y yo, como pastores del pueblo, nos entusiasmamos más con el crecimiento espiritual individual de los

santos que con aumentar los números de la asistencia semanal. Después de todo, Jesús le ordenó a Pedro, diciéndole: «Apacienta Mis ovejas» (Jn. 21:17). Él no dijo: «haz crecer mi iglesia». De hecho, nuestra iglesia ha escrito un libro sobre el crecimiento de la iglesia (llamado *Rescued By Grace [Rescatados por la gracia]*), y trata sobre cómo los individuos de nuestra iglesia fueron salvos por la gracia soberana de Dios y la intervención misericordiosa a través del poder de Su evangelio y la obra de convicción de Su Espíritu Santo.

Aquí es donde McGavran estaba fuera de equilibrio. Rutinaria y enfáticamente minimizaba el pastoreo en la iglesia local si ese trabajo infringía el crecimiento en número resultante de nuevos conversos. Él creía que la Gran Comisión «considera que ganar a los hombres para Cristo es diez veces más importante que cualquier otra cosa que haga[17]». McGavran creó una falsa dicotomía entre pastorear a los santos (a lo que llamó «perfeccionar a la gente») versus ganar a los perdidos, que él llama «discipulado». Sobre este asunto dice: «Si alguna parte de la tarea debe sufrir, debe ser la de perfeccionar. En esos momentos, el discipulado tiene la primera prioridad. El perfeccionamiento sucederá más tarde[18]».

Otra debilidad importante del movimiento de iglecrecimiento que socava la soberanía de Dios es la insistencia en que todas las iglesias locales necesitan un crecimiento numérico y exponencial a un ritmo requerido para ser consideradas saludables u obedientes. La mayoría de las iglesias en Estados Unidos, y en el mundo, hoy en día son iglesias pequeñas. Y muchas de esas iglesias son iglesias obedientes, fieles, sacrificiales y saludables que están siendo bendecidas por Dios. Hace poco regresé del sur de la India, azotado por la pobreza, donde prediqué en varias iglesias y en una Conferencia de pastores. Unos ochenta pastores estaban presentes y todos estaban pastoreando pequeñas iglesias. Pero estos hombres son fieles, bíblicos y sirven bajo la coacción de la persecución religiosa de los hindúes hostiles, que son la mayoría. Los creyentes allí no tienen más recursos que la Biblia y tienen gozo en su relación con Cristo como pocas personas que he visto.

Métodos pragmáticos

Y finalmente, con respecto al cuarto rasgo, el movimiento de iglecrecimiento se basa en métodos no bíblicos, con énfasis en ser pragmáticos. Elmer Towns argumenta que los líderes de la iglesia necesitan «desarrollar una estrategia basada en resultados[19]». Por el contrario, los apóstoles enseñaron y modelaron que los líderes de la iglesia necesitan desarrollar una estrategia basada en la Palabra de Dios y solo en Su Palabra (1 Co. 4:6).

El padrino de iglecrecimiento, McGavran, es aún más explícito en este punto acerca de ser pragmático en el ministerio. Con firme convicción, dijo: «Que los hombres de iglesia adopten una actitud pragmática hacia los métodos. Los métodos que funcionan son buenos […] Los métodos más «inesperados» que benefician a la Iglesia deben ser adoptados, son los mejores. Aquí se aboga por una actitud pragmática hacia el método […] Los métodos de misión, tan dependientes de muchos factores de la situación y tan afectados por la cultura del testigo, pueden sopesarse provechosamente en comparación con el grado en que logran el fin que se proponen[20]». En otras palabras, está diciendo que el fin justifica los medios; si funciona, hazlo. ¡Esto es aterrador!

De regreso a la Biblia

Con respecto al diálogo actual y la confusión sobre el iglecrecimiento, hay una necesidad urgente de volver a la medida inmutable de la verdad en la Biblia. Porque las Escrituras delinean claramente la clave para el crecimiento de la iglesia. Y la verdad principal sobre el crecimiento de la iglesia vino de los labios de Jesucristo, el Arquitecto, Señor y Salvador de la iglesia. Se encuentra en Mateo 16:18 donde declaró enfáticamente a Pedro: «Yo también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré Mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella».

Todo cristiano, especialmente los pastores y líderes de la iglesia, deben desear el crecimiento en la iglesia. Pero ese crecimiento debe definirse adecuadamente[21]. El aumento de la asistencia no es necesariamente un verdadero crecimiento. Los grandes números no

equivalen automáticamente con la verdad o el éxito. Por ejemplo, la religión más grande del mundo es el islam, que tiene más de mil millones de adeptos[22]. El islam está creciendo numéricamente, pero no porque esté siendo bendecido por Dios. Por el contrario, el islam es una religión falsa y enemiga de la verdad, de Dios y de la iglesia (Jn. 10:1; Mt. 7:15-16; 1 Jn. 2:21-23; 4:1-6). Además, el mormonismo continúa siendo una de las religiones de más rápido crecimiento en los Estados Unidos. Sin embargo, es una religión contraria al cristianismo bíblico. Por lo tanto, la prueba de fuego para el verdadero crecimiento bíblico no está determinada por un recuento superficial de cabezas en los bancos de la iglesia un domingo determinado.

De hecho, el escenario opuesto puede ser cierto, porque el Señor Jesús mismo dijo: «Entren por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y amplia es la senda que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella. Pero estrecha es la puerta y angosta la senda que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan» (Mt. 7:13-14). En pocas palabras, Jesús dijo que hay más personas escogiendo irse a una falsa religión, que lleva al infierno, que las que hay yendo a la iglesia verdadera, que lleva a la salvación. Los verdaderos creyentes siempre serán una minoría; *pocos* hallarán la senda.

Jesús mismo no experimentó un crecimiento masivo sostenido en el transcurso de Su ministerio de tres años. Todos, excepto unos pocos, lo rechazaron y clamaron por Su sangre. Juan dice categóricamente que «a lo Suyo vino, y los Suyos no lo recibieron» (Jn. 1:11). El apóstol Pablo, plantador de iglesias y evangelista extraordinario, estaba acostumbrado al rechazo, a los resultados lentos e incluso al abandono en el campo misionero y en el ministerio de la iglesia. Al final de su vida dijo: «todos me abandonaron» (2 Ti. 4:16). Sin embargo, fue apóstol de Dios y fue fiel en el ministerio hasta el fin.

Los cristianos siempre existirán como un remanente en este mundo bajo maldición (Fil. 2:15). Aunque algunos sostendrían que existe una «mayoría moral», el hecho es que en esta vida no hay una «mayoría cristiana». De este lado del cielo, el crecimiento numérico fenomenal nunca será la norma para la verdadera iglesia de Cristo.

Por el contrario, la iglesia, los creyentes y Cristo serán despreciados rutinariamente por la mayoría del mundo (Mt. 5:10-13; Jn. 15:18-25). Satanás es el «dios» de este mundo caído y continuará cegando espiritualmente a las personas en masa hasta que sea arrojado al abismo (2 Co. 4:4; 1 Pe. 5:8; Ap. 20:1-10). Los cristianos continuarán siendo marginados y extranjeros en este mundo bajo maldición (Fil. 3:20; He. 11:13-16; 1 Pe. 2:11), entregados a la persecución, el desprecio y el ridículo (Fil.1:29; Col. 1:24; 2 Ti. 3:12; 1 Co. 4:10-13).

Las verdades anteriores pueden parecer sombrías o pesimistamente derrotistas, pero la realidad para el futuro de la iglesia es justo lo contrario. La iglesia tiene garantizado el éxito final y continuo por Cristo mismo, a pesar de los obstáculos antes mencionados.

Con esos recordatorios aleccionadores ya dichos, se entenderá mejor una definición más equilibrada del *verdadero* iglecrecimiento. El verdadero crecimiento de la iglesia se mide en términos espirituales y de acuerdo con la voluntad de Dios según lo dictan las Escrituras. El verdadero crecimiento de la iglesia equivale a ser una iglesia obediente. Y la iglesia obediente es una iglesia sana, y Dios bendecirá a una iglesia sana residiendo entre ella y trabajando a través de ella. Y ser saludable y obediente no es necesariamente sinónimo de tasas de crecimiento exponencial en la asistencia. Dios añadirá numéricamente a Su iglesia de manera soberana al ritmo que Él considere adecuado (Hch. 2:47; 5:12-14; 6:7; 9:31). Es Su iglesia. Nuestra tarea es obedecerlo. Y obedecerlo significa prestar atención a lo que Él nos ha revelado en la Biblia.

Jesús y el crecimiento de la iglesia

A la luz de lo anterior, Mateo 16:18 es crucial cuando se habla del crecimiento de la iglesia en el siglo XXI. Porque en este pasaje Jesús dio al menos cinco verdades eternas que deberían dictar cualquier conversación sobre el crecimiento de la iglesia. Y estas verdades son positivas, optimistas, dinámicas e inspiran esperanza. Este capítulo busca resaltar esas verdades mientras enfatiza las formas prácticas en que estos principios pueden emplearse en el diálogo sobre el crecimiento contemporáneo de la iglesia.

En Mateo 16 Cristo se encuentra a la mitad de Su ministerio de tres años en la última parte de su viaje a Galilea. Robert Saucy establece conmovedoramente el contexto de las palabras de Jesús con respecto a Su promesa de edificar la iglesia:

> El evangelio de Mateo presenta a Cristo como el Rey de Israel, trazando la presentación del reino en la persona del Mesías. El reino está cerca (Mt. 4:17) y, de hecho, ya está presente en el poder de Cristo (Mt. 12:28). Pero el pueblo de Israel rechaza a su Rey y a Su reino, rechazando la demanda de arrepentimiento que es necesaria para su establecimiento (Mt. 11-12). En medio de Su ministerio, Cristo revela los misterios del reino a Sus discípulos (Mt. 13:11). A la luz del rechazo, se va a producir una nueva fase del reino. La oposición continúa desde afuera (13:53-16:12), y Cristo comienza a instruir a Sus discípulos en preparación para los eventos subsiguientes. Deben estar seguros de Su persona y saber de Su propósito después de esos días. Así, Cristo se revela a sí mismo como el Cristo, el Hijo del Dios viviente que se propone edificar Su iglesia (Mt. 16:13-19)[23].

Con este telón de fondo contextual, veamos la profunda promesa de Jesús de inaugurar y perpetuar la iglesia.

Jesús prometió estabilidad permanente

La primera promesa de Jesús es que la iglesia que Él edifica tendrá una *estabilidad permanente*. Dijo que edificaría la iglesia sobre una «roca». La palabra para «roca» aquí en Mateo 16:18 es *petra*, que denota una roca masiva que sería adecuada para un cimiento[24]. Anteriormente, Jesús comentó sobre la importancia de un fundamento sólido para asegurar una estabilidad duradera, pues en Mateo 7:24 dijo que el hombre sabio edifica su casa sobre la «roca» [*petra*]. Y una casa edificada sobre la Petra no caerá (7:25). En otras palabras, Jesús prometió que la iglesia sería fundada sobre un fundamento duradero, estable e inquebrantable. La iglesia comenzaría de una manera fuerte y segura, garantizando así un

crecimiento absoluto hasta que alcance la madurez final, tal como Dios lo ha planeado (Ef. 4:11-16). Esto contrasta con muchos esfuerzos humanos que comienzan rápidamente, florecen por un tiempo y luego se marchitan en el olvido. La historia de la humanidad está repleta de empresas humanas de corta duración e incluso de gobiernos que se han levantado y han caído. No perduraron porque carecían de una base sólida.

La roca fundamental inconmovible sobre la cual Cristo edificaría la iglesia es la revelación de Dios. Más específicamente, fue la verdad revelada dada a Pedro (Mt. 16:13-16) y a los otros apóstoles en relación con la persona y las obras de Jesús como el Mesías prometido que debía cumplir las promesas de Dios con respecto al reino[25]. Jesús cumpliría esta misión muriendo en la cruz, expiando el pecado, resucitando de entre los muertos y luego ascendiendo al cielo para sentarse a la diestra del Padre (Mt. 16:17, 20-21). Es decir, que la «roca» sobre la cual Jesús edificaría la iglesia es la revelación de sí mismo: Su persona, Su obra y Su misión.

En este contexto, Pedro es llamado la «roca» o *petros* (Mt. 16:18)[26]. En Efesios 2:20 a los apóstoles y profetas se les llama «el fundamento» sobre el cual se edificó la iglesia. En otros lugares, Jesús es llamado la Cabeza, la principal piedra del ángulo, la roca y el único fundamento de la iglesia (1 Co. 3:11; 10:4; Ef. 2:20; 5:23). A Dios mismo se le atribuye como la única e incomparable roca en pasajes como 1 Samuel 2:2, Salmo 18:2 y Salmo 18:31.

Los apóstoles y los profetas del Nuevo Testamento, y el mismo Pedro, fueron fundamentales en la inauguración de la iglesia, porque fue a través de esos hombres que Dios y Cristo escogieron dispensar la revelación divina concerniente al establecimiento del reino de Cristo en la tierra. Jesús dijo que hablaría a través de Sus Apóstoles (Hch. 1:8). Eran Sus embajadores, representantes, siervos y enviados (Mt. 10:1-7; Ro. 1:1; 2 Co. 4:5). Ellos predicaron de Él, para Él, y escribieron acerca de Él (Jn. 16:13; 1 Jn. 4:6; 5:13; 2 Pe. 3:15-16). Vivieron para Él, sufrieron por Él y murieron por Él (Mt. 10:16-20; Hch. 20:22-24; Ap.1:9). Jesús tuvo una unión indisoluble (Mt. 28:20) e indivisible con

Sus apóstoles (Jn. 14:20). No tenían identidad aparte de Él. Eran uno con Cristo, la verdadera Roca de la iglesia. Es por eso que Pablo dijo: «Pues para mí, el vivir es Cristo» (Fil. 1:21). El legado que poseemos hoy de la obra fundacional de los apóstoles es el Nuevo Testamento, los veintisiete libros inspirados que sirven como la roca de la verdad para los santos de hoy[27].

Así que, en última instancia, Jesucristo es la Roca y el Fundamento sobre el cual se está edificando la iglesia. Y Jesús es el mismo ayer, hoy y siempre (He. 13:8), un fundamento inmutable. Esto debe inspirar al cristiano confianza y gran esperanza al saber que uno puede estar afiliado a una entidad duradera e incluso eterna, la iglesia de Cristo.

Jesús prometió una capacidad poderosa

La segunda promesa concerniente al crecimiento de la iglesia hecha en Mateo 16:18 es que la iglesia tiene una *capacidad poderosa*. Esto es cierto porque Jesús mismo es el Constructor, porque Él dijo: «*Edificaré* mi iglesia». Aquí Jesús garantizó Su participación personal en el establecimiento, diseño y construcción de la iglesia. Jesús edifica la iglesia. Él hace crecer la iglesia. ¡Jesús determina el crecimiento de la iglesia! Un pastor comenta sobre este enfoque cristocéntrico para el crecimiento de la iglesia:

> No se nos ha dejado solos en la tarea. Cristo está en nosotros (Col. 1:27), con nosotros (Mt. 28:20), y entre Su iglesia constantemente (Ap. 1:12-13, 20). Pablo le dijo a la iglesia de Corinto: «Porque nosotros somos colaboradores en la labor de Dios […]» (1 Co. 3:9). ¡Qué privilegio ser socios de Cristo en la edificación de Su iglesia! Qué reconfortante es saber que Él edificó la iglesia antes de que llegáramos y que continuará edificándola mucho después de que nos hayamos ido. La participación de Cristo resulta indispensable para levantar Su iglesia[28].

Este parece ser un elemento ausente en gran parte del diálogo actual sobre el crecimiento de la iglesia. El énfasis tiende a ser

antropocéntrico, centrado en el hombre, y no centrado en Cristo[29]. La gente está haciendo preguntas acerca de qué técnicas innovadoras, novedosas e ingeniosas se pueden emplear para producir iglesias en crecimiento. Muchos están buscando una fórmula secreta hecha por el hombre que sirva como la pócima eclesiástica. Ciertas iglesias, pastores y «expertos» en crecimiento de iglesias son idolatrados y estimados como gurús cristianos[30]. Y toda esta actividad frenética sucede en la vana búsqueda de tratar de averiguar cómo «nosotros» podemos edificar la iglesia. Pero la Biblia dice que Jesús edifica la iglesia, esa es Su prerrogativa soberana. En Su soberanía, Dios ha escogido edificar Su iglesia *a través* de los creyentes. Esto es posible porque Jesús vive literalmente en cada cristiano (Ro. 8:9). Como tales, nos convertimos en colaboradores en la obra con Cristo (1 Co. 3:9). Y la obra ministerial que realizamos para la iglesia no es obra nuestra, sino de Cristo, porque Pablo dijo: «y ya no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí» (Gá. 2:20). Y Cristo obra a través de los dones espirituales que Él ha dado a la iglesia para edificarla (Ef. 4:11 ss.)[31]. Jesús usa a los cristianos individuales para terminar la obra que «comenzó a hacer» (Hch. 1:1).

Los comentarios de Richard Mayhue son muy acertados cuando se trata de esta triste situación relacionada con la mentalidad actual con respecto a la iglesia:

> Cuando se trata de la iglesia evangélica de principios del siglo XXI en su conjunto, las técnicas desafortunadamente han reemplazado a la verdad, el estilo ha suplantado la sustancia, la conveniencia supera a la consagración, y los principios modernos de crecimiento de la iglesia reciben más atención que la verdad bíblica sobre el crecimiento de la iglesia[32].

Las implicaciones de la participación personal de Jesús en la edificación de la iglesia son asombrosas. Porque Jesús es Dios Todopoderoso (Jn. 1:1; 8:58; 20:28), con infinitos recursos, conocimiento, poder y amor. Es el insulto más grande excluirlo de la ecuación como el primero cuando se plantean ideas sobre el crecimiento de la iglesia, el avivamiento de la iglesia y la renovación de la iglesia.

Una de las implicaciones prácticas del hecho de que Jesús es el que edifica la iglesia es que el ministerio de la iglesia debe hacerse a Su manera. No es ¿qué *haría* Jesús? Más bien, ¿qué *hizo* y dijo Jesús? Lo sabemos, porque Él nos lo dice en el Nuevo Testamento. Aquí entra en juego la metodología. De hecho, hay un enfoque metodológico bíblico para el ministerio, y Jesús dio el ejemplo[33]. Su modelo de ministerio era, ante todo, de naturaleza espiritual. Él no empleó las convenciones humanas para lograr sus fines deseados. No era un activista político, ni un reconstruccionista educativo, ni un sectario religioso, ni un reformador social, ni un pacifista liberal, ni un imperialista militar, ni un oportunista ecuménico. Por el contrario, Jesús le dijo a Pilato: «Mi reino no es de este mundo. Si Mi reino fuera de este mundo, entonces Mis servidores pelearían para que Yo no fuera entregado a los judíos; pero ahora Mi reino no es de aquí» (Jn. 18:36).

El procedimiento de Jesús para el ministerio implicaba enseñar, predicar y proclamar la Palabra de Dios; discipular a las personas a través de las relaciones personales y el modelado; orar regularmente, en público y en privado, sobre todos los asuntos; reprender el pecado, y ministrar compasión y misericordia a los necesitados y arrepentidos. Y todo esto fue hecho en el poder del Espíritu Santo dinámico. Así, en pocas palabras, es la forma en que Jesús hizo el ministerio. Y hoy Su deseo es hacer lo mismo a través de los creyentes a medida que Él continúa edificando Su iglesia.

Jesús prometió certeza progresiva

La tercera promesa de Jesús en Mateo 16:18 es que la iglesia tendrá una *certeza progresiva*. Esto es cierto a la luz de Su declaración: «edificaré mi iglesia». Jesús fue enfático. Su plan era activo y ofensivo, no pasivo ni defensivo. Prometió que la iglesia crecería y sería edificada deliberadamente, intencionalmente, proactivamente y progresivamente. Él tiene una meta en mente para edificar Su iglesia y Él la llevará a término. Las Escrituras enseñan que la iglesia infante, nacida en Jerusalén hace 2,000 años[34], alcanzará la plena madurez a lo largo de la historia, culminando cuando los santos escogidos antes de la fundación del mundo sean añadidos a la familia de Dios (Tit. 1:1-2;

Ef. 1:4-5, 10-11; Hch. 13:48), se completará espiritualmente en Cristo (Col. 1:28; Ef. 4:13), y el cuerpo colectivo en su conjunto alcanzará una belleza radiante sin defecto, deficiencia o arruga (Ef. 4:16; 5:25-27; 2 Co. 11:2). Esta Novia de Cristo, completamente madura y perfecta, la iglesia, será presentada a Jesús, el novio, en la Cena de las Bodas del Cordero (Ap. 19:5-9)[35].

Para alcanzar esa meta final, Jesús edificará Su iglesia agregando almas individuales al cuerpo de la iglesia, una a la vez, a través de la salvación en Él. Los seres humanos son las «piedras» vivas con las que Él construye Su casa espiritual. Las personas, hechas a imagen de Dios, son los materiales de construcción. Pedro habla de esto cuando escribe a los cristianos, diciendo: «Y viniendo a Él, como a una piedra viva, desechada por los hombres, pero escogida y preciosa delante de Dios, también ustedes, como piedras vivas, sean edificados como casa espiritual para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo» (1 Pe. 2:4-5). Así que la iglesia no es un edificio físico, sino un cuerpo espiritual de personas que ponen su fe en Cristo y crecen en Él. A la luz de eso, cuando se trata del crecimiento de la iglesia, las personas deben ser la prioridad, no los programas, las tradiciones de la iglesia o los precedentes.

Siendo esto cierto, esto explica por qué las prioridades para la iglesia, como lo declaró Cristo, son la evangelización (Mr. 16:15-16) y la edificación (Mt. 28:19-20). La evangelización añade las piedras vivas a la iglesia a través de la regeneración y la salvación, y la edificación asegura la contribución de cada alma al crecimiento colectivo de la iglesia. La iglesia se describe en otra parte en los términos metafóricos de la estructura de un edificio. 1 Timoteo 3:15 dice: «la casa de Dios, que es la iglesia del Dios vivo, columna y sostén de la verdad». A los cristianos de Filadelfia, Jesús les dijo: «Al vencedor le haré una columna en el templo de Mi Dios, y nunca más saldrá de allí» (Ap. 3:12). Esta terminología gráfica y pintoresca sirve para acentuar la seguridad y la estabilidad del cuerpo espiritual que Cristo está construyendo progresivamente. De esta estabilidad actual, un

comentarista señala lo siguiente:

> La relación estable con Dios está garantizada por […] (le haré una columna en el templo de Mi Dios, y nunca más saldrá de allí). El lenguaje es claramente metafórico, como se desprende de *stylon* («pilar»). Debido a que la persona es comparada con un pilar*, naos (*«templo») debe ser metafórica también […] Por lo tanto, esta promesa no es inconsistente con la declaración posterior de que no hay templo en la Jerusalén celestial (Ap. 21:22). La Jerusalén que desciende del cielo es toda ella un templo, y los victoriosos de Cristo son Sus piedras vivas y Sus columnas. Los cristianos de Filadelfia serán permanentes, como una columna en el Templo, y permanecerán en pie cuando todo lo demás haya caído. Se les asegura la continuidad en la presencia de Dios por toda la eternidad[36].

¡Qué gloriosa promesa! ¡Qué consuelo saber que Cristo, Dios encarnado, ¡está comprometido a edificar Su iglesia hasta que alcance su plenitud y perfección!

Jesús prometió intimidad personal

La cuarta verdad de Mateo 16:18 acerca de la iglesia es que Jesús la edificará con *intimidad personal*. Él dijo: «Edificaré *Mi* iglesia». La iglesia pertenece a Jesús. Él es el dueño. Lo compró con Su propia sangre (Hch. 20:28). Él tiene total soberanía y poder sobre ella (Mt. 28:18). Él sostiene a los líderes de las iglesias en Su mano derecha (Ap. 1:19). Él decide dónde existirán las iglesias locales y por cuánto tiempo existirán (Ap.1:20; 2:5). Él es su Señor (Ap. 19:16), Juez (2:16-17; 22-23), Cabeza (Ef. 1:22), Maestro (2 Co. 4:5), Pastor Principal (1 Pe. 5:4), Salvador (Ef. 5:23) y Redentor (1 Co. 3:23).

Nadie ama a la iglesia más que Jesús. Es Su preciosa novia a quien Él «sustenta[37]» y «cuida[38]» (Ef. 5:29).

A la luz de que la iglesia es propiedad personal e inversión de Jesús, los cristianos pueden sentirse reconfortados sabiendo que Dios tiene

el deseo y la capacidad de cuidar siempre de los Suyos. La iglesia está en buenas manos. Jesús mismo prometió que «Mis ovejas oyen Mi voz; Yo las conozco y me siguen. Yo les doy vida eterna y jamás perecerán, y nadie las arrebatará de Mi mano. Mi Padre que me *las* dio es mayor que todos, y nadie *las* puede arrebatar de la mano del Padre» (Jn. 10:27-29).

Jesús prometió la victoria final

La quinta verdad dada por Jesús sobre el verdadero crecimiento de la iglesia es que se *promete* una *victoria* para la iglesia. Jesús profetizó: «edificaré mi iglesia, y *las puertas del Hades no prevalecerán contra ella*». «Las puertas del Hades» se refiere a la «muerte[39]». El mayor enemigo potencial en la vida es la muerte o «el sepulcro» (Seol en el Antiguo Testamento). La muerte se traga a los reyes, a los reinos, a los ricos y a los pobres por igual. Su inevitabilidad se cierne sobre toda la creación. Es la perspectiva «sombría» y el destino de toda la creación. Su apetito es voraz e interminable. Las más grandes naciones, imperios, gobernantes y civilizaciones enteras han sido devoradas por él. Pero no la iglesia de Cristo. Es la única entidad que sobrevivirá a la muerte. Esto es posible porque Cristo venció la muerte (Ap. 2:8), y lo que la causa, que es el pecado (Ro. 5:12; 6:23), levantándose de entre los muertos a la vida eterna de resurrección.

Jesús venció a la muerte porque Él es vida (Jn. 14:6). Él declara en Apocalipsis 1:17-18: «No temas, Yo soy el Primero y el Último, y el que vive, y estuve muerto. Pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del Hades».

> … la muerte no tiene poder para mantener cautivo al pueblo redimido de Dios. Sus puertas no son lo suficientemente fuertes como para dominar *(katischuo,* tener dominio sobre) y mantener encarcelada a la iglesia de Dios, cuyo Señor ha vencido el pecado y la muerte en su nombre (Ro. 8:2; cfr. 2:24). Debido a que «la muerte ya no tiene dominio sobre Él» (Ro. 6:9), ya no es dueña de los que le pertenecen. «Porque yo vivo», dijo Jesús, «ustedes también

> vivirán» (Jn. 14:19). La victoria final de Cristo sobre el poder de muerte de Satanás es tan cierta que el escritor de Hebreos habla de ella en tiempo pasado: «Así que, por cuanto los hijos participan de carne y sangre, también Jesús participó de lo mismo, para anular mediante la muerte el poder de aquel que tenía el poder de la muerte, es decir, el diablo» (He. 2:14; cfr. Ap. 1:18)[40].

Jesús hizo esta promesa a Sus discípulos para animarlos, darles esperanza y prepararlos para Su muerte inminente. Porque después de decirles que estaba a punto de edificar la iglesia, ¡inmediatamente pasó a decirles que iba a morir (Mt. 16:21)! Pedro reaccionó agarrando a Jesús y reprendiéndolo, porque él pensaba que la muerte, o «las puertas del Hades», acabaría con todas las perspectivas de éxito de la iglesia (16:22).

Lo que Pedro no escuchó ni entendió fue cuando Jesús también predijo que Él resucitaría (16:21, 23), conquistando así el poder de la muerte de una vez por todas. Y Jesús resucitó de entre los muertos (28:6), y se apareció a sus discípulos físicamente (28:16-20; Hch. 1:3), ascendió vivo al cielo (Hch. 1:9), y continúa viviendo y gobernando como la Cabeza de la iglesia (He. 4:14-16). Ahí radica la realidad de que la iglesia continuará, en continuidad ininterrumpida, crecimiento e invencibilidad a pesar de todos los obstáculos y oposición, hasta que alcance su perfecta finalización. ¡Porque Jesús está vivo!

Una bendición resultante de lo anterior es que cada persona que llega a ser miembro de la iglesia verdadera a través de la salvación en Cristo también vencerá la muerte. «Las puertas del Hades» no tienen dominio sobre el creyente. Un comentarista señala lo siguiente:

> La iglesia de Cristo, que sería inaugurada en Pentecostés, no estaría a merced de la muerte física, porque la resurrección del Señor aseguraría la resurrección de todos los creyentes. Más específicamente, los creyentes que mueren antes de la resurrección van inmediatamente a estar con Cristo, no al Hades (Ef. 4:8; Fil. 1:23; 2 Co. 5:8)[41].

Pedro y sus compañeros apóstoles necesitaban escuchar esta gran promesa, porque ellos eran aquellos a través de los cuales Cristo comenzaría a edificar Su iglesia. Y los doce, con la excepción de Juan, morirían como mártires en la obra de establecer la iglesia[42]. Sin embargo, la iglesia continuó creciendo después de su partida. Y lo mismo es cierto hoy en día. Cristo continuará edificando Su iglesia, de una generación a la siguiente, a pesar de la muerte de los cristianos[43].

Resumen

En resumen, entonces, la clave para el crecimiento de la iglesia en el siglo XXI es la misma que en el primer siglo. El mandato para el crecimiento de la iglesia viene de Jesús mismo como se registra en las Escrituras, específicamente en Mateo 16:18. Se ha mostrado anteriormente que el diálogo sobre el crecimiento de la iglesia necesita ser dictado por la Biblia, no por el análisis cultural moderno[44]. Pero para responder a la pregunta sobre el futuro de la iglesia (o el crecimiento de la iglesia), el lugar para comenzar es con las Escrituras (es decir, la verdad de Mateo 16:18), no con técnicas pragmáticas contemporáneas. Más bien, la respuesta debe ser impulsada por las cinco verdades dadas por Jesús cuando dijo: «edificaré mi iglesia». El enfoque es cristocéntrico, no antropocéntrico. Y se basa en las cinco promesas proféticas de Jesús. La primera es que Su iglesia sería edificada con *estabilidad permanente*, que es la revelación completa de Él mismo como el Salvador y Cabeza. La segunda es que Él le daría una *capacidad poderosa* inherente porque Jesús es el Arquitecto, Constructor y Señor de la iglesia. La tercera es que Cristo garantizó a la iglesia *una certeza progresiva*, una continuidad absoluta a lo largo de la historia a medida que agrega almas a Su iglesia a través de la transformación espiritual hasta que alcanza la finalización perfecta. Cuarto, Jesús edificará Su iglesia con *intimidad personal*, ya que es Su preciosa prometida la que Él compró con Su propia sangre. Y finalmente, Jesús legó a la iglesia la *victoria prometida*, porque Él venció a la muerte a través de Su resurrección. Debido a que Él vive, la iglesia continuará viviendo a perpetuidad.

Notas

1. Gary L. McIntosh, ed. *Evaluating the Church Growth Movement: 5 Views [Evaluando el Movimiento de Crecimiento de la Iglesia: 5 Puntos de Vista]*, (Grand Rapids: Zondervan, 2004), pp. 9-28.
2. Donald McGavran, *How Churches grow [Cómo crecen las iglesias],* (World Dominion Press, 1959**)** p. 70
3. Ibíd. p. 58
4. Rick Warren, (p. 225); «El terreno que tenemos en común con los incrédulos no es la Biblia, sino nuestras necesidades, heridas e intereses comunes como seres humanos. No se puede empezar con un texto, esperando que los que no asisten a la iglesia se sientan fascinados por él. Primero debes captar su atención […] Cada semana empiezo con una necesidad, un dolor o un interés […] Comenzar un mensaje con las necesidades sentidas de las personas es más que una herramienta de marketing», Rick Warren, *The Purpose Driven Church: Growth without Compromising Your Message & Mission [Una iglesia con propósito: Crecimiento sin comprometer tu mensaje y misión]*, (Grand Rapids: Zondervan, 1995), p. 295.
5. Ibíd. tratarlos como el cliente principal de la iglesia, p. 191
6. Ibíd p. 227
7. p. 253
8. p. 196
9. p. 251
10. p. 293 ss.
11. McIntosh, p. 22
12. Elmer Towns, p. 46
13. Ibíd, pp. 46-47
14. Peter Wagner, p. 41
15. Esta es la tesis de *How Churches Grow [Cómo crecen las iglesias]* de McGavran
16. Elmer Towns, p. 40
17. p. 142
18. p. 98
19. Ibíd, p. 40
20. pp. 90-91; refiérase aquí al libro de Zemek sobre la metodología del ministerio y a MacArthur sobre la suficiencia de Cristo

21. Para una buena definición y una distinción útil entre el «crecimiento de la iglesia» y la «salud de la iglesia», véase: Donald J. MacNair, *The Practices of a Healthy Church [Las prácticas de una iglesia saludable]* (Phillipsburg: P & R Publishing, 1999), pp. 1-15.
22. Stan Guthrie, «Doors into Islam» [«Puertas hacia el Islam»], *Christianity Today [El cristianismo hoy]*, sept. 9, 2002, p. 38).
23. Robert L. Saucy, *The Church in God's Program [La iglesia en el programa de Dios]* (Chicago: Moody Press, 1972), p. 58.
24. (Ibíd, p. 63).
25. Para un resumen útil que explica el significado de que Cristo se dirija a Simón como *petros*, o «roca», véase: Robert L. Saucy, *The Church in God's Program [La iglesia en el programa de Dios]*, pp. 60-64; también véase: Edmund P. Clowney, *The Church [La iglesia]* (Downers Grove; InterVarsity Press, 1995), pp. 39-42; Ed Hayes, *The Church [La iglesia]* (Nashville: Word Publishing, 1999), pp. 16-18; Alfred Plummer, *An Exegetical Commentary on the Gospel According to St. Matthew [Un comentario exegético del evangelio de San Mateo],* (Grand Rapids: Eerdmans, 1953), pp. 228-29.
26. Para una refutación de la posición histórica católica romana de la sucesión papal y la infalibilidad basada en este versículo, véase: James White, *The Roman Catholic Controversy [La controversia católico-romana]* (Minneapolis: Bethany House Publishers, 1996), pp.103-124; y J. Dwight Pentecost, *Romanism in the Light of Scripture [Romanismo a la luz de las Escrituras]* (Chicago: Moody Press, 1962), pp. 61-79; Everett Ferguson, *The Church of Christ: A Biblical Ecclesiology for Today [La iglesia de Cristo: Una eclesiología bíblica para hoy],* (Grand Rapids: Eerdmans, 1996), pp. 47-52.
27. David Alexander, ed., *Eerdmans' Handbook to the Bible [El manual de Eerdman de la Biblia],* (Grand Rapids: Eerdmans, 1973), p. 37.
28. Richard Mayhue, *What Would Jesus Say about Your Church? [¿Qué diría Jesús de tu iglesia?]* (Channel Isles: Guernsey Press, 2002), pp. 17-18).
29. A classic example would be *Church Growth--State of the Art* [*Iglecrecimiento--Estado del Arte*], un libro popular sobre el «iglecrecimiento»; de sus 22 capítulos, al menos diez están desprovistos de versículos bíblicos e incluyen un capítulo

titulado «Quién es quién en el crecimiento de la iglesia», ¡y Jesús ***no es*** uno de los líderes eclesiásticos mencionados!; C. Peter Wagner, ed. (Wheaton: Tyndale House Publishers, 1986).

30. Un pastor señala convincentemente: «Intentar edificar la iglesia por medios humanos solo compite con la obra de Cristo»; John MacArthur, Jr., *The MacArthur New Testament Commentary: Ephesians [El Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Efesios],* (Chicago: Moody, 1986), p. 152.
31. Véase el capítulo siete sobre el papel de los dones espirituales mientras Cristo edifica Su iglesia.
32. Richard Mayhue, *What Would Jesus Say about Your Church? [¿Qué diría Jesús de tu iglesia?]*, p. 9.
33. Para una teología de la metodología del ministerio bíblico, véase: George Zemek, *Doing God's Business God's Way [Haciendo la obra de Dios a la manera de Dios]* (Mango: Doing God's Business God's Way, no date), pp. 83-125A.
34. Para un análisis definitivo que muestre claramente cómo comenzó la iglesia en el Día de Pentecostés, observa un antes o después, véase: Robert L. Saucy, *The Church in God's Program [La iglesia en el programa de Dios]*, pp. 57-68; Ed Hayes, *The Church [La iglesia]*, pp. 19-20; Paul Enns, *The Moody Handbook of Theology [El manual Moody de Teología]* (Chicago: Moody Press, 1989), pp. 347-49; Larry D. Pettegrew, *The New Covenant Ministry of the Holy Spirit [El ministerio del Nuevo Pacto del Espíritu Santo]* (Grand Rapids: Kregel Publications, 2001), pp. 99-100; Dave Hunt, *An Urgent Call to a Serious Faith [Un llamado urgente a una fe seria]* (Eugene: Harvest House, 2000), pp. 207-15; Charles Ryrie, *Dispensationalism [Dispensacionalismo]* (Chicago: Moody Press, 1995), pp. 132-55; Harold W. Hoehner, *Ephesians: An Exegetical Commentary [Efesios: Un comentario exegético]* (Grand Rapids: Baker Academic, 2002), pp. 377-466; Gordon R. Lewis & Bruce A. Demarest, *Integrative Theology [Teología integrativa]* (Grand Rapids: Zondervan, 1996), pp. 266-27. Contrario a John MacArthur, Jr., *The MacArthur New Testament Commentary: Matthew 16-23 [El comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Mateo 16-23]* (Chicago: Moody Press, 1988), pp. 30, 32, que dice que Cristo estaba edificando Su iglesia antes de Pentecostés; véase: Wayne Grudem para un punto de vista «no dispensacionalista» similar en *Systematic Theology [Teología*

Sistemática] (Grand Rapids: Zondervan 1994), p. 853; Douglas Wilson, Mother Kirk: *Essays & Forays in Practical Ecclesiology [Ensayos e incursiones en eclesiología práctica]* (Moscow, ID: Canon Press, 2001), pp. 25-26; y R. B. Kuiper, *The Glorious Body of Christ [El glorioso cuerpo de Cristo]*, p. 21, quien declara: «La teología cristiana generalmente dice que la iglesia se originó en el jardín del Edén inmediatamente después de la caída».

35. Para una exégesis completa de este pasaje que muestra la relación de Israel y la Iglesia en la Cena de las Bodas del Cordero, véase: Robert L. Thomas, *Revelation 8-22: An Exegetical Commentary [Apocalipsis 8-22: Un comentario exegético]* (Chicago: Moody Press, 1995), pp. 364-69.
36. Mal Couch, ed.. *A Biblical Theology of the Church [Una teología bíblica de la iglesia]* (Grand Rapids: Kregel Publications, 1999), p. 105.
37. «Sustenta» es *ektrephei* del griego, compuesto antiguo con sentido perfectivo de *ek* que significa nutrir hasta la madurez y más adelante; educar por medio de la crianza, como padre a hijo; el sustentar continuo y cuidadoso de una etapa a otra, sustentar hasta la madurez, véase: A. T. Robertson, *Word Pictures in the New Testament, 6 vols. [Imágenes de palabras en el Nuevo Testamento, 6 vols.]*, (Grand Rapids: Baker Book House, 1931), 4:546; Charles Hodge, *Commentary on the Epistle to the Ephesians [Comentario de la epístola a los efesios]* (Grand Rapids: Eerdmans, 1994), p. 336; W. Robertson Nicoll, ed., *The Expositor's Greek Testament, 5 vols. [El testamento griego del expositor, 5 vols.*] (Grand Rapids: eerdmans, 1990), 3:371.
38. «Cuida» es *thalpei,* que principalmente significa *calentar*, luego criar con tierno cuidado como aquí; acariciar como una madre a un niño en su seno, véase: Hodge, p. 336 y Robertson, 4:546.
39. «Hades» es literalmente *haidou*; «El Hades es técnicamente el mundo invisible, el Seol hebreo, la tierra de los difuntos, es decir, la muerte»; A. T. Robertson, 1;132.
40. MacArthur, *Matthew 16-23 [Mateo 16-23]*, pp. 32-33.
41. Charles F. Pfeiffer & E. F. Harrison, eds., *The Wycliffe Bible Commentary [Comentario Wycliffe de la Biblia]* (Chicago: The Moody Bible Institute, 1990), p. 959.
42. Richard Mayhue, *What Would Jesus Say about Your Church? [¿Qué diría Jesús de tu iglesia?]*, p. 53.

43. J. Oswald Sanders, *Spiritual Leadership [Liderazgo espiritual]* (Chicago: The Moody Bible Institute, 1994), pp. 143-146.
44. Leith Anderson, *A Church for the 21st Century [Una iglesia para el siglo XXI]* (Minneapolis: Bethany House Publishers, 1992), pp. 15-51; este autor recomienda que la iglesia haga un cambio de paradigma de ser didáctica a ser intuitiva en el enfoque del ministerio; sugiere esto porque lo impulsa el deseo de ser culturalmente sensible. Él escribe: «El viejo paradigma enseñaba que si tienes la enseñanza correcta, experimentarás a Dios. El nuevo paradigma dice que si experimentas a Dios, tendrás la enseñanza correcta […] Los estadounidenses modernos no quieren a sus […] predicadores diciéndoles qué hacer (pp. 21, 209), evaluaciones filosóficas e históricas» (Francis A. Schaeffer, *The Church at the End of the 20th Century [La iglesia al final del siglo XX]* (Downers Grove: InterVarsity Press, 1978); aunque gran parte de lo que Schaeffer escribe es perspicaz, su punto de partida no es la Escritura, sino la escena contemporánea, por lo que trabaja a la defensiva, al revés, a la inversa de las preguntas para llegar a la premisa bíblica en lugar de todo lo contrario. Escribe: «En todas partes los hombres se preguntan si la iglesia tiene un futuro a medida que nos acercamos al final del siglo XX […] El nacimiento de la ciencia moderna es el lugar para comenzar», p. 9.

7

EL MÉTODO DE LA IGLESIA:

Cada santo sirviendo

Cristo edifica la Iglesia a través de Su pueblo

Como vimos en el capítulo anterior, Cristo está comprometido a edificar Su iglesia —Jesús dijo: «edificaré Mi iglesia» (Mt. 16:18)—. La ha estado edificando por 2,000 años ya. Y Él va a continuar edificándola a Su manera, porque Él es el Salvador (Hch. 20:28), el Señor (Ap. 2-3) y el Esposo de la iglesia (Ef. 5:25-32). Como el Maestro Constructor de la iglesia, sorprendentemente, Dios ha elegido soberanamente construirla en colaboración con la participación humana. Dios usa a personas finitas para hacer crecer Su iglesia. O bien, Él obra a través de Su pueblo a través del Espíritu Santo y los dones de los santos para edificar la iglesia. No somos pasivos en el proceso de edificación en curso.

Esto es lo que Pablo quiere decir cuando escribió que los cristianos son «colaboradores en la labor de Dios» (1 Co. 3:9). Una forma principal en la que Dios utiliza el esfuerzo humano en la edificación de la iglesia es a través del uso de *dones espirituales*[1] que Él imparte a Su pueblo en el Cuerpo de Cristo. Esto es básico. Sin embargo,

lamentablemente hay muchos pastores y cristianos tratando de hacer crecer la iglesia a través de otros medios, medios hechos por el hombre e ingenio humano, contrarrestando e incluso socavando el papel prominente que Dios quiere que los dones espirituales desempeñen en el crecimiento de la iglesia. No hay alternativas legítimas para el crecimiento de la iglesia aparte de que Dios obre a través de Su pueblo divinamente dotado. Todo pastor, anciano o líder de la iglesia que quiera ser fiel en el pastoreo básico debe dar prioridad a la comprensión de los dones espirituales y de las personas espiritualmente dotadas en su iglesia. Robert L. Thomas ha señalado acertadamente sobre este asunto fundamental en la eclesiología bíblica:

> El cuerpo de Cristo crece más rápidamente a medida que sus dones espirituales funcionan correctamente. Recientemente, muchos cristianos han llegado a reconocer esto, y ahora se ha extendido un gran interés en los dones espirituales, un interés que seguramente significará una mayor eficacia para la iglesia a medida que pase el tiempo[2].

Cualquier iglesia que aspire a ser una iglesia sana, en crecimiento y obediente necesita valorar la importancia de los dones espirituales en la congregación local. Tuve el privilegio de ser parte de una plantación de iglesia que comenzó en el 2006 con unos diecinueve adultos. Yo era uno de los seis hombres que componían el equipo preliminar de ancianos. Llevamos diez años juntos. Desde el principio estuvimos comprometidos con dos principios bíblicos fundamentales: 1) la iglesia pertenece a Jesús y Él prometió edificarla (Mt. 16:18), y 2) Jesús ha elegido edificar Su iglesia a través de creyentes que Él ha equipado con dones espirituales (Ef. 4:8). Como tales, son los santos quienes hacen el trabajo del ministerio en la iglesia local (Ef. 4:12). Hemos visto de primera mano a Dios edificar nuestra iglesia local a través del ministerio de nuestros santos que han usado sus dones para edificar nuestro cuerpo local. Como resultado, hemos crecido tanto en profundidad como en amplitud, tal como Jesús pretendía.

La definición de dones espirituales

La naturaleza, el propósito y la función de los dones espirituales están claramente delineados en la Biblia, sobre todo en Romanos 12, 1 Corintios 12-14, Efesios 4 y 1 Pedro 4[3]. Según las Escrituras, un don espiritual es una habilidad sobrenatural dada por Dios a todo cristiano en el momento de la conversión para ser usada en servir a otros para la edificación de la iglesia. La frase «*dones* espirituales» es usada explícitamente por Pablo en 1 Corintios 12:1. Los dones espirituales no son habilidades naturales. Los incrédulos son bendecidos por Dios con varias habilidades naturales en las que sobresalen. Muchos incrédulos tienen hermosas voces para cantar. La capacidad de cantar no es un don espiritual, sino más bien un talento otorgado por Dios en virtud de la gracia común, ya que todas las personas, incluidos los incrédulos, están hechas a imagen de Dios. Los talentos humanos operan en un nivel estrictamente natural; los dones espirituales operan a nivel humano y sobrenatural. Solo los cristianos tienen dones espirituales. Un cristiano con una voz bendecida puede usar su talento natural de canto para ministrar a la iglesia a medida que se incorpora con uno de sus dones espirituales, como el «servicio» (Ro. 12:7).

Los dones espirituales fueron dados por primera vez por Jesús como resultado de Su muerte, resurrección y ascensión (Ef. 4:7-8). Los dones espirituales son exclusivos de la era de la iglesia y no incluyen los dones utilizados por los santos del Antiguo Testamento. Los dones del Espíritu Santo pertenecen a la economía del Nuevo Pacto, por lo que su contexto específico está reservado para el Cuerpo de Cristo del Nuevo Testamento. Uno de los objetivos generales de los dones espirituales es la maduración de la Novia de Cristo, la iglesia descrita por Pablo en Efesios 4 y 5. Jesús está creciendo y preparando a Su Novia, la iglesia, para la gran boda eterna: la cena de las bodas del Cordero. Jesús ha estado preparando a la iglesia durante los últimos 2,000 años con el objetivo de que Él pueda «presentársela a sí mismo, una iglesia en toda su gloria, sin que tenga mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuera santa e inmaculada» (5:27), cuando finalmente será vestida «de lino fino, resplandeciente y limpio» (Ap.

19:8). Hasta el glorioso día de las bodas celestiales, los dones espirituales desempeñarán un papel eficaz entre Cristo y su pueblo.

El Nuevo Testamento usa al menos nueve palabras griegas para describir los dones espirituales[4]. Cada uno de los diferentes términos resalta un matiz especial en relación con la naturaleza multifacética y el propósito de los dones espirituales. Aquí hay una lista resumida:

1. don [*carisma*] (Ro. 12:6; 1 Co.1:7; 12:4, 30-31; 1 Pe. 4:10)
2. don [*dōrea*] (Ef. 4:7)
3. dones [*doma*] (Ef. 4:8)
4. dones [*merismois*] (He. 2:4)
5. dones espirituales [*pneumatikos*] (1 Co. 12:1; 14:1)
6. dones espirituales [*pneuma*] (1 Co. 14:12)
7. ministerios [*diaconía*] (1 Co. 12:5)
8. operaciones [*energēma*] (1 Co. 12:6)
9. manifestación [*phanerōsis*] (1 Co. 12:7)

La palabra griega empleada con más frecuencia para describir los dones espirituales es *carisma*, que es una forma de la palabra *charis*, que significa «gracia». La «gracia» en el Nuevo Testamento describe la bondad, el favor y la bendición inmerecidos de Dios expresados hacia los pecadores. La palabra *carisma* significa «un don de gracia». La palabra «carismático» viene de la palabra *carisma*. Llamar *carisma* a los dones espirituales implica que estos son dados por Dios en Su gracia y libremente al cristiano, no se ganan ni se merecen. Y debido a que Dios le da a cada cristiano un don espiritual, entonces técnicamente cada cristiano es «carismático» en el verdadero sentido bíblico, no solo pentecostales y no cesacionistas.

Al menos tres veces Pablo llama «espirituales» a los dones, usando una forma de la palabra griega *pneuma*. *Pneuma* es la palabra para «Espíritu» como en la Persona del Espíritu Santo. Este término enfatiza el hecho de que el Espíritu Santo es el que energiza el uso y la eficacia de los dones. Porque el Espíritu Santo es el que distribuye los dones a los creyentes y da energía a los dones (1 Co. 12:11)[5]. Los

cristianos no deben usar sus dones de ministerio en sus propias fuerzas, o «en la carne». Más bien, siempre debemos depender de la fuerza de Dios a través del Espíritu Santo energizante, como resultado de la oración intencional, la humildad y el reconocimiento de nuestra propia insuficiencia (Ef. 3:20-21; Gá. 5:16).

La unidad y la diversidad de los dones

Para acentuar la hermosa diversidad y la unidad complementaria de los dones espirituales, Pablo compara a la iglesia con un cuerpo humano a modo de ilustración. Un cuerpo humano es un organismo unificado, pero al mismo tiempo está compuesto de muchas partes o miembros diversos del cuerpo (1 Co. 12:12). Así es como se supone que debe ser la iglesia: un organismo unificado compuesto por muchos creyentes diferentes y excepcionalmente dotados que conforman las diversas partes constituyentes.

La metáfora favorita de Pablo para la iglesia es que es «un cuerpo» o «el cuerpo de Cristo» (1 Co. 12:27; Ef. 4:16). Esa imagen está llena de implicaciones teológicas con respecto a la naturaleza de la iglesia. Una de esas implicaciones apunta a la compleja composición de la iglesia en virtud de sus muchas partes o miembros diferentes, es decir, muchos santos dotados diferentes que están en la iglesia. Otra imagen implícita se refiere a la unidad de la iglesia a pesar de sus muchos y variados miembros. Aunque un cuerpo tiene muchas partes, las diferentes partes funcionan al unísono y de manera holística. Por lo tanto, la metáfora del cuerpo de la iglesia enfatiza la diversidad trabajando en unidad complementaria. Con eso en mente, a continuación, se presenta una descripción general sistematizada de los dones espirituales y los principios resultantes, destacando cómo contribuyen vitalmente al crecimiento, la madurez y la salud de la iglesia que Cristo está construyendo.

Hay una variedad de dones espirituales

No solo hay una variedad de palabras que describen los dones espirituales, sino que el Nuevo Testamento deja en claro que hay una variedad de dones. 1 Corintios 12:4 dice: «ahora bien, hay variedad[6] de

dones», y Romanos 12:6 dice: «[tenemos] diferentes dones, según la gracia que nos ha sido dada». Dios ama la diversidad, va de la mano con su creatividad. Como tal, ningún cristiano debe ser forzado a entrar en un molde fabricado de expectativas humanas cuando se trata de servir en la iglesia. Más bien, cada cristiano debe apreciar plenamente el don o dones únicos que Dios le ha confiado y emplearlos fielmente en la iglesia. Dios te creó único, sé quien Dios te creó para ser.

El Nuevo Testamento menciona por lo menos dieciocho dones diferentes[7] en la iglesia. Son los siguientes:

1. apostolado
2. profecía[8]
3. distinción de espíritus
4. palabra de sabiduría
5. palabra de conocimiento
6. fe
7. sanación
8. milagros
9. lenguas[9]
10. interpretación de lenguas
11. evangelismo
12. enseñanza
13. pastor-maestro
14. exhortación
15. ayuda/servicio
16. misericordia
17. dar
18. presidir/liderar/administrar/gobierno

Ha habido muchos intentos diferentes de categorizar los dones, incluyendo los siguientes:

1) Personas/cargos dotados vs. dones de habilidades (Ef. 4:11 y Ro. 12:8)

2) Dones de hablar vs. dones de servir (1 Pe. 4:11)
3) Dones permanentes/perdurables (no de señales) vs. dones temporales (de señales)[10]
   A. Dones temporales:
      apostolado
      profecía
      distinción de espíritus
      lenguas
      interpretación de lenguas
      milagros
      sanación
      palabra de sabiduría
      palabra de conocimiento

   B. Dones permanentes:
      servicio
      enseñanza
      exhortación
      dar
      liderazgo
      misericordia
      evangelismo
      ayuda
      pastor
      fe

4) Una división cuádruple sugerida[11]
   A. Dones de revelación:
      apostolado
      profecía
      distinción de espíritus
      palabra de sabiduría
      palabra de conocimiento

B. *Dones confirmatorios:*
fe
sanaciones
milagros
lenguas
interpretación de lenguas

C. *Dones de hablar:*
evangelismo
enseñanza
pastor-maestro
exhortación

D. *Dones auxiliares:*
ayuda/servicio
misericordia
dar
gobierno/liderazgo/administración

5) Otra sugerencia triple:

A. *Dones de revelación e inspiración:*
palabra de conocimiento
palabra de sabiduría
apostolado
profecía

B. *Dones de verificación y validación:*
sanación
milagros/poderes
lenguas/idomas
interpretación de lenguas
distinción de espíritus
fe

C. Dones de perpetuación y edificación:

pastor-maestro
maestro
evangelista
exhortación/aliento
ministerio/ayuda/servicio
dar
misericordia
administración/gobierno/liderazgo

Durante la mayor parte de la historia de la iglesia, los dones temporales se denominaron dones de «señales». Los dones de señales fueron dominantes durante la fundación de la iglesia y entre los apóstoles y profetas (2 Co. 12:12). No ha sido sino hasta el siglo XX cuando la corriente principal del cristianismo comenzó a enseñar que todos los dones eran para todos los tiempos. Históricamente se ha entendido que los dones de «revelación» y «verificación» autenticaron y validaron el mensaje del evangelio de los apóstoles y profetas antes de que el Nuevo Testamento fuera escrito (He. 2:3-4)[12]. Después de que se completó el Nuevo Testamento, estos dones se volvieron obsoletos (1 Co. 13:8) y las Escrituras escritas se convirtieron en la autoridad permanente para la iglesia del Nuevo Testamento (Ef. 2:19-20; 2 Ti. 3:16-17; 2 Pe. 3:14-16; Jud. 3)[13]. Los dones de edificación continúan a perpetuidad, a medida que el Espíritu Santo energiza a los santos para que los utilicen en el ministerio. Los pastores-maestros, evangelistas y maestros han suplantado el papel de los apóstoles[14] y profetas al proporcionar liderazgo en la iglesia de hoy. La ayuda, la generosidad, la misericordia, el gobierno, la fe y la exhortación son dones auxiliares complementarios que agregan el equilibrio necesario a las diversas necesidades de un cuerpo de iglesia en crecimiento.

Todo cristiano está dotado

A todo cristiano verdadero Dios le ha dado un don espiritual. Esto es básico. 1 Corintios 12:7 dice: «… a cada uno [cristiano] se le da la manifestación del Espíritu para el bien común». «Manifestación» es la

palabra *fanérosis*, y es un sinónimo de «don espiritual» que significa «exhibición» o «demostración»[15]. De nuevo en Romanos 12:6, Pablo habla con naturalidad de todos los creyentes: «teniendo […] dones». Pedro afirma lo mismo: «cada uno ha recibido un don especial» (1 Pe. 4:10). Cada cristiano tiene un don espiritual porque cada cristiano tiene el Espíritu Santo habitando en él (Ro. 8:9). Y cada cristiano recibe un regalo en el momento de la conversión cuando se une al cuerpo colectivo de Cristo (1 Co.12:13)[16]. Otra manera de reiterar esta importante verdad es diciendo: «Todo cristiano tiene por lo menos un don espiritual», porque los cristianos pueden tener más de un don, o una combinación de dones. La forma de decirlo en negativo es decir que ningún cristiano está desprovisto de un don espiritual.

El significado de esta importante verdad es que ningún creyente se queda fuera del gran plan de Dios para edificar la iglesia: cada cristiano tiene algo único que aportar. Ningún creyente debería estar sentado en el banco o en la línea de banda simplemente observando pasivamente. A menudo se ha dicho que la apatía en la iglesia es el resultado de demasiados cristianos que simplemente miran como espectadores en un partido de fútbol. Hay veintidós hombres en el campo que necesitan desesperadamente un descanso, mientras que hay cincuenta mil aficionados en las gradas que necesitan desesperadamente hacer ejercicio. Cuando los cristianos no están sirviendo en la iglesia empleando sus dones, toda la iglesia sufre (1 Co. 12:26). Un autor bien señala:

> La Palabra de Dios declara explícitamente que cada miembro del cuerpo de Cristo está dotado para el servicio (cf. 1 Co. 12:7; Ef. 4:7; 1 Pe. 4:10) y que cada miembro debe usar el don o dones que Dios ha otorgado. «Según cada uno ha recibido un don *especial*, úselo sirviéndose los unos a los otros como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios» (1 Pe. 4:10). La implicación para la iglesia local es bastante evidente. No debe haber miembros ociosos, sino más bien oportunidades de servicio para cada persona. Estas

> responsabilidades deben aceptarse con gozo y llevarse a cabo diligentemente y en orden para la gloria de Dios[17].

Otra verdad concluyente relacionada es que a cada cristiano se le ordena usar sus dones. Somos mayordomos de los dones que Dios nos ha dado y Él nos pedirá cuentas de si los usamos fielmente (1 Pe. 4:10; Mt. 25:19; Ro. 2:16; 2 Co. 5:10). Tener un don de Dios y no usarlo es un pecado; desperdiciarlo es incluso enfrentar la pérdida de la recompensa en la próxima vida (1 Co. 3:13; 2 Jn. 8).

La necesidad de los dones espirituales

Hace años, formaba parte del personal de una iglesia más grande con varios otros pastores. En una de nuestras reuniones semanales de pastores, recuerdo que uno de los pastores se frustró mientras hablábamos sobre cómo involucrar a nuestra gente en la iglesia. Se frustró cuando otro de nuestros pastores sugirió que les enseñáramos acerca de los dones espirituales. Él replicó bruscamente y cerró la sugerencia, soltando: «No necesitamos perder el tiempo con nuestra gente hablando de dones espirituales, ¡solo necesitan ocuparse de servir! Eso es todo lo que necesitas saber como cristiano: solo ama y sirve. ¡Los dones espirituales son una distracción!».

Eso me sorprendió, y de hecho también estuve muy en desacuerdo. Pero no dije nada. Lamentablemente, muchos líderes de la iglesia se sienten de la misma manera. Afirman: «Solo necesitamos servir, los cristianos no pueden empantanarse en encuestas superficiales de dones espirituales». Eso suena espiritual; pero en realidad no es bíblico. La Biblia es muy clara acerca de los dones espirituales: los tenemos; Cristo los dio a la iglesia, a cada creyente; se nos ordena que los usemos; y los **necesitamos**. Así es. Necesitamos dones espirituales para llevar a cabo un ministerio fructífero, para hacer una obra sobrenatural para el reino, para representar a Cristo en la tierra, para servir eficazmente a los demás en el Cuerpo. El gran pastor inglés de los años 1600, John Owen, reconoció y acentuó esta verdad tan básica. Argumentó que necesitamos dones espirituales porque estamos en bancarrota en y por nosotros mismos para lograr cualquier cosa para Dios. Owen explica:

> Y su gracia la mostró derramando sus gracias santificadoras y dones extraordinarios sobre los primeros discípulos en abundante medida; y todavía continúa mostrando su gracia a los creyentes, ya que se la imparte en santificación, consuelo y dones espirituales.
>
> Dejemos que los hombres imaginen las consecuencias absurdas que deseen; sin embargo, que el Espíritu de Dios es el autor de todo lo que es espiritualmente bueno en nosotros, es una verdad a la que no debemos renunciar, a menos que tengamos la intención de desprendernos también de nuestras Biblias. Porque en ella se nos enseña: «que en [nosotros], es decir, en [nuestra] carne, no habita nada bueno» (Ro. 7:18); «No que seamos suficientes en nosotros mismos para pensar que cosa alguna procede de nosotros, sino que nuestra suficiencia es de Dios», 2 Corintios 3:5, 9:8, «Y Dios puede hacer que toda gracia abunde para ustedes, a fin de que teniendo siempre todo lo suficiente en todas las cosas, abunden para toda buena obra». Decir que hay algún bien espiritual en nosotros, o cualquier grado de él, que no sea obrado en nosotros por el Espíritu de Dios, es derrocar la gracia del evangelio, y negar que Dios sea el primero, supremo y principal bien, y la causa inmediata de todo este bien; que es, de hecho, negar su Ser[18].

En otras palabras, no podemos hacer ningún servicio espiritual aparte del empoderador Espíritu Santo de Dios que obra a través de nosotros. Si Dios no nos diera dones espirituales, entonces, ¿cómo le serviríamos eficazmente? ¡Imposible!

Dios distribuye soberanamente los dones

Dios distribuye soberanamente los dones a cada cristiano como Él quiere. Al hablar de los diferentes dones, 1 Corintios 12:18 dice: «Dios ha colocado a cada uno de los miembros [dotados] en el cuerpo según le agradó». En otras palabras, el Padre dicta quién recibirá qué dones

en la iglesia. De manera similar, en Hebreos 2:4 dice que Dios el Padre confirmó el mensaje del evangelio al dar «dones repartidos del Espíritu Santo según Su propia voluntad». Además, 1 Corintios 12:11 dice que el Espíritu Santo emite soberanamente los dones «distribuyendo individualmente a cada uno según Su voluntad». El adverbio «individualmente» (*idia*) tiene implicaciones significativas aquí.

> De este modo, cada individuo se distingue de todos los demás miembros del cuerpo. No hay copia al carbón. Todo el mundo tiene una combinación de dones que lo hace distinto de todos los demás. Solo el Espíritu conoce la necesidad y la capacidad de cada persona y el lugar que debe ocupar en el cuerpo de Cristo. Debido a que Él sabe esto, Él puede equipar inteligente y adecuadamente a cada uno[19].

En referencia a Cristo, Efesios 4:8 dice que Jesús «dio dones» a la iglesia para cumplir un propósito divino prescrito. A la luz de lo anterior, cada miembro de la Trinidad (Padre, Hijo y Espíritu Santo) participa en el otorgamiento divino de dones espirituales que está totalmente separado de cualquier manipulación, voluntad o contingencia humana. Esto es diametralmente opuesto a la enseñanza popular que promueve, e incluso insiste, que se supone que los cristianos deben pedir y suplicar a Dios por ciertos dones, particularmente dones llamativos como hablar en lenguas[20]. Tales proponentes con frecuencia apelan a una interpretación eisegética de cualquier variedad de pasajes bíblicos para justificar tal enseñanza, lo que resulta en la idea de que Dios puede ser engatusado y adulado hasta el punto de la exasperación[21]. El resultado final, supuestamente, es que Dios dará el don de lenguas a cualquier cristiano que simplemente pida de la manera correcta. Pero la Biblia es clara: los cristianos no necesitan pedirle a Dios ciertos dones espirituales porque Dios toma esa determinación por Su propia voluntad, aparte de la voluntad humana. Más bien, los cristianos deben pedirle a Dios sabiduría sobre cómo utilizar el don que se les ha dado soberanamente (Ef. 1:17-19; Stg. 1:5; 1 Jn. 5:14).

No todos los cristianos tienen el mismo don

No todos los cristianos tienen el mismo don. Esta es una verdad concluyente de 1 Corintios 12:11 mencionada anteriormente. Dios trata a cada cristiano «individualmente» cuando considera qué función específica cumplirá cada uno en el cuerpo. Y Él equipa a cada cristiano individualmente con los dones apropiados, que pueden diferir de los demás (Ro. 12:3, 6), para cumplir Su propósito deseado. En 1 Corintios 12:29-30 Pablo hace una serie de preguntas retóricas para enfatizar que «no todos los cristianos tienen los mismos dones[22]». La metáfora del cuerpo implica claramente que no todos los cristianos poseen los mismos dones, de lo contrario cada cristiano podría poseer todos los dones, una idea que contradice todo el argumento de Pablo a favor de la interdependencia colectiva e individual dentro de la iglesia. A pesar de estas verdades, muchos maestros populares de la Biblia[23] insisten en que todos los cristianos pueden, y deben, poseer los mismos dones, especialmente hablar en lenguas, a pesar de que la Biblia dice explícitamente que no todos los cristianos «hablan en lenguas» (1 Co. 12:30). Decirles a los creyentes que pueden poseer todos los dones pone una expectativa falsa y no bíblica en los santos que es perjudicial para el crecimiento y la unidad del cuerpo.

Hay grados de dotación

Hay grados en la dotación. En cualquier área de los dones, como la enseñanza, Dios ha dado diferentes capacidades y grados de habilidad en esa área particular de servicio. Por ejemplo, uno puede estar dotado para enseñar a niños en edad preescolar, otro para enseñar a estudiantes de secundaria, otro para enseñar a adultos y otro con una extraña habilidad para enseñar a cualquier grupo de edad. Esta capacidad variable para utilizar un don depende de la medida de fe que Dios ha asignado a cada persona. Pablo comenta acerca de esta realidad divina en Romanos 12:3: «digo a cada uno de ustedes que no piense de sí mismo más de lo que debe pensar, sino que piense con buen juicio, *según la medida de fe que Dios ha distribuido a cada uno*» (énfasis añadido). Además, dice que los dones deben ejercerse «conforme a la medida de su fe» (Ro. 12:6).

No todos los cristianos tienen las mismas habilidades, capacidades o fortaleza espiritual. Dios ha hecho que algunos creyentes tengan bombillas de luz de cuarenta y dos vatios, otros de sesenta vatios, unos de setenta y cinco vatios y otros cien vatios. Dios no espera la misma cantidad de producción de todos, pero sí espera la misma cantidad de fidelidad para alcanzar el potencial de uno (1 Co. 4:2; Mt. 13:23; 25:14-15). A la luz de la verdad anterior, todos los cristianos necesitan evaluar sobriamente su propia medida de fe, y luego emplear sus dones de servicio en el dominio apropiado y en el grado legítimo. La supervisión pastoral es invaluable en este proceso.

Algunos dones tienen mayor prominencia que otros

En su discusión sobre los dones espirituales con la iglesia de Corinto, Pablo argumentó que algunos dones eran «mejores» que otros (1 Co. 12:31), y algunos dones eran más deseables que otros (14:1). Al enumerar varios dones, Pablo dio prioridad al apostolado mientras que clasificó las lenguas en la parte inferior (12:28)[24]. También dijo que la profecía era mejor que hablar en lenguas (14:1-3). La razón por la que hizo esto fue porque los corintios estaban haciendo alarde del don de lenguas mientras buscaban la edificación propia. Pablo les informó que algunos dones son «mejores» porque edifican a más personas en el cuerpo que otros dones. La profecía edificaba a muchos al instante; las lenguas edificaban solo si se entendían e interpretaban, por lo que el efecto de las lenguas podría minimizarse con un uso inadecuado.

Todos los dones espirituales, cuando se utilizan apropiadamente, contribuyen a la edificación del Cuerpo de Cristo. Entonces, ¿por qué Pablo argumentaría que algunos dones eran «mejores» que otros? Acabamos de insinuar esa respuesta, pero Thomas aclara aún más:

> Con el fin de identificar los dones que producirían mayor beneficio, Pablo enumera en el versículo 28 una secuencia de dones organizados en un orden de valor descendente. Ese es el significado de «primeramente […] en segundo lugar […] en tercer lugar […] luego […] después». El orden de la lista

> es paralelo al de Efesios 4:11, donde los dones con mayor valor se colocan más arriba en la lista.
>
> Una primera reacción al clasificar a las personas dotadas y sus dones puede ser de sorpresa, ya que la acción viene inmediatamente después de un énfasis dado a la igualdad entre los miembros (12:24b-26). Sin embargo, una consideración cuidadosa revela que Pablo no niega esta igualdad en el versículo 28, sino que simplemente cambia su atención de la preocupación mutua entre varios miembros al beneficio derivado de ellos. Una asamblea local hace bien en enfatizar aquellos dones que producen edificación en lugar de aquellos que resultan en poco o ningún beneficio. Tal estrategia no excluye la necesaria compasión mutua que tan fuertemente se ordena en los versículos 24b-26[25].

Es irónico hoy en día que entre los carismáticos las lenguas sean a menudo el don más buscado y deseado. Pablo claramente ordenó a la iglesia que deseara los «mejores dones», que en los días de Pablo eran el apostolado y la profecía. Ese sigue siendo nuestro caso hoy. Hoy en día todavía debemos dar importancia a los apóstoles y profetas. Nuestras iglesias deben desear el legado de los apóstoles y profetas por encima de todo, y eso significa desear el contenido de las Escrituras que los apóstoles y profetas escribieron. Enseñar y predicar la Palabra de Dios es lo que más necesitan las iglesias para hacer crecer la iglesia y edificar a los santos. La enseñanza de la Palabra de Dios informa y define todos los demás dones en la iglesia y todos los demás ministerios. La historia ha demostrado que todos los grandes avivamientos y reformas espirituales fueron los subproductos de la clara proclamación de la Biblia, la profecía de las Escrituras (2 Pe. 1:20).

Entrenamiento sobre los dones

Todos los cristianos necesitan ser entrenados en la identificación y el uso de sus dones. Esto es claramente declarado por el Espíritu Santo a través de Pablo en Efesios 4. En su discusión acerca de la eficacia de

los dones en la edificación del cuerpo de la iglesia (vv. 7-16), Pablo dice que los santos necesitan ser «capacita[dos] […] para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo» (4:12). La palabra «capacitar» significa «perfeccionar», «remendar» o «preparar», por lo tanto, «hacer completo» o «llevar a un punto de utilidad[26]». Con respecto a los dones espirituales, los cristianos han de ser llevados a un punto de utilidad efectiva a medida que emplean sus investiduras espirituales en la iglesia. En otras palabras, los cristianos necesitan ser enseñados, entrenados y guiados a medida que usan sus dones.

Líderes y dones

Efesios 4:11 dice que esta guía es responsabilidad de los líderes de la iglesia, o más específicamente de los «pastores y maestros». Este pasaje abre una de las bisagras del verdadero y dinámico ministerio de la iglesia guiada por la Biblia. La obra del ministerio debe ser llevada a cabo por cada cristiano, por todos los «santos», no solo por el clérigo contratado o el pastor profesional. Muchas iglesias están estancadas, son ineficaces y desobedientes porque ignoran esta clave primaria para el éxito del ministerio eclesiástico[27].

Proporcionar enseñanza bíblica

Una de las principales responsabilidades del pastor es capacitar a los laicos sobre cómo servir usando sus dones[28]. Las personas que están en las bancas no pueden permanecer como espectadores desinteresados. El ideal de Dios es que cada santo sea entrenado, equipado y utilizado para la acción[29]. Los pastores tienen que enseñar primero acerca de los dones espirituales de la Biblia, delineando lo que son, cómo funcionan y cuál es su propósito. Los pastores también necesitan ayudar a los santos a identificar sus propios dones[30]. Esto se hace examinando las habilidades, los deseos y la eficacia de los miembros mientras sirven en la congregación local.

La retroalimentación de otros santos en la congregación local es vital. Si un cristiano insiste en que él o ella tiene el don de enseñar, pero continuamente confunde, aburre o engaña a los que escuchan, podría significar que el don de esa persona no es enseñar después de todo. La

humildad es un prerrequisito para los cristianos que tratan de determinar sus dones. Necesitamos ser buenos oyentes para aquellos que nos rodean tratando de darnos dirección y orientación. Cualquier afirmación, corrección, cambio o capacitación adicional se puede dar según sea necesario; la capacitación mientras se sirve es un método efectivo y práctico.

Proporcionar oportunidades de servicio

Los líderes de la iglesia deben proporcionar oportunidades para que los santos sirvan. Algunos pastores y líderes de la iglesia son microgerentes y fanáticos del control que tienen miedo de ceder la obra del ministerio a los santos. Este deseo de control inhibe a los santos, apaga el Espíritu y obstaculiza el crecimiento y la salud de la iglesia. Tal autocracia pastoral es una violación de las Escrituras, porque 1 Pedro 5:3 dice que los pastores deben guiar a la iglesia sin tener «señorío» del rebaño. Un pastor comenta perspicazmente sobre los inconvenientes de cuando un pastor usurpa el ministerio que pertenece a los santos laicos en la iglesia:

> Pero, como aquellos que ejercen el *cargo* [pastoral], no es su deber intervenir y hacer por los miembros lo que Cristo los ha llamado a hacer por sí mismos. Siempre que lo hace, el pastor se apropia de las bendiciones que pertenecen al miembro, priva a todo el cuerpo de los beneficios que están destinados para él, y fracasa en desafiarlo y entrenarlo para su ministerio[31].

Proporcionar un modelado práctico

Los líderes deben proporcionar modelos, tutoría y discipulado prácticos para que los creyentes tengan modelos tangibles a seguir mientras buscan discernir cuáles son sus dones mientras se esfuerzan por ser más competentes en el servicio. El modelado práctico fue el principal enfoque pedagógico de Jesús mientras entrenaba a sus discípulos[32]. Rutinariamente, Jesús les mostraba a Sus discípulos cómo hacer algo antes de pedirles que lo hicieran. Cuando Sus discípulos

quisieron saber cómo orar, primero les dio un modelo de oración a seguir (Mt. 6). Antes de que les ordenara lavarse los pies unos a otros, les lavó los pies sucios (Jn. 13). La verdadera tutoría y capacitación es más que impartir teoría a través de un sermón.

Esto significa que los líderes de la iglesia deben permitir la prueba y error, e incluso el fracaso entre los santos mientras sirven. Eso significa tomar riesgos, ejercitar la paciencia, proporcionar capacitación continua y correctiva, y buscar la sabiduría de Dios mientras guían al rebaño de Dios. En otras palabras, los pastores necesitan permanecer totalmente dependientes de Dios, y no de sus propias habilidades, entrenamiento o educación, mientras buscan preparar a todos los santos en la iglesia para la obra del ministerio.

Los dones espirituales deben promover la unidad

Los dones espirituales deben ejercerse en unidad y armonía. Pero, por desgracia, donde hay diversidad, suele haber celos, orgullo y división. Esto sucede en la iglesia, y existía en la iglesia de Corinto. Pablo confrontó a los corintios de frente cuando dijo: «hay discusiones entre ustedes» (1:11) y «[hay] celos y discusiones entre ustedes» (3:3). La discusión de los corintios se debió en parte a un abuso y mal uso de los dones espirituales. Esto explica su amonestación cuando se habla de los dones espirituales: «… en el cuerpo no haya división, sino que los miembros tengan el mismo cuidado unos por otros» (12:25). Con respecto a los dones espirituales, la división puede ser el resultado de dos fuentes: el descontento y el orgullo. Hay cristianos que no están contentos con sus dones porque parecen ser menos importantes o «llamativos». Como resultado, pueden llegar a estar descontentos, incluso llegando a la conclusión de que «no [son] parte del cuerpo» (12:16). Tales creyentes necesitan que se les recuerde su importancia en el cuerpo y necesitan ser apreciados por su trabajo que a menudo pasa desapercibido tras bambalinas. También necesitan ser animados a agradecer a Dios por su contribución única y vital al crecimiento del cuerpo.

También están aquellos cristianos que tienen una visión exagerada de su valor y lugar en el cuerpo de Cristo. Debido a sus posiciones de

alto perfil en la iglesia, lo que les permite una amplia exposición y reconocimiento, se vuelven orgullosos y arrogantes hasta el punto de menospreciar a los cristianos con manifestaciones menos «llamativas». Incluso pueden rebajarse al nivel de decirle a otro creyente: «No te necesito» (1 Co. 12:21). Tales actitudes autosuficientes necesitan ser reprendidas, y tales creyentes necesitan ser recordados que cada miembro es necesario para un cuerpo sano y funcional. Y todos los miembros dependen unos de otros. Además, Dios incluso otorga un honor especial a los miembros «menos honro[sos]» o menos llamativos (1 Co. 12:22-24).

> En el caso de los miembros que carecen de estima debido a su capacidad inferior, [Dios ha compensado la inferioridad mediante la adición de «mayor honra» (v. 24). Esto significa que nadie tiene una deficiencia. Lo que a esta persona le falta de prominencia debido a la naturaleza de sus dones se compensa por medio de un honor divinamente dado. El resultado, entonces, es una igualdad exacta y un equilibrio perfecto entre los miembros del cuerpo de Cristo[33].

Por lo tanto, es necesario que haya una interdependencia sana y humildemente reconocida entre todos los miembros del cuerpo de Cristo. Por designio de Dios, ningún cristiano es superfluo y ninguno es indispensable. Todos, con sus diferentes dones, son igualmente importantes para contribuir al crecimiento y la unidad en el servicio a la Cabeza, Jesucristo.

Los dones son para servir a los demás

Los dones espirituales deben usarse para servir a los demás. Están inherentemente «orientados hacia el prójimo». 1 Pedro 4:10 dice: «Según cada uno ha recibido un don especial, úselo *sirviéndose los unos a los otros»* (énfasis añadido). 1 Corintios 14:12 ordena a los cristianos que «procuren abundar *en ellos [los dones]* para la edificación de la iglesia». En otras palabras, los dones deben ser usados para la edificación de otros, no para nosotros mismos. Un don espiritual tiene valor en la medida

en que «edifica a la iglesia» (14:4). Esto tiene importancia en relación con nuestros días, donde mucha publicidad con respecto a los dones espirituales enfatiza los beneficios egocéntricos de tenerlos y usarlos. Esto es más a menudo cierto con respecto a la enseñanza sobre el don de la fe y el hablar en lenguas. Con respecto a la «fe», defensores equivocados animan a los miembros a ejercer su fe para asegurar riquezas, salud y prosperidad para sí mismos[34].

Con respecto a hablar en lenguas, algunos maestros defienden que este don es en realidad un lenguaje de oración privado que debe hacerse de forma aislada para el beneficio exclusivo del practicante del don[35]. Esta idea es la misma herejía que Pablo condenó en la congregación de Corinto (1 Co. 14:1-25). Llamó a ese comportamiento egoísta «bárbaro» (14:11; RVA), infantil (14:20) y «loco» (14:23).

Para acentuar el propósito «orientado hacia el prójimo» de los dones espirituales, Pablo enfatiza la prioridad del amor como el *modus operandi* y el motivo para su ejecución. Es significativo que cada vez que Pablo habla de los dones espirituales, siempre lo hace cerca de su enseñanza sobre la prioridad del amor. Esto es cierto en sus discusiones en 1 Corintios 12-14, Romanos 12 y Efesios 4. La importancia del amor como la motivación para usar los dones es más obvia en su discusión en 1 Corintios, donde intercala una exposición del amor verdadero en acción (1 Co. 13) entre su discusión de los dones espirituales en 1 Corintios 12 y 14. La suma de su argumento es que cualquier don espiritual, incluso en la capacidad más grande, ejercido sin el bien de los demás como prioridad, es inútil o inservible (1 Co. 13:2-3). El amor es la mayor virtud. El amor es el combustible que energiza los dones del Espíritu Santo. Y el amor «no busca lo suyo» (13:5). Por lo tanto, los dones espirituales son para servir a los demás, no a uno mismo.

Resumen

Cristo está comprometido con edificar Su iglesia. Él lleva a cabo esa tarea obrando a través de Su Espíritu Santo en las personas que Él ha salvado. Al ser salvado, cada cristiano recibe una habilitación

sobrenatural de Dios llamada don espiritual con el propósito de edificar el Cuerpo de Cristo. Comprender la naturaleza y el propósito de los dones espirituales es vital para este proceso de crecimiento.

Un don espiritual es una habilitación divina que Dios da a cada creyente con el propósito de servir a otros en la iglesia para lograr la edificación y la madurez espiritual. Los dones se describen con nueve palabras griegas diferentes y al menos dieciocho dones diferentes se mencionan por su nombre. Pablo dice que los diferentes miembros dotados deben funcionar en la iglesia como diferentes miembros del cuerpo humano: interdependientemente, de una manera especializada y, sin embargo, con unidad complementaria para el bien del todo.

Durante la mayor parte de la historia de la iglesia, los dones se dividieron en dos categorías principales: 1) los dones temporales de señales apostólicas, que incluían el apostolado, la profecía, la distinción de espíritus, las lenguas, la interpretación de lenguas, la palabra de conocimiento, la palabra de sabiduría, los milagros y las sanaciones, y 2) los dones auxiliares permanentes que incluyen el evangelismo, la enseñanza, el pastor, la exhortación, la ayuda, la misericordia, la generosidad, la fe y el liderazgo. Está claro en las Escrituras que cada creyente tiene dones y se espera que use su don en el servicio al Señor. Ningún cristiano debe estar ocioso en la iglesia. El Dios trino da los dones a los creyentes como Él quiere, de acuerdo con Su plan. Los cristianos no pueden elegir qué don quieren. Ningún cristiano tiene todos los dones, por lo tanto, todos los creyentes son vitales para traer un equilibrio saludable de ministerio a la iglesia local. Y hay grados de dones, de nuevo, según lo determinado por la distribución soberana de la fe y la capacidad sobrenatural de Dios que Él otorga a cada creyente.

Todos los creyentes están llamados a ser fieles con sus dones al máximo potencial. Somos mayordomos de nuestros dones y Dios nos pedirá cuentas de cómo los usamos y nos recompensará en consecuencia en el tribunal de Cristo. Aunque los dieciocho dones contribuyen a la edificación de la iglesia, los dones que edifican a más personas a través del ministerio de la Palabra deben ser preferidos sobre otros. Hoy en día, la enseñanza debe ser un don prominente

utilizado en cada iglesia local. Dios espera que los pastores ayuden a las ovejas de la iglesia local a identificar y emplear fielmente sus dones en amor por el bien común. Cuando los dones se usan correctamente, son más eficaces y promueven la unidad entre los creyentes.

Dios continuará usando dones espirituales para edificar Su iglesia hasta que Su Novia, el Cuerpo de Cristo, esté madura y lista para la futura cena de bodas del Cordero, cuando Cristo reciba a Su Novia en gloria celestial. Así que Cristo continuará edificando Su iglesia a medida que Él obra a través de Su pueblo por la presencia de Su Espíritu. La iglesia del siglo XXI puede estar segura de que todavía está en curso con el camino original hacia el cumplimiento de acuerdo con el plan de Dios. Como Abraham Kuyper ha observado tan conmovedoramente,

> La iglesia de hoy es la misma que en los días de los apóstoles. La vida vivida entonces es la vida que la anima ahora. A su tesorería pertenecen las ganancias de hace dos siglos, así como las que se reciben hoy. El pasado es su capital. La maravillosa y gloriosa revelación recibida por la Iglesia del primer siglo fue dada, a través de ella, a la Iglesia de todas las épocas, y todavía está vigente. Y toda la fuerza espiritual y la percepción, la gracia interior, la conciencia más clara, recibidas durante el curso de los siglos, no se pierden, sino que forman un tesoro acumulado, que aumenta aún más gracias a las siempre renovadas adiciones de dones espirituales[36].

Notas

1. Estudios exegéticos y teológicos útiles sobre los dones espirituales incluyen Robert L. Thomas, *Understanding Spiritual Gifts: A Verse-by-verse Study of 1 Corinthians 12-14 [Entendiendo los Dones Espirituales: Un Estudio Versículo por Versículo de 1 Corintios 12-14]* (Grand Rapids, MI: Kregel Publications, 1999); James F. Stizinger, «Spiritual Gifts: Definitions and Kinds» [«Dones Espirituales: Definiciones y Tipos»] *TMSJ* 14/2 (Fall 2003) pp. 143-176; Richard B. Gaffin, Jr., *Perspectives On Pentecost: New Testament Teaching On the Gifts of the Holy Spirit [Perspectivas sobre Pentecostés: La enseñanza del Nuevo Testamento sobre los dones del Espíritu Santo]* (Phillipsburg, NJ: Presbyterian & Reformed Publishing, 1979); Everett Ferguson, *The Church of Christ: A Biblical Ecclesiology for Today [La Iglesia de Cristo: Una eclesiología bíblica para hoy]* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1996), pp. 290-310; Mal Couch, Ed., *A Biblical Theology of the Church [Una teología bíblica de la iglesia]* (Grand Rapids, MI: Kregel Publications, 1999), pp. 77-95; Robert Gromacki, *The Holy Spirit: Who He Is, What He Does [El Espíritu Santo: Quién es y lo que hace]* (Nashville: Word Publishing, 1999), pp. 205-225; Thomas R. Edgar, *Miraculous Gifts: Are They for Today? [Dones milagrosos: ¿son para hoy?]* (Eugene, OR: Wipf & Stock Publishers, 2001; Henry W. Holloman, *Kregel Dictionary of the Bible and Theology* (Grand Rapids, MI: Kregel Publications, 2005), pp. 514-519; Larry D. Pettegrew, *The New Covenant Ministry of the Holy Spirit [El Ministerio del Nuevo Pacto del Espíritu Santo]* (Grand Rapids, MI: Kregel, 2001).
2. Thomas, *Spiritual Gifts [Dones espirituales]*, p. 9; No hay muchos «cesacionistas completos» bien conocidos en el mundo evangélico, es decir, aquellos que dicen que todos los dones espirituales han cesado y no son para hoy. Gene Getz se acerca cuando minimiza la importancia de los dones espirituales en su libro*, Sharpening the Focus of the Church [Afilando el enfoque de la Iglesia]*, pp. 153-165; aunque se contradice a sí mismo cuando dice que hacemos crecer la iglesia ayudando a los creyentes a desarrollar y usar sus «capacidades» (p. 111); «Capacidades» suena muy parecido a «dones». También argumenta a favor de la necesidad de «maestros», «líderes» y «pastores» (pp. 110-111) en la iglesia de hoy, Pablo claramente etiqueta a «maestros»,

«líderes» y «pastores» como dones espirituales dados a la iglesia (Ro. 12:6-8; Ef. 4:11). El difunto y poco conocido James D. Bales era, al parecer, un cesacionista completo.

3. En realidad, el primer don espiritual impartido a la iglesia por Jesús fue el don del apostolado durante su ministerio público en la tierra (Mt. 10:2; Mr. 3:14; Lc. 6:13). Así que los cuatro Evangelios tienen mucho que aportar con respecto a un don espiritual usado en la iglesia primitiva, el apostolado. Pablo dijo claramente que el apostolado era un don espiritual (1 Co. 12:28). Curiosamente, los apóstoles tenían la capacidad de profetizar, sanar, enseñar, evangelizar, pastorear, liderar, hablar en lenguas, interpretar lenguas, todo lo cual Pablo identifica como dones espirituales. Los apóstoles fueron bendecidos por Dios con muchos dones espirituales.
4. Para un estudio práctico de la importancia en la diversidad de los nueve términos griegos que Pablo usa en referencia a los dones espirituales, véase: Wayne A. Mack and David Swavely, *Life in the Father's House [La vida en la casa del Padre]* (Phillipsburg: P & R Publishing Co., 1996), pp. 118-119; Thomas, *Spiritual Gifts [Dones espirituales]*, pp. 31-33.
5. Thomas, *Spiritual Gifts [Dones espirituales]*, p. 21; Charles C. Ryrie, *Basic Theology [Teología básica]* (Chicago: Moody Press, 1999), p. 423 ss.
6. «*Variedades* enfatiza […] que ningún cristiano es una copia al carbón de otro cuando se trata de dones espirituales»; Thomas, *Spiritual Gifts [Dones espirituales]*, p. 30.
7. Para un argumento de que la «hospitalidad» es el decimonoveno don, véase: Leslie B. Flynn, *19 Gifts of the Spirit [19 dones del Espíritu Santo]* (Wheaton: SP Publications, 1994), p. 121 ss.; Norm Geisler enumera 20 al separar «ayuda» de «servir» y «liderazgo» de «administración»; *Systematic Theology In One Volume [Teología sistemática en un Volumen]* (Minneapolis, Minnesota: Bethany House, 2011), p. 1178; Gromacki dice: «Puede haber otros dones espirituales que no se mencionan por su nombre en las Escrituras»; *The Holy Spirit: Who He Is, What He Does [El Espíritu Santo: Quién es y lo que hace]* (Nashville: Word Publishing, 1999), p. 205. He desafiado a la gente durante años sobre la especulación de Gromacki aquí, preguntándoles cuando enseño: «Si hay otro don espiritual que

existe, entonces nombra uno; ¿Puedes decirme cuál es?». Parece que la gente no puede generar uno cuando se lo pregunto. Aunque una persona soltó: «¡Tejer!» y se refirió a Dorcas como el ejemplo (Hch. 9). Señalé que el texto dice que Dorcas fue elogiada por sus «buenas obras», que es el don de «servicio» o «ayuda». Y el texto no dice que tejió. Gran parte del ministerio realizado por los santos en la iglesia puede caer bajo el paraguas de «servicio» y «ayuda» porque puedes servir y ayudar de innumerables maneras. Tomás señala acertadamente: «Nadie ha sugerido jamás un don adicional del Espíritu que no esté bajo el título de uno o más de los dieciocho»; *Spiritual Gifts [Dones espirituales]*, p. 173.

8. La definición del don de profecía del Nuevo Testamento es muy debatida hoy en día entre los evangélicos. Hay dos campos principales: 1) los que dicen que es de la misma naturaleza que la profecía del Antiguo Testamento; y 2) los que dicen que es distinto de la profecía del Antiguo Testamento. El campo 1) también tiene divisiones, a saber: a) los que dicen que la profecía siempre implica una nueva revelación divina [John Stott, Robert Thomas, Robert Gromacki, etc.] y b) los que dicen que existe en dos formas: algunas como nueva revelación y el don de profecía después de los apóstoles que no es revelación divina sino que implica predicar y enseñar revelación que ya había sido dada; en este caso, la profecía es solo enseñar la Biblia, «predicar» en lugar de «predecir» [John MacArthur, *1 Corinthians TMNTC [Comentario MacArthur del NT: 1 Corintios]* (Chicago: Moody Press, 1984), p. 303; Anthony C. Thiseleton, *The Holy Spirit In Biblical Teaching Through the Centuries and Today [El Espíritu Santo en la enseñanza bíblica a través de los siglos y hoy]* (Grand Rapids, MI: Eerdmans Publishing, 2013), p. 489; J. Rodman Williams, *Renewal Theology: The Church, the Kingdom and the Last Things [Teología de la renovación: La Iglesia, el Reino y las Últimas Cosas]* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1992), p. 174]. Camp 2) la gente dice que la profecía incluye la revelación divina o que puede implicar solo la proclamación de la Biblia, y de cualquier manera la profecía del Nuevo Testamento es propensa al error, a diferencia de la profecía del Antiguo Testamento. Argumentan que los profetas legítimos de hoy cometen errores y equivocaciones en sus profecías. Este

es un punto de vista sin precedentes en la historia de la iglesia, pero que está aumentando en popularidad hoy en día; para obtener más información, consulte *Are Miraculous Gifts for Today? [¿Son los dones milagrosos para hoy?]*, Wayne Grudem, Gen. Ed. (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1996). Camp 2) es un punto de vista popular entre los pentecostales, carismáticos y no cesacionistas [i.e., Wayne Grudem, Sam Storms, John Piper, etc.]. Para una de las mejores y sobrias defensas de la visión bíblica tradicional de la profecía, que siempre es una nueva revelación, y siempre sin error, véase F. David Farnell, «The Gift of Prophecy in the New Testament» [«El don de profecía en el Nuevo Testamento»] *MSJ* 25/2 (Fall 2014), pp. 45-62.

9. Desde la década de 1960, hablar en lenguas se ha convertido en una fuente de división en la iglesia evangélica. Irónicamente, el mal y malentendido uso de las lenguas fue la fuente de la división hace 2,000 años en la asamblea de Corinto. Pablo escribió su epístola para abordar ese problema. Los principios que Pablo dio a los creyentes corintios de entonces todavía se aplican hoy en día y ponerlos en práctica resultaría eficaz. Las lenguas se describen en el libro de los Hechos, comenzando en el capítulo 2 y explicadas en 1 Corintios 12-14. Los principios resumidos de esos capítulos presentan las siguientes consideraciones sobre el manejo del debate sobre las lenguas modernas:

a) las lenguas (*glōssa* y *dialektō*) en la Biblia se referían a lenguajes humanos reales y conocidas, no a galimatías incomprensibles o balbuceos sin sentido;
b) Pablo habló en lenguas;
c) las lenguas eran para funcionar como señal;
d) las lenguas eran para uso público, no para la autoedificación privada;
e) no más de 2 o 3 personas debían hablar en lenguas en la iglesia;
f) si no había intérprete, entonces no se debía emplear lenguas;
g) las lenguas no era un lenguaje privado de oración;
h) las lenguas en Hechos 2 eran lo mismo que en 1 Corintios: no hay dos clases diferentes de lenguas;
i) no todos los cristianos tenían el don de lenguas;
j) las lenguas debían hacerse decentemente y en orden;
k) las lenguas no son una lengua angélica desconocida;

l) las lenguas son inferiores a la profecía;
m) la edificación pública de la Palabra de Dios debe ser preferida a las lenguas;
n) cuando se interpretaban las lenguas, era el equivalente de la profecía;
o) las lenguas eran un medio de revelación nueva y divina;
p) a los cristianos nunca se les ordena orar en lenguas. Jesús enseñó a los creyentes a orar (Mt. 6) y les dijo que oraran en un lenguaje normal;
q) cuando las lenguas se empleaban bíblicamente, edificaban, no dividían a los cristianos;
r) el uso de las lenguas estaba bajo el control y la disciplina del hablante de lenguas;
s) Pablo predijo que «cesarán las lenguas» (13:8), la historia de la iglesia corrobora que así fue;
t) las lenguas no son el equivalente a ser «lleno del Espíritu» o ser «bautizado en el Espíritu»;
u) las lenguas no son la señal validadora o la evidencia de la regeneración; las buenas obras y la sana doctrina personal sí lo son;
v) Las historias de terceros y los rumores acerca de los misioneros modernos que supuestamente experimentan el hablar en lenguas en el campo no son una base legítima para desarrollar una teología sobre las lenguas: la Biblia por sí sola es suficiente para hacer tales determinaciones.

10. Holloman, *Dictionary of the Bible [Diccionario de la Biblia]*, pp. 515-17; Couch, *Biblical Theology [Teología bíblica]*, p. 82.
11. Thomas, *Spiritual Gifts [Dones espirituales]*, pp. 173-204. Para otras dos divisiones sugeridas, véase Pettigrew, *New Covenant Ministry [Ministerio del Nuevo Pacto]*, pp. 160-161.
12. Los primeros en afirmar que los dones de señales eran normativos fueron los grupos cultistas marginales a principios de 1900; luego sus puntos de vista aberrantes fueron normalizados poco después por el movimiento pentecostal; en la década de 1960, el creciente movimiento carismático comenzó a filtrarse en la corriente principal del evangelicalismo. Ahora, en el siglo XXI, parece que uno está en minoría por creer que los dones de señales eran temporales

y solo para la iglesia del primer siglo. Sin embargo, ese punto de vista minoritario es el punto de vista de este libro. Para un estudio exhaustivo de los orígenes del movimiento carismático y de las lenguas moderno, véase John MacArthur, *Strange Fire: The Danger of Offending the Holy Spirit with Counterfeit Worship [Fuego extraño: El peligro de ofender al Espíritu Santo con adoración falsa]* (Nashville: Nelson Books, 2013).

13. Para un análisis sobre la naturaleza temporal de ciertos dones, véase: Kenneth K. Kilinski y Jerry C. Wofford, *Organization and Leadership In the Local Church [Organización y liderazgo en la iglesia local]* (Grand Rapids: Zondervan, 1973), pp. 48-49; John F. MacArthur, *Charismatic Chaos [Caos carismático]* (Grand Rapids: Zondervan, 1992), pp. 281-286; Robert L. Saucy, *The Church In God's Program [La iglesia en el programa de Dios]* (Chicago: Moody Press, 1972), pp. 132-136; B. F. Cate, *The Nine Gifts of the Spirit are not in the Church Today [Los nueve dones del Espíritu no están en la iglesia hoy]* (Des Plaines: Regular Baptist Press, 1956), pp. 9-12; Larry D. Pettegrew, *The New Covenant Ministry of the Holy Spirit [El ministerio del Nuevo Pacto del Espíritu Santo]* (Grand Rapids: Regel, 2001), pp. 155-187.
14. Para un breve estudio bíblico sobre el cese del don del «apostolado», véase: Leslie B. Flynn, *19 Gifts of the Spirit [19 dones del Espíritu]* (Wheaton: SP Publications, 1994), pp 46-47.
15. Thomas, *Spiritual Gifts [Dones espirituales],* p. 32.
16. Ibíd, pp. 53-59.
17. Earl D. Radmacher, *The Nature of the Church [La naturaleza de la iglesia]* (Hayesville, NC: Schoettle Publishing Co., 1996), p. 352.
18. John Owen, *The Holy Spirit: His Gifts and Power [El Espíritu Santo: Sus dones y poder]* (Grand Rapids, MI: Kregel, 1977), pp. 112, 116.
19. Thomas, *Spiritual Gifts [Dones espirituales]*, p. 50.
20. Este era el problema de los corintios y Pablo los reprendió por ello; este problema está muy extendido en los movimientos pentecostales y carismáticos; para un ejemplo desde una perspectiva pentecostal sobre este asunto, véase: Dennis y Rita Bennet*, The Holy Spirit and You [El Espíritu Santo y tú]* (Plainfield: Logos International, 1971), pp. 56-77.
21. For a helpful overview of the commonly disputed passages relative to the issue of speaking in tongues, véase: Robert

Gromacki, *The Modern Tongues Movement [El movimiento moderno de las lenguas]* (Phillipsburg: P & R Publishing Co., 1967), p. 54 ss.; MacArthur, *Charismatic Chaos [Caos carismático]*, pp. 116-126; Frederick Dale Bruner, *A Theology of the Holy Spirit [Una teología del Espíritu Santo]* (Grand Rapids, Eerdmans, 1970), pp. 76-82.

22. Thomas, pp. 86-87. Para una interpretación opuesta del mismo pasaje, véase: Gordon Fee, *The First Epistle to the Corinthians [La primera epístola a los corintios],* en NICNT, F. F. Bruce, Gen. Ed. (Grand Rapids: Eerdmans, 1987), pp. 622-623.
23. Algunos de estos maestros incluyen a John Wimber, Jack Hayford, Jim Cymbala, Peter Wagner, por nombrar algunos. La mayoría de los pentecostales y carismáticos dirían que todos los cristianos deberían o tienen la capacidad de hablar en lenguas.
24. Gromacki, *The Holy Spirit [El Espíritu Santo]*, p. 206.
25. Thomas, pp. 57-58.
26. Charles Hodge, *Commentary on the Epistle to the Ephesians [Comentario de la epístola a los efesios]* (Grand Rapids: Eerdmans, 1994), p. 228.
27. Para una discusión útil sobre la tendencia a lo largo de la historia de la iglesia a dicotomizar ilegítimamente las responsabilidades ministeriales entre «clero» y «laico», véase: Kenneth Gangel, *Leadership Handbook of Management and Administration [Manual de Liderazgo de Gestión y Administración]*, James D. Berkley, Gen. Ed. (Grand Rapids: Baker Book House Co., 1991), pp. 267-274; pp. 1-15; Dave Hunt, *Whatever Happened to Heaven?[¿Qué pasó con el cielo?]* (Eugene: Harvest House Publishers, 1988), p. 123 ss.; Dave Hunt, *A Woman Rides the Beast [Una mujer monta la bestia]* (Eugene: Harvest House Publishers, 1994), p. 152 ss.
28. Para una advertencia práctica en contra de que el liderazgo de la iglesia sofoque el servicio de los santos, véase: Donald J. MacNair, *The Practices of a Healthy Church [Las prácticas de una iglesia saludable]* (Phillipsburg: P & R Publishing, 1991), pp. 108-117; Frank R. Tillapaugh, *Unleashing the Church [Desatando la iglesia]* (Ventura: GL Publications, 1982), p. 101 ss.; Ronald M. Enroth, *Churches that Abuse [Iglesias que abusan]* (Grand Rapids: Zondervan, 1992), pp. 189-206.

29. Para una «teología del servicio» relativa a los dones, para que los pastores estén al tanto, véase: Bruce P. Powers, *Church Administration Handbook [Manual de Administración de la Iglesia]* (Nashville: B & H Publishers, 1997), pp. 235-248.
30. Contrario a Getz, que dice que cuando los cristianos no pueden reconocer sus dones individuales, entonces «los cristianos no deben preocuparse»; Gene A Getz, *Sharpening the Focus of the Church [Afilando el enfoque de la iglesia]* (Chicago: Moody Press, 1974), p. 117.
31. Jay E. Adams, *Shepherding God's Flock [Pastoreando el rebaño]* (Grand Rapids: Zondervan, 1975), p. 340.
32. Para ver ejemplos bíblicos que delinean el *modus operandi* de Jesús en el modelo de discipulado, véase lo siguiente: Adams, pp. 404-408; Kilinski y Wofford, *Organization and Leadership in the Local Church*, *[Organización y liderazgo en la iglesia local]* pp. 65-66; George Zemek, *Rediscovering Pastoral Ministry,* Gen. Ed. John F. MacArthur, Jr. (Dallas: Word, 1995), p. 267 ss.
33. Thomas, p. 70.
34. Para una exposición bíblica de algunos maestros contemporáneos en el movimiento de la Palabra de Fe, véase: MacArthur, *Charismatic Chaos [Caos carismático]*, p. 322 ss.; Hank Hanegraaff, *Christianity in Crisis [Cristianismo en crisis]* (Eugene: Harvest House, 1993), pp. 61-102. Tristemente, este es el énfasis de los maestros heterodoxos y altamente populares, Joel Osteen y Joyce Meyer.
35. Bruner, *Theology of the Holy Spirit [Teología del Espíritu Santo]*, p. 145.
36. Abraham Kuyper, *The Work of the Holy Spirit [La obra del Espíritu Santo]* (Grand Rapids: Eerdmans, 1975), p. 186.

8

LOS MINISTERIOS EN LA IGLESIA:

Cumpliendo las prioridades bíblicas

En un capítulo anterior vimos lo que la Biblia dice sobre la misión de la iglesia. Este capítulo aborda los ministerios que Dios usa en la iglesia para cumplir esa misión. Con el fin de cumplir con la misión de la iglesia —exaltación, edificación y evangelización— hablando en términos prácticos, la iglesia necesita estar haciendo los ministerios correctos. Pero, ¿cuáles son los ministerios que una iglesia debe hacer para cumplir la misión de la iglesia? Esta es otra área en la que abunda la confusión entre las iglesias de hoy. No todas las iglesias están de acuerdo en cuáles deben ser los ministerios principales de una iglesia.

Desde que estoy en mi iglesia actual, he tenido creyentes que me han dado innumerables sugerencias de lo que debería estar haciendo como pastor o ideas ministeriales de lo que deberíamos estar haciendo como iglesia que están en conflicto con la descripción bíblica de mi trabajo. Algunos me han dicho que tengo que abrir un comedor de beneficencia para las personas sin hogar de la zona. Una persona me

dijo que tenía que poner un puesto de limonada para recaudar dinero para los jóvenes necesitados. Otros me han dicho que no necesito enseñar la Biblia a los cristianos todos los domingos, sino que debería organizar varios estudios bíblicos en casas los domingos para los incrédulos. Algunos han sugerido que nos tomemos los domingos libres regularmente para no adorar como un cuerpo de iglesia, sino que salgamos a la comunidad en domingos seleccionados y rastrillemos las hojas de los vecinos, arranquemos las malas hierbas, pintemos cercas, llenemos baches y varios otros proyectos de servicio en el vecindario. Además, hay un gran impulso por parte de muchas iglesias aquí en el norte de California que piden a todas las iglesias que «se vuelvan ecológicas» y que hagamos lo que podamos para salvar el medio ambiente, erradicar la pobreza, marcar el comienzo de la reconciliación racial y establecer la igualdad económica para todos. Otros insisten en danzarines litúrgicos, en un ministerio terapéutico de títeres, o emplear el arte espiritual, como una iglesia que tiene en su página web:

> *¿Arte en la iglesia? Sí. No como la Capilla Sixtina (aunque eso sería genial). Pero como ilustrar con acrílicos cómo nuestras vidas son diferentes con Cristo en ellas, o usar una cámara para fotografiar a personas que se ofrecen como voluntarias en una clínica de SIDA. Algunas ideas se comunican mejor visualmente, y es por eso que existe la Comunidad de Artistas […] ¡Utilizamos todo tipo de medios! Lo que sea, lo incluimos. Y descubrimos que a veces la creatividad puede ser solo ideas, diferentes puntos de vista y simplemente ser parte del proceso de colaboración.*

Ninguna de las sugerencias anteriores eran prioridades ministeriales de Jesús, los apóstoles o la iglesia del Nuevo Testamento. Ninguna de esas sugerencias está guiada por el evangelio. Hay muchas causas innovadoras, provocativas, filantrópicas y orientadas al servicio que podrían distraer a la iglesia de su misión. Pero la iglesia no está llamada a marcar el comienzo de la paz mundial, a erradicar la pobreza, a garantizar la reforma de la educación pública, a patrocinar plataformas

políticas, a salvar el medio ambiente, a apoderarse de la ingeniería social o a entretener a las masas.

Los imperativos bíblicos para la iglesia de *lo que* debemos estar haciendo están claramente dados en el Nuevo Testamento. El Nuevo Testamento no es tan prescriptivo de *cómo* debemos hacer algunos elementos del ministerio. Por ejemplo, en ninguna parte de la Biblia se dice cuánto tiempo debe durar un sermón, o si debemos sentarnos en sillas, bancos o en el suelo. ¿Debe un predicador usar una túnica larga los domingos? Martyn Lloyd-Jones dice: «¡Sí!» y yo digo: «No». No creo que importe. La Biblia no se preocupa tanto por las formas externas como lo hace por los deberes, el contenido, las actitudes de la gente y otros asuntos claramente delineados en relación con la adoración[1].

Este capítulo busca dar una visión general de seis ministerios prioritarios que Dios ha llamado a la iglesia a realizar para cumplir Su misión divina. Esas prioridades incluyen la adoración congregacional a Dios, el ministerio de la Palabra, la oración, las ordenanzas de la iglesia, la disciplina de la iglesia y el discipulado. Una iglesia sana, obediente y guiada bíblicamente en el siglo XXI hará bien en convertirlos en una prioridad[2].

Adoración congregacional a Dios

Es lo que Dios quiere

Una iglesia sana existe para adorar a Dios. Esto es lo que Dios quiere y desea. Jesús dijo: «los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque ciertamente a los tales el Padre busca que lo adoren» (Jn. 4:23). Dios es el verdadero buscador, y la iglesia necesita ser sensible a lo que Él quiere. Y lo que Él quiere es adoración pura e inmaculada. Esta era la preocupación de la iglesia primitiva. Regularmente, se reunían para alabar a Dios (Hch. 2:47). Hebreos ordenó que la iglesia ofrezca «continuamente mediante Él, sacrificio de alabanza a Dios, es decir, el fruto de labios que confiesan Su nombre» (13:15). Ese debe ser el enfoque de la iglesia hoy. La iglesia no es un club de campo, una fraternidad, un bar social o una célula activista. La iglesia es «la casa de Dios […] columna y sostén de la verdad» (1 Ti. 3:15), y la gloria de Dios debe ser preeminente en todo.

Es el modelo del Nuevo Testamento

Tal adoración debe ocurrir regularmente en el contexto de la comunidad formal cuando los santos se reúnen. Hebreos 10:24-25 ordena explícitamente a los cristianos que no abandonen la asamblea, lo que significa que está mal abandonar la adoración congregacional. Desafortunadamente, este es de hecho un hábito para muchos cristianos hoy en día. Los líderes de la iglesia deben ser conscientes de esto y, si es útil, incluso mantener la asistencia para darle un mejor seguimiento del rebaño (1 Pe. 5:2). Hay cristianos hoy día que abogan por la abolición del modelo histórico de las grandes reuniones generales de iglesias a favor de un nuevo modelo parroquial llamado «iglesias en casa» o «células[3]».

Enfatizan la intimidad de pequeños grupos de no más de doce, donde supuestamente se puede alcanzar una mayor profundidad espiritual. Pero este no es el modelo bíblico. Lo grande no siempre es necesariamente malo. Desde sus inicios, la iglesia se reunía regularmente para adorar y tener comunión en grupos grandes. En el día de Pentecostés había al menos 120 personas juntas (Hch. 1:15). Y ese número rápidamente se multiplicó a miles (Hch. 2:41; 4:4)[4]. La Primera Iglesia de Jerusalén fue una megaiglesia instantánea.

La Biblia claramente ordena a todos los creyentes que se reúnan regularmente como un cuerpo en general para adorar (1 Co. 11:20; 14:23-25; He. 10:23-25). Esta práctica de reunión formal para adorar a Dios tiene sus raíces en el Antiguo Testamento. Moisés rutinariamente «reunió a toda la congregación de los israelitas» para los tiempos formales de adoración (Éx. 35:1). Josué reunió a toda la congregación de Israel cuando «se presentaron delante de Dios» (Jos. 24:1). Samuel reunió a todo el pueblo «delante del SEÑOR» en Mizpa (1 Sm. 10:17). Salomón reunió a «toda la congregación de Israel» ante el arca para adorar a Dios (1 Re. 8). Esdras reunió a todo el pueblo para la adoración formal. «Entonces el sacerdote Esdras trajo la ley delante de la asamblea de hombres y mujeres y de todos los que podían entender lo que oían […] Entonces Esdras bendijo al SEÑOR, el gran Dios. Y todo el pueblo respondió: «¡Amén, Amén!», mientras alzaban las

manos. Después se postraron y adoraron al SEÑOR rostro en tierra» (Neh. 8:2, 6). Jesús mismo participó y con frecuencia dirigió los tiempos formales de adoración en la asamblea pública (Lc. 4:16) con multitudes masivas, que se contaban por decenas de miles (Mt. 14:14 ss.).

La adoración congregacional de los santos es la práctica actual en el cielo, donde innumerables multitudes de ángeles y santos se reúnen alrededor del trono de Dios para adorarlo (Ap. 5:11-14). De hecho, al mirar todos los pasajes de la Biblia de adoración que se llevan a cabo en el cielo, todo parece estar sucediendo en grupos grandes, no hay grupos pequeños en el cielo. Al menos, no veo ninguno descrito. Y, además, por toda la eternidad será común en el cielo que Dios sea adorado por los santos y ángeles en grandes y masivas reuniones congregacionales. Las naciones de los redimidos vendrán ante Su trono para darle la adoración que se le debe (Ap. 21:22-27). Así que la adoración congregacional a Dios es fundamental para el plan de Dios, en el Antiguo Testamento, en la iglesia primitiva, en la tierra ahora, en el cielo y por toda la eternidad.

Tiene beneficios únicos

La adoración corporativa no es la única forma de adorar, pero tiene sus beneficios únicos. Permite que todo el cuerpo adore a Dios al mismo tiempo, lo que promueve la unidad y la plenitud y acentúa la interdependencia dentro del cuerpo. Es el momento en que todas las personas escuchan la misma verdad predicada, lo que permite que su pensamiento se enfoque en la verdad bíblica de manera agregada. La afinidad de toda la Iglesia en el pensamiento sobre la doctrina bíblica básica es fundamental para todos los demás ministerios, así como una forma clave de preservar y promover la unidad espiritual.

La adoración congregacional también resalta el hecho de que la iglesia es una familia, con muchos miembros. Literalmente ilustra que la iglesia es un templo, con muchas piedras. Muestra el hecho de que la iglesia es un cuerpo con muchas partes. También permite que el Espíritu manifieste Su presencia de una manera única a través de la morada colectiva, solidificando una conciencia colectiva y un

entendimiento mutuo de la verdad de Dios. La iglesia es un cuerpo, y el cuerpo necesita ser reunido *en masa de* manera regular para estimular el crecimiento y la salud. Si tienes agorafobia, lo pasarás mal en el cielo por toda la eternidad.

El Ministerio de la Palabra

Además de la adoración congregacional, el ministerio de la Palabra de Dios (o la enseñanza de la Biblia) es una prioridad de la iglesia. Y se implementa a través de la predicación, la enseñanza (a grupos grandes, grupos pequeños e individuos) y la consejería individual. Los tres tienen un papel importante en desplegar la revelación de Dios al ser impartida a Su pueblo.

Predicación

La proclamación pública de la Biblia a través de la predicación es una obra única y primordial de la iglesia. Este ministerio hacia los hombres precede a todos los demás, porque define, impulsa y dicta a todos ellos. Dios habla a Su iglesia a través de Su Palabra, y Él habla de una manera única cuando Su Palabra es predicada. La predicación es el modo de comunicación eterno y trascendente que Dios ha ordenado mediante el cual se comunica con la humanidad. Nada cambiará eso —ni la industrialización, ni la tecnología informática, ni los avances científicos, ni siquiera los períodos de atención más cortos de los ocupantes adormecidos en la mente de la era de las microondas en la que vivimos— nada. En un futuro aún lejano, cuando se hayan producido avances tecnológicos aún mayores, Dios se comunicará con el mundo, no a través de presentaciones de video en 3D de realidad virtual u hologramas de ciencia ficción, sino a través de la eficacia probada por el tiempo de la buena predicación a la antigua. Los dos testigos lo harán a tiempo completo durante cuarenta y dos meses durante la Gran Tribulación que aún está por venir (Ap. 11:3). Y a través de la predicación, Dios cumplirá Su voluntad.

Noé fue un «predicador de justicia» hace 4,500 años (2 Pe. 2:5). Todos los profetas del Antiguo Testamento eran predicadores (Lc. 9:2). Juan el Bautista era un predicador (Mt. 3:1). Los doce apóstoles

eran predicadores. Jesús «les ordenó que predicaran al pueblo» (Hch. 10:42). En Hechos 6, los apóstoles nombraron siervos para atender los asuntos físicos de la iglesia para que pudieran no distraerse en su llamado a ser predicadores. Pablo era un predicador. Fue «constituido predicador» (1 Ti. 2:7; 2 Ti. 1:11). Él dijo: «Cristo no me envió a bautizar, sino a predicar» (1 Co. 1:17). Y Pablo le ordenó al pastor Timoteo: «Predica la palabra. Insiste a tiempo *y* fuera de tiempo. Amonesta, reprende, exhorta con mucha paciencia e instrucción» (2 Ti. 4:1-2). Felipe «anunció el evangelio de Jesús» (Hch. 8:35).

Jesús mismo fue un predicador (Mr. 1:14). Eso es lo que hizo; ¡Por eso vino! En Lucas 4:43-44 Jesús dijo: «"También a las otras ciudades debo anunciar las buenas nuevas del reino de Dios, porque para esto Yo he sido enviado". Y predicaba en las sinagogas de los judíos». Cuando Jesús quiso resumir la esencia de su ministerio a los discípulos de Juan el Bautista, Jesús dijo que se entregó plenamente a la tarea de predicar hasta el punto de que «a los pobres se les anuncia el evangelio» (Mt. 11:5).

De hecho, hay un fuerte impulso en muchos sectores evangélicos para minimizar el ministerio de la predicación en las iglesias, desde aquellos que tratan de «bajar el tono», o acortar drásticamente los sermones, hasta aquellos que quieren suplantar el sermón con charlas, conversaciones, diálogos, parodias, lecturas poéticas, videos y presentaciones teatrales. Pero si alguna iglesia hoy en día quiere ser como Jesús y los apóstoles y hacer lo que Jesús haría, y realmente hacer lo que Jesús hizo, entonces será mejor que hagan de la predicación de la Biblia una prioridad en la iglesia. La iglesia fue comisionada por Cristo para «predicar» el evangelio a todo el mundo (Mt. 24:14). Esa orden no ha sido renegada. Sofocar la primacía de la predicación con ideas novedosas y trucos para entretener a la gente con la esperanza de hacer crecer la iglesia es ilegítimo y vergonzoso. Dios ha prometido cambiar la vida de las personas a través de la Palabra predicada. «Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios por medio de su propia sabiduría, agradó a Dios mediante la necedad de la predicación salvar a los que creen» (1 Co. 1:21; cfr. Ro. 1:16). Dios sabe

muy bien que muchos menospreciarán la eficacia de la predicación e incluso la llamarán insensata. Sin embargo, la predicación es un modo primario de cómo Dios elige salvar a las personas (cfr. Ro. 10:13-14).

La predicación[5] tiene que ser expositiva; es decir, el texto de la Biblia debe dictar el tema que se va a discutir. En la raíz de la palabra «expositiva» está la palabra «exponer». La predicación expositiva debe exponer el significado inherente del texto bíblico.

La predicación debe ser sistemática, lo que implica dar una imagen completa de lo que Dios tiene que decir sobre cualquier tema. Toda doctrina necesita estar completamente informada y equilibrada por todo lo que las Escrituras tienen que decir sobre cualquier tema dado.

La predicación tiene que ser autoritativa, porque el predicador habla las palabras poderosas de Dios. La Biblia tiene una autoridad inherente. Lo que dice la Escritura, Dios lo dice, porque la Escritura es el aliento mismo de Dios; los pensamientos de Dios escritos para siempre (2 Ti. 3:16). Cuando el predicador habla las Escrituras, puede tener la confianza de que está haciendo eco de las palabras de Dios.

La predicación debe ser comprensiva, lo que implica declarar todo el consejo de Dios (Hch. 20:27). Los pastores deben enseñar libros enteros consecutivamente para dar una visión general de la verdad de Dios. Y no hay que descuidar ningún libro. Apocalipsis y Juan 3 son tan importantes y relevantes para la iglesia como los Evangelios y las epístolas de Pablo. No deben descuidarse por miedo, confusión, pereza o preferencia. La predicación también debe estar centrada en Cristo. Felipe «predicó a Jesús» al eunuco etíope, lo que resultó en su salvación (Hch. 8:35). Pablo dijo que él era un ministro del «nuevo pacto» (2 Co. 3:6), por lo tanto, la predicación en las iglesias de hoy necesita enfatizar el Nuevo Testamento. Jesús es el cumplimiento de todo el Antiguo Testamento, por lo que toda predicación debe culminar en Su persona y obra. Jesús dio el ejemplo cuando enseñó a través del Pentateuco y de todos los profetas, explicándoles «lo referente a Él en todas las Escrituras» (Lc. 24:27).

Enseñanza

La enseñanza es el segundo componente del «ministerio de la palabra»

(Hch. 6:4). Mientras que la predicación es principalmente un medio de comunicación declarativo y unidireccional, la enseñanza tiende a ser más interactiva[6]. Como tal, se presta mejor a grupos más pequeños de personas que la predicación. Pero sigue siendo la dispensación y difusión de la verdad de Dios y es una prioridad para la iglesia. La enseñanza está en el corazón de la Gran Comisión que Jesús le dio a la iglesia (Mt. 28:19-20), por lo que es esencial para el proceso de hacer discípulos. Jesús fue un maestro, al igual que los apóstoles y Pablo. Los maestros fueron dados a la iglesia como dones para la edificación del cuerpo (Ef. 4:11-12). Se requiere que los ancianos en la iglesia tengan la capacidad de enseñar (1 Ti. 3:2). La enseñanza es un ministerio primordial en la iglesia.

En el Nuevo Testamento, la enseñanza no solo ocurría en el aula formal. De hecho, esa es la excepción[7]. Sucedió públicamente (Hch. 20:20), de casa en casa (Hch. 20:20), en los campos de trigo (Mt. 12:1), en los tiempos de comidas (Mt. 26:20), en un monte (Mt. 5:1), en una barca (Lc. 5:1-5), en un camino (Lc. 24:13), en las aldeas (Mr. 6:6), junto al mar (Mt. 4:13, 18), en un pozo (Jn. 4), junto a una higuera (Mt. 21:19) y en muchos otros contextos.

El contenido de lo que se debe enseñar en la iglesia es la Biblia. Lo que era cierto acerca de la predicación también es cierto acerca de la enseñanza. Y a través de la enseñanza bíblica fiel, informada y llena de oración, Dios usará Sus palabras para cambiar vidas[8].

Consejería bíblica

La tercera manifestación del «ministerio de la palabra» es la consejería. Esto es enseñar la Biblia a nivel individual. La consejería es impartir sabiduría bíblica a las personas con problemas. La consejería implica dar una visión bíblica a las personas que necesitan atención especial en áreas de la vida práctica que a menudo resultan de la ignorancia, la inmadurez, el pensamiento erróneo o incluso los patrones de comportamiento pecaminoso de larga duración que se han desarrollado con el tiempo. Así que la consejería bíblica es una especialización personalizada del «ministerio de la Palabra».

La consejería bíblica del Nuevo Testamento tiene sus raíces en el

Antiguo Testamento, así como en el carácter mismo de Dios. Los principios de la consejería son abundantes en el libro de Proverbios: «Sin consulta, los planes se frustran, pero con muchos consejeros, triunfan» (15:22). La práctica de aconsejar se ilustra en muchos lugares del Antiguo Testamento, un ejemplo clásico es en los días de Moisés en la época del Éxodo. Cuando Moisés estaba siendo abrumado en el desierto mientras trataba de microgestionar a dos millones de personas, él se benefició del consejo sabio, práctico y piadoso que le dio su suegro. Moisés estaba tratando de resolver todas las disputas por sí mismo. Eso fue erróneo y estúpido. Y un consejero bíblico lo confrontó al respecto:

> El suegro de Moisés le dijo: «No está bien lo que haces. Con seguridad desfallecerás tú, y también este pueblo que está contigo, porque el trabajo es demasiado pesado para ti. No puedes hacerlo tú solo. Ahora, escúchame. Yo te aconsejaré, y Dios estará contigo. Sé tú el representante del pueblo delante de Dios, y somete los asuntos a Dios. Entonces enséñales los estatutos y las leyes, y hazles saber el camino en que deben andar y la obra que han de realizar. Además, escogerás de entre todo el pueblo hombres capaces, temerosos de Dios, hombres veraces que aborrezcan las ganancias deshonestas, y los pondrás sobre el pueblo como jefes de mil, de cien, de cincuenta y de diez. Que sean ellos los que juzguen al pueblo en todo tiempo. Que traigan a ti todo pleito grave, pero que ellos juzguen todo pleito sencillo. Así será más fácil para ti, y ellos llevarán la carga contigo. Si haces esto y Dios te lo manda, tú podrás resistir y todo este pueblo por su parte irá en paz a su lugar». Moisés escuchó a su suegro, e hizo todo lo que él había dicho. Y escogió Moisés hombres capaces de entre todo Israel, y los puso por cabezas del pueblo, como jefes de mil, de cien, de cincuenta y de diez. Ellos juzgaban al pueblo en todo tiempo. El pleito difícil lo traían a Moisés, pero todo pleito sencillo lo juzgaban ellos (Éx.18:17-26).

Moisés tenía un problema práctico; su forma de pensar estaba equivocada, y su conducta siguió el ejemplo. Alguien sabio e informado de los detalles de la situación diagnosticó específicamente el problema y ofreció una solución bíblica práctica. Moisés, siendo el hombre humilde que era (Nm. 12:3), aceptó la amonestación e implementó el consejo dado por Dios, lo que resultó en un pensamiento diferente, un comportamiento corregido y la bendición de Dios. Esa es la consejería bíblica en acción.

La consejería bíblica es modelada mejor por el Dios Trino. Dios el Padre es la fuente de todo sabio consejo: «En Él están la sabiduría y el poder, y el consejo y el entendimiento son Suyos» (Job 12:13). Jesús es el «Admirable Consejero» (Is. 9:6). El Espíritu Santo es «el Espíritu del SEÑOR […] Espíritu de sabiduría y de inteligencia, Espíritu de consejo y de poder, Espíritu de conocimiento y de temor del SEÑOR» (Is. 11:2). El Dios Trino hace posible el consejo.

En el Nuevo Testamento, se espera que todos los creyentes participen en la consejería bíblica en algún nivel. Pablo dijo lo siguiente a los cristianos de Roma: «yo mismo estoy también convencido de que ustedes están llenos de bondad, llenos de todo conocimiento y capaces[9] también de amonestarse los unos a los otros» (15:14).

La consejería es uno de los muchos imperativos de «unos a otros» en el Nuevo Testamento dados a todos los cristianos. En Romanos 15 se ordena a todos los cristianos que «se amonesten unos a otros» o se «aconsejen» unos a otros. La palabra «amonestar» es una palabra clave cuando se define la consejería bíblica. Con respecto al significado de este término, Jay Adams ofrece una definición útil para la consejería bíblica basada en la verdad de Romanos:

> Las Escrituras hablan de consejería bajo el término griego *nouthesia* («confrontación nutética»). La palabra del Nuevo Testamento es intraducible ya que no hay un equivalente en español lo suficientemente grande como para transportar toda la carga que lleva. *Nouthesia* incorpora tres ideas:

1. Hay algo malo en el aconsejado (pecado) que Dios dice que debe ser cambiado.

2. El consejero busca efectuar ese cambio mediante una confrontación bíblicamente apropiada.

3. El cambio se intenta hacer en beneficio del aconsejado.

> … El sustantivo griego *nouthesia* y el verbo *noutheteo* se usan en el Nuevo Testamento para denotar una confrontación verbal en la que el cambio en las creencias, actitudes y comportamiento se produce mediante el uso práctico de las Escrituras para honrar a Dios y bendecir al que es confrontado. En pocas palabras, es un *cambio* bíblico producido por la *confrontación* que viene de una *preocupación*[10].

Colosenses 3:16 también ordena a los cristianos que participen regularmente en amonestarse unos a otros.

La consejería bíblica, al igual que la predicación y la enseñanza, es comunicación verbal. Es revelar y aplicar la Palabra de Dios de maneras que las personas puedan asimilar las verdades de las Escrituras en sus propias vidas para hacer frente a problemas específicos. La consejería bíblica tiene muchos fundamentos bíblicos presuposicionales. Toma en serio los mandamientos de la Biblia como «hablar la verdad en amor» (Ef. 4:15); «Si tu hermano peca, repréndelo; y si se arrepiente, perdónalo» (Lc. 17:3); «conocerán la verdad, y la verdad los hará libres» (Jn. 8:32); «exhórtense los unos a los otros» (He. 3:13). La consejería bíblica cree que los cristianos pueden cambiar debido al Espíritu Santo que mora en cada creyente (2 Co. 5:17; Ro. 8:9). La consejería bíblica cree que el pecado necesita ser confrontado de frente. La consejería bíblica busca dar esperanza. La consejería bíblica cree en la eficacia de la oración y en el poder inherente de la

Palabra de Dios. La consejería bíblica sigue a Jesús (Lc. 10:41-42) y a los apóstoles como modelos y a la Biblia como el manual para su implementación. La consejería bíblica no es escuchar pasivamente —los cristianos no son espejos ni cajas de resonancia—. La consejería bíblica no teme a las situaciones de confrontación. La consejería bíblica es un ministerio indispensable para la iglesia local.

Se espera que todos los cristianos participen en la consejería bíblica en algún nivel, pero también hay consejeros bíblicos especializados a quienes Dios ha dotado de una manera única para este ministerio: Dios les da a algunos creyentes el don de «consejería» o el don de «exhortación» (Ro. 12:8). La palabra griega aquí es *parakaleō*. John Stott explica convincentemente:

> *Parakaleō* es un verbo con un amplio espectro de significados, que van desde animar y exhortar hasta confortar, conciliar o consolar. Este don puede ejercerse desde un púlpito o plataforma («el don de animar a otros»; DHH), o por escrito, pero más a menudo se usa tras bambalinas como «el don de aconsejar», o para ofrecer amistad a los solitarios y dar nuevo valor a los que se desaniman. Bernabé, el «hijo de consolación», evidentemente tenía este don y lo usó para hacerse amigo de Saulo de Tarso[11].

Los dotados para la exhortación son los mejores candidatos para ser consejeros bíblicos especializados. Hay quienes buscan capacitación y certificación en consejería bíblica que no tienen el don de la consejería. Eso es un problema. El hecho de que uno tenga un título o certificado en consejería no garantiza que esa persona sea un consejero útil o eficaz. Es similar a las personas que reciben una educación en el seminario y luego entran en el ministerio, pero no son llamadas ni están dotadas para estar en el ministerio, algo de lo que hay que estar al tanto y de lo que hay que protegerse.

Oración

Además de la adoración congregacional a Dios y el ministerio de la

Palabra, está el ministerio de la oración. La oración debe ser una prioridad en la iglesia local. La iglesia primitiva se dedicó a ello (Hch. 2:42). Jesús fue el mayor practicante de esto (Mr. 1:35; Jn. 17). El Nuevo Testamento ordena a la iglesia y a los cristianos individuales orar en todo momento (1 Ts. 5:17) por todo (Fil. 4:6). El liderazgo de la Iglesia debe ser el modelo en esta área. Los apóstoles dijeron que su ministerio principal era la enseñanza de la Biblia y la oración; todo lo demás era secundario (Hch. 6).

Lo mismo es cierto para los líderes de la iglesia hoy en día. Si los líderes y pastores de la iglesia pasan más tiempo en reuniones de negocios, sesiones de planificación estratégica y reuniones de intercambio de ideas de comités sobre el mantenimiento y los problemas de físicos de la iglesia que orando, entonces algo anda mal. Sus prioridades están sesgadas. Una iglesia saludable es una iglesia que ora, un grupo de personas que saben lo que significa depender completamente de Dios para todo. Y las horas invertidas en la oración bien valen la pena, porque Santiago dice: «La oración eficaz del justo puede lograr mucho» (5:16).

Una de las razones por las que la iglesia primitiva experimentó la bendición de Dios, un crecimiento explosivo y una buena reputación entre la gente es que esos santos estaban comprometidos con la oración ferviente y diaria. Los primeros 120 creyentes de la iglesia en Jerusalén se destacaron por su oración: «Todos estos estaban unánimes, entregados de continuo a la oración junto con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con Sus hermanos» (Hch. 1:14). No fueron solo los líderes de la iglesia los que oraron, sino que las mujeres y otros creyentes oraron mientras se reunían para tener compañerismo. Para ser una iglesia saludable, los líderes deben proporcionar oportunidades para que los santos realmente oren en la iglesia, en el Día del Señor, con los santos, continuamente y de una manera devota. Si los cristianos simplemente «asisten» a la iglesia semana tras semana sentándose en las bancas escuchando como meros espectadores, pero nunca tienen un foro para orar con el pueblo de Dios, entonces el poder y la bendición de Dios sobre la iglesia, y los santos individuales,

están siendo saboteados. Dios se mueve cuando Su pueblo es dado a la oración[12].

Las ordenanzas de la Iglesia

Hace años, en una iglesia anterior, estaba hablando con un amigo pastor que no había visto en mucho tiempo. Nos estábamos poniendo al día y comenzó a contarme sobre la nueva iglesia donde trabajaba y que le entusiasmaba. Lo primero que dijo fue que su iglesia estaba «comprometida con la unidad» y por eso «evitaban la división y los temas divisivos». Para ilustrarlo, dijo: «Sí, así que no hacemos la Cena del Señor, porque hay muchos puntos de vista diferentes sobre ello, y la gente tiende a ponerse emocional al respecto. Así que simplemente no lo tenemos todo, y parece estar funcionando bien».

Me quedé sorprendido en silencio... al menos por un momento. No lo podía creer. Entonces tuve que hablar y le dije: «¡Una iglesia no puede simplemente abandonar la Cena del Señor! Jesús ordenó a la iglesia que la celebrara regularmente hasta Su regreso. ¡Eso no es bueno!».

Se sorprendió por mi respuesta. Luego hizo una pausa y, vacilante, volvió a hablar y dijo: «Bueno, Cliff, por la misma razón, tampoco hacemos bautismos». En ese momento casi me caigo al suelo en incredulidad y decepción. Me sentí avergonzado y entristecido por mi amigo que estaba trabajando en una iglesia como un joven ministro que estaba involucrado en un compromiso importante de lo que Jesús llamó a la iglesia a hacer: celebrar la Cena del Señor y el bautismo hasta que Él regrese en el futuro. Ambas ordenanzas son metáforas vivientes de lo que significa el evangelio y las únicas ordenanzas que Jesús ordenó a Su iglesia que practicara a perpetuidad. La comunión y el bautismo deben ser ministerios regulares y continuos en la Iglesia de Jesucristo. Abandonarlos es prostituir el ministerio.

Hay dos ordenanzas

Las dos ordenanzas del bautismo y la Cena del Señor fueron instituidas por Cristo mismo y deben ser practicadas por la iglesia hasta que Él regrese en gloria. Históricamente, algunos han llamado a las

ordenanzas «sacramentos». La palabra «sacramento» en realidad se deriva del latín y se toma prestada de la Iglesia católico-romana[13]; no es una palabra o concepto griego del Nuevo Testamento. La palabra también tiende a enfatizar los componentes místicos en las ordenanzas que son eficaces en un grado u otro para procurar la gracia para el pecador. Jesús nunca llamó a las ordenanzas «sacramentos», y el Nuevo Testamento es claro en que ni la Cena del Señor ni el bautismo ganan el favor de Dios, ni merecen la gracia, ni perdonan el pecado, ni infunden justicia, ni contribuyen a ninguna faceta de la justificación, ni hacen que Dios sea más como nosotros. Las dos ordenanzas son memoriales sagrados que recuerdan a los creyentes la obra que Jesús ya ha realizado en su totalidad a favor de los pecadores. Tampoco Jesús está presente en los elementos de alguna manera mística. Jesús no está en el pan, ¡Jesús está en Su pueblo! (Col. 1:27).

La Cena del Señor

La Cena del Señor también se llama la copa y el pan (1 Co. 10:16), la cena del Señor (Jn. 13), la mesa del Señor (1 Co. 10:21) y la eucaristía («acción de gracias»; 1 Co. 11:24). Fue establecido por Cristo en Su última cena cuando transformó la Cena de la Pascua en el cumplimiento del Nuevo Pacto prometido. «Y tomando el pan, después de haber dado gracias, lo partió, y les dio, diciendo: "Esto es Mi cuerpo que por ustedes es dado; hagan esto en memoria de Mí"» (Lc. 22:19). Esta ordenanza era un ministerio prioritario de la iglesia primitiva (Hch. 2:42). Lo practicaban «continuamente» (Hch. 2:42), el «primer día de la semana» (Hch. 20:7), cada vez que se reunían (1 Co. 11:18) y «todas las veces» (1 Co. 11:25; RVR1960). Todos los ejemplos de la Cena del Señor en las Escrituras están en el contexto de la «comunidad», con los santos reunidos, nunca aislados o solo una familia a puerta cerrada. Después de todo, la «comunión» (la Cena del Señor) significa «comunidad».

La Cena del Señor estaba en el corazón de la vida de la iglesia primitiva y era esencial para el ministerio de la iglesia local. La comunión es la marca del «Nuevo Pacto» (1 Co. 11:25; cfr. Jr. 31:31) y como tal debe ser practicada regularmente por la iglesia del Nuevo

Testamento, el Cuerpo de Cristo, el recipiente y la encarnación de la promesa del Nuevo Pacto de Dios en esta era.

Lamentablemente, hoy en día, en muchas iglesias ese no es el caso. La Cena del Señor ha sido minimizada, olvidada y relegada a la condición de un ejercicio religioso ocasional realizado esporádicamente, o en momentos inconvenientes cuando falta la mayor parte del cuerpo. Esto es triste a la luz de la pasión de Jesús por esta ordenanza. Jesús testificó*: «Intensamente* he *deseado* comer esta Pascua con ustedes antes de padecer;» (Lc. 22:15; énfasis añadido). Qué contraste con la actitud apática, indiferente y superficial de muchos cristianos hacia la Cena del Señor hoy en día. ¿Quizás si a los cristianos se les recordara su importancia y significado más a menudo, revitalizaría este ministerio primario de la iglesia? Donald Whitney nos recuerda su importancia:

> Misteriosa, pero real, es la comunión que los creyentes tienen con Cristo en la Cena del Señor. «La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la participación en la sangre de Cristo?», pregunta Pablo en 1 Corintios 10:16. Y otra vez: «El pan que partimos, ¿no es la participación en el cuerpo de Cristo?». La palabra «comunión» usada dos veces aquí es la traducción de la palabra *koinonía* en la versión griega original que Pablo escribió. En la mayoría de los lugares del Nuevo Testamento la palabra se traduce como «comunión» (como en Hch. 2:42). El versículo está diciendo que cuando tomamos la copa de la Cena del Señor, tenemos comunión íntima con la sangre de Cristo, y cuando comemos el pan compartimos el cuerpo de Cristo.
>
> Aunque Él está presente en todas partes, hay una presencia especial de Cristo en Su mesa. «Cuando participamos en la observancia de la Cena, entramos en una comunión especial [“comunión, participación”, de *koinonía*] con Cristo» […]
>
> La participación en la Cena del Señor nos permite una

> experiencia con Cristo que no se puede disfrutar de ninguna otra manera. Ni la oración, ni la predicación de la Palabra de Dios, ni el culto público o privado, ni ningún otro medio de encuentro con el Señor pueden llevarnos a la presencia de Jesucristo exactamente de la misma manera. Dios ha dado a Sus hijos varios medios de comunión con Su Hijo, pero uno es exclusivo de la Cena del Señor. Además, esta comunión es espiritual, es decir, no ocurre simplemente comiendo el pan y bebiendo de la copa, sino por la fe. Y aunque el pan y la copa no contienen el cuerpo físico y la sangre de Jesús, o son transformados en ellos, realmente ministran a Cristo a los que creen[14].

Bautismo

Jesús ordenó a la iglesia: «Vayan, pues, y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt. 28:19). Jesús dio el bautismo a la iglesia primitiva como rito de iniciación en la iglesia como creyente. El patrón en el libro de los Hechos es claro: una vez que una persona se convertía, era bautizada inmediatamente (2:38; 8:12). Las personas se bautizaban porque eran salvos, no para ser salvos. El bautismo no es una condición para la salvación, sino que rutinariamente se lleva a cabo en proximidad con ella. Pedro dijo en Hechos 2:38: «Arrepiéntanse y sean bautizados cada uno de ustedes en el nombre de Jesucristo para perdón de sus pecados».

La palabra «bautismo» proviene de la palabra griega *baptizō,* que significa «sumergir, zambullir, hundir». Como tal, todos los ejemplos de bautismo en el Nuevo Testamento son de personas que se sumergen en agua, no reciben un chorrito con unas gotas en la cabeza. Jesús fue sumergido en el río Jordán por Juan el Bautista: «Después de ser bautizado, Jesús salió del agua inmediatamente» (Mt. 3:16). Fíjate que Jesús «salió» del agua: se sumergió. Para nosotros, se supone que la inmersión es una imagen de la muerte, sepultura y resurrección de Cristo, ya que el creyente se identifica con la muerte y resurrección de Cristo, quien lo salvó a través de la fe en el evangelio. Un goteo o un

rociamiento no representan correctamente ese símbolo sagrado. Además, no hay un solo ejemplo de un niño que haya sido bautizado en la Biblia. Más bien, cada persona bautizada en las Escrituras es alguien que escuchó, comprendió y creyó en el evangelio y luego fue bautizado como un alma convertida. La doctrina del bautismo de infantes no se puede encontrar en la Biblia y es una clara distorsión de las Escrituras, y solo se puede llegar a ella con una visión alegórica de la Palabra, que señalamos anteriormente que es emplear una hermenéutica ilegítima e inconsistente.

Hoy en día no es raro que los cristianos se bauticen años después de haber sido salvos, o que no se bauticen en absoluto. Al igual que la Cena del Señor, ha habido una reacción exagerada en el cristianismo protestante al ritualismo del romanismo y otras formas tradicionales del cristianismo, que convirtieron las ordenanzas en requisitos sacerdotales mecánicos. En un intento de protegerse contra el ritualismo y el fariseísmo, el péndulo ha oscilado demasiado lejos. Ahora demasiadas iglesias evangélicas descuidan las ordenanzas por completo y no les dan la debida prioridad o importancia en el ministerio de la iglesia. De esta triste verdad, Michael Horton dice lo siguiente:

> Si alguien te pidiera que hicieras una lista de los dos principales instrumentos de crecimiento espiritual en tu vida, ¿qué responderías? La mayoría de nosotros probablemente enumeraría cosas como tiempo a solas diario, el estudio personal de la Biblia, la participación en un grupo de rendición de cuentas o de oración, el evangelismo personal o actividades útiles similares. Además, siempre hay, al parecer, alguna nueva moda o fórmula, hacer esta oración recién descubierta, imitar ese modelo exitoso de iglesia. En los círculos evangélicos, la «espiritualidad» o la «piedad» se consideran con mayor frecuencia en términos bastante personales e individualistas, como algo en lo que uno se involucra con el propósito de alcanzar sus metas espirituales. Nuestra relación con Dios se concibe con mayor frecuencia

> en términos de uno a uno. En consecuencia, el aspecto congregacional, especialmente la iglesia, es secundario. Al menos para muchos de nosotros […] los sacramentos del bautismo y la Cena del Señor probablemente no estarían en la lista corta de los principales instrumentos de crecimiento espiritual, ya sea para individuos o iglesias[15].

Una iglesia sana y obediente debe enseñar regularmente sobre el bautismo y debe realizar bautismos con frecuencia. Jesús prometió edificar la iglesia. Eso significa que la gente se convertirá; por lo que debe haber testimonios continuos y constantes de nuevos creyentes en las aguas bautismales de la iglesia. Y eso sucede como resultado de que los cristianos son activos e intencionales en el evangelismo (a pequeña y gran escala), diciéndole a la gente acerca de Jesús dondequiera que vayan, siendo testigos (Hch. 1:8), embajadores (2 Co. 5:20) y sal y luz en el mundo (Mt. 5:13-14).

Disciplina eclesiástica

El siguiente elemento del ministerio eclesiástico es la disciplina eclesiástica. Algunos podrían preguntar: «¿Es la disciplina eclesiástica un ministerio?». En realidad, sí lo es. La disciplina de la iglesia es el plan que Jesús dio a los creyentes para manejar el pecado cuando este surge en la iglesia. La iglesia siempre tendrá pecadores, por lo que cada iglesia siempre tendrá la necesidad de practicar la disciplina eclesiástica. La disciplina eclesiástica es una forma formal de proveer rendición de cuentas para los pecadores, un foro para que los ofendidos se enfrenten a los perpetradores y un medio para restaurar a las ovejas descarriadas, trayéndolas de vuelta al redil. La disciplina eclesiástica es también un medio para proteger a la iglesia local de los lobos con piel de oveja, de los falsos maestros y de los alborotadores impenitentes y facciosos[16].

En los Evangelios, Jesús hizo solo dos referencias explícitas a la iglesia. Una estás en Mateo 16 cuando prometió edificar la iglesia. La otra está en Mateo 18, donde Él delineó los pasos para la disciplina de la iglesia. La iglesia necesita prestar atención cuidadosamente al plan

específico y delineado de Jesús para resolver conflictos y lidiar con el pecado y la restauración en la iglesia. Es Su iglesia y Él sabe mejor cómo protegerla y manejar los problemas. Dijo que la disciplina eclesiástica sirve para ese propósito. Buscar opciones alternativas para lidiar con el pecado en la iglesia es ingenuo, insensato, ineficaz y desobediente.

El pasaje clave sobre la disciplina eclesiástica se encuentra en Mateo, y dice lo siguiente:

> Si tu hermano peca, ve y repréndelo a solas; si te escucha, has ganado a tu hermano. Pero si no te escucha, lleva contigo a uno o a dos más, para que TODA PALABRA SEA CONFIRMADA POR BOCA DE DOS O TRES TESTIGOS. Y si rehúsa escucharlos, dilo a la iglesia; y si también rehúsa escuchar a la iglesia, sea para ti como el gentil y el recaudador de impuestos (18:15-17).

Jesús dijo estas palabras a Sus discípulos justo antes de Su partida —estaba poniendo deliberadamente los cimientos para el comienzo de la iglesia, y la disciplina eclesiástica era fundamental para lograr esa meta—. En su declaración, Jesús basó la disciplina de la iglesia en algunos principios del Antiguo Testamento, uno de los cuales era que la justicia, o la verdad, debía establecerse ante el hombre sobre la base del testimonio de un mínimo de dos o tres testigos (Dt. 19:15). Se trataba de una protección contra acusaciones frívolas e injustificadas sin rendición de cuentas alguna contra las personas. Jesús sabía que los seres humanos estaban orientados a sí mismos y eran mentirosos de corazón si se les dejaba solos (Jn. 2:25). En tan solo tres versículos, Jesús delineó un plan de cuatro pasos sorprendentemente simple y efectivo para lidiar con el conflicto personal y el pecado en el cuerpo de Cristo.

También hay que tener en cuenta que el proceso de disciplina eclesiástica es una economía de restauración destinada a los creyentes: se asume desde el principio que los involucrados son creyentes. No es hasta que el proceso se ha agotado completamente que una de las

partes puede ser considerada como un incrédulo (como recaudador de impuestos), hasta ese momento, no se debe emitir tal juicio. Apresurarse a juzgar con una evaluación que diga, «cometieron este horrible pecado, ¡a lo mejor no son salvos!», antes de pasar por los pasos apropiados de la disciplina eclesiástica es socavar el procedimiento juicioso celestial que Jesús legó a la iglesia. Examinaremos los pasos ahora y añadiremos un quinto, según lo enseñó el apóstol Pablo.

Paso uno

El primer paso en la disciplina eclesiástica es confrontar el problema a nivel personal en el círculo más pequeño de influencia. Esto involucra solo a las partes que tienen quejas entre sí. La confrontación privada, en oración[17], personal, verbal y honesta debe suceder primero. Si se descuida este paso y se comparte una queja con una parte externa, entonces eso es chisme. Eso es pecado y deshonra a Dios, y como resultado el agravio se agravará y se extenderá como gangrena. Además, Satanás sacará provecho de esa brecha y buscará crear estragos y división en el Cuerpo. El deseo de Dios es que los creyentes hablen abiertamente entre sí primero sobre sus conflictos, con el objetivo de buscar la confesión, el perdón y la restauración. Si eso se logra, entonces el asunto debe ser perdonado y olvidado. El hermano ofensor ha sido ganado.

Paso Dos

El segundo paso es buscar uno o dos mediadores, para un total máximo de tres personas que confronten al infractor. El segundo paso debe iniciarse solo si el primer paso no trajo arrepentimiento y restauración. Cada paso debe ser escalado si la respuesta del ofensor es que «no escucha». Entonces, si el ofensor se niega a reconocer la ofensa en el paso uno, continúa con el paso dos. En ese caso, el ofendido trae a uno o dos creyentes más para confrontar al ofensor. El círculo de conocimiento es todavía pequeño, lo que evita el chisme y también le da al hermano pecador la oportunidad de arrepentirse con dignidad. Si el ofensor reconoce el pecado al ser confrontado por los

dos o tres, entonces se le debe conceder el perdón total, y el caso se cierra, para nunca volver a hablar al respecto (véase 1 Co. 13:5b). Si el infractor rechaza la amonestación del equipo de mediación, entonces entra en juego el tercer paso.

Paso tres

El tercer paso es llevar el conflicto no resuelto a la iglesia. Ahora la ofensa se convierte en un asunto congregacional y el factor de responsabilidad se vuelve más importante. La primera pregunta a responder es: «¿quién es la iglesia?». Algunos dicen que comienza con todos los ancianos o el liderazgo de la iglesia. Otros dicen que incluye a los líderes y a todos los miembros. Otras iglesias creen que incluye a los líderes de la iglesia local más cualquier persona que asista un domingo determinado, lo que puede incluir visitantes y espectadores incrédulos. A pesar de las diferencias de opinión, el denominador común es que el pecado se hace público para que la persona rinda cuentas ante la congregación. Esto puede ayudar a traer convicción y arrepentimiento. Si el ofensor se arrepiente después de ser confrontado por la iglesia, entonces se le debe conceder el perdón total y el pecador debe ser restaurado (Lc. 17:3). Si el ofensor rechaza la amonestación de la iglesia, entonces se debe implementar el cuarto paso.

Paso Cuatro

El cuarto paso es cuando la iglesia considera al ofensor como un «gentil» o como un incrédulo. La persona debe ser expulsada de la comunión, lo que implica quitarla de la membresía y prohibirle las ordenanzas y la comunión con la iglesia (1 Co. 5:13). Y puesto que tal persona debe ser considerada como un incrédulo, la iglesia debe evangelizarla y llamarla al arrepentimiento.

Paso Cinco

Pablo añade un quinto paso al proceso. Si el ofensor se arrepiente después de haber sido expulsado de la iglesia, entonces la iglesia debe «perdonarlo», «consolarlo» y «reafir[mar] su amor hacia él» (2 Co. 2:6-

8). No hay imagen más grande del amor salvador de Cristo que cuando esto sucede. Cuando el hijo pródigo regresa a casa en verdadero arrepentimiento, Dios en el cielo se regocija (Lc. 15:7, 22-24).

Desafortunadamente, este ministerio vital de disciplina eclesiástica no se practica en muchas iglesias. Muchos ignoran el proceso, a pesar de que es claramente bíblico. Algunas iglesias no lo practican porque simplemente ignoran los problemas. Otros no lo implementan porque no tienen el coraje de confrontar el pecado. Pero todo el ministerio de Jesús se dedicó a confrontar el pecado y a perdonar el pecado. Así que la iglesia de Dios necesita hacer lo mismo[18].

Además del proceso cuádruple dado por Jesús, Pablo introduce un procedimiento único de disciplina eclesiástica que puede necesitar ser invocado para ofensas públicas graves y generalizadas. En Tito 3:10-11 Pablo dice: «Al hombre que cause divisiones, después de la primera y segunda amonestación, recházalo, sabiendo que el tal es perverso y está pecando». Aquí Pablo dice que algunos pasos en el proceso deben ser pasados por alto para proteger a la iglesia y evitar que la división y la herejía se propaguen rápidamente como un incendio forestal o un cáncer que se propaga rápidamente. Tal pecado necesita ser sofocado y eliminado inmediatamente. En tiempos duros, medidas duras. O en palabras de Calvino: «El pecado público merece una reprensión pública». En raras ocasiones es necesario gritar: «¡fuego!», y hacer que todos corran para ponerse a salvo. En esos tiempos difíciles, no hay un proceso largo y prolongado de escalones de disciplina eclesiástica.

Discipulado

El último ministerio continuo que debe ocupar la atención de la iglesia es el *discipulado*. Jesús ordenó a la iglesia que hiciera discípulos. Este es el corazón de la Gran Comisión de Mateo 28:18-20. Jesús no dijo: «hagan conversos»; Él dijo: «hagan discípulos». Hay una diferencia. Un discípulo es un seguidor comprometido, creciente y obediente de Jesucristo, o simplemente, un cristiano fiel que toma en serio todo lo que Jesús ha mandado. El discipulado es el proceso de ganar a los perdidos para Cristo y luego ayudarlos a crecer en la fe cristiana.

La clave del discipulado es el elemento del progreso en el

crecimiento como cristiano, pasando por el proceso de maduración espiritual de acuerdo con el Nuevo Testamento. Este proceso ocurre de manera más efectiva en el contexto de nutrir las relaciones personales donde un creyente es un mentor y el otro es un aprendiz dispuesto. Así es como Jesús entrenó a Sus apóstoles: los discipuló. Les enseñó verdades espirituales en el contexto de situaciones de la vida cotidiana con palabras y ejemplos. Buscó reproducirse a sí mismo en ellos. Invirtió tiempo y esfuerzo personal en ellos a un nivel íntimo. Su guía era la verdad espiritual. Su capacitación provino de la oración y del Espíritu Santo. Su objetivo era ayudar a conformarlos a la imagen de sí mismo. Esto es el discipulado: reproducir espiritualmente a otros reproductores espirituales a través de relaciones personales a la luz de la Palabra de Dios.

Pablo expuso el modelo del discipulado cristiano o reproducción espiritual en sus instrucciones al joven que discipuló, es decir, a Timoteo: «Y lo que has oído de mí en la presencia de muchos testigos, eso encarga a hombres fieles que sean capaces de enseñar también a otros» (2 Ti. 2:2). Este es un versículo asombroso porque resume la meta del discipulado de una manera profunda. Pablo fue capaz de reproducirse a sí mismo a través de Timoteo, quien a su vez reproduciría otras dos generaciones espirituales de discípulos cristianos. Nota las cuatro generaciones de discípulos en este versículo: 1) Pablo; 2) Timoteo; 3) hombres fieles; 4) también otros.

La iglesia de hoy necesita hacer del discipulado una prioridad. Y el liderazgo de la iglesia tiene que dar el ejemplo. Cada anciano, pastor y diácono en cada iglesia debe estar involucrado en amistades espirituales intencionales con el objetivo de guiar a los creyentes individuales, quienes a su vez serán mentores de otros. Este imperativo es también para todas las mujeres cristianas y se describe explícitamente en Tito 2:

> Asimismo, las ancianas deben ser reverentes en su conducta, no calumniadoras ni esclavas de mucho vino. Que enseñen lo bueno, para que puedan instruir a las jóvenes a que amen a sus maridos, a que amen a sus hijos, a que sean prudentes,

> puras, hacendosas en el hogar, amables, sujetas a sus maridos, para que la palabra de Dios no sea blasfemada (Tit. 2:3-5).

En cuanto a la importancia del discipulado como una prioridad ministerial en la iglesia local, Bill Hull dice lo siguiente:

> Técnicamente, desde el momento del nacimiento espiritual, cada cristiano es un discípulo. Los discípulos nacen por el Espíritu para ser convertidos en reproductores maduros, como se describe en Juan 15:7-17. [Los discípulos] han de hacerse en todas las naciones; por lo tanto, cada [creyente] en la iglesia es un discípulo y tiene la responsabilidad y la capacidad divina de ser lo que Cristo desea […]
>
> Cada creyente debe permanecer en Cristo por medio de la Palabra y la oración, debe dar fruto que incluya el evangelismo y caminar en obediencia. Entonces él o ella traerá gloria a Dios, experimentará gozo y amará a los demás. Todo cristiano debe ser un discípulo[19].

A la luz de lo anterior, todo cristiano comprometido, sano, en crecimiento y obediente debería ser capaz de contestar dos preguntas sencillas: 1) ¿quién te está discipulando?, y 2) ¿a quién estás discipulando? Cada cristiano necesita estar activo en algún lugar del espectro del discipulado, descuidarlo es ignorar uno de los ministerios prioritarios en la iglesia local.

Resumen

No hay iglesias perfectas, pero hay iglesias obedientes e iglesias desobedientes. Con el fin de cumplir con los mandatos que Dios le ha dado a la iglesia, las prioridades del ministerio bíblico deben ser identificadas e implementadas. El Nuevo Testamento delinea claramente esos ministerios. Una iglesia obediente necesita enfocarse en esos ministerios, dando el lugar y el equilibrio adecuados a cada uno. La primera es la adoración congregacional. Todo el cuerpo local de

Cristo necesita reunirse regularmente para la adoración colectiva, la comunión y la edificación.

En segundo lugar, la iglesia necesita hacer del «ministerio de la palabra» una prioridad en la iglesia. Esto incluye predicar la Palabra de Dios, enseñar Su Palabra y compartir Su palabra de manera íntima e individual (consejería bíblica) entre los santos.

Tercero, la iglesia necesita estar comprometida con la oración. Una iglesia sana y obediente es un grupo de personas que hablan con Dios, a pequeña y gran escala, porque saben que separados de Él no pueden hacer nada.

Cuarto, la iglesia local necesita priorizar y practicar las dos ordenanzas que Cristo estableció: el bautismo y la Cena del Señor. Son recordatorios tangibles de la persona y la obra de Cristo a favor de los pecadores hasta que Él regrese.

Quinto, la iglesia de Cristo necesita hacer una prioridad de la disciplina eclesiástica: el proceso de exponer y confrontar el pecado, llamar al arrepentimiento y otorgar perdón y restauración de la manera específica descrita por el Nuevo Testamento.

Y finalmente, sexto, la iglesia necesita estar comprometida con el discipulado. Jesús lo estaba, y le ordenó a la iglesia que hiciera lo mismo (Mt. 28:18-20). El discipulado implica una tutoría espiritual personal y práctica en el contexto de la vida diaria en obediencia a las Escrituras, con el objetivo de la madurez espiritual individual y la reproducción.

Notas

1. Dos libros útiles de debates intramuros sobre la «forma» y el «estilo» en la adoración incluyen *Exploring the Worship Spectrum: 6 Views [Explorando el espectro de la adoración: 6 puntos de vista],* Paul A. Basden, ed. (Grand Rapids, MI: Zondervan, 2004) y *Perspectives on Christian Worship: 5 Views [Perspectivas sobre la adoración cristiana: 5 puntos de vista]*, J. Matthew Pinson, ed. (Nashville: B & H Academic, 2009).
2. En las últimas décadas se han escrito decenas de libros sobre las prioridades de una iglesia sana. Para ver un ejemplo de veinte populares que se han escrito, véase: Mark Dever, *Nine Marks of a Healthy Church [Nueve marcas de una iglesia saludable]* (Wheaton: Crossway Books, 2000), pp. 234-242. Lamentablemente, ninguno de los veinte libros enumerados dice que una iglesia saludable se conoce por celebrar la Cena del Señor regularmente. Calvino, por otro lado, señaló perspicazmente en los años 1500: «Dondequiera que veamos la Palabra de Dios sinceramente predicada y escuchada, dondequiera que veamos los sacramentos administrados de acuerdo con la institución de Cristo, allí no podemos tener ninguna duda de que la iglesia de Dios tiene alguna existencia»; Juan Calvino*, Institutos de la religión cristiana*, trad. por Henry Beveridge (Peabody, Massachusetts: Hendrickson Publishers, Inc., 2009), p. 678.
3. Véase, por ejemplo, Rick Diefenderfer, «About Small Groups» [«Sobre grupos pequeños»] (Crowley, Texas), Celebrated Ministries, www.Small Groups.Com 1993-1996. Véase también Ralph W. Neighbor, Jr., quien menosprecia a las grandes iglesias tradicionales en favor de las pequeñas iglesias y células. Dice que prácticamente todas las iglesias evangélicas hoy en día están infectadas con un «virus» y que el modelo de estas iglesias «no construye a las personas sobre el fundamento de Cristo; solo construye programas», *Where Do We Go From Here? [¿A dónde vamos de aquí?]* (Houston: Touch Publications, 1990), pp. 39, 47.
4. Según el Libro de los Hechos, la primera iglesia en Jerusalén aumentó a más de 20,000 adherentes en los primeros meses. Se reunían afuera en el Pórtico de Salomón (3:11; 5:12; cfr. Jn. 10:23) en los terrenos del Templo, así como en varias casas e

incluso en las calles (5:15). No había un «edificio» eclesiástico del que hablar en la iglesia primitiva.

5. Para obtener excelentes guías de la predicación bíblica, consulte: John MacArthur, Ed., *Rediscovering Expository Preaching [Redescubriendo la predicación expositiva]* (Dallas: Word Publishing, 1992); John MacArthur, «Homiletics & Hermeneutics» [«Homilética y Hermenéutica»] en *Hermeneutics, Inerrancy, & the Bible [Hermenéutica, inerrancia y la Biblia],* Earl D. Radmacher, Ed. (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1984), p. 819 ss.; John R. W. Stott, *The Preacher's Portrait [El retrato del predicador]* (Grand Rapids, MI: Eerdmans Publishing, 1961); D. Martin Lloyd Jones, *Preaching and Preachers [Predicación y predicadores]* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 2012); Stephen F. Olford, *Anointed Expository Preaching [Predicación expositiva ungida]* (Nashville: B & H Academic, 1998; Jay E. Adams, *Preaching With Purpose: The Urgent Task of Homiletics [Predicando con propósito: la tarea urgente de la homilética]* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1982).
6. Interesantemente, cuando Jesús enseñó en la sinagoga (el «aula de clases») los oyentes se rebelaron, lo echaron y trataron de arrojarlo por un precipicio (Lc. 4); cuando Esteban enseñaba en el salón de clases/sinagoga, los judíos lo arrestaron, lo sometieron a un juicio falso y lo asesinaron al instante (Hch. 6-7); y cuando Pablo enseñaba en las aulas de las sinagogas, rutinariamente se encontraba con resistencia y persecución (Hch. 14:1-5; 17:1-5).
7. Para una correlación entre «enseñar» y «predicar», véase: Colin Brown, Ed., *Dictionary of New Testament Theology*, *Vol. 3 [Diccionario de teología del Nueveo Testamento*, *Vol. 3]* (Grand Rapids: Zondervan, 1986), p. 765 ss.
8. Para algunos recursos útiles sobre la enseñanza bíblica en el contexto de la iglesia, véase: Jim Wilholt y Leland Ryken, *Effective Biblical Teaching [Enseñanza bíblica efectiva]* (Grand Rapids: Baker Book House, 1988); Arthur Nazigian, *The Effective Teacher [El maestro efectivo]* (Whittier, CA: ACSI, 1986); Gregory C. Carlson, *Understanding Teaching: Effective Biblical Training for the 21st Century [Entendiendo la enseñanza: entrenamiento bíblico efectivo para el Siglo XXI]* (Wheaton: Evangelical Training Association, 1998); Howard G. Hendricks, *Teaching to Change*

Lives [Enseñar para cambiar vidas] (Portland: Multnomah Press, 1987).

9. La palabra «capaces» proviene de la palabra *dunamenoi*... presente medio participio de *Dunamai*; véase: Gerhard Kittel, Ed,. *Theological Dictionary of the New Testament, vol. 2 [Diccionario teológico del Nuevo Testamento, vol. 2]* (Grand Rapids: Eerdmans, 1976), pp. 284-317. Un significado raíz de esta palabra es «poder» y es donde se origina nuestra palabra en español «dinamita». Pablo está diciendo que los cristianos tienen un poder sobrenatural innato que reside dentro de ellos debido al Espíritu Santo que mora en ellos. Este mismo Espíritu Santo creó el mundo y resucitó a Jesús de entre los muertos, por lo tanto, Él es perfectamente capaz, competente, o poderosamente suficiente para guiar a un cristiano en la consejería de otro.

La iglesia y los cristianos individuales están equipados para manejar todos los problemas no orgánicos, incluyendo las palabras, actitudes y comportamientos pecaminosos. La iglesia no puede seguir refiriendo a las personas «problemáticas» a psicólogos, terapeutas y psiquiatras seculares por ignorancia, miedo o negligencia. Para una discusión más detallada sobre la consejería bíblica como un ministerio prioritario en la iglesia, véase: Jay E. Adams, *Competent to Counsel [Capacitado para orientar]* (USA: Presbyterian and Reformed Publishing, 1976); *A Theology of Christian Counseling [Una teología de la consejería cristiana]* (Grand Rapids: Zondervan, 1979), y *The Christian Counselor's Manual [El manual del consejero cristiano]* (Grand Rapids: Baker Book House, 1977) del mismo autor; John MacArthur, *Counseling: How to Counsel Biblically [Consejería: cómo aconsejar bíblicamente]* (Nashville: Thomas Nelson, 2005); Heath Lambert, *A Theology of Biblical Counseling: The Doctrinal Foundations of Counseling Ministry [Una Teología de la consejería bíblica: los fundamentos doctrinales del ministerio de consejería]* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 2016).

10. Jay E. Adams, *Shepherding God's Flock [Pastoreando el rebaño de Dios]* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1975), pp. 166, 174.

11. John R. W. Stott, *The Message of Romans [El mensaje de Romanos]* (Downers Grove, Illinois: Inter-Varsity Press, 1994), pp. 327-328.

12. Hay innumerables buenos libros sobre la oración. Aquí hay algunos que recomiendo: Wayne A. Mack, *Reaching the Ear of God [Alcanzando el oído de Dios]* (P & R Publishing, 2004); Dick Eastman, *The Hour that Changes the World: A Practical Plan for Personal Prayer [La hora que cambia elm undo: un plan práctico para la oración personal]* (Chosen Books, 2002); D. L. Moody, *Prevailing Prayer: What Hinders It? [Oración prevaleciente: ¿Qué la afecta?]* (Green House Books, 2015); D. Edmund Hiebert, *Working With God Through Prayer [Trabajando con Dios a través de la oración]* (BJU Press, 1991); John MacArthur, *Alone With God: Rediscovering the Power and Passion of Prayer [A solas con Dios: redescubriendo el poder y la pasión de la oración]* (David C. Cook, 2011).
13. Richard L. Pratt Jr., *Understanding Four Views of Baptism [Entendiendo cuatro puntos de vista del bautismo]*, John H. Armstrong, Ed. (Grand Rapids, MI: Zondervan, 2007), p. 60. Para un estudio de los diferentes puntos de vista sobre la Cena del Señor, véase, *Understanding Four Views on the Lord's Supper [Entendiendo cuatro puntos de vista sobre la Cena del Señor]*, John H. Armstrong, Ed. (Grand Rapids, MI: Zondervan, 2007). Los católicos dependen en gran medida del latín para gran parte de su teología y práctica, y no de las lenguas bíblicas del hebreo y el griego. Los católicos dicen que hay siete sacramentos. Por «sacramentos» quieren decir «ordenanzas». Ordenanza es el apodo típico protestante. Algunas denominaciones protestantes dicen que el lavado de pies es una ordenanza perpetua de la iglesia, pero esa práctica no fue practicada por la iglesia primitiva del Nuevo Testamento después de que Jesús resucitó y ascendió y nunca se ordena como un requisito básico junto con el evangelio como lo es el bautismo como se ve en la predicación evangelística de Pedro y Pablo (Hch. 2:38, etc.)
14. Donald S. Whitney, *Spiritual Disciplines Within the Church [Disciplinas espirituales dentro de la iglesia]* (Chicago: Moody Press, 1996), pp. 140-141.
15. Michael Horton, *A Better Way: Rediscovering the Drama of God-Centered Worship [Una mejor manera: redescubriendo el drama de la adoración centrada en Dios]* (Grand Rapids: Baker Books, 2002), p. 93. Sin embargo, ten en cuenta que, aunque Horton hace una buena declaración aquí, es un defensor del bautismo de

infantes debido a su predisposición y compromiso con un sistema de teología (Teología del Pacto) que predomina sobre las Escrituras en áreas como la eclesiología y la escatología. Defiende su visión del bautismo de infantes con la tradición, la historia, la alegoría, los sistemas, la implicación y la lógica humana en lugar de utilizar una hermenéutica histórico-gramatical coherente y la exégesis de todos los textos relevantes sobre el tema.

16. Los alborotadores contenciosos en la iglesia pueden ser verdaderos creyentes o lobos vestidos de oveja. Solo Dios conoce el corazón. Pero debemos lidiar con el comportamiento externo: palabras y acciones pecaminosas, ya sea una oveja descarriada o un lobo camuflado, confrontando proactivamente el pecado de una manera bíblica. Con el tiempo, Dios puede revelar el verdadero carácter del corazón de una persona cuando el proceso de disciplina se implementa de manera adecuada, paciente y en oración. Dos libros útiles sobre cómo tratar con personas problemáticas en la iglesia incluyen los siguientes: Marshall Shelley, *Well-Intentioned Dragons: Ministering to Problem People in the Church [Dragones bien intencionados: ministrando a personas problemáticas en la iglesia]* (Minneapolis, Minnesota: Bethany House Publishers, 1994); Kenneth C. Haugk, *Antagonists in the Church: How to Identify and Deal with Destructive Conflict [Antagonistas en la Iglesia: cómo identificar y lidiar con el conflicto destructivo]* (Minneapolis, Minnesota: Augsburg Publishing House, 1988).

17. La persona que inicia la confrontación necesita examinarse a sí misma y prepararse espiritualmente antes de la conversación privada con el ofensor; véase Gálatas 6:1.

18. Para una discusión más detallada sobre la resolución bíblica de conflictos y la disciplina eclesiástica, véase: Ken Sande, *The Peacemaker [El pacificador]* (Grand Rapids: Baker Books, 2000); Jay Adams, *Handbook of Church Discipline [El manual de la disciplina eclesiástica]* (Grand Rapids: Zondervan, 1986); Jay Adams, *The Use of the Rod & the Staff: A Neglected Aspect of Shepherding [El uso de la vara y el bastón: un aspecto descuidado del pastoreo]* (Stanley, NC: Timeless Texts, 2003); Richard Baxter, *The Reformed Pastor [El pastor reformado]* (Carlisle, Pennsylvania: The Banner of Truth Trust, 1994), pp. 104-111.

19. Bill Hull, *The Disciple-Making Church [La iglesia que hace discípulos]* (Grand Rapids: Fleming H. Revell, 1990), p. 20. Para un análisis más detallado sobre el discipulado en la iglesia, véase: Robert E. Coleman, *The Master Plan of Discipleship [El plan maestro del discipulado]* (Old Tappan, NJ: Fleming H. Revell, 1987); Bill Hull, *The Disciple-Making Pastor [El pastor que hace discípulos]* (Grand Rapids: Fleming H. Revell, 1988); Leroy Eims, *The Lost Art of Disciple Making [El arte perdido de hacer discípulos]* (Grand Rapids: Zondervan, 1978); J. Oswald Sanders, *Spiritual Discipleship: Principles of Following Christ for Every Believer [Discipulado espiritual: principios de seguir a Cristo para todo creyente]* (Chicago: Moody Press, 1994); Allen Hadidian, *Successful Discipling [Discipulado exitoso]* (Chicgo: Moody Press, 1979); Howard Hendricks, *As Iron Sharpens Iron [Como el hierro afila al hierro]* (Chicago: Moody Press, 1999); Dawson Trotman, *Born to Reproduce [Nacido para reproducer]* (Back To the Bible, 1981); Ron Bennett y John Purvis, *The Adventure of Discipling Others [La aventura de discipular a otros]* (NavPress Publishing, 2003).

9

LA MÚSICA EN LA IGLESIA:

Armonizando los principios bíblicos

Cuando se discute cómo debe funcionar la iglesia en el siglo XXI, inevitablemente se debe tratar el tema de la música, ya que la música se ha convertido en uno de los temas más debatidos, polarizadores y divisivos en la iglesia de Cristo hoy en día. Hoy en día, más iglesias se están dividiendo por las preferencias musicales que por casi cualquier otro problema que enfrenta la comunidad cristiana[1]. Lo he visto de primera mano en más de una ocasión.

Hace algunos años, yo era pastor asociado en una iglesia bíblica en Texas cuando estalló una ola de protestas de una fuerte facción de unas cuantas docenas de miembros de la iglesia que finalmente abandonaron la iglesia enojados. Uno de los principales puntos de discordia para ellos era sobre la música y las incursiones que la música contemporánea y los estilos de instrumentación estaban haciendo en su iglesia tradicional. Se quejaban de la música «fuera de lo común» que cantábamos. Esa era una referencia al hecho de que estábamos cantando algunas canciones nuevas en la pantalla en la pared donde se proyectaban las letras, en lugar de cantar todas nuestras canciones (o

himnos) del himnario… «¡como siempre lo hemos hecho!». Ese grupo de personas sostenía que si una canción no estaba en el himnario, entonces no tenía la *aprobación* sagrada para ser cantada en la iglesia. Rechazaron rotundamente toda la «Música Cristiana Contemporánea», a la que se referían como «MCC» (para ellos, un término de burla).

Los tradicionalistas de esta iglesia no sólo se oponían a la música contemporánea; también se oponían mucho a la instrumentación no autorizada, como la guitarra eléctrica, el teclado eléctrico y la percusión. Un miembro prominente me dijo en un tono alterado: «Los tambores son instrumentos paganos; tienen su origen en las selvas paganas de África». Otro miembro, pastor en ese entonces, me dijo: «¡El día que tengamos la guitarra eléctrica en el servicio de adoración es el día en que me iré de esta iglesia!». Unos meses más tarde abandonó la iglesia, para nunca jamás regresar. Poco después, introdujimos la guitarra eléctrica en el servicio. Nunca olvidaré en una reunión de oración en esta iglesia cuando uno de los tradicionalistas oró en voz alta para que todos escucharan: «Querido Dios, gracias por ordenar el órgano como tu instrumento más glorioso por encima de todos los demás por el cual podemos adorarte a través de la música». Debo confesar que abrí los ojos y lo miré mientras oraba cuando dijo eso acerca del órgano, porque no podía creer que hablara en serio, pero sí lo hacía.

Hace años también serví como pastor asociado en una iglesia en California que tenía más de una división por preferencias musicales insignificantes. El pastor principal y el ministro de música estaban en desacuerdo entre sí, y muchos miembros se unieron a uno de los dos partidos. Se trazaron líneas de batalla, se encendieron las emociones, se produjeron acalorados intercambios... Las guerras de adoración estaban en marcha. Con el tiempo, una facción descontenta abandonó la iglesia.

Podría dar un par de ejemplos más de la vida real, pero eso no es necesario. El punto es claro. Las preferencias musicales y los estilos se han convertido en un nuevo lugar de homogeneidad espiritual en las iglesias locales. Mientras que muchas iglesias alguna vez se unieron en torno a creencias doctrinales comunes y encontraron su identidad en

una declaración de fe compartida o alianza denominacional, ahora las iglesias están emergiendo cada vez más de gustos musicales compartidos. Michael Hamilton resume esta realidad moderna:

> [Hay una] nueva realidad del canto congregacional en Estados Unidos. En todo el país, las iglesias están personalizando estilos de música de adoración para grupos demográficos particulares […] Los feligreses estadounidenses ya no se clasifican tanto por denominación como lo hacen por preferencia musical […] Los conflictos sobre la adoración en general y la música en particular han estallado en iglesias de todas las denominaciones. Hace cuarenta años, esta mayor sensibilidad a los detalles de la adoración y la música habría sido inesperada, pero ahora es la norma. En toda América del Norte, la adoración [música] se ha convertido en un terreno disputado […]
>
> Cuando uno elige un estilo musical hoy en día, está haciendo una declaración sobre con quién se identifica, qué valora y, en última instancia, quién uno es. Como resultado, la música se ha convertido en una fuerza divisoria y fraccionaria, fragmentando la cultura occidental en una gama cada vez mayor de subculturas, cada una con su propio himno nacional estilístico.
>
> Cada vez más, las personas eligen sus iglesias por el tipo de música de adoración que presentan. Cada vez más, las iglesias patrocinan múltiples servicios para múltiples gustos musicales. Cada vez más, nos agrupamos con personas de ideas afines musicalmente. Esta es la raíz, el tallo y la rama del nuevo sectarismo que está floreciendo en la vida de la iglesia estadounidense[2].

La razón por la que la música se ha convertido en un elemento predominante y dictador de la identidad de la iglesia local es compleja y está más allá del alcance de esta visión general[3]. Pero el problema de

las «guerras de adoración» sobre los estilos musicales y las filosofías en la iglesia local aparentemente está aquí para quedarse. El objetivo de este capítulo es delinear algunos principios rectores básicos por los cuales las iglesias pueden evaluar sus propios puntos de vista sobre la música y, como resultado, adorar a Dios por medio de la música de una manera que le agrade.

El problema planteado

Hay muchas formas en que la división actual de la música está siendo analizada, categorizada y etiquetada. Una taxonomía de evaluación universalmente aceptada sigue siendo difícil de alcanzar. Algunos dicen que el problema es una división generacional (jóvenes vs. viejos), otros una división teológica (liberales vs. conservadores), y otros dicen que es una división sociológica, y así sucesivamente. El hecho es que hay muchas variables que contribuyen al problema. Así que, en este capítulo, en aras de la discusión, las facciones enfrentadas entre sí se generalizarán en dos grupos: los «contemporáneos/modernos» contra a los «tradicionales».

Discutir los temas en este torbellino de controversia permitirá que surjan principios bíblicos mediadores que facilitarán el poder delinear una filosofía bíblica objetiva de la música. Sorprendentemente, la controversia en la iglesia a menudo fuerza el proceso de desarrollar una solución bíblica. Pablo dijo: «Porque es necesario que entre ustedes haya bandos[4], a fin de que se manifiesten entre ustedes los que son aprobados» (1 Co. 11:19). En este versículo revelador, Pablo estaba diciendo que cuando surgen controversias, divisiones y escaramuzas en la iglesia, el problema subyacente se ve obligado a salir a la superficie. Y cuando el problema principal es finalmente expuesto, entonces y solo entonces se puede implementar una solución bíblica. Pablo también dice en este versículo que las controversias en la iglesia pueden revelar eficazmente quién tiene razón y quién está equivocado en cualquier disputa. Este versículo muestra que Dios es soberano incluso con las luchas internas de la iglesia: Él puede hacer que todas las cosas cooperen para bien (Ro. 8:28).

Ignorar la controversia y alejarse pasivamente del conflicto en la

iglesia no ayuda a nadie, eso solo hace que la amargura crezca, se infecte y se perpetúe. Por lo tanto, las disputas y discusiones en la iglesia no siempre son malas, sino que en realidad pueden servir a los propósitos de Dios al exponer el error y el pensamiento erróneo. La Biblia dice: «el hierro con hierro se afila» (Pr. 27:17). Y cuando el hierro roza el hierro, suelen saltar chispas.

En términos generales, el debate típico en las «guerras de adoración» de la iglesia se centra en la validez de los himnos frente al valor de los cantos y coros de alabanza de la iglesia. Los temas de disputa incluyen la instrumentación utilizada con cada campo en cuestión, así como otras formas y modos de adoración incorporados en el servicio de la iglesia. Los defensores de cada bando afirman presentar su caso desde un punto de vista bíblico. Pero muchas veces, el debate gira en torno a la emoción, la subjetividad, la preferencia, la ignorancia o incluso ataques *ad hominem*. Los tradicionalistas[5] etiquetan la música eclesiástica contemporánea como «espumosa», «insípida», «vacía», «superficial», «no cerebral», «sin sustancia» y «centrada en el hombre», entre muchos otros adjetivos deletéreos. Los defensores contemporáneos etiquetan los himnos tradicionales como «arcaicos», «muertos», «irrelevantes», «aburridos», «engorrosos», «pesados» y algunos son etiquetados como francamente «ofensivos». Un supuesto «himno ofensivo» es «Sublime gracia», que tiene un versículo que llama al creyente un «infeliz». ¿Puedes imaginar eso?

Los hipertradicionalistas podrían decir que el órgano es el más majestuoso de los instrumentos, mientras que la guitarra eléctrica y la batería son del diablo. Los modernistas dicen que el órgano está obsoleto, que los teclados eléctricos están de moda y que las guitarras son esenciales. Los tradicionalistas dicen que a Dios le gustan los coros, las largas túnicas y los altos techos abovedados. Los contemporáneos dicen que a Dios le gusta el volumen penetrante, los equipos de alabanza, los solos de guitarra, la espontaneidad y la vestimenta cómoda.

Los anteriores son escenarios demasiado simplificados, pero representan el corazón del debate a nivel práctico. Es en este nivel que

ahora daremos un estudio de los principios bíblicos clave que pueden contribuir al diálogo continuo sobre lo que es apropiado para la adoración en la iglesia cuando se trata de estilos musicales, gustos, filosofías y formas de expresión.

La música tiene un lugar y un propósito

Discutir el papel de la música en la iglesia es una conversación legítima. Porque Dios creó la música, se la dio a la humanidad como un regalo y quiso que fuera beneficiosa para la vida de la iglesia. La música se menciona a lo largo de toda la Biblia, desde el Génesis (4:21) hasta el Apocalipsis (14:2), como un medio por el cual los santos pueden expresar adoración a Dios por lo que Él es y lo que ha hecho. Se nos ordena amar a Dios con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerza (Mr. 12:30), lo que significa que debemos amar a Dios con todo nuestro ser. Y Dios nos ha hecho seres musicales, por lo tanto, la expresión musical hacia Él fluye naturalmente. Dios dio música a los seres humanos para facilitar una experiencia de adoración a Él. Miriam adoró a Dios con el pandero y el canto después de cruzar el Mar Rojo (Éx. 15:20-21). David adoró a Dios con su arpa (1 Sm. 16:23). Los santos en el cielo adoran a Dios con cánticos acompañados de arpas (Ap. 14:1-4). Jesús y los discípulos alabaron a Dios Padre cantando un himno en la Última Cena (Mt. 26:30). El Salmo 149:3-4 dice: «Alaben su nombre con danza; y canten a Él alabanza con pandero y lira. Porque el SEÑOR se deleita en Su pueblo». A Dios le agrada cuando lo adoramos a través de la música.

La música en la Iglesia

No hay muchas referencias directas en el Nuevo Testamento a ***cómo*** debe ser implementada la música en la vida congregacional de la iglesia. Este punto es importante para nosotros hoy. La iglesia primitiva, como se describe en el libro de los Hechos, así como todas las epístolas y los capítulos 2 y 3 de Apocalipsis, revelan que todas las iglesias primitivas tenían problemas. Había disputas sobre la Ley; había divisiones por personalidades; había pleitos legales; había debates sobre la doctrina; había problemas con la inmoralidad; había luchas internas sobre los

dones espirituales y muchas otras disputas sociales. Pero no hay ejemplos registrados de disputas sobre la música, los estilos de música o los métodos de instrumentación. Eso es extraño a la luz del hecho de que la iglesia estadounidense de hoy parece pelear sobre las preferencias musicales más que sobre muchos otros temas. Parece que hemos creado nuevos temas por los que pelear en la iglesia.

Quejarse de las preferencias musicales podría ser un problema aislado de Estados Unidos, o incluso un problema occidental. Cuando prediqué en iglesias de la India, Siberia, África, Ucrania y Honduras, no vi a las iglesias debatiendo sobre diferentes estilos musicales. Tuvieron muchos problemas, pero las guerras musicales no parecían ser prominentes. En la India, entre las aproximadamente diez iglesias bíblicas que visité, la música equivalía a una persona golpeando un bongó mientras la congregación cantaba sus canciones de adoración al unísono. La expresión musical era muy simple, expresiva, adoradora y unificadora. Muy diferente de lo que normalmente experimento aquí en los Estados Unidos, donde abundan las fuertes preferencias personales, el individualismo robusto y los gustos de alta definición altamente privatizados, especializados y orientados a sí mismos.

La escasez de información sobre la música en el Nuevo Testamento, especialmente el escaso número de imperativos, en realidad permite una tremenda variedad y flexibilidad. Tener pocos mandatos musicales ordenados por Dios delineados en las Escrituras en realidad protege contra un enfoque excesivamente proscriptivo, limitante, inhibidor y legalista que obstaculiza la creatividad y la expresión de adoración personalizada. Por otro lado, Dios habla claramente sobre el tema de la música lo suficiente. Los principios rectores se pueden extraer y sistematizar de la Biblia, lo que permite una teología y filosofía de la música convincentes y robustas en la iglesia. Con ese fin, dos pasajes explícitos clave de Pablo pueden servir como punto de partida para sentar las bases de una posición bíblica sobre este tema.

La música eclesiástica es para la adoración y la edificación

El primer pasaje de Pablo está en Efesios. En este pasaje, Dios ha

ordenado a la iglesia que incorpore música con el propósito de promover la adoración. Dios habló a través de Pablo diciéndole a la iglesia que «sean llenos del Espíritu. Hablen entre ustedes con salmos, himnos y cantos espirituales, cantando y alabando con su corazón al Señor. Den siempre gracias por todo, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, a Dios, el Padre» (5:18-20). De manera similar, en Colosenses, Pablo escribió: «Que la palabra de Cristo habite en abundancia en ustedes, con toda sabiduría enseñándose y amonestándose unos a otros con salmos, himnos y canciones espirituales, cantando a Dios con acción de gracias en sus corazones» (3:16).

Estos dos pasajes son pasajes paralelos: Pablo está hablando del mismo tema en cada una de las dos epístolas. Su tema aquí es definitivamente la música, el canto y la alabanza en la asamblea congregacional mientras la Iglesia se reúne para adorar. La música y el canto en la asamblea congregacional es un remanente del Antiguo Testamento, ya que el pueblo del pacto de Dios, los judíos, adoraban regularmente a YHWH a través de la música y el canto. Muchos de los Salmos fueron escritos con este mismo propósito. Para Pablo (un judío convertido), hablar de música en la asamblea congregacional era algo natural.

Los dos versículos precedentes describen el propósito de la música en relación con la adoración cristiana. El primer propósito declarado de la música en la iglesia, de acuerdo con estos versículos, es animar y edificar a los hermanos en la fe. Es importante tener esto en cuenta, porque hay muchos que quieren decir que la música que cantamos en la iglesia debe estar dirigida solo a Dios. Pero de acuerdo con estos dos mandamientos aquí, eso no es cierto. Pablo dijo que hablen «los unos a los otros» con canciones y que «se amonesten unos a otros» con canciones. Algunos de los cantos de nuestra iglesia deben estar dirigidos deliberadamente a edificar a los santos que están reunidos en la asamblea[6].

El segundo propósito declarado, pero en realidad el propósito primordial de la música en la iglesia, es teocéntrico: la música y el canto

deben ser dirigidos a Dios en la adoración. Pablo dijo que cantáramos «con gratitud en vuestros corazones a Dios». Dios es la audiencia principal en nuestra adoración congregacional. Adorarlo es la mayor prioridad. Dios está buscando a aquellos que lo adoren en espíritu y en verdad (Jn. 4:24).

Es asombroso pensar que el infinito y eterno Creador del universo se complace cuando le cantamos canciones dignas. ¡A Dios le gusta la música! Cantar directamente a Dios es una expresión muy personal e íntima de adoración[7]. Y lo que Dios piensa de nuestra música importa más que la opinión de cualquier otra persona. De acuerdo con el Nuevo Testamento, la música y el canto de nuestra iglesia local deben enfocarse en la adoración de nuestro santo Dios y en la edificación de los hermanos creyentes que están presentes en la congregación de compañerismo y adoración. Estos son los únicos dos propósitos declarados para la música en la iglesia. Eso elimina otras opciones que prevalecen en las iglesias hoy en día. Algunas iglesias se enfocan en el valor de entretenimiento de la música, y otras usan la música en un intento de atraer y cautivar a los incrédulos a la iglesia. Pero ninguna de estas dos razones tiene ningún origen en el Nuevo Testamento. En el contexto de la iglesia, por lo tanto, la música debe reservarse para la exaltación de Dios y la edificación de los santos. No ofrecemos nuestra música en la iglesia para apaciguar a los paganos.

Esto me recuerda un evento al que asistí no hace mucho con algunas personas de mi iglesia. Kirk Cameron estaba hablando sobre evangelismo en una iglesia local y toda la comunidad fue invitada. Antes de que Kirk hablara, esa iglesia local proporcionó la «música de adoración» para nosotros, los 1,000 invitados en la audiencia. Nunca lo olvidaré... fue horrible.

La banda salió al escenario, agarró sus instrumentos preestablecidos. El cantante principal, vestido con una larga túnica blanca floreada, descalzo, de unos diecinueve años, agarró el micrófono. Me recordó a Janis Joplin del festival de Woodstock de 1969. Cuando comenzó la primera canción, las guitarras eléctricas gritaron a un nivel de volumen ensordecedor; el baterista comenzó a

agitarse como animal de la banda de rock de los Muppets; y Janis, la cantante principal, comenzó a saltar arriba y abajo, moviendo la cabeza espasmódicamente como si tuviera convulsiones, sin parar; su largo cabello castaño, agitándose en el aire con furia. Y entonces empezó a cantar... o, de hecho, gritar, a todo pulmón haciendo que el suelo vibrara y mis tímpanos se hincharan.

El estruendo cacofónico e incomprensible de la primera canción se prolongó durante varios minutos. Los miembros de la iglesia que estaban conmigo se quedaron mirando, desconcertados, en estado de shock... sin cantar. Miré a la multitud. Nadie cantaba. La mayoría de la gente solo miraba el pandemónium en el escenario con la mirada perdida, incómoda e insegura de cómo responder. Me daba vergüenza. Las payasadas se prolongaron durante veinte minutos. Se nos dijo en todo momento: «¿No es maravilloso adorar a nuestro Dios esta noche?». No creo que se produjera mucha adoración durante el enloquecido frenesí musical. Me disculpé con toda la gente de mi iglesia más tarde esa noche, cuando el evento terminó. Afortunadamente, Kirk Cameron salvó la velada con un poderoso testimonio y una predicación reverente de la Palabra de Dios. También se sintió avergonzado por la llamada «música de adoración» que lo precedió y, de hecho, expresó su desaprobación del acto musical de apertura.

Este escenario de la vida real ocurre en las iglesias con demasiada frecuencia hoy en día. La música de esa noche no cumplió con las únicas dos demandas bíblicas con respecto a la música en la iglesia: glorificar a Dios y edificar a los santos. La letra era incomprensible, por lo que nadie podía entenderla ni edificarse, y el ruido frenético y ensordecedor producido no era música que promoviera la adoración del Dios que exige orden en la adoración pública (1 Co. 14:40).

Las palabras importan

Las letras importan cuando se trata de las canciones que se cantan en la iglesia. En Colosenses 3, Pablo es muy claro acerca del contenido de lo que se componen los cantos de la iglesia; él dijo: «la palabra de Cristo». La Palabra de Cristo es lo mismo que la Palabra de Dios, y

para la iglesia de hoy eso significa las Escrituras, o la Biblia. La música de la iglesia debe ser contenido de las Escrituras. Todos los campos involucrados en las guerras de adoración están construyendo paradigmas y rejillas por las cuales evaluar la música, pero no parece haber un consenso en cuanto a la prueba de fuego total. El punto de partida y la consideración a destacar más es en las letras de la música. ¿Son las palabras consistentes con la Palabra de Dios? ¿Hacen eco, explican, destacan, resaltan, acentúan, amplifican, animan, muestran, aclaran y difunden claramente la Palabra revelada de Dios y el evangelio? ¿Son teocéntricas y cristocéntricas en su énfasis? La Biblia lo es. ¿Las letras de las canciones hacen que el cristiano piense en todo lo que es verdadero, todo lo digno, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo honorable, todo lo virtuoso o lo que merece elogio (Fil 4:8)? Las palabras de cada cántico deben ser «examinadas cuidadosamente», reteniendo lo que es bueno y todo lo que no concuerda con las Escrituras debe ser evitado y descartado (1 Ts. 5:21). ¿O son las palabras humanamente artificiales, bíblicamente fuera de lugar, ambiguas o centradas en el hombre? Las palabras del hombre son ineficaces, independientemente de cuán poéticas, creativas o emocionalmente conmovedoras sean.

Hay conclusiones tanto para los tradicionalistas como para los modernistas sobre este punto. Con demasiada frecuencia, los modernistas tienen menos consideración por el contenido lírico que por el estilo, la presentación, el atractivo emocional, el solo de batería u otros elementos subjetivos. Eso está fuera de balance. El contenido es primordial. Muchos tradicionalistas, que tienen buenas intenciones, tratan de hacer del «estilo» o la «forma» un tornasol para la aceptabilidad bíblica. A uno de esos tradicionalistas le gusta decir: «la música [estilo/método] es la encarnación del mensaje», una derivación del adagio del mariscal McLuhan, «el medio es el mensaje[8]». Pero, en última instancia, esta es una tarea inútil. Tal esfuerzo es puramente subjetivo. Aquí es donde la preferencia personal con demasiada frecuencia expresa un pensamiento bíblico claro. El hecho es que nadie vivo hoy en día sabe cómo sonaba la música de adoración del Antiguo

Testamento o del Nuevo Testamento. Hoy solo nos queda la letra. Nadie conoce el único prototipo bíblico espiritualmente obligatorio cuando se trata de estilo. ¿Quién sabe cuál era la cadencia rítmica o si tenía un compás o cuál era el tempo o qué tan alto era el volumen o cuántas veces se repetía un estribillo, un verso o una estrofa? Con referencia a la música en el Antiguo Testamento, la *Enciclopedia Judaica* afirma de manera clara y precisa: «Las formas de la música solo pueden ser conjeturadas […] Los sonidos mismos se pierden[9]». Incluso si la música fuera conocida, el hecho es que «la música es la más abstracta de las artes[10]». Es imposible deshacerse de los elementos subjetivos inherentes a la música. La historia demuestra que los estilos musicales están en constante progreso y en constante cambio. Sin embargo, la verdad de Dios representada y revelada en la Palabra escrita nunca cambia. Las letras son objetivas; los sonidos y estilos musicales perdidos son, en el mejor de los casos, subjetivos.

A Dios le gusta la variedad

En cuanto a la música en la iglesia, Pablo dice que debe haber «salmos, himnos y canciones espirituales» (Col. 3:16). Existe un debate entre los estudiosos en cuanto a los matices específicos de cómo deben interpretarse estos tres términos, pero una cosa está clara: estos tres términos recomiendan la variedad en la música. Los «salmos» son diferentes a los «himnos», y los «himnos» no son sinónimos de «canciones espirituales». Dios fomenta la variedad; también debe hacerlo la iglesia. El canon aprobado de la música eclesiástica es amplio. No se limita a los himnos anglosajones posteriores a la Reforma del siglo XVIII. Cuando predicaba en el sur de la India, todas las canciones se cantaban en el idioma telugú y los estilos musicales, los métodos y los modos de expresión eran únicos en su cultura, no hay nada igual en Estados Unidos. Durante dos años, mientras predicaba en una iglesia china local, todo el canto era en mandarín con afinidades musicales que complementaban su cultura única. Una bendita variedad desplegada en ambos casos.

Los «salmos» [griego, *psalmois*] mencionados por Pablo aquí se refieren a «cantos de alabanza» en general, siendo los Salmos del

Antiguo Testamento el prototipo[11]. Olford dice: «Los "Salmos" denotaban principalmente música con acompañamiento instrumental […] Los Salmos se refieren, por supuesto, al Salterio del Antiguo Testamento» (los Salmos eran un manual de canciones de adoración ya escritas para la iglesia)[12]. ¡Habla de variedad! Los Salmos mencionan una variedad de instrumentos que se usaban para hacer música de adoración, incluyendo la trompeta, el arpa, la lira, el pandero, los instrumentos de cuerda, la flauta, los címbalos fuertes y más (Sal. 150). El Antiguo Testamento hace referencia a por lo menos diecinueve instrumentos musicales diferentes[13].

También hay variedad en la estructura, composición, letras y propósito de los Salmos. En cuanto a la forma y la estructura, los Salmos incluyen poesía, narrativa, estrofas, estribillos, anacrusis, paralelismo, quiasmo, metáfora, paronomasia (Sal. 105), repetición (Sal. 136), simplicidad, complejidad, brevedad (Sal. 134), acrósticos (Sal. 119) y más[14]. En cuanto al tema y contenido, los Salmos contienen oraciones, acciones de gracias, peticiones, imprecación, alabanza, adoración, proclamación, historia y más. ¡Los Salmos transpiran variedad y diversidad! La música de la iglesia debe seguir su ejemplo. Las restricciones miopes, exclusivas y hechas por el hombre sobre las expectativas musicales en la iglesia violan este principio de diversidad bendita y canciones de alabanza modernas. La respuesta es permitir lo mejor de todo lo que es bíblico y apropiado de todos los lugares[15].

Dios quiere excelencia

La Biblia habla mucho del alto estándar de Dios. 1 Corintios 10:31 dice: «Entonces, ya sea que coman, que beban, o que hagan cualquier otra cosa, háganlo todo para la gloria de Dios». Pedro dice que de cualquier manera que sirvamos a Dios en la iglesia, debe hacerse con calidad «para que en todo Dios sea glorificado mediante Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén» (1 Pe. 4:11).

Esto también es cierto cuando se trata de la música utilizada en el culto público. En el Antiguo Testamento, cuando Saúl, el primer rey de Israel, necesitaba ser consolado por un músico de la corte, los

siervos de Saúl requerían que el músico fuera excelente. Dijeron a Saúl: «que busquen un hombre que sepa tocar el arpa, y cuando el espíritu malo de parte de Dios esté sobre usted, él tocará con su mano, y le pondrá bien» (1 Sm. 16:16). Saúl respondió diciendo: «búsquenme ahora un hombre que toque bien[16]» (16:17). David era ese hombre, porque era «un músico *hábil*» (16:18). David fue ejemplar al llevar la música de la más alta calidad a la adoración regular en el templo. Entrenó y nombró a personas específicas, que eran dotadas y expertas en habilidades musicales, para dirigir a la congregación de Israel en canciones congregacionales de alabanza. «Entonces David habló a los jefes de los levitas para que *designaran*[17] a sus parientes los cantores, con instrumentos de música, arpas, liras y címbalos muy resonantes, alzando la voz con alegría» (1 Cr. 15:16). Un hombre llamado Quenanías fue nombrado director del coro. «Dirigía[18] el coro porque era *hábil*[19]» (15:22).

El estándar de Dios para la excelencia no ha cambiado. La iglesia debe producir música que sea de la más alta calidad, producida e interpretada por aquellos que son cuidadosamente seleccionados y nombrados sobre la base de sus habilidades, dones, entrenamiento, experiencia y llamado. Conocer tres acordes en la guitarra o simplemente tener el deseo de cantar no necesariamente califica a uno como apto para liderar la música en la adoración congregacional de los santos. No importa si se trata de himnos, órganos, coros de alabanza o bongós, Dios quiere y merece lo mejor en todas las áreas, incluida la música, para que los santos sean verdaderamente edificados y para que Él sea exaltado. Y aquellos que dirigen la música y tocan instrumentos para la adoración colectiva con los santos deben ser salvos y buscar la santidad en sus propias vidas. Algunas iglesias dicen que está bien que el saxofón sea tocado por un satanista, siempre y cuando no diga nada y se mantenga en el tono. Argumentan: «Sí, usamos a los incrédulos como músicos en nuestra iglesia; de esa manera pueden escuchar el evangelio y tal vez ser salvos». Pero Pablo dejó claro en Efesios y Colosenses que deberíamos tocar música y cantar «los unos a los otros»; por los demás, se refería a los hermanos en la fe. «¿Qué tiene

en común un creyente con un incrédulo?» (2 Co. 6:15). Estamos llamados a alabar a Dios con cánticos «en la congregación de los santos» (Sal. 89:5), no con los santos y algunos paganos.

La música no es el centro de atención

Muchos cristianos hoy en día consideran que la música es un factor determinante al escoger una iglesia local. Para ellos, la música es la prioridad, o al menos una prioridad principal. Considera la siguiente reseña del sitio web de una gran iglesia evangélica convencional en la sección de «Bienvenidos»:

> En [nuestros] servicios de adoración, nos gusta mezclar las cosas. Una semana podemos tener un DJ en la plataforma, y la semana siguiente estarás cantando junto a un cuarteto de banjos de bluegrass. Nunca se sabe. Y así es como rodamos.
>
> Queremos que te relajes. Sabemos que puede ser confuso e intimidante venir a una iglesia por primera vez. Queremos que se sienta bienvenido y libre de visitarnos, sin compromiso. Puedes relajarte con tu café y escuchar a la banda en vivo. Visita nuestra cafetería para tomar un café con leche o un moca. Espera escuchar música en vivo que te mueva y te acerque al corazón de Dios. Espera un ambiente informal en el que puedas venir tal y como eres. Usa pantalones cortos, sandalias, lo que sea. ¡Solo ponte algo!

Esto suena más como un anuncio de una reunión social en la playa para adolescentes en lugar de una iglesia describiendo una adoración colectiva reverente al santo Creador del universo. Pero este es un atractivo estándar para las iglesias de hoy, ya que satisfacen la preferencia del mundo por las melodías improvisadas y el acercamiento informal a la Deidad. No es así con la iglesia primitiva del Nuevo Testamento. La Biblia es clara acerca de cuáles se supone que deben ser las prioridades de peso para una iglesia local. Hechos 2 cuenta en qué se enfocaban los primeros cristianos en lo que respecta a la vida de la iglesia. Las tres mil almas de la primera iglesia de Jerusalén:

> se dedicaban continuamente a las enseñanzas de los apóstoles, a la comunión, al partimiento del pan y a la oración […] Día tras día continuaban unánimes en el templo y partiendo el pan en los hogares, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y hallando favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día al número de ellos los que iban siendo salvos (vv. 42, 46-47).

Los versículos anteriores muestran que la iglesia primitiva no se enfocó en la música (que ni siquiera se mencionó), sino en cinco elementos clave. El primero fue «la enseñanza de los apóstoles», que es doctrina y teología, la verdad revelada de Dios que ahora está escrita en el Nuevo Testamento. Así que predicar y enseñar la Palabra de Dios era una prioridad. En segundo lugar, estaba la «comunión», que es un compartir mutuo entre los cristianos de todo lo que poseen, tanto recursos físicos como espirituales[20]. La tercera prioridad era el «partimiento del pan» o la celebración de la Cena del Señor, el sacramento que Cristo mismo instituyó. En cuarto lugar, la iglesia primitiva hizo de la «oración» una prioridad. Y en quinto, la iglesia primitiva invirtió en la adoración «alabando a Dios». Así que el enfoque estaba en la Palabra, en los otros, en Cristo y en Dios; un enfoque totalmente en los demás. La música fue dada por Dios a la iglesia para servir a un propósito auxiliar de realzar y mantener los elementos primarios. Así que hoy en día, cuando los cristianos dicen que la música es un factor determinante en su experiencia en la iglesia, su preferencia se convierte en el punto focal y el «interés propio» domina. Esta es la antítesis de lo que Hechos 2 enseña acerca de las prioridades de la reunión congregacional de la iglesia.

La actitud es primordial

Dios quiere adoración pura. Él le da mucha importancia a la actitud correcta del corazón cuando se trata de adorar. El profeta Samuel le recordó a Saúl: «el obedecer es mejor que un sacrificio, y el prestar atención, que la grasa de los carneros. Porque la rebelión es como el pecado de adivinación, y la desobediencia, como la iniquidad e

idolatría» (1 Sm. 15:22-23). Más tarde, Dios le dijo a Samuel: «Dios no ve como el hombre ve, pues el hombre mira la apariencia exterior, pero el Señor mira el corazón» (1 Sm. 16:7).

Este principio se aplica a las «guerras de adoración» en la iglesia de hoy. Con demasiada frecuencia, las actitudes pecaminosas y divisivas dominan la conversación sobre lo que es apropiado para la iglesia. Tales actitudes confunden el asunto. No es raro escuchar a los cristianos «quejarse» de la música en la iglesia. Las quejas se deben a muchas razones diferentes. «¡No me gustan esos himnos aburridos!», «Esas nuevas canciones de alabanza son superficiales, ¡no me gustan!». Muchos cristianos pasan más tiempo criticando y quejándose de una canción de tres minutos que pensando en cómo van a aplicar el sermón de treinta minutos que escucharon de la Palabra de Dios. Muchos cristianos pasan más tiempo socavando la autoridad del pastor o el servicio del ministro de música difundiendo el descontento por la selección de música que orando por la iglesia, los pastores y las serias necesidades de la iglesia. Este es un gran problema.

Murmurar y quejarse de las preferencias musicales de la iglesia es un pecado, y desafortunadamente es desenfrenado en la iglesia de hoy. Filipenses 2:14 dice: «Hagan todas las cosas sin murmuraciones ni discusiones». Ese es un mandamiento para todos los cristianos. Dios odia que los santos se quejen. Pablo da un recordatorio aleccionador de esto en 1 Corintios: «Ni provoquemos al Señor, […] *ni murmurar*, como algunos de ellos lo provocaron, y fueron destruidos por las serpientes» (10:9-10). Este versículo se refiere al momento en que Dios mató a 14,700 israelitas que murmuraron contra Moisés y Aarón (Nm. 16:41-49).

Cuando un creyente se queja sobre preferencias musicales, esa persona está siendo desobediente. Y hay una buena probabilidad de que tal persona esté esparciendo el descontento por todo el cuerpo de Cristo. Una actitud tan rebelde puede dar raíz a una amargura que se extiende como el cáncer. La Palabra de Dios advierte contra esto: «Busquen la paz con todos […] cuídense de que nadie deje de alcanzar la gracia de Dios; de que ninguna raíz de amargura, brotando, cause

dificultades, y por ella muchos sean contaminados» (He. 12:14-15). Un minuto los cristianos están discutiendo entre sí y chismeando y murmurando unos a otros acerca de sus preferencias musicales, y al minuto siguiente están cantando alabanzas a Dios. Esa es la forma más asquerosa de hipocresía y Dios no quiere nada de eso (Stg. 3:8-10). Dios expuso tal hipocresía en el Antiguo Testamento, diciendo:

> Aborrezco, desprecio vuestras fiestas, tampoco me agradan sus asambleas solemnes […] Aparten de Mí el ruido de sus cánticos, pues no escucharé ni siquiera la música de sus arpas. Pero corra el juicio como las aguas y la justicia como una corriente inagotable (Am. 5:21-24).

La voluntad de Dios es que los creyentes estén contentos, agradecidos, compasivos, en oración y pacientes, incluso cuando se trata de las «guerras de adoración» por la música. En lugar de pelear por asuntos preferenciales como el estilo de la música, Dios ordena a los creyentes que caminen en el Espíritu con un corazón de amor:

> Revístanse de tierna compasión, bondad, humildad, mansedumbre y paciencia; soportándose unos a otros y perdonándose unos a otros, si alguien tiene queja contra otro. Como Cristo los perdonó, así también háganlo ustedes. Sobre todas estas cosas, vístanse de amor, que es el vínculo de la unidad (Col. 3:12-14).

Dios le da mucha importancia a la unidad en la iglesia y la preservación de la misma entre los creyentes es una marca de la forma más alta de madurez espiritual (Ef. 4:13-16). Las obras de la carne incluyen «enemistades, pleitos, celos, enojos, rivalidades, disensiones, herejías» (Gá. 5:20). Toma nota especial y desconfía de cualquier «cristiano» que quiera «desatar una guerra» sobre las preferencias musicales en la iglesia. En palabras de Pablo: «vigilen a los que causan disensiones y tropiezos contra las enseñanzas que ustedes aprendieron, y que se aparten de ellos» (Ro. 16:17). Por el contrario, los cristianos deben hacer todo lo que esté a su alcance para preservar la paz, en el amor y

la verdad, en la comunión local, incluso cuando se trata de música (Ro. 12:10, 18).

Desafortunadamente, es probable que este problema no mejore. En este momento, toda una generación de jóvenes está siendo entrenada para guiarse por sus preferencias personales y estar descontentos con la música en la iglesia. La razón por la que esto es así es porque muchos padres cristianos están modelando este mal comportamiento frente a sus hijos. No están protegiendo a los niños de las «guerras de adoración», sino que más bien los están exponiendo a ellas e incluso atienden las quejas y preferencias de ellos también. Este problema se ve agravado por la práctica moderna del entretenimiento musical individualizado y hecho a la medida mediante auriculares personalizados y cosas similares. Cada miembro de una familia de seis puede elegir la selección musical de su agrado, en sonido estereofónico de alta fidelidad, producido en estudio y con la más alta calidad imaginable, como elegir el sabor de helado favorito de cada quien. Cuando se trata de música, la gente está acostumbrada a hacer exactamente lo que quiere. Por lo general, las familias de hoy en día no escuchan música juntos, cultivando gustos y preferencias juntos; cada hombre, mujer y niño está por sí mismo. Ha llegado a ser así en la iglesia. No muchos se preguntan: «¿qué le gusta a *Dios*?» cuando se trata de música; más bien, muchas veces es «¿qué me gusta a *mí*? ¿qué es lo que *yo* quiero?».

El contexto cuenta

Eclesiastés 3 dice: «Hay un tiempo señalado para todo. Y hay un tiempo para cada suceso bajo el cielo» (v. 1). Esta es una verdad eterna que se aplica a la música en la iglesia. Cuando los santos se reúnen para adorar congregacionalmente, se espera cierto decoro. La «ley de la selva» no está permitida. Eso es lo que Pablo quiso decir cuando les dijo a los cristianos de Corinto que cuando se reunían como un cuerpo, necesitaban hacer todas las cosas «decentemente y con orden» (14:40). Se debe hacer todo lo posible para preservar una atmósfera de adoración sin distracciones (14:25), edificación congregacional (14:26) y paz en el entorno público (14:33). A la luz de estas verdades, la iglesia

necesita evaluar el tipo de música (y todos los demás elementos) que se utilizan en la reunión congregacional y el propósito de la música utilizada. El hecho de que una canción haya sido escrita por un «cristiano» o que los «danzarines de adoración interpretativa» tengan buenas intenciones no significa que sea apropiada en el contexto de la adoración colectiva.

«Contemporánea» y «tradicional» son términos relativos

En términos generales, los himnos preferidos por los tradicionalistas son relativamente nuevos a la luz de la historia de la iglesia. La mayor parte de ellos fueron escritos en los siglos XVIII y XIX. Cuando fueron escritos eran «modernos», «contemporáneos», «novedosos» y, por lo tanto, «sospechosos» para los estándares del pasado tradicionalista. Los nuevos cantos de hoy serán viejos dentro de un par de siglos, si el Señor aún no ha venido. La música para la iglesia no es legítima basándose simplemente en su antigüedad. Este no es un buen vino. Más viejo no siempre es mejor.

De hecho, la Biblia elogia e incluso ordena lo contrario. «Cántenle cántico nuevo» (Sal. 33:3). «Canten al Señor un cántico nuevo» (Sal. 96:1). Dios es un Dios vivo, que obra en los corazones de las personas de todas las generaciones y recibe su adoración. Como tal, cada generación debe tener nuevas canciones para dar testimonio de la grandeza de Dios y de cómo Él está obrando continuamente en sus vidas. El canon aceptable de la música eclesiástica no está cerrado, sino abierto, y cada generación sucesiva añade nuevos capítulos a medida que Dios lleva a cabo Su plan hasta que Él venga.

Resumen

La música es problemática para las muchas iglesias en el siglo XXI. Apaciguar a las partes involucradas no es tarea fácil. Sin embargo, hay principios bíblicos que pueden ayudar a clarificar y mejorar la discusión. Primero, el Nuevo Testamento dice que la música debe usarse con el propósito de facilitar la edificación de los santos y la adoración a Dios (Ef. 5:18-20; Col. 3:16).

En segundo lugar, la Biblia da prioridad a la verdad y, por lo tanto, a las letras de las canciones. Las letras de la música eclesiástica deben estar en sintonía con la verdad bíblica.

En tercer lugar, la variedad en los tipos de música es aceptable e incluso alentada por Dios, como dijo Pablo, los cristianos deben cantar «salmos, himnos y canciones espirituales» (Col. 3:16).

Cuarto, Dios quiere la excelencia en la música eclesiástica. Dios es digno solo de lo mejor, y la iglesia debe esforzarse por alcanzar ese estándar (Mt. 5:48).

Quinto, la música en la iglesia debe asumir el papel apropiado: no es central. La predicación, la oración, la alabanza, la comunión y las ordenanzas son centrales en la iglesia (Hch. 2:42-45). La música es secundaria, tangencial, auxiliar, complementaria y subsidiaria.

Sexto, los cristianos necesitan tener actitudes piadosas cuando se trata de preferencias musicales en la iglesia. Es un error estar divididos por la música en la iglesia. Dios mira el corazón cuando se le ofrece la alabanza en una canción. Y un corazón pecaminoso con una voz melódica es una adoración inaceptable.

Séptimo, el contexto puede ayudar a determinar cuál es la música apropiada para las reuniones públicas de la iglesia congregacional. Dios es la audiencia principal durante el culto.

Octavo, Dios ha ordenado a los creyentes que «canten cánticos nuevos» para Él. Por lo tanto, el canon de canciones aceptables disponibles para cantarle a Él está vivo y creciendo, y siempre debe incluir canciones «tradicionales» y «contemporáneas» en cualquier momento dado en la historia de la iglesia.

Notas

1. La controversia sobre la música en la iglesia no es nada nuevo. Antes de Isaac Watts (1674-1748), las iglesias protestantes estadounidenses cantaban casi exclusivamente las Escrituras en forma métrica; por lo tanto, las iglesias coloniales se resistieron a la nueva música que estaba fuera del canon prescrito de larga data de música eclesiástica aceptable establecido en el Bay Psalm Book (1640) y el *Whole Book of Psalms* (1562). Charles Wesley, contemporáneo de Watts, que escribió 8,989 himnos, fue «procesado ante un gran jurado por alterar salmos autorizados y por introducir composiciones no autorizadas en los servicios de la iglesia»; James Townsend, *Christian History [Historia Cristiana]*, «The Golden Age of Hymns» [«La Edad de Oro de los Himnos»] (Número 31, 1991, Vol. X, no. 3, pp. 1 ss).
2. Michael S. Hamilton, «The Triumph of the Praise Songs» [«El triunfo de las canciones de alabanza»], *Christianity Today [Cristianismo hoy]*, 12 de julio de 1999, pp. 30, 34.
3. Para un estudio de varias explicaciones sociológicas, históricas y teológicas con respecto a las «guerras de adoración» en las iglesias de hoy, véase: Mark A. Noll, «We are What We Sing» [«Somos lo que cantamos»], *Christianity Today [Cristianismo hoy]*, 12 de julio de 1999, pp. 37-41; John F. MacArthur, «With Hearts, Minds and Voices» [«Con corazones, mentes y voces»], *Christian Research Journal [Diario de investigación cristiana]*, vol. 23, no. 2, pp. 36-43; Michael Horton, *Modern Reformation: Lift Up Your Voice [Reforma moderna: eleven sus voces]* (noviembre/diciembre de 2002), vol. 11, núm. 6; Vernon M. Whaley, *Understanding Music & Worship in the Local Church [Entendiendo la Música y la Adoración en la Iglesia Local]* (Wheaton: Evangelical Training Association, 1995), pp. 44-58; John M. Frame, *Worship in Spirit and Truth [Adoración en Espíritu y Verdad]* (Nueva Jersey: P & R Publishing, 1996), págs. 111-143; Rick Warren, *The Purpose Driven Church [Una iglesia con propósito]* (Grand Rapids: Zondervan, 1995), pp. 279 y ss.; Leonard Payton, *The Coming Evangelical Crisis [La crisis evangélica venidera]*, John Armstrong, ed. (Chicago: Moody Press, 1996), pp. 189-206; Ronald B. Allen, *The Wonder of Worship [La maravilla de la adoración]* (Nashville: Word Publishing, 2001), pp. 127-162; D.

A. Carson, ed. *Worship by the Book [Adora de acuerdo al Libro]* (Grand Rapids: Zondervan, 2002), pp. 192 y ss.; Michael Horton, *A Better Way: Rediscovering the Drama of God-Centered Worship [Una mejor manera: Redescubriendo el drama de la adoración centrada en Dios]* (Grand Rapids: Baker Books, 2002), pp. 125 y ss.; Francis A. Schaeffer, *How Should We Then Live? [¿Cómo debemos vivir entonces?]* (Westchester: Crossway Books, 1976), pp. 182-227; Frank E. Gaebelein, *The Christian, the Arts, and Truth [El Cristiano, las artes y la verdad]* (Portland: Multnomah Press, 1985), pp. 165-172; Ronald Allen y Gordon Borror, *Worship: Rediscovering the Missing Jewel [Adoración: Redescubriendo la joya perdida]* (Portland: Multnomah Press, 1982), pp. 157-71; John M. Frame, *Contemporary Worship Music-A Biblical Defense [Música de adoración contemporánea: una defensa bíblica]* (Phillipsburg: P & R Publishing, 1997); Marva J. Dawn, *Is It A Lost Cause? [¿Es una causa perdida?]* (Grand Rapids: Eerdmans, 1997), pp. 65-81. Mark Dever, *The Deliberate Church [La Iglesia Deliberada]*, pp. 115-127;

4. «Facciones» viene de *hairesis* (griego) de donde obtenemos la palabra «herejía»; el principal significado original de esta palabra era «secta, partido, facción disidente» dentro de un grupo más grande, pp. 23-24, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature [Un léxico del Nuevo Testamento y otras literaturas cristianas de griego-inglés]*, William F. Arndt y F. Wilbur Gingrich, The University of Chicago Press, Chicago, 1979); cfr. *herejías*, Marvin R. Vincent, *Word Studies in the New Testament [Estudios de la Palabra en el Nuevo Testamento]* (Grand Rapids: Eerdmans, 1975), vol. 3, p. 249.
5. Algunos de los tradicionalistas más radicales incluyen a Frank Garlock, Bill Gothard y Bob Larson. No me estoy refiriendo a este grupo marginal radical en este capítulo cuando menciono a los «tradicionalistas». Por «tradicionalista» me refiero a los evangélicos convencionales más equilibrados.
6. Mark Dever va al extremo cuando habla de las canciones que cantamos en la iglesia cuando escribe: «nuestra audiencia en la adoración corporativa no son las personas. La adoración congregacional no se trata de complacer a la gente», p. 115; Si bien estoy de acuerdo en que la adoración no se trata de complacer a la gente, yo diría que a la luz de estos dos

versículos de Pablo, la música de adoración congregacional implica animar a las personas de la congregación, especialmente a los creyentes, a ser edificados por las canciones que cantamos. Dios no es la única audiencia en el Día del Señor. Cuando predico, estoy predicando a la audiencia del Cuerpo de Cristo, no estoy predicando a Dios. Y la predicación es parte del «servicio de adoración». Para una breve pero cuidadosa filosofía equilibrada y bíblica de la música en la iglesia, véase Stephen F. Olford, *Anointed Expository Preaching [Predicación expositiva ungida]* (Nashville: B & H Academic, 1998), pp. 323-332.

7. Observa el útil recordatorio y sugerencia de Grudem aquí: «El canto es especialmente importante para adorar tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. En nuestros días ha habido un gran cambio tanto en el inglés estándar que habla la gente como en las formas musicales con las que la gente está familiarizada, y las iglesias necesitan hablar y planificar abierta y honestamente para encontrar una mezcla de canciones que puedan ser cantadas bien por toda la congregación, y con las que la gente pueda identificarse genuinamente como un vehículo para expresar su alabanza a Dios. Las canciones que se dirigen a Dios directamente en segunda persona (es decir, que le hablan a Dios como "tú" en lugar de hablar de él como "él") a menudo serán especialmente efectivas como canciones de adoración, aunque los Salmos muestran que ambos tipos de canciones son agradables a Dios»; *Teología Sistemática: Una Introducción a la Doctrina Bíblica*, Zondervan, Grand Rapids MI, 1994), p. 1012.

8. See Michael Horton, *A Better Way: Rediscovering the Drama of God-Centered Worship [Una mejor manera: Redescubriendo el drama de la adoración centrada en Dios*], (Baker Books, Grand Rapids MI, 2002), pp. 163-187.

9. *Enciclopedia Judaica, vol. 12* (Jerusalem: Keter Publishing House, 1971), p. 566. Una vez más, Dever exagera el caso aquí al insistir en que en la iglesia solo debemos usar «música que complemente el tono de la letra»; *The Deliberate Church [La Iglesia Deliberada]*, p. 120. ¿En qué parte de la Biblia nos dice qué tipo de música complementa el tono? Respuesta... en ninguna parte. No sabemos cómo era la música de la Biblia.

10. H. M. Best, *The Zondervan Pictorial Encyclopedia of the Bible [La Enciclopedia Pictórica de la Biblia de Zondervan]*, *vol. 4* (Grand Rapids: Zondervan, 1976), p. 311. Best afirma además que «la fidelidad total al sonido original es inalcanzable».
11. Peter T. O'Brien, Ed. por Ralph P. Martin, *Word Biblical Commentary: Colossians, Philemon [Comentario Bíblico de la Palabra: Colosenses, Filemón]* (Waco: Word Books, 1982), p. 209; Donald Williams, *Mastering the Old Testament: Psalm 1-72 [Dominando el Antiguo Testamento: Salmos 1-72]* (Dallas: Word Publishing, 1986), pp. 18-19; James Strong, *The New Strong's Complete Dictionary of Bible Words [El Nuevo Diccionario Completo de Palabras de la Biblia de Strong]* (Nashville: Thomas Nelson Publishers, 1996), p. 728.
12. Stephen F. Olford, *Predicación expositiva ungida* (Nashville: B & H Academic, 1998), 324. Olford dice que «himnos» se refiere principalmente a la música vocal interpretada por la congregación y dirigida a Dios en devoción y petición (Mt. 26:30; Hch. 16:25). Su comentario sobre «canciones» también es digno de mención: «Las "canciones" eran las efusiones líricas de la iglesia primitiva. El Dr. Lightfoot incluye en este concepto de "canciones espirituales": solos, música instrumental y expresiones espirituales. Las canciones a menudo se interpretaban espontáneamente, como los genuinos "espirituales" de los tiempos más modernos; y es interesante observar que Pablo califica esta clase de cántico con la palabra "espiritual". Sólo aquellos que saben lo que es estar conscientemente llenos del Espíritu Santo pueden cantar verdaderamente "canciones espirituales"», p. 325. Cf. R. K. Harrison, *Introduction to the Old Testament* [*Introducción al Antiguo Testamento]* (G. Rand Rapids: Eerdmans, 1975), p. 976.
13. *Enciclopedia Judaica, vol. 12*, p. 559 y ss.
14. Para una discusión útil sobre los recursos literarios empleados en el libro de los Salmos, véase: Walter C. Kaiser, Jr., *Toward an Exegetical Theology*: *Biblical Exegesis for Preaching and Teaching [Hacia una teología exegética*: *exégesis bíblica para la predicación y la enseñanza]* (Grand Rapi ds: Baker Book House, 1981), p. 211 y ss.; E. W. Bullinger, *Figures of Speech in the Bible [Figuras de lenguaje en la Biblia]* (Grand Rapids: Baker Book House, 1968), pp. 1047-1053; A. T. Pierson, *Conociendo las Escrituras*

(Chattanooga: AMGPublis hers, 1994), pp. 121-128; 199-206; 247-254.

15. Mark Dever, *The Deliberate Church [La Iglesia Deliberada], 120-123*. Dever repetidamente se muestra como más estrecho de lo que es el texto de las Escrituras sobre la música en la Iglesia, ya que una y otra vez convierte sus preferencias personales de música en principios concluyentes para todos. Abundan los ejemplos: 1) dice que no debemos cantar canciones con «primeros pronombres singulares» (tanto para «Fuente de la vida eterna» y un sinnúmero de otras grandes canciones); 2) debemos evitar las canciones que hablan de la victoria total y que terminan en una nota alta (hasta aquí esos címbalos victoriosos y resonantes en el Salmo 150); 3) usar solo «instrumentación escasa, ligeramente amplificada y líderes discretos» porque supuestamente «son los mejores para la reunión semanal de adoración corporativa»; 4) minimizar el uso de amplificación eléctrica; 5) mantener pocos instrumentos en el escenario delantero; 6) no tener vocalistas en el escalón delantero, sino tenerlos a un lado; 7) los líderes de la música también deben pararse a un lado con solo micrófonos ligeramente amplificado; 8) Y tenemos que cantar principalmente en la tonalidad menor. Ninguno de estos requisitos está en la Biblia. Todas estas son preferencias arbitrarias y, como tales, no son más inherentemente espirituales que sus contrapartes. Es fácil volverse legalista con la música en la iglesia.

16. «Tocar bien» viene de *yatab* (hebrew) que significa «tocar con habilidad» en un instrumento (cfr. Isaías 23:16; Ezequiel 33:32); Francis Brown, *The New Brown-Driver-Briggs-Gesenius Hebrew and English Lexicon [El nuevo léxico hebreo-inglés de Brown-Driver-Briggs-Gesenius]* (Peabody: Hendrickson Publishers, 1979), p. 405; Harris R. Laird, *Theological Wordbook of the Old Testament, vol. 1 [Libro de Palabras Teológicas del Antiguo Testamento, vol. 1]* (Chicago: Moody Press, 1980), p. 375.

17. «*Designaran*» es *'amad* (hebreo) y significa formalmente *establecer*, *asignar* y *apartar* para una tarea solemne, como en *ser presentado ante un rey* (Gn. 47:7) o *nombrado sacerdote* (2 Cr. 8:14); es una expresión de dedicación, de toda elegancia y servidumbre; Brown, p. 764; Harris, vol. 2, p. 674.

18. «Dirigir» es *yacar* (hebreo) y significa «amonestar, disciplinar o castigar», en otras palabras, se refiere a un entrenamiento deliberado, dirigido y con propósito; Brown, p. 415. Esto tiene grandes implicaciones para los enfoques de la música actual descuidada, mediocre, descuidada, inexperta, vanguardista y autoproclamada sin liderazgo en un número creciente de iglesias.
19. «Hábil» aquí es *biyn* (hebreo) y significa «entendimiento cuidadoso, perspicaz y distinguido» como profesor de música; es un entendimiento que viene como resultado de los dones divinos, pero también es el resultado de una diligencia o prácticas persistentes; Brown, p. 107; Harris, vol. 1, pp. 103-104.
20. John R. W. Stott, *The Message of Acts [El mensaje de Hechos]* (Downers Grove: Inter-Varsity Press, 1990), pp. 82-83; Donald S. Whitney, *Spiritual Disciplines Within the Church [Disciplinas espirituales dentro de la iglesia]* (Chicago: Moody, 1996), pp. 148-149.

ACERCA DEL AUTOR

Clifford B. McManis es graduado de The Master's University y The Master's Seminary. Comenzó en el ministerio de la iglesia local en 1989, habiendo servido en seis iglesias en el sur de California, Utah, Texas y el norte de California. También ha enseñado en seis escuelas cristianas diferentes. Ha sido anciano y pastor de enseñanza en Creekside Bible Church (Iglesia Bíblica Creekside) en Cupertino, California, desde su inicio en el 2006. Actualmente es miembro de la junta directiva de The Cornerstone Seminary en Vallejo, California, donde también enseña Exposición Bíblica y Apologética. Cliff y su esposa Debbie tienen cuatro hijos y residen en Silicon Valley.